

JEAN D'AILLON

LA CONJURA DE LOS --- IMPORTANTES

¿Puede la muerte de un comisario
esconder una conspiración contra el rey?



Lectulandia

Diciembre de 1642, acaba de morir el cardenal Richelieu tras recomendar como sucesor a Mazarino. La frágil salud del rey Luis XIII viene a sumarse a la inquietud de una corte dividida entre los adversarios y los leales al cardenal fallecido. Ante el posible vacío de poder, y la amenaza de una nueva guerra contra España, todos mueven sus piezas en palacio, en función de sus ambiciones o sus temores, sus esperanzas o sus ánimos de venganza. Especialmente la alta nobleza los importantes.

Mientras esto sucede en la corte, aparece muerto el comisario de Saint-Avoye. Su colega Gaston de Tilly quiere esclarecer el crimen y le pide a su amigo y notario Louis Fronsac que le ayude en la investigación. Las pesquisas les llevan a los campamentos militares del duque en Enghien cerca de Rocroy, donde se preparan para librar batalla a los tercios españoles. Lo que aparentemente parecía un simple crimen es la punta de lanza de una conspiración que amenaza al futuro de la corona.

Lectulandia

Jean d' Aillon

La conjura de los importantes

Louis de Fronsac - 3

ePub r1.1

Mangeloso 01.12.14

Título original: *La Conjuración de los Importantes*
Jean d' Aillon, 2005
Traducción: M^a Dolores Torres París & Carmen Torres París
Retoque de cubierta: Mangeloso

Editor digital: Mangeloso
Corrección de erratas: newclave
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Diciembre de 1642

En los libros de Historia, el final del reinado de Luis XIII se resume en unas cuantas frases que dan a entender hechos tan falsos como superficiales. Richelieu muere a finales del año 1642 y el rey sólo le sobrevive unas semanas. La transición del poder es fluida y un cardenal sustituye a otro: Julio Mazarino sucede así a Armand du Plessis, su jefe.

Sin embargo, nada menos evidente. Luis XIII no estaba condenado a muerte porque su primer ministro acabase de desaparecer, sino todo lo contrario, y, a finales del año 1642, nadie hubiera apostado sobre el futuro de *Mazarini*, el siciliano; y mucho menos en la primavera de 1643, después de la muerte del rey.

De hecho, entre diciembre de 1642 y septiembre de 1643, el poder estaba afianzándose en el reino de Francia y eso fue lo mejor que podía haber sucedido.

Lo que vamos a relatar son las peripecias que tuvieron lugar durante esos pocos meses. Los episodios narrados aquí son poco, y a veces nada, conocidos por el público. Es cierto que cada uno de estos acontecimientos, observado por separado, no parecen tener demasiada importancia. Sin embargo, relacionados por el hilo conductor de esta novela, aclaran el encadenamiento de los hechos históricos y ofrecen una interpretación, finalmente luminosa, de la llegada al poder de Julio Mazarino.

El papel de Louis Fronsac —el hombre de las cintas negras— se nos presenta así fundamental, aunque los historiadores lo hayan ignorado por completo.

Mañana del 8 de diciembre de 1642

Se puede temblar de miedo, de vergüenza, de fiebre o de dolor, pero, sobre todo, se tiembla de frío, pensaba Louis Fronsac tiritando en su apartamento. El frío, ese mal que no sólo paraliza el cuerpo sino que entorpece la mente, meditaba paseando de un lado a otro.

Desde hacía varios días helaba en París, y aquella mañana el fuego que crepitaba en la chimenea de su casa de la calle de los Blancs-Manteaux apenas conseguía calentar un minúsculo espacio de tres pies ante el hogar.

Así estaba. Tiritando, abrigado con una bata, los pies enfundados en las pantuflas forradas de piel. Entre escalofríos, intentaba leer y anotar —¡tarea harto difícil a causa de sus mitones!— un inventario preparado por la notaría de su padre sobre el que le pedía su opinión.

Louis Fronsac, exnotario y actualmente caballero de San Luis, había nacido hacía treinta años, el 1 de julio de 1613. Alto, delgado, moreno, el cabello largo hasta los hombros, un fino bigote sobre los labios, más ancho y retorcido en las mejillas, con una minúscula mosca en el mentón, como estaba de moda entonces, el joven parecía absorto en su trabajo.

En realidad, Louis hacía como que trabajaba, para acallar su conciencia. Su mente no estaba totalmente ocupada en el enojoso inventario, sino muy al contrario. Entumecido tanto por el frío como por las emanaciones soporíferas del hogar, algo soñador por los recientes acontecimientos que se habían producido en su vida, dejó vagar sus pensamientos.

Después de haber filosofado sobre el frío, se puso a pensar en Richelieu, a quien había visto el día anterior por última vez.

¡Armand du Plessis, el cardenal Richelieu! ¡El Gran Sátrapa! ¡El Hombre Iracundo! ¡El Verdugo! El primer ministro, también, había muerto hacía cuatro días.

Y él, Louis Fronsac, notario e hijo de notario, había estado mezclado indirectamente en los últimos y terribles complots que habían agitado el final de la vida del hombre que gobernaba Francia con mano de hierro.

Louis, sobre todo, había prestado un inmenso servicio al rey, así como a un fiel servidor de Richelieu: Julio Mazarino, y aunque el joven notario se había opuesto violentamente al terrible cardenal —¡quizás precisamente por ello!—, el rey lo había recompensado con el título de caballero de San Luis.

De modo que, de ser un simple notario, había pasado a formar parte de la clase privilegiada, admirada y odiada, deseada y envidiada: la nobleza. Y además, no había sido ennoblecido por haber comprado un cargo de magistrado o curial, como tantos burgueses, sino por las cartas de nobleza firmadas por Luis, rey de Francia, que le había otorgado una tierra señorial —Mercy—, situada al norte de París, y de la cual

todavía no sabía nada.

Richelieu había muerto.

La víspera, pese al frío mortal, como miles de parisinos había acudido a las exequias del que había sido tan temido como odiado. El cardenal, vestido de un púrpura idéntico a la sangre que tanto gustaba verter, parecía todavía más terrible y cruel muerto que vivo. Louis había sentido una emoción tal, que había tenido pesadillas toda la noche.

El Gran Sátrapa había desaparecido y en París, liberado, corrían toda clase de rumores. Unos decían que el rey gobernaría solo; otros, que los que todavía estaban vivos y habían sido castigados, condenados y encarcelados por Richelieu, serían perdonados, liberados e incluso indemnizados.

En resumen, se iniciaba un nuevo reinado. El tercero para Luis el Tartamudo, tras el falso reinado en el que había gobernado Concini y el reinado postizo bajo el cardenal. ¿Sería este tercer reinado mejor que los otros?

Durante los últimos veinte años, Francia, efectivamente, se había engrandecido, pero pagando el precio de un completo descalabro económico y social. Y los españoles —nuestros enemigos— estaban al acecho, en los caminos del norte, apenas a dos días de París.

Louis también pensaba que nadie en la ciudad hablaría de Mazarino, el cardenal italiano con fama de pánfilo, cobarde y ridículo entre los que lo detestaban, pero divertido, cultivado, cálido y enérgico entre los que lo admiraban.

El joven caballero, que se había encontrado con él varias veces —la última hacía apenas cinco días, cuando Mazarino había ido al despacho de su padre para entregarle personalmente el título de nobleza—, había entrevisto tras la máscara de modestia del hijo del intendente siciliano una ambición desmesurada, tanto para sí mismo como para Francia. Louis había advertido, bajo la increíble flexibilidad de ese hombre que muchos tomaban por débil y cobarde, una voluntad de hierro y un coraje fuera de serie. Había observado, tras su aspecto bonachón y encantador, una inteligencia y una perspicacia prodigiosas.

Y, sobre todo, Louis se había dado cuenta de que este nuevo cardenal era el polo opuesto al Gran Sátrapa que lo había formado. Du Plessis era un bruto y un verdugo, mientras que Mazarino era hábil y calculador. Y a ese hombre, a quien Richelieu reprochaba con cierto desdén el buscar la paz, había servido Louis. Desde entonces lo apreciaba y admiraba profundamente.

Pero también lo deploraba, porque sabía que, como protegido del antiguo ministro, el italiano no sobreviviría políticamente a su jefe. Por otra parte, se murmuraba que volvería a Roma.

Y, sin embargo, pensaba Louis, el país tenía verdadera necesidad de la habilidad de Mazarino ahora que Francia y los franceses estaban arruinados. Ayer, sin ir más lejos, su madre le comentaba que el precio del trigo se había duplicado. Se hablaba cada vez más de las revueltas populares que estallaban aquí y allá. Su padre lo había

informado de que el Estado había gastado el presupuesto de cuatro años y que él no hacía más que despachar expedientes. La riqueza estaba ahora en manos de alcabaleros y recaudadores —esos financieros que prestaban dinero al rey a cambio de recaudar impuestos y tasas—, y los impuestos, precisamente, eran cada vez mayores, cada vez más gravosos y cada vez más injustos.

Una idea sombría llevó a otra, y Louis se preguntó de nuevo por Mercy. ¿Qué clase de propiedad le había regalado el rey? Un señorío abandonado desde hacía mucho tiempo, había precisado Mazarino.

¿Un señorío? Entonces era un feudo con derecho de justicia, pero también una propiedad abandonada, sin duda saqueada y arruinada.

Al poco de anunciarle el cardenal Mazarino que se había convertido en el nuevo señor de Mercy, Louis había enviado a Gaufredi, su compañero más que su sirviente —un antiguo reitre de las guerras alemanas—, a informarse in situ.

Gaufredi se había ido hacía tres días, acompañado del primer oficial del despacho de su padre, que sería el encargado de estudiar la situación financiera del feudo. Con un poco de suerte, ambos estarían de vuelta hoy. Entonces, por fin, tendría noticias sobre la posesión. ¿Podría establecerse allí? ¿Y vivir como un castellano?

No se hacía ilusiones; Luis XIII era tacaño, y si le había regalado aquellas tierras sería porque probablemente no reportarían nada a la corona. Pero tal vez podría ponerlas en condiciones.

Estos pensamientos sobre su situación lo llevaron a Julie de Vivonne, la joven sobrina de la marquesa de Rambouillet, a la que no había visto desde hacía días. ¿Podría casarse con ella? Ahora era noble, y los problemas de un matrimonio desigual, tan graves cuando no tenía título, habían desaparecido en parte, pero no del todo, porque la familia Vivonne era de rancio abolengo y se remontaba a las cruzadas.

De todas formas, aún no se había establecido. No recibía ninguna renta, ningún sueldo. Louis sabía que ya no podría ejercer su profesión de notario, el único oficio que conocía. En esas condiciones, ¿cómo mantener una casa, una familia y una hacienda?

El joven estaba sumido en estas desagradables reflexiones cuando oyó a alguien subir ruidosamente la escalera de su modesto piso en la calle de los Blancs-Manteaux. Sonrió al reconocer el paso tumultuoso y agitado de su amigo Gaston. Vio su capa y se levantó para dirigirse a la puerta, que abrió de par en par.

Gaston de Tilly, flamante comisario de policía de la parroquia de Saint-Germain-l'Auxerrois —¡desde hacía cuatro días!—, entró franqueando el paso a una corriente de aire helado.

Ningún observador, ni siquiera el más despistado, habría podido hallar el menor parecido entre los dos hombres, sin embargo de la misma edad. Louis vestía con un sencillo y amplio jubón de lana negra de mangas acuchilladas de las que sobresalía su camisa immaculada. Llevaba calzas, también negras, hasta las rodillas. La única

concesión a la coquetería eran las cintas de seda negra anudadas a los puños de su camisa blanca. Dichas cintas, llamadas lacayos, eran un signo indispensable de distinción y solían llevarse no sólo en las mangas, sino también en el resto de la ropa.

Las de su amigo, chillonas, mal combinadas y a veces rotas, eran la prueba de que Gaston tenía otra idea de la elegancia; en su descargo debemos decir que la vida de comisario de policía era a menudo agitada. Para más inri, el hombre era bajo, ancho de hombros y pelirrojo. Su nariz chata, hociocuda, recordaba a un jabalí, al que se asemejaba también en el pelo abundante y espeso así como en la testarudez.

En efecto, Gaston de Tilly era combativo hasta la inconsciencia, tenaz hasta la grosería y franco hasta la inconveniencia. Sin duda por ello era el mejor oficial de policía de la ciudad, y hacía tiempo que gozaba de la aprobación de todos, incluido el terrible teniente Laffemas, que había logrado conservar su puesto tras la muerte de su jefe Richelieu.

Gaston y Louis se habían conocido durante sus estudios en el colegio de Clermont. La dura vida de internos los había acercado; después de levantarse a las cuatro de la mañana, tenían que trabajar hasta las ocho de la tarde con una única interrupción para una larga misa. En Clermont se pasaba mucho frío, la comida era escasa y los crueles profesores se ensañaban con los alumnos con castigos generalmente aplicados con un látigo.

Gaston, el hijo menor de una familia venida a menos, era rechazado por sus compañeros aristócratas. Sus estudios iban encaminados al estado eclesiástico. Sin embargo, había rechazado el hábito de los clérigos y se había enrolado en el ejército como oficial de baja graduación.

Entonces, ambos tenían dieciocho años. Louis se unía al despacho familiar, mientras que a su amigo podrían matarlo en cualquier campaña. Era injusto y se había sincerado con su padre, Pierre Fronsac, hombre de leyes muy escuchado por los regidores de París.

Fronsac padre había pedido, pues, a la corporación municipal, que apoyasen la candidatura de Gaston de Tilly como comisario investigador de la policía junto a uno de los comisarios de barrio.

El joven Gaston, les había explicado, conocía perfectamente las leyes, pero también tenía la tenacidad y la fuerza física necesarias para tal actividad. De hecho, los comisarios investigadores estaban continuamente en la calle para resolver asuntos criminales.

Por aquel entonces, la organización de los servicios de policía de la capital era particularmente compleja. La gendarmería dependía del preboste —el vizconde de París— asistido por un teniente civil, encargado de la policía general, y por un teniente criminal.

Para hacer reinar el orden, el preboste disponía de la patrulla real dirigida por un jinete de la patrulla, así como de un regimiento de soldados, mas para las investigaciones policiales tenía comisarios de barrio —eran dieciséis,

correspondientes a sendas parroquias— que dependían de la jurisdicción del Grand-Châtelet. Estos comisarios estaban asistidos por comisarios investigadores e inspectores.

Junto a las fuerzas de policía, los regidores del Ayuntamiento poseían su propia milicia —la patrulla ciudadana—, que destacaba por su escasa actividad.

En cuanto a la justicia, era particularmente tenebrosa habida cuenta de la cantidad de privilegios y jurisdicciones resultado de antiguos señoríos —como el Temple— o eclesiásticos. Todas estas autoridades solían estar enfrentadas las unas con las otras.

Finalmente, en una ciudad donde las bandas organizadas y los rateros se movían a sus anchas, donde no había una noche en la que algunas casas burguesas no fuesen saqueadas, un oficial, buen jurista, propuesto por los regidores al teniente civil, Isaac de Laffemas, satisfacía a todo el mundo.

Laffemas, hombre íntegro pero de una despiadada severidad, había sido nombrado por Richelieu para establecer la seguridad en París. Escogía personalmente a sus oficiales, a sus comisarios y a sus sargentos en función de sus cualidades y competencia. Había dedicado mucho tiempo a estudiar la candidatura de Gaston hasta aceptarlo finalmente. Y no lo había lamentado, pues los resultados del joven habían sido sorprendentes.

El año anterior, Gaston, habiendo recibido del cardenal un título de teniente del ejército —Richelieu quería alejarlo entonces de su amigo Louis^[1]—, había dejado su cargo de comisario investigador.

Y fue en el ejército —¡hacía precisamente cuatro días!— donde Gaston se enteró de que había sido nombrado comisario con plaza fija en Saint-Germain-l'Auxerrois a petición de monseñor Mazarino. El puesto le había sido concedido para recompensarlo por la ayuda que había prestado a Louis Fronsac en el asunto de las cartas robadas al marqués de Cinq-Mars.

Para Gaston esto significaba la opulencia. El sueldo de comisario era de treinta mil libras y le reportaría mil más por año con algunos gajes por las quejas que recibía y las multas que ponía.

Gaston arrojó su sombrero de ala ancha sobre una silla, desató los dos cordones gastados de su capa y sacó la faja deshilachada que sostenía su espada (una espada de hierro y no de parada).

Desde que era comisario había decidido seguir la moda de la Corte y no llevar cinturón de cuero sino una simple faja bordada. Pero como no se preocupaba por su indumentaria, esta nueva coquetería no le confería ninguna distinción, sino todo lo contrario.

—¿Qué buenas nuevas te traen por aquí, amigo mío? —preguntó Louis examinándolo con aire crítico.

Y añadió, temblando a causa de la corriente de aire glacial:

—¡Cierra la puerta! ¡Estoy helado!

—Son más bien malas nuevas...

Gaston tenía un aspecto huraño y parecía molesto.

—... No me quedaré demasiado tiempo —añadió—, pero tengo que hablar contigo urgentemente de cierto misterio con el que he tropezado. Quizás puedas arrojar sobre él alguna luz...

—Te escucho, ponte cómodo, que te serviré un poco de vino caliente que tengo delante de la chimenea.

Louis cogió el frasco de vino dulce que había dejado entibiar y sirvió un vaso a su amigo, que se calentaba, sin mudar su semblante huraño, tal vez preocupado y seguramente triste. Aprovechó para alimentar la chimenea con algunos troncos más que cogió del montón de leña, renovada dos veces al día por su criado Nicolas.

Al cabo de un instante, tras quitarse los guantes, frotarse las manos y beberse el vino, Gaston se explicó, mientras Louis permanecía de espaldas al fuego.

—Vengo de la calle Saint-Avoye, donde vive Babin du Fontenay, mejor dicho, vivía, el comisario de Saint-Avoye. Uno de mis colegas. Sin duda, el mejor de nosotros.

Contra su costumbre, Gaston hablaba lentamente y con emoción, lo que era excepcional en él. Louis creyó percibir incluso cierto desconcierto.

—¿Qué ha sucedido? ¿Cómo es que hablas en pasado? —preguntó suavemente, turbado por el tono de Gaston.

—Acaba de morir. Por eso me han llamado. Me encontré a toda la familia llorando. Acababa de ser vilmente asesinado.

Gaston apretó los puños con violencia.

—¿Asesinado? ¿Cómo pudo haber ocurrido?

—¡Eso es lo que yo me pregunto! ¡No entiendo nada!

La voz de Gaston sonaba rabiosa y amenazante.

—¡Vamos! ¡Explícate! ¿Qué significa este enigma?

—Acabas de pronunciar la palabra exacta. Es un enigma, un misterio... pero desvelaré el secreto. En fin, a ver qué te parece, he tomado estas notas.

Sacó unas hojas arrugadas de su traje.

—Babin du Fontenay se encontraba en una habitación que le servía más o menos de despacho. Su piso se componía de tres piezas contiguas. Él ocupaba la última. Así que, para acceder a ésta, había que pasar por las dos anteriores. Su mujer y sus hijos estaban precisamente en una de ellas. No se enteraron de nada. A la hora de comer, su hijo fue a buscarlo; lo encontró en su sillón. Muerto. Ya estaba rígido, con el cráneo roto y cubierto de sangre. Un espectáculo espantoso para el niño.

—¿Le habrán disparado desde fuera? Con un mosquete, sin duda —sugirió Louis.

—Eso fue lo que pensé, porque un cristal de la ventana estaba roto. ¡Pero no había ninguna bala! Fíjate —resopló con una voz ronca—, ¡no se ha encontrado ningún proyectil! Nada.

Louis no ocultó su escepticismo y se encogió de hombros con un gesto de incredulidad.

—Es imposible. La bala estará en su cabeza, o la habrá atravesado y habréis buscado mal.

—¡Que no! ¡Hazme caso! —protestó Gaston—. Hemos buscado perfectamente. Y nadie oyó ningún disparo.

Louis suspiró con un nuevo gesto de duda.

—¡Es increíble! Tiene que haber una bala. ¡Tiene que haberla, necesariamente! Si me dices que hay un cristal roto, tiene que haber sido atravesado por un objeto.

Gaston meneó la cabeza, en un gesto de impotencia.

—Es un misterio insondable. Lo reconozco.

Louis ahora estaba un poco desconcertado. ¿Estaría Gaston ocultándole algo?

—¿Qué puedo hacer para ayudarte?

—Reflexionar —declaró el comisario—. Si alguien puede encontrar una solución lógica a este problema absurdo eres tú.

En el colegio, Louis había estudiado Derecho por necesidad, pero se había aficionado a las matemáticas por inclinación natural. Había tenido de profesor a un discípulo de Philippe Lansbergius, un matemático alemán seguidor de Copérnico y Galileo. La lógica le había apasionado particularmente porque poseía una mente de geómetra que le permitía llegar fácilmente a conclusiones exactas a partir de hechos heterogéneos y diferentes. Cuando un asunto criminal aparecía muy embrollado, Gaston tenía la costumbre de llamar a su amigo, que, por lo general, si no le ofrecía una solución, al menos sí le daba explicaciones verosímiles y una dirección por la que seguir.

Louis permaneció silencioso un momento mientras Gaston cerraba los ojos para saborear el calor. Finalmente, preguntó a su amigo el comisario:

—Supongo que descartas cualquier complicidad en la familia.

—Desde luego —afirmó Gaston—. Los conozco a todos. Ahí no hay ninguna solución que considerar.

Diciendo estas palabras se levantó, enfurruñado, pero también lleno de inquietud.

—Es mi primer caso —afirmó con voz apagada—. Soy comisario desde hace cuatro días ¡y me veo incapaz de resolver mi primer crimen! Si fracaso, no permaneceré mucho tiempo al servicio de Laffemas.

Louis era consciente de ello, pero ¿qué podía hacer por él? Le habló de un modo confuso, con un sentimiento de culpa un poco fuera de lugar:

—Si se me ocurre alguna solución, iré a verte...

Gaston vació su vaso y miró a su amigo desesperado. Había pensado que podría volver al Grand-Châtelet con una explicación.

—Tengo que irme. Laffemas me espera —añadió cansado, pensando que había hecho el viaje en balde.

Gaston salió y Louis se quedó solo. Se sentó delante del fuego para meditar.

Extraño y curioso crimen... En primer lugar, ¿por qué matar a un comisario de policía? El castigo por semejante asesinato sería proporcional al delito. Si cogían al

asesino, sería torturado, luego juzgado expeditivamente y caería en las manos expertas de Jehan Guillaume, el verdugo del Prebostazgo y vizcondado de París, que lo desmembraría públicamente entre los aplausos y aclamaciones de los espectadores de la plaza de Grève.

Así pues, el móvil de este crimen debía de ser digno de atención. ¿Tendría acaso relación con una de las investigaciones de las que se ocupaba Babin du Fontenay? Sí, era una pista que debía sugerirle a Gaston. Pero seguramente él ya lo habría pensado.

Louis, preocupado, no se hallaba en condiciones de trabajar. Se levantó y se acercó a la ventana. El cielo estaba completamente oscuro a pesar de ser la primera hora de la tarde. Se avecinaba una tormenta. Tal vez de nieve... con este frío, la tempestad sería terrible. Encendió dos velas porque apenas se veía. Volvió a oír barullo en la escalera, esta vez una serie de gruñidos estruendosos. ¿Otra visita?, se preguntó yendo a abrir la puerta.

Era Gaufredi.

Gaufredi era un mercenario que había hecho la guerra de los Treinta Años, y algunas otras menos conocidas pero tan cruentas como ésta. Solo y viejo, había entrado al servicio de Louis, que le alquilaba un cuchitril ubicado en uno de los desvanes de la casa. Louis le pagaba un sueldo mínimo, pero retribuido regularmente e íntegro, lo que era excepcional en París. Para el antiguo soldado, que nunca había tenido casa y sólo había vivido pillajes y asesinatos, esta nueva vida era un paraíso.

El reitre entró, seguido de Jean Bailleul, el primer pasante del despacho de los Fronsac.

Jean Bailleul era un hombrecillo ordinario, con el rostro liso y pálido, cabellos descoloridos, y figura inexpresiva y banal; vestía una ropa neutra y apagada, y su porte era insignificante y modesto. Una delgada capa de lana lo cubría y sus zapatos de hebillas y lazadas eran ridículos comparados con las gigantescas botas en forma de embudo de su compañero de viaje.

A su lado, Gaufredi parecía el capitán del teatro italiano, tal como lo representaban en los escenarios parisinos. El reitre iba vestido con un viejo jubón de búfalo remendado que había conocido más de un combate, una capa escarlata que le llegaba hasta los tobillos y estaba tocado con un sombrero informe que le llegaba hasta los hombros. Calzado con unas botas desgastadas por el uso y que le llegaban hasta los muslos tapando las calzas, hacía tintinear las espuelas de cobre relucientes. Una larga espada, a la española, con puño de cobre, completaba su indumentaria.

Así ataviado, con su mostacho de puntas retorcidas y su rostro del color del ladrillo surcado por una mezcla de arrugas y cicatrices, Gaufredi daba miedo. De una edad ya avanzada —Louis sabía que tenía cerca de sesenta años— pero todavía robusto y peligroso, el viejo mercenario profesaba hacia Louis una Fidelidad inquebrantable.

—Entrad rápido y cerrad la puerta —ordenó el exnotario a sus visitas. Aquí tenéis vino caliente. Venga, contádmelo todo.

Gaufredi arrojó con gracia el sombrero sobre un cofre y se desabrochó el cinturón, dejando caer su tizona al suelo, al alcance de la mano. Después de lo cual, sin dejar de hablar, se aflojó el jubón:

—Ha sido un viaje muy duro, señor, sobre todo con este tiempo. Hemos empleado cerca de medio día, en buena parte al galope, para ir y otro tanto para volver. El señor Bailleul ha resistido bien pero ha debido sufrir.

Jean Bailleul asintió con la cabeza. Hundido en una silla, parecía completamente agotado y no pensaba ni en quitarse la ropa ni en tomar nada.

—¡Describidme Mercy! —pidió Louis con cierta impaciencia.

Gaufredi volvió a tomar la palabra con voz fiera. Se sirvió un buen vaso de vino de la botella.

—Bueno, pues Mercy está a ocho leguas de aquí; es una aldea de unas cincuenta casas...

—¡Cincuenta y dos exactamente! —lo cortó Bailleul, que detestaba la imprecisión.

El error le había dado vigor. El primer pasante cogió a su vez la botella y llenó el vaso que Louis le tendía.

—Bueno, cincuenta y dos —admitió el reitre—. No queda lejos de Chantilly, en las proximidades del Ysieux. Vuestro castillo se encuentra al oeste de la aldea. Es una vieja construcción arruinada, aunque todavía sólida, una especie de casa solariega. El edificio principal y su muralla forman un patio rectangular de cuarenta toesas por veinte. En cada ángulo, en el lado opuesto al castillo hay una torre. Las dos están en ruinas. La casona está formada por una larga sala abovedada, sin duda una antigua sala de guardia, con cocinas. Desde allí, una escalera lleva al salón de recepción del piso: una estancia de treinta toesas por veinte, con dos hermosas chimeneas. En cada extremo hay otra pieza. Por una gran escalera se accede al piso superior, donde hay cinco habitaciones contiguas. Los peldaños se prolongan hacia un inmenso granero y, desde allí, hasta un camino de ronda a lo largo del tejado que une las torres por una cortina que rodea el patio.

Hizo una pausa, vació su vaso y trató de concentrarse para no olvidar nada.

—La carpintería es mala y hay que rehacer el tejado, pero las paredes son sólidas. Una de las habitaciones está ocupada por un viejo intendente que vive allí con su mujer. También hacen de guardas. Apenas hay muebles, y los que quedan están destartalados. El lugar es glacial y húmedo. Está todo abandonado desde hace mucho tiempo...

Decididamente, es peor de lo que esperaba, pensó Louis haciendo una mueca. Preguntó al primer pasante:

—¿Cuánto reporta el dominio?

—Nada —afirmó el hombrecillo con tono tranquilo y plácido—; e incluso menos que nada, ¡porque hay gastos considerables! Evidentemente, están los derechos feudales: cada casa debe proveer dos gallinas y dos celemines de trigo o su

equivalente, o sea seis libras, pero hasta ahora era un representante del rey el que las percibía. En contrapartida, el vecindario está exento de pechos. Sin embargo, hay buenos campos de trigo, aproximadamente cien arpendes parisinos^[2], y una veintena de fanegas de pastos comunales. Pero todo está en barbecho, y no hay ningún apero para trabajar la tierra, aunque existe una granja —vacía y sin ocupantes— todavía en buen estado detrás del castillo.

Tras una breve pausa, Bailleul respiró hondo para continuar con su relato:

—Los bosques ocupan una superficie de ciento cincuenta fanegas no explotadas pero abundantes en caza. En fin, poseéis un puente en ruinas sobre el Ysieux, que lleva aparejado un viejo derecho de peaje. Una vez restaurado, es una posible renta suplementaria. Si cultiváis cincuenta arpendes de trigo, os reportará, limpio de simiente, entre tres y cinco mil libras. Con algo de ganadería, la explotación de la madera, las rentas de los derechos, podrían rendir entre siete y nueve mil libras al año, quizá más. ¡Pero hay tanto trabajo por hacer y tantos fondos que invertir!

—¿Cuánto se necesitaría? —preguntó tímidamente Louis.

Bailleul hizo un movimiento de cabeza seguido de un gesto dubitativo.

—No lo sé exactamente, pero diría que unas treinta mil libras como mínimo para hacer el castillo habitable. Diez mil para poner las tierras a producir, comprar material y construir graneros, y por lo menos diez mil para el puente. ¡Ah, sí! También hay un estanque invadido por los lucios. Pero, una vez limpio y lleno de truchas, sería desde luego un buen rendimiento.

—Y el molino —apuntó Gaufredi.

—¡Me olvidaba del molino! —confirmó el pasante—. A lo largo del río todavía se encuentran las ruinas de un molino. Ciertamente, es posible ponerlo a funcionar. Pero, en conclusión, creo que para llegar a una explotación óptima tendréis que aportar por lo menos de cincuenta a cien mil libras. Incluso cien mil. Eso os dará un rendimiento del tres al cinco por cien.

—¡Diablos!, no tengo ni un escudo —exclamó Louis.

El exnotario exageraba. El despacho de su padre era próspero y reportaba alrededor de diez mil libras al año. Tras pagar los impuestos, a los pasantes y empleados de la casa, la alimentación y el mantenimiento, al señor Fronsac le quedaban algo menos de tres mil libras, de las que entregaba un millar a su hijo por su trabajo. Louis, ahorrador, apenas gastaba unas trescientas, por lo que también disponía de un peculio que había ahorrado de seis mil libras. Pero, evidentemente, las cuentas no le salían.

—Los financieros podrían prestaros la suma, sugirió Gaufredi, que entonado por el fuego y también por el vino se había repantingado en un sillón y levantaba ahora sus botas empapadas.

—Desde luego —convino Louis—, pero ¿a qué interés? Los préstamos de esta clase se negocian al cinco por ciento. Eso se llevaría todas mis ganancias.

Se quedó pensativo un momento mientras los dos mensajeros saboreaban en

silencio su vino caliente —Gaufredi ya se había servido otro vaso— con los pies extendidos hacia el fuego.

—Sea como fuere —volvió a tomar la palabra Louis—, habéis hecho un buen trabajo.

Cruzó los brazos, meditando unos segundos, apoyado en la chimenea.

—... En carruaje, ¿cuánto tiempo se necesita para ir hasta allí? ¿Y se puede dormir en el lugar?

—Si el tiempo es seco, el viaje dura alrededor de seis horas —replicó el reitre—. En cuanto a dormir allí, es perfectamente posible; puedo partir antes que vos, mandar que preparen las camas, comida y sobre todo que calienten las habitaciones. Pero deberéis llevar ropa de cama, comida... y bebida.

Esbozó una sonrisa de satisfacción al pronunciar estas últimas palabras.

—¿Podrían encargarse de ello Boutier y Nicolas?

Gaufredi asintió con la cabeza. Jean Boutier y Nicolas, su hijo, trabajaban para los Fronsac. Boutier como hombre para todo lo relativo al despacho y Nicolas como criado de Louis. Un viaje así les gustaría.

Louis se enfrascó en sus pensamientos. Sólo se oía el alegre crepitar del fuego. Cada uno de ellos saboreaba el momento, pero aquello no podía durar para siempre. Louis se levantó de nuevo y encendió otras dos velas. Fuera, el cielo estaba completamente negro y la pieza a oscuras. Siguió, con algo más de entusiasmo:

—Este verano podríamos enviarlos allí con una carreta, para equipar un poco el castillo. Y a continuación iría con mi padre y mi madre a pasar un día o dos, para hacernos una idea. Voy a hablar con ellos.

Se volvió hacia el primer pasante que casi estaba dormido.

—Vos, Jean, contadle todo esto a mis padres. Yo los veré esta noche porque tenemos un invitado. Y os agradezco sinceramente que hayáis hecho un viaje tan complicado.

Gaufredi y Bailleul comprendieron que debían irse. Se levantaron y cogieron sus capas; Gaufredi volvió a ponerse las botas con un suspiro, cogió su talabarte y su espada, y por fin, listos para enfrentarse al frío, salieron.

Louis se quedó solo con sus pensamientos, dispersos de nuevo. Se instaló confortablemente en el sillón e imperceptiblemente se fue quedando dormido. Se había dormido del todo cuando fue bruscamente sacudido por una violenta detonación; toda la casa vibró.

El trueno —porque sin lugar a dudas se trataba de un trueno, y de una violencia inusitada— lo obligó a ir hasta la ventana. El cielo estaba ahora surcado por relámpagos. El granizo caía en abundancia sobre la ciudad. El ruido fue espantoso, similar al de una batalla. Impresionado, Louis retrocedió. Veía el granizo hacer trizas las tejas de los tejados de enfrente y los pedazos caer sobre el suelo estrepitosamente. Abajo, en la calle no pavimentada, el hielo formaba ya una placa brillante. Algunas piedras de granizo golpeaban los cristales con un ruido metálico. Súbitamente se

levantó una borrasca. El granizo tamborileaba ahora con una fuerza increíble. Por momentos la tormenta duplicaba su furia. Fue durante uno de esos períodos de actividad cuando varios bloques de hielo rompieron dos o tres cristales de la ventana. Uno de ellos, llevado por la tormenta, siguió su camino hacia uno de los numerosos cántaros de barro que había en el suelo, que servían para conservar el agua. Se estrelló contra el recipiente con una formidable violencia. Louis, asustado, se puso a cubierto, lejos de la ventana. La tormenta prosiguió todavía unos instantes, luego progresivamente volvió la calma. El viento remitió y el cielo se calmó.

Louis cogió entonces unos trapos en un barreño y protegió, como pudo, la ventana rota, porque el frío glacial invadía la pieza. A continuación recogió los trozos de cántaro, que tenía poco más o menos la forma de una cabeza humana. Entonces fue cuando se dio cuenta del fenómeno: alrededor del recipiente roto no había nada.

El hielo se había fundido y el agua se había colado en el piso de madera.

Para un observador ajeno que no hubiera asistido al incidente, las razones de la rotura del recipiente hubieran sido misteriosas... ¿como la muerte de Babin du Fontenay? ¿Y si el cántaro hubiese sido una cabeza humana?

Louis tuvo que sentarse un instante, emocionado por lo que acababa de columbrar. Trataba de poner en orden sus ideas.

¿Se podía matar a alguien de esta manera? Era un método diabólico. Y si se trataba de un crimen, él conocía el arma que habían debido utilizar para matar en silencio.

Tenía que hablar con Gaston. ¡Inmediatamente!

Miró la hora: el mediodía hacía tiempo que había pasado y no había comido. Observó de nuevo el cielo. Ahora estaba despejado. Comprobó entonces que sus lacayos negros estaban bien anudados, se arrebujó en su capa de lana, se calzó sus anchas botas de vuelta, se tocó con su viejo aunque todavía sólido sombrero de castor de torzal, enfundó sus guantes de cuero y salió, como siempre, desarmado.

Tarde del 8 de diciembre de 1642

Las dos piezas que Louis Fronsac ocupaba en la calle de los Blancs-Manteaux constituían el primer piso de una casa situada en un pequeño callejón transversal a la calle, como había tantos en aquel entonces.

En efecto, las calles de París sólo eran una sucesión de casas construidas al correr de los años, que seguían más o menos caminos muy antiguos. Algunas avanzaban sobre la calzada, otras se situaban hacia atrás y los callejones eran indispensables para proporcionar a las casas un poco de luz y hacer de cortafuegos en caso de incendio.

Pese a que el callejón sin salida de la casa de Louis no estaba evidentemente pavimentado, parecía bien cuidado por sus ocupantes y no había allí las inmundicias que llenaban habitualmente la calle de los Blancs-Manteaux, aunque los días de lluvia la callejuela se transformase en un pantano.

Cuando Louis llegó al pie de la estrecha escalera que desembocaba directamente en el callejón, se quedó helado por el frío insoportable pero también por el esplendor del espectáculo que tenía ante él: el granizo cubría la calzada y emitía miles de destellos como si un pródigo joyero hubiese extendido sobre el suelo su reserva de diamantes.

Por suerte, el frío impedirá que el granizo se funda y el lodo aparezca demasiado rápido, pensó Louis, tiritando y arrebujándose en su capa.

El inmueble no tenía ni patio ni caballerizas. Louis dejaba habitualmente su caballo en el establo de una hostería situada en la calle, cuyo cartel rezaba la Grande Nonnain qui Ferre l'Oie. Así pues, se dirigió a la hospedería trastabillando penosamente porque caminar sobre las capas de granizo que crujían y se hundían era una tarea harto difícil.

Para ir al Grand-Châtelet, donde Gaston de Tilly tenía su despacho de comisario, el camino no era muy largo pero sí un poco tortuoso. Una vez recuperada su montura, Louis bajó con prudencia la calle del Temple hasta la calle Saint-Antoine. El suelo de hielo crujía bajo los cascos del caballo, que avanzaba con temor y precaución. Por suerte, a pesar de que era lunes, las calles estaban vacías porque el frío limitaba la actividad comercial y el Sena, en parte helado, no desempeñaba su papel habitual de vía alimenticia de la capital.

Llegado a la calle de Saint-Antoine, Louis se dirigió hacia la plaza de Grève pasando delante del Ayuntamiento. Atravesó rápidamente la plaza porque el patíbulo, allí instalado permanentemente, estaba ese día ocupado por algunos cuerpos colgados recientemente por Maese Guillaume, el ejecutor de la alta justicia del Prebostazgo. Algunos gesticulaban débilmente, pero esos movimientos sólo eran debidos a la brisa. O eso esperaba Louis.

Ya había visto, por encima de los tejados, la siniestra silueta del Grand-Châtelet. Sin embargo, debía pasar por unas calles estrechas y dedicó toda su atención a este último tramo del camino ya que en estas calles, cuando sus ocupantes arrojaban sus orinales de excrementos infectos por las ventanas, no había ningún sitio para resguardarse. Muchas veces había pasado por aquella desagradable experiencia.

Desembocó finalmente en la plazuela a la que daba la entrada principal del edificio de policía.

El Grand-Châtelet era el tribunal de justicia criminal más importante de París. Allí tenían su sede el teniente civil y el teniente criminal. Era allí donde estaban encerrados, en celdas sin aire pero no sin agua, porque a menudo eran inundadas por el Sena, los prisioneros arrestados en flagrante delito o simplemente los indigentes que esperaban juicio por haber mendigado.

Gaston, que estaba a gusto en la fortaleza, se había instalado en un pequeño gabinete que nadie quería porque los otros comisarios trabajaban en sus casas. Allí, en aquel sombrío reducto, instruía los asuntos criminales del barrio de Saint-Germain-l'Auxerrois.

Al aproximarse al porche de la prisión-tribunal —un porche oscuro y fétido— Louis se preguntaba por enésima vez cómo su amigo podía soportar pasar los días en este espantoso edificio, terriblemente sucio. Antes de meterse bajo el porche echó una mirada maquinal a la fachada de piedras ennegrecidas por los siglos, luego hacia la gran torre de la izquierda donde se situaba en el segundo piso el despacho que Gaston ocupaba. Una atalaya siniestra, casi exenta de aberturas, que databa de la época de Felipe Augusto.

La entrada del Grand-Châtelet era, pues, una profunda bóveda que se remontaba a la construcción de la fortaleza por Carlos el Calvo y atravesaba el edificio de parte a parte para desembocar en la calle Saint-Leufroy. Esta última conducía a continuación al puente de madera que cruzaba el Sena doblando el puente del Cambio, cuya reconstrucción estaba casi terminada.

A lo largo de este tenebroso pasaje se instalaban habitualmente algunos vendedores que exponían productos repugnantes en caballetes o en viejos toneles. Pero hoy, a causa del frío, no había nadie.

A mano izquierda, y en el interior del porche, una reja y una taquilla conducían a los calabozos y a un patinillo, mientras que por la derecha se entraba en un gran patio rodeado de caballerizas.

Louis entró en el gran patio y dejó su caballo intentando no pensar en los calabozos cavados bajo sus pies. Sin embargo, le pareció oír algunos gemidos, algunos lamentos de los desgraciados sometidos a la cuestión previa o sufriendo el frío y los malos tratos en el fondo de los calabozos subterráneos. En el patio se abrían, en efecto, los respiraderos de las celdas menos profundas.

Ya había asistido a un interrogatorio en uno de esos calabozos y varias veces Gaston le había descrito las más innobles de esas mazmorras: las Cadenas, la

Carnicería, la Barbarie o incluso la Manga de Hipocrás en la que los prisioneros vivían en el agua y no podían ni levantarse ni acostarse. La peor era El Fin de la Comodidad, llena de basura, inmundicias y bichos repugnantes que devoraban los cuerpos con delectación.

Volvió la cabeza para ignorar los terribles respiraderos, luego saludó al vigilante que dormitaba y subió la gran escalera hacia el despacho de los ordenanzas. Éste conducía a una primera sala abovedada con arcos mitrales ocupada permanentemente por arqueros, guardias y carceleros encargados de vigilar las puertas que se abrían a los calabozos y los tribunales de justicia criminal.

Louis atravesó la sala glacial, sumergida en parte en tinieblas a pesar de las numerosas velas encendidas, para dirigirse a una escalera que llevaba al primer piso. Había pocos guardias y hombres de armas, sin duda a causa del frío, y como lo conocían la mayoría de ellos, nadie lo detuvo.

En el primer piso, después de dar algunas vueltas, alcanzó la estrecha galería que rodeaba el gran torreón por donde se accedía al despacho de los magistrados. Aquí trabajaba a veces el teniente civil Laffemas cuando había audiencias judiciales. Al cabo de este corredor, tomó la escalera de caracol que comunicaba la torre de ángulo donde se ubicaba el despacho de Gaston de Tilly en el segundo piso.

Al entrar en el despacho circular, oscuro y glacial, Louis adivinó inmediatamente que Gaston estaba desmoralizado. Su amigo, de pie junto a la estrecha ventana que sólo filtraba una débil luz, había arrugado y hecho añicos muchos expedientes y roto todos los objetos que se encontraban en su mesa; en particular una daga italiana de pequeño tamaño que servía de cortapapeles. Miraba con odio una silla que se había escapado a sus manos de vándalo.

Al ver entrar a Louis, el comisario le echó una mirada terrible. Otro que no fuese el joven notario se habría batido en retirada y abandonado el lugar. Pero, desde el colegio, Fronsac se había acostumbrado a aquellos accesos de cólera que aparecían como una tormenta y desaparecían también de repente. Se sentó, pues, tranquilamente en la silla que habría debido ser la futura víctima de Gaston.

—¿Algo no va bien? —le preguntó suavemente—. Quizás el tiempo...

Gaston gruñó como para intimidarlo y luego explotó:

—¿A qué has venido aquí? Déjame en paz con mis problemas. Ahora eres noble, eres feliz. ¿Por qué te metes en mis asuntos?

—Dime por qué estás así y yo te explicaré el motivo de mi visita.

—¿Sabes en qué consiste el trabajo de un comisario? —recalcó Gaston—. Te lo voy a decir: recibo quejas y denuncias que tengo que investigar. Siempre se trata de asuntos sórdidos. Si tengo un rato libre, debo visitar las casas de libertinaje de mi distrito para ver si están en regla. El resto consiste en preparar las audiencias de policía y en rellenar los expedientes de acusación que conducen a los desgraciados a los brazos del ejecutor de la alta justicia. ¡Por todos los santos!, me pregunto si no debería dimitir. Era mucho más feliz en el ejército —añadió finalmente con voz

ronca. Cogió el expediente de su sillón con ambas manos, dudando si romperlo; luego, controlando su ira, se sentó.

Gaston había sido durante unos meses oficial, primero durante la campaña contra el conde de Soissons, y después durante la de los Pirineos. Había detestado el cargo en el seno de una harca de bandidos y asesinos, y Louis sabía que por nada del mundo volvería a aceptar un despacho.

Se produjo un corto silencio. Los dos amigos estaban frente a frente, una palmatoria con cuatro velas apenas les permitía distinguirse débilmente. La minúscula ventana —una especie de tronera— casi no dejaba entrar luz a primera hora de aquella tarde de diciembre porque unas gruesas nubes negras oscurecían ahora el sol.

El comisario cogió finalmente una hoja de papel que había delante de él y lo empujó hacia su amigo.

—¡Todo está ahí! Mira lo que me esperaba cuando llegué aquí después de haberte dejado.

Ahora hablaba con voz sorda y casi lastimera, toda la furia había desaparecido. Sólo quedaba una gran desesperación y un desánimo infinitos. Louis, inquieto, intentó leer el principio del documento con grandes dificultades porque no veía nada. Finalmente, colocó la hoja bajo la palmatoria tratando de descifrar el texto. Cuando comprendió de qué se trataba, levantó los ojos para preguntar:

—¿Es un testimonio contra una mujer que ha envenenado a su marido? ¿Se trata de eso?

Gaston se encogió de hombros.

—Efectivamente, puedes verlo así —gesticuló con amargura—. Marcelle Guochy ha envenenado a su digno esposo con antimonio. Debo precisarte que golpeaba cada día a la mujer y a sus hijos hasta dejarlos medio muertos.

»Pero el infierno que vivió no es nada comparado con lo que le espera...

Louis no decía nada, sabiendo perfectamente adónde iba a llegar su amigo. Gaston le dio la espalda y prosiguió, frente a la ventana, eliminando así la poca luz que quedaba.

—Será sometida a la cuestión previa de ocho jarros de agua caliente^[3]. Una vez condenada, será llevada a la plaza de Grève. Azotada, marcada al rojo vivo, sin duda le cortarán los labios con unas tijeras, a no ser que Jehan Guillaume no corte las orejas o le traspase la lengua con un hierro candente; al final será colgada, o le cortarán la cabeza, eso dependerá del humor de los jueces.

»Ya sabes, hay que dar ejemplo. Sin embargo, cuando su marido la molía a palos, ¿quién acudía en su auxilio? ¿Y soy yo el que tengo que enviarla a la muerte? ¡A esa horrible muerte! Mientras que, puedo confiártelo, apruebo totalmente lo que ha hecho. ¿Y quién se ocupará de sus hijos? Acabarán en la calle o prostituidos.

Se encerró en un mutismo siniestro. La pieza parecía todavía más oscura y lúgubre. Los reflejos oscilantes provocados por las llamas de las velas acentuaban

todavía más aquella impresión fúnebre. Esta vez fue Louis quien rompió el silencio.

—Tú no tienes nada que ver con eso, no eres responsable y no eres ni juez ni verdugo. Y a lo mejor el tribunal no es tan severo. Conozco a los jueces. A menudo son más indulgentes y más razonables de lo que tú dices...

Se calló un momento, dejando que la idea penetrara lentamente en el cerebro de Gaston, y luego continuó:

—Luego podemos volver a ello, si quieres... He venido porque tengo una idea sobre cómo ha muerto Babin du Fontenay...

Gaston se dio la vuelta, tenía los brazos cruzados y se sostenía la barbilla con la mano derecha. Una curiosa arruga vertical de perplejidad —¿o de interés?— le recorría la frente.

—Mi hipótesis te va a parecer inverosímil o incluso absurda...

—¡No, no! Continúa... ya estoy acostumbrado a ellas. —El tono, de impaciencia, rozaba la descortesía.

Louis prosiguió, sin levantarse de la silla.

—Sin duda te acuerdas de aquel famoso mosquete de aire que el padre Diron, del convento de los mínimos, había fabricado para Richelieu. El arma podía disparar balas de plomo con la misma violencia que un arma de fuego, pero en el más absoluto silencio. Todavía la tengo en mi poder.

—Lo recuerdo perfectamente, pero insisto en que no he encontrado la bala de plomo en casa de Babin du Fontenay.

—Ya me lo has dicho. Imaginemos entonces otro proyectil... Lo que quiero decir... ¿Has visto la granizada que ha caído hoy?

Gaston miró entonces con curiosidad a Louis y en su mirada podía leerse una pizca de inquietud.

¿Había perdido Louis la cabeza?, pensaba. El médico del Châtelet le había asegurado que pasar de un asunto a otro en una conversación, sin razón aparente, era un signo inquietante en cuanto a la salud mental de su interlocutor. Se puso a observar a su amigo con atención extrema.

—Yo la he visto —prosiguió Louis imperturbable—; las piedras han roto los cristales de mi casa, ¿te das cuenta? ¡E incluso un cántaro! Con piedras de semejante tamaño...

Se quedó un momento en silencio para observar su efecto y unió el índice y el pulgar para insistir en el tamaño del granizo.

—¿Sabes que una piedra de granizo sería una bala terrible? Y en una pieza bien caldeada sería un proyectil que desaparecería al cabo de unos minutos...

Se calló y Gaston, con la mandíbula temblando por la estupefacción, los labios cerrados, permanecía también silencioso. Durante un momento se oyó el ligero crepitar de las velas. Al cabo de un largo minuto el comisario retomó la palabra, vagamente incómodo.

—¿Intentas decirme que alguien pudo enviar un proyectil de hielo con un arma de

aire? ¿Una bola de nieve, por decirlo así? —Gaston sacudió la cabeza con un rictus—. ¡Estás loco! ¿Cómo puedes imaginar semejantes historias? Ningún criminal tiene tanta imaginación. ¿Y dónde encontraría el mosquete? ¿Y cómo hizo las balas con hielo? ¡Todo esto es una insensatez y me haces perder el tiempo!

Se levantó del sillón, furioso.

—Lástima que te lo tomes de este modo —se lamentó Louis levantándose a su vez—. Sin embargo, mi hipótesis explica perfectamente la ausencia de ruido y que no se haya encontrado el proyectil. Además, fabricar un proyectil de hielo, con el frío que hace, no me parece demasiado difícil. Está efectivamente lo del mosquete... Me proponía hacer una visita al convento de los mínimos, así me informaría del hecho de que tal arma esté o no en circulación por París.

Cogió su sombrero, que estaba sobre un cofre cerca de él.

Ante estas palabras, Gaston lo miró. La duda, y luego la inquietud, y al final la perplejidad parecían haberse adueñado de la mente del policía.

¿Y si Louis tenía razón? No perdía nada. Sin contar con que una visita al convento le permitiría cambiar de aires. Rodeó la mesa, cogió a su vez su sombrero y su capa posados en un arca mientras Louis, ahora inmóvil, lo observaba con interés.

—Bueno. Te acompaño para que te des cuenta de tus divagaciones —refunfuñó.

Louis sonrió discretamente. No había dudado del resultado. Su disputa no estaba, sin embargo, ni cerrada ni olvidada y bajaron en silencio al gran patio. No obstante, Gaston se sentía molesto por haberse puesto furioso, por lo que queriendo redimirse murmuró:

—Cojamos mi coche, pasaremos menos frío... Haré que un arquero lleve tu caballo al establo y te dejaré en casa cuando salgamos del convento.

Prepararon el coche de Gaston, mientras éste organizaba con un oficial la vuelta del caballo de su visitante.

Una vez que el coche estuvo preparado, Louis se instaló en él lo más cerca posible de la estufita de carbón que lo calentaba durante el invierno y que evitaba sufrir demasiado las mordeduras del hielo, mientras Gaston discutía el itinerario con el cochero.

El convento de los mínimos estaba situado detrás de la Plaza Real —una plaza que Hercule de Rohan-Montbazon, gobernador de París, había inaugurado tres años antes—; en ese trayecto probablemente hubiese mucha circulación, por eso el cochero propuso a Gaston costear el Sena.

—Las orillas embarradas están en parte heladas —explicó— y nadie trabaja en los puertos a causa del frío. El trayecto será rápido hasta el Arsenal.

Gaston asintió al punto, ya que tenía prisa por acabar, y se reunió con su amigo. Pero la discusión estaba todavía latente y ninguno de los dos quiso reanudar inmediatamente el diálogo.

El coche salió de la prisión por el porche en dirección al Sena.

Durante un momento contemplaron en silencio las orillas del río. A Louis le costó

trabajo reconocer los ribazos, era un lugar que frecuentaba poco, pero allí donde recordaba haber visto un año antes caminos fangosos, transformados en torrenteras durante las lluvias, empezaban a levantarse avenidas empedradas rodeadas de casas de alquiler de renta. Olvidó el mal humor de Gaston y lo hizo partícipe de su asombro.

—En efecto, la ciudad cambia —le respondió el comisario, contento de que se hubiese terminado el enfado—. El rey acaba de conceder al marqués de Grêves, su mariscal de campo que manda el ejército de Champagne, la parte de las orillas del Sena situada entre el puente del Cambio y el puente de Notre-Dame.

Mostró la zona en cuestión por la ventanilla y prosiguió con los detalles.

—Por lo visto, el mariscal había gastado mucho al servicio de Su Majestad, principalmente pagando a las tropas de su bolsillo, y Luis no podía reembolsárselo, así que utilizó este recurso. Por real despacho, le confió esta parte de las orillas, con la obligación de construir dos calles con casas de vecindad que podrá vender enseguida. Los despachos fueron registrados en agosto y los trabajos acaban de empezar bajo la dirección del marqués, que por otra parte ha abandonado el ejército. Ahora es un medio de enriquecerse haciendo construir, y ya lo había utilizado Marie parcelando la isla de San Luis y edificando el puente.

Se encogió de hombros, algo huraño.

—Pronto los financieros reconstruirán toda la ciudad y les pertenecerá.

—Los financieros y la nobleza —recalcó Louis—. No te olvides de que el primero de ellos, Enrique, nuestro buen rey, parceló la Plaza Real en casas de alquiler.

—Es cierto, incluso los reyes necesitan dinero —filosofó Gaston—. He elegido mal mi oficio.

Louis pensaba en la comedia cuya lectura había hecho Corneille dos meses antes en el palacio de Rambouillet. Uno de los personajes declamaba en ella:

*Una ciudad entera, con pompa construida,
Parece un viejo foso de milagro surgida.*

¡Y era tan cierto en París! Toda la ciudad estaba en obras. Por todas partes se elevaban inmuebles y palacetes.

Después de haber pasado el puerto del heno, donde desembarcaban el forraje, luego el puente Marie, se aproximaron al Arsenal, la sede del puerto militar de París convertido después en prisión y tribunal excepcional para los procesos políticos. El carruaje giró a la izquierda, antes del puerto de San Pablo, en la calle del mismo nombre. De repente, allí la circulación se hizo difícil y el cochero no dudó en insultar y en empujar a los viandantes, así como a los conductores de otros vehículos, para ir más rápido.

Durante este tiempo Gaston, que no había dejado de refunfuñar contra los

financieros, se decidió a preguntar a Louis sobre el problema que le interesaba: el crimen de Babin du Fontenay.

—¿Cómo se te ha ocurrido una idea tan descabellada del asesinato?

—El asesinato de un comisario de policía es excepcional, ¿no? No lo ha podido matar un asesino vulgar; así pues, el criminal debía de tener razones de peso para hacerlo. Desde ese momento me pareció un procedimiento fuera de lo común que había que contemplar. Puesto que tú habías eliminado las hipótesis más verosímiles, sólo quedaban las conjeturas más inconcebibles.

—Bueno. Tardaremos en saberlo, pero si tienes razón, ésta es una investigación cuyo resultado es incierto. ¡Nadie querrá creerme! A propósito, ¿dónde están tus dominios?

—Si te refieres al castillo que acabo de recibir, está en ruinas y, tirando por lo bajo, necesitaré unas cien mil libras para ponerlo en condiciones. Y te aseguro que no las tengo. Y si se te ocurre hacer alusión a mi matrimonio con Julie de Vivonne, ya te digo ahora que es imposible mientras no me haya establecido. Quizás debería hacerme yo también financiero —añadió Louis lúgubrementemente.

—Puedo prestarte dinero. He obtenido beneficios vendiendo mi tenientazgo —sugirió Gaston—. Mañana te entregaré diez mil libras con las que no sé qué hacer...

—Gracias, pero debo arreglármelas yo solo. Pienso ir a ver el estado del dominio en primavera. Hablemos de otra cosa, ¿quieres?, ya que nos acercamos... Tengo que explicarte dónde vamos a meternos.

Atravesaron efectivamente la calle de Saint-Antoine y vieron al final la maciza silueta de la Bastilla, donde todavía se hallaban encerrados tantos enemigos de Richelieu, por ejemplo el mariscal de Bassompierre.

—¿Qué sabes de ese convento al que vamos?

Gaston esbozó una mueca de perplejidad. Para él, todos los conventos se parecían. Sin embargo, no ignoraba que el de los mínimos era un caso aparte.

—Pues que allí, según dicen, viven muchos sabios, matemáticos, filósofos, pero los religiosos son hombres de Iglesia antes que científicos. Se han opuesto muchas veces al rey y nosotros vigilamos las estrechas relaciones que mantienen con España o con Roma. Dicho esto, y a pesar de sus actividades misteriosas, no tenemos nada que reprocharles. Todavía no...

Louis asintió con la cabeza.

—Exacto. Vincent Voiture tuvo problemas con ellos, y Théophile de Viau más todavía hace veinte años. Proponían entonces la puesta en práctica de una Santa Inquisición, parecida a la española, tribunal que se encargaría de juzgar a los librepensadores como él o como Guez de Balzac. Pero son tan fanáticos como brillantes científicos. ¿Sabías que Descartes se alojó en el convento hace quince años únicamente para trabajar con ellos? En particular, con el padre Mersenne, que está considerado como el mayor matemático de Europa.

El coche acababa de entrar en el patio del convento después de haber rodeado la

iglesia, cuya fachada estaba en proceso de rehabilitación, y tuvieron que interrumpir su conversación.

Un monje portero de mirada inquisitiva y paso militar avanzó hacia ellos cuando bajaban del vehículo.

Gaston se encaró con él arrogante.

—Soy el comisario de policía Gaston de Tilly. Quiero ver a uno de vuestros padres superiores para un asunto confidencial que no puede esperar.

El monje frunció imperceptiblemente el ceño ante la insolencia de su interlocutor, pero se reprimió y se inclinó con humildad. Les hizo una seña para que lo siguiesen hasta una larga y estrecha sala que daba al patio. Allí se excusó, tras pedirles que esperasen unos instantes, y se alejó rápidamente sin volverse.

La sala adonde los había conducido estaba completamente pintada de paisajes campesinos llenos de flores sobre un extraño fondo encarnado. Las cuatro paredes estaban también totalmente cubiertas, sin ningún espacio libre. El conjunto daba una curiosa sensación, a la vez opresiva y relajante. Gaston miraba aquellas pinturas asombrosas con cierta incomodidad. Al cabo de un instante, no se pudo contener:

—¿Qué significa este decorado? Me produce una curiosa impresión...

—Es singular, ¿verdad?

No era Louis el que había hablado, sino un monje imponente de aspecto severo. ¿Desde cuándo estaba a sus espaldas? El religioso tenía un rostro seco y profundamente marcado, cruzado de un fino mostacho que se prolongaba con una corta perilla blanca. Louis enarcó las cejas: aquel corte de barba era más frecuente entre los hombres de espada que en los servidores de Dios; ¡era en verdad la misma que la de Richelieu! Miró las manos del monje: eran largas y finas. Las manos de un hombre de pluma, pensó Louis, o de gentilhomme habituado a manejar la espada.

El desconocido sonrió ante este examen, que no le había pasado inadvertido, y se explicó:

—Soy el padre superior de este convento. ¿Qué desean, señores?

Gaston se adelantó.

—Me llamo Gaston de Tilly, soy el comisario del barrio de Saint-Germain-l'Auxerrois, y éste es el caballero de Mercy, que me ayuda en una investigación criminal —declaró con su brusquedad habitual—. Buscamos información sobre las armas de aire fabricadas en vuestro convento por el padre Diron. Para el cardenal Richelieu, creo...

—El padre Diron está en Roma —el monje dudó un instante antes de proseguir—. Pero si lo deseáis, puedo conducirlos hasta el padre Nicéron, que trabaja con él.

—De acuerdo —convino el policía, mirándolo a los ojos.

El religioso no pestañeó y les hizo una señal para que lo siguiesen. Acompañaron en silencio al austero religioso por un dédalo de pasillos y de escaleras hasta desembocar finalmente en un vasto granero glacial. Debían de encontrarse en la parte superior del convento. Allí varias máquinas extrañas estaban en proceso de

construcción a manos de tres o cuatro oblatos que parecían obedecer a un joven sacerdote. Éste, delgado, con el rostro demacrado cercado por una sotabarba muy negra, tanto como sus ojos vivos, sostenía en sus brazos a otra persona herida o aquejada de alguna enfermedad. Muerto, tal vez. Un monje lo asistía examinando el cuerpo.

Bruscamente, el joven los vio y soltó al herido, que cayó al suelo con un inquietante ruido metálico. Gaston enarcó las cejas y se puso rígido. La pobre víctima no se movía y parecía gravemente enfermo. El joven sacerdote, ignorando totalmente a su enfermo, avanzó hacia ellos riéndose de una manera innoble. Louis se dio cuenta entonces de que no era tan joven como parecía. El religioso debía de haber superado largamente los cuarenta.

—¿Os ha sorprendido que haya dejado a mi paciente? —rió con crueldad.

Gastón y Louis comprendían cada vez menos el tono irónico y sarcástico, al tiempo que los otros oblatos parecían contener la risa con dificultad. ¿Era así como actuaba la Iglesia? ¿En qué lugar de depravación habían caído? Louis sorprendió entonces al padre superior, que no ocultaba su risa demente ante el comportamiento vergonzoso del padre.

—Acercaos, señores —prosiguió con descaro el monje perverso.

La invitación era curiosamente amistosa y ellos obedecieron. El herido, tendido en el suelo, no se movía. El padre se inclinó sobre él y le levantó la camisa: ¡una placa de hierro atornillada ocupaba su vientre! La abrió con la ayuda de unos ganchitos.

El interior estaba lleno de correas y ruedas.

—¡No es más que un autómatas! —dijo levantándose—. Y si conseguimos ponerlo en funcionamiento, será cuestión de días.

Gaston y Louis estaban paralizados por el estupor. Habían oído hablar de tales ingenios pero nunca habían visto uno. No sabían qué decir, y fue el padre superior quien retomó el motivo de su visita, interviniendo severamente:

—Las bromas han terminado, padre Niceron, este señor es comisario de policía y desea información sobre los mosquetes de aire del padre Diron. No estamos obligados a responderle porque no dependemos de su jurisdicción, pero no tenemos nada que ocultar. Podéis hablarle libremente en mi presencia.

Niceron los miró, aparentemente sorprendido; hizo una mueca para declarar sin pestañear:

—Conozco poco las armas extraordinarias del padre Diron, pero intentaré informaros. ¿Qué deseáis saber?

Louis tomó la palabra.

—Sabemos que Richelieu obtuvo un mosquete de aire del padre Diron, pero se trataba de un arma muy pequeña que, dicho sea de paso, conozco muy bien. Deseamos saber si existe otra mayor y sobre todo capaz de enviar un grueso proyectil.

El padre de los ojos negros dirigió una mirada fugaz a su superior, que asintió con la cabeza, dándole implícitamente permiso para responder.

—En efecto, el padre Diron construyó un sólido mosquete capaz de enviar balas de más de una pulgada de diámetro.

—¿Podemos verlo?

De nuevo el intercambio de miradas furtivas, más preocupadas esta vez. Y no hubo respuesta alguna.

—¿Debo entender que no lo tenéis?

Ahora era Gaston el que tomaba la palabra. Su tono era seco y desagradable.

El padre superior les hizo una señal para que se dirigiesen a un rincón de la pieza donde los oblatos no pudieran escucharlos.

—Lo hemos prestado —susurró con una sonrisita falsa.

—¿Prestado?

—Somos hombres de Iglesia —se excusó—, y tenemos superiores. Uno de ellos se presentó ante nosotros con una orden escrita del Santo Oficio. Teníamos que entregarle el mosquete. Y así lo hicimos.

Sonrió de nuevo para señalar la evidencia.

—¿Quién era ese hombre?

Niceron se mostró ofuscado.

—Un gentilhomme fuera de toda sospecha, una de las más viejas familias del Languedoc: el marqués de Fontrailles.

Si en ese instante el autómatas se hubiese levantado y se pusiese a bailar la giga, nuestros amigos se quedarían menos estupefactos que al oír el nombre del marqués.

Louis d'Astarac, el marqués de Fontrailles, ¡el instigador de la conspiración de Cinq-Mars! El hombre que había intentado tantas veces asesinar al Gran Sátrapa. Ese jorobado tan deforme y malévolos a quien el cardenal Richelieu le había dicho un día, zarandeándolo: «¡Apartaos de mi vista! ¡No me gustan los monstruos!» ¿Un monstruo? Tal vez. En todo caso, un intrigante inteligente, sin escrúpulos y, sobre todo, uno de los mejores amigos de Monseñor, el hermano del rey, el posible heredero del trono de Francia.

—¡Pero el marqués de Fontrailles está huido! —se asombró Louis—. Si ha venido aquí, deberíais denunciarlo.

—Nosotros no nos metemos en asuntos terrenales —intervino hipócritamente el padre superior bajando los ojos—. Para nosotros, sólo era el representante sagrado del Santo Oficio.

—Decid mejor de la Santa Inquisición —escupió Gaston—. Las relaciones de Fontrailles con España siempre han sido fecundas. ¿Y cuándo fue la visita?

—Hace una semana —replicó Niceron bajando los ojos como un chiquillo pillado con la mano en el bote de mermelada.

Se hizo el silencio. Gaston trataba de hilar todas las informaciones. Louis observaba severamente a los religiosos. El joven no se reía y el padre superior estaba

sombrío. Sabían que su franqueza les podía costar muy cara. Adivinaban lo que su orden arriesgaba. No tanto por haber entregado el mosquete, sino más bien por haber ocultado la visita de Louis de Astarac, un criminal huido. Para ellos podría suponer el exilio o, lo que era peor, que les cerrasen el convento. El padre superior levantó los ojos y sin duda leyó los pensamientos de Louis, pues preguntó:

—Os hemos dicho la verdad y no estábamos obligados a ello. ¿Y a cambio vos estáis obligados a relatar lo que os hemos contado?

Gaston pareció sofocado.

¡Y encima quieren que los absuelva!, explotó en su fuero interno. Iba a estallar cuando Louis respondió en su lugar.

—Podéis contar con nuestra discreción, padre.

Tilly, pasmado, miró a su amigo. ¿Qué tenía aquel loco en la cabeza? Abrió la boca para hablar cuando Louis se le adelantó.

—En contrapartida, necesito otra respuesta: ¿Vos pensáis que el mosquete podía disparar cualquier clase de bala?

—¡Desde luego! —asintió Niceron que había recuperado la jovialidad—. El padre Diron utilizaba balas de madera y, fijaos que gracioso, cuando le conté la anécdota a Fontrailles, un día de invierno, ¡intentó hacer proyectiles de hielo! ¡Creedme, eran tan terribles como los de acero! Además, le expliqué al marqués que semejantes proyectiles al fundirse no dejarían ninguna huella.

Gaston miró a Louis con una expresión consternada. ¡Así que eran ellos quienes habían dado aquella abominable idea a Fontrailles! Fonsac sonreía suavemente. Sin embargo, Tilly estaba furioso, más consigo mismo que con su amigo; ¿por qué no había creído en él? Con el tiempo, debería saber que siempre tenía razón.

—Creo que ya sabemos bastante —explicó prudentemente Louis—, pero quizás volvamos para hacer algunas precisiones. Evidentemente, nos advertiréis si el mosquete vuelve a vuestras manos... o el marqués de Fontrailles...

—El padre Niceron os acompañará —decidió el superior del convento, visiblemente aliviado de que la entrevista terminase así, pero sin ratificar la afirmación del joven.

No obstante, dudó un momento y luego añadió dirigiéndose únicamente a Fonsac:

—Gracias, caballero. Os agradezco vuestra discreción y quedo a vuestra disposición...

Pero ya se había dado la vuelta y se había retirado por una puertecita casi invisible.

El padre Niceron les hizo una seña para que lo siguiesen y volvieron al laberinto, sin duda en sentido inverso; sin embargo, como el trayecto se eternizaba, Louis se preguntó si el mínimo no pretendía despistarlos.

Desembocaron bruscamente en un pasillo cuyas paredes estaban pintadas con sendas imágenes; en la de la derecha aparecía María Magdalena llorando en su gruta

y en la de la izquierda san Juan, el águila de Patmos.

Mientras nuestros amigos se acercaban al fresco, los personajes allí pintados desaparecieron progresivamente.

Entonces se encontraron en el interior de la larga pieza pintada con paisajes en la que los habían recibido.

¿Qué milagro era aquel?

Gaston y Louis se miraron, asombrados, y Gaston dijo en voz baja a su amigo:

—¡Vive Dios! Si no estuviésemos en un monasterio, diría que todo esto es una magia diabólica.

Niceron apareció entonces muerto de risa por su estupefacción. Sus ojos negros brillaban de malicia.

—Acabáis de apreciar mis curiosas perspectivas. Os propongo que retrocedáis un poco.

Los dos amigos siguieron la recomendación del fraile.

El águila de Patmos reapareció misteriosamente igual que María Magdalena. Así, vistas de cerca, las pinturas sólo eran paisajes, pero vistas desde más lejos y bajo un punto de vista más reducido, los paisajes desaparecían y el dibujo de los personajes era evidente.

—Ya lo entiendo —murmuró Louis—, ¡es un efecto óptico!, ¡un trampantojo!

—Es más complicado —Niceron había sacudido la cabeza algo irritado—, se trata de anamorfosis, es decir, figuras que estiradas se vuelven irreconocibles^[4]. Sólo recobran su verdadera forma bajo una determinada perspectiva. Estas dos todavía no están terminadas porque no he podido traducir lo que deseo^[5]. Muchos fenómenos pueden ser tratados con anamorfosis. Venid, os mostraré otra curiosidad.

Abrió una puerta con la mano izquierda y los invitó a entrar en un salón donde había un inmenso bastidor, similar a los que se ven en los molinos. A su alrededor había clavados cuadros que representaban a príncipes franceses.

—Colocaos aquí —ordenó instalándolos en un pequeño marco situado contra el bastidor—. Ahora fijad la mirada en ese punto.

Les indicó el centro de la máquina.

De repente, dio un golpe al mecanismo que se puso a girar muy rápido y, súbitamente, nuestros dos amigos vieron aparecer en el centro del bastidor la fusión de los cuadros que giraban vertiginosamente. La fusión constituía un nuevo retrato: el del rey.

Se quedaron desconcertados. ¿Qué era aquel nuevo milagro? Una vez más, Niceron se burló de su desconcierto.

—No se trata de ningún milagro —bromeó—, sólo es ciencia. Es lo que yo llamo catóptrica, o la ciencia de los espejos. He diseñado muchos aparatos de este tipo. Algunos pueden incluso proyectar una imagen en movimiento, animada, sobre una pared blanca, una especie de teatro artificial. Pero el padre superior me ha dicho que eso no tenía ningún interés práctico^[6].

»Anamorfosis, catóptrica, no hay ninguna brujería, únicamente la ilusión. Volved a visitarme con más tiempo, os mostraré todo esto y muchas más cosas.

Los acompañó por la pieza decorada. Louis comprendía ahora que se trataba de pinturas estiradas, que variaban las formas siguiendo la posición que se adoptaba cuando se miraban. Pero Niceron añadió, esta vez muy serio:

—No olvidéis jamás que la realidad se parece a las anamorfosis. Según la perspectiva desde donde se la considere, su significado no es el mismo...

Y con estas palabras enigmáticas se dio media vuelta y los dejó.

Un poco afectados por esta visita, nuestros dos amigos salieron y llegaron al patio donde los esperaba su carruaje.

—¡Vaya!, éste sí que ha sido un extraordinario desplazamiento —afirmó Gastón con voz sorda—. Si me lo hubiesen contado, jamás habría creído lo que acabamos de ver.

—Lo que es todavía más sorprendente es la amabilidad de estos frailes; al fin y al cabo, nada los obligaba a decirnos la verdad.

—Para eso sí que tengo una explicación. En realidad, el superior casi no tenía elección: durante la conspiración de Cinq-Mars muchos de los priores, o simplemente hombres de Iglesia, estuvieron comprometidos. No debemos olvidar que fue España la que financió la conjura. Desde entonces la policía vigila los conventos y todos los lugares susceptibles de convertirse en focos de rebelión.

»El padre superior lo sabe perfectamente y no ha querido correr ningún riesgo. Imaginemos que nos hubiese mentado, o que se hubiese negado a hablar, yo se lo habría referido a Laffemas y, dentro de ocho días, todos nuestros amigos se encontrarían camino de Roma o de Madrid. Como no tienen nada grave que reprocharse, salvo haber recibido al marqués de Fontrailles y no haberlo denunciado, la vergüenza habría sido más dura para ellos que la franqueza. Nos ha ayudado, tanto para evitar disgustos a su congregación como para obtener futuras ventajas.

Louis dirigió a su amigo una mirada llena de lucidez.

—Eres un cínico y sin embargo tienes razón. En esta causa dispones ahora de una pista seria. Si Fontrailles mató a un comisario de policía, es por lo que sabía o iba a descubrir. Ahora es cosa tuya encontrar y examinar los casos de los que se ocupaba. De ellos saldrá la verdad.

Durante el trayecto, mientras hablaban, Louis había levantado la cortina de cuero del vehículo. Ya casi era de noche, porque habían pasado mucho tiempo en el convento. Sin embargo, algo de luz permitía ver el exterior; no estaban muy lejos de la calle de los Quatre-Fils, donde se encontraba la notaría de su padre.

—Tengo una propuesta que hacerte, Gaston. Esta noche ceno con mis padres, que han invitado a Boutier, el procurador del rey. Él nos contará todo lo que pasa en la Corte. Reúnete con nosotros. Quizás allí te enteres de rumores que te sean útiles. Podemos estar allí dentro de diez minutos. Tu cochero comerá con nuestros criados y tú volverás después de cenar. De todos modos, de noche y con este frío, tampoco creo

que puedas hacer nada mejor.

—De acuerdo —respondió Gaston, después de haber dudado imperceptiblemente—. Tanto por el placer de ver a tus padres como por la curiosidad de escuchar a nuestro amigo Boutier. Es cierto que podría contarme ciertas historias que ignoro. Ya ves, me pregunto si en este asesinato no hay más gente implicada de la que creo. Si Fontrailles desempeña en él un papel, este crimen ciertamente tiene ramificaciones más extensas de lo que yo sospechaba al principio.

Tarde del 8 y jornada del 9 de diciembre de 1642

Pese a que el notariado no gozaba de mucha estima a mediados del siglo XVII, era, sin embargo, una actividad floreciente y sobre todo indispensable. El padre de Louis no sólo mantenía a su familia con desahogo, sino con opulencia. Su despacho había registrado cerca de mil setecientas actas en 1641. Actas habituales, como arrendamientos, contratos, testamentos o simples poderes; pero también las actas *desacostumbradas* como contratos de libreros, promesas de matrimonio, clases de baile o de buena vecindad.

El despacho de los Fronsac, una vieja pero sólida granja fortificada, pertenecía a la familia. Cuando había sido construida, tres siglos antes, se ubicaba en medio de los jardines del Temple. Después, la ciudad había crecido y, ahora, el edificio constituía una parte del lado norte de la calle de los Quatre-Fils.

En la fachada, un sólido y poco atractivo muro cercado cerraba completamente el patio interior de la vivienda. Un porche, con una pesada puerta de roble claveteado, defendía el único acceso. En una época en la que cada noche las casas eran atacadas y saqueadas por una u otra banda de truhanes de la capital, esta protección era tanto más necesaria cuanto que los notarios debían conservar no sólo las actas que redactaban, sino también las copias de sus colegas, así como títulos, contratos e incluso valores que se les confiaban.

Ni que decir tiene que semejantes documentos a veces podían ser valiosísimos para las partes en proceso.

El coche de Gaston entró en el patio del edificio por la puerta cochera, todavía abierta a aquella hora de la noche, para detenerse ante el cuerpo principal de la vivienda.

Enseguida Guillaume Bouvier se precipitó a abrir la puerta del vehículo. Había reconocido al *pequeño*, al chiquillo que se había convertido en caballero de San Luis y al que había enseñado a disparar.

Guillaume y su hermano Jacques eran a la vez guardas y palafreneros del despacho.

En realidad, los dos hermanos Bouvier no tenían demasiado trabajo. Ambos eran exsoldados que habían aceptado —no sin pena— renunciar al saqueo y a su vida de aventuras a cambio de un techo. Su tarea diaria consistía en limpiar el patio del estiércol y los excrementos de los caballos de los visitantes. Su labor, sin embargo, era defender la casa y a sus habitantes en caso de agresión. Y se podía contar con ellos, porque, a pesar de la edad, eran unos temibles mercenarios, violentos y sin piedad en caso de batalla.

Juntos formaban una especie de viejos Cástor y Pólux, de lo mucho que se parecían. Para distinguirlos, Pierre Fronsac acabó por ordenar a Guillaume que

llevase barba y a Jacques un enorme mostacho.

Louis saltó a tierra y abrazó al viejo soldado barbudo.

—¿Todavía fuera con este frío, Guillaume?

—Es necesario, caballero, cuando llega un coche tengo que ir a ver... nunca se sabe...

Louis vio la pistola de rueda en la cintura y el machete en una de sus botas. En ese momento Gaston se reunió con ellos, frotando las manos para entrar en calor.

—Cenamos aquí esta noche —advirtió Louis—. Voy a avisar a la señora Mallet.

Antoine Mallet era el portero titular del despacho y su mujer la cocinera de la casa.

Louis se alejó mientras Gaston cambiaba unas palabras con Guillaume sobre la situación militar en el norte de Francia —un tema inagotable para los dos exsoldados, tras lo cual Gaston dejó a su cochero en compañía de Guillaume, que lo conduciría a las cocinas, y subió a saludar al señor Fronsac en el primer piso de la casa.

El piso estaba constituido por cuatro amplias piezas contiguas: un oscuro comedor, una biblioteca en penumbra, una sala crepuscular donde trabajaban los amanuenses del despacho, bajo la dirección del primer pasante Jean Bailleul, y por último un lúgubre gabinete, el despacho del señor Fronsac. Las piezas estaban también comunicadas por escaleras de caracol.

Cuando Louis entró en el gabinete de su padre, después de haber dejado a la señora Mallet, Gaston ya estaba allí, manteniendo una animada conversación con el señor Fronsac, con Philippe Boutier —procurador del rey y padrino de Louis— y con Jean Bailleul.

Como de costumbre, la sala de trabajo estaba sumida en la oscuridad. En realidad, esto sucedía en toda la casa del notario, cuyas ventanas eran escasas, minúsculas y enrejadas.

Sobre un cofre había un candelabro de tres brazos encendido. El fuego de la chimenea producía también unos inciertos resplandores, así como dos lámparas de aceite de naveta posadas en una consola maciza de nogal. Sin embargo, toda esta iluminación producía más olor que claridad.

El padre de Louis, vestido con un largo jubón de terciopelo negro, estaba sentado a su mesa y ostentaba su proverbial semblante severo que le permitía enmascarar sus miedos y sus dudas. Alto y delgado, era el polo opuesto del procurador Boutier, ayudante principal del canciller Séguier, un hombrecillo regordete y casi calvo, vestido también con un simple traje negro de cuello vuelto, como era obligatorio para los juristas, pero alegrado por unas coquetas bocamangas de seda roja, así como unos lacayos, también rojos.

Louis iba a participar en la conversación cuando su madre entró a su vez en la biblioteca. La señora Fronsac, con un vestido negro de largos pliegues rectos y corpiño de encaje, los llamaba para ir a la mesa.

La cena fue servida en el gran comedor, una pieza lúgubre y glacial, pobremente

iluminada por candelabros de plata y amueblada principalmente por una larga mesa y un espacioso aparador con celosía donde la señora Fronsac guardaba sus vasos, sus aguamaniles y sus platos de estaño.

En las paredes de piedra, las colgaduras de tapicería y algunos hermosos espejos intentaban sin éxito ornamentar el lugar, así como una hermosa chimenea de artesonado donde ardía un fuego que apenas calentaba a los invitados. La mesa de nogal, rectangular, había sido cubierta con un elegante mantel adamascado y la señora Mallet había dispuesto las más ricas piezas de orfebrería de la casa: candelabros, saleros, vinagreras y frascos de vino, así como la vajilla de loza.

Nicolas Bouvier, el hijo de Jacques, habitualmente cochero de Louis, representaba a la perfección el papel de sumiller llenando los vasos, situados a la derecha del plato, con vino de Borgoña.

Después de su sobrino, Guillaume Bouvier entró solemnemente en la pieza para colocar en medio de la mesa dos soperas, una con sopa de calabacín y otra de cebolla. A continuación depositó sucesivamente varias carnes, asadas o guisadas, cada una de ellas presentada con una salsa de distinto color.

En cada ocasión, Boutier examinaba los platos con codicia y Gaston con glotonería. La señora Mallet se había superado preparando orejas de jabalí, riñones, manitas de cerdo, así como gallina trufada. Todos los platos iban acompañados con alubias y lentejas humeantes.

Una vez servidos, los invitados se pusieron a comer enseguida, utilizando los dedos y más raramente la cuchara. Mojaban pan en la sopa y las salsas. Únicamente el señor y la señora Fronsac utilizaban los cubiertos italianos. Durante un momento sólo se oyó el ruido de las mandíbulas.

Una vez saciados, el notario, el procurador, el comisario y el pasante reanudaron la discusión interrumpida en la biblioteca: el único tema era la muerte de Richelieu.

Mientras hablaban, Louis meditaba. Se acordaba de la última vez que se había encontrado con el procurador Bouvier. Había sido unas semanas antes; en ese momento, la mano de hierro del cardenal oprimía todavía Francia.

Y ahora que el Gran Sátrapa llevaba muerto varios días, el temor que el hombre de rojo suscitaba era todavía muy fuerte, como si el fantasma de Armand du Plessis gobernase aún el país.

Tardaremos mucho en olvidarlo, pensaba amargamente Louis.

Huelga decir que los invitados ignoraban que, paulatinamente, la reputación del verdugo Richelieu se disiparía para dar paso a la del fundador de la Francia moderna. Pero hasta ese día sólo el miedo y el odio subsistían en los corazones.

—... ¡Y el rey se rió!

Mientras Louis estaba sumido en sus pensamientos, meditando no sólo en el triste final de Armand du Plessis, sino también en las cosas asombrosas que había descubierto en el convento de los mínimos, esta afirmación desconcertante «¡y el rey se rió!» lo sacó de repente de su ensimismamiento. Se volvió intrigado hacia su

padrino.

—Disculpad, señor Boutier, no estaba atento, ¿decíais que el rey se reía al dejar la cabecera del cardenal? ¿He oído bien?

Boutier sonrió indulgente ante la distracción de su ahijado.

—¡Exactamente! Vos sabéis, Louis, que las relaciones entre los dos hombres se habían vuelto tirantes hasta la ruptura, y si Richelieu no hubiese muerto por causas naturales, muchos creen que nuestro rey se habría encargado de...

¡Terrible frase, tan cierta como cruda!

No obstante, un mes antes Boutier no habría osado hacer tal comentario y el señor Fronsac jamás habría consentido que lo hiciese. Pero el Gran Sátrapa ya no estaba y la libertad había vuelto por sus fueros. Boutier continuó muy serio:

—Sin embargo, las relaciones que los unían eran tales que el rey debía de ir a visitar a su ministro enfermo. Lo hizo dos veces. Al salir de la segunda visita, mientras el moribundo le había dado sus últimos consejos para reinar sin él, Su Majestad pareció particularmente alegre, lo que sucedía pocas veces. Luis el Justo incluso se echó a reír y se dedicó a bromear con los que estaban con él. ¡Y el cardenal, agonizante, lo oyó!

—Habrá que pensar que en adelante todo va a cambiar en el gobierno del país — se alarmó el señor Fronsac enarcando las cejas.

Como todos, el notario había odiado a Richelieu cuando gobernaba el país. Los impuestos agobiantes y una represión sangrienta hacia los que se negaban a pagarlos no podían suscitar amor por el Gran Sátrapa. Pero ahora era el futuro lo que le preocupaba porque lo desconocido es todavía más temible.

—No creo —opinó el procurador con una ligera vacilación que no escapó a Louis—. El rey parece satisfecho por gobernar de nuevo. Está contento de haberse deshecho de su ministro, aunque parece decidido a proseguir con la misma política.

»Ha hecho saber a todos que no cambiaría ninguna máxima y que actuaría con más rigor todavía que en vida del cardenal.

—¿Pero quién será el nuevo primer ministro? —preguntó Gaston con la boca llena—. Vos debéis de saber algo...

El comisario pocas veces tenía la oportunidad de tomar una comida tan suculenta y se estaba atiborrando, limpiándose sin moderación los dedos en su jubón lleno de lamparones.

Boutier dejó su cuchillo y unió las yemas de los dedos, como queriendo recalcar la importancia de lo que iba a anunciar.

—De momento, Su Majestad no da la impresión de querer un primer ministro. Ha conservado el Consejo establecido por Richelieu, con Séguier en Justicia y Noyers como ministro de la Guerra, Claude Bouthillier en Finanzas y su hijo Chavigny en Asuntos Exteriores. «Quiero tener los mismos ministros», dijo. Sin embargo, y cosa sorprendente, ha hecho saber que el «cardenal Mazarino es el primero en estar al corriente de los proyectos y las máximas de Richelieu, y he querido unirlo a mi

Consejo».

»Así que, desde ayer, el italiano forma parte del ministerio.

¡Extraordinaria noticia! Así pues, un extranjero, un italiano —o lo que es peor: un siciliano, ¡el hijo de una criada!— se convertía en miembro del Consejo real, apoyado esta vez, no por un Richelieu todopoderoso, sino por el propio rey.

En cuanto a los otros miembros del ministerio, eran todos viejos conocidos: Séguier era ministro de justicia desde el encarcelamiento de Châteauneuf, Sullet du Noyers formaba parte de los *devotos* cercanos al Oratorio y a los ultramontanos; y los Bouthillier eran viejos fieles que se lo debían todo a Richelieu. La presencia de Bouthillier, padre e hijo, era, en efecto, una señal de que el rey pensaba continuar la política del cardenal. La suerte había llegado a esta familia a través del abuelo Denis, un abogado que había ayudado a la madre del cardenal cuando estaba en la miseria. Una vez en el poder, Armand du Plessis había elegido a su hijo Claude para ser superintendente de Finanzas. Más tarde, el nieto, Léon, había sido nombrado conde de Chavigny, convirtiéndose en secretario de Estado. Las malas lenguas decían que en realidad era un hijo natural de Richelieu y de la señora Bouthillier, porque a pesar del hábito el cardenal había sido un gran mujeriego.

Pero Léon, conde de Chavigny, también era un viejo amigo de Mazarino, que lo había alojado cuando el italiano había llegado a Francia sin dinero, sin conocidos y sin apoyo.

—¿Y qué dice Monseñor, el hermano del rey, de este ministerio? —preguntó Louis inquieto.

—Donde está no puede hacer daño —se rió Boutier con el vaso de vino en una mano, mientras que con la otra cogía unos buñuelos ofrecidos por la señora Mallet—. Hace cuatro días Su Majestad ordenó al Parlamento que registrase una declaración contra el duque de Orleáns, incapacitándolo para cualquier función administrativa o incluso para ejercer la regencia. Además, el rey ha hecho saber a su hermano su deseo de que se instale en Blois definitivamente. Se le ha prohibido volver a la Corte. Luis no ha olvidado la conspiración de Cinq-Mars y, rencoroso como es, no ha perdonado a su hermano.

Todo el mundo sabía en Francia que Monseñor, el duque de Orleáns, el hermano del rey, había participado en la mayoría de las conspiraciones contra el cardenal, y en consecuencia contra su hermano, generalmente con el apoyo de su cuñada Ana de Austria. En su descargo, conviene precisar que las había denunciado y traicionado todas.

—¿Y Condé? ¿Y el resto de los Grandes? —preguntó Fronsac padre, saboreando un crujiente *macaroni*.

—De momento, las fieras esperan al acecho. El nuevo Consejo no les preocupa. Ninguno de ellos pertenece a él y la situación está equilibrada. Se vigilan, se espían, esperan como predadores que son.

»Condé está sobre todo preocupado por la sucesión del cardenal, del que desea la

mayor parte de los bienes, y los demás, los exiliados, los encarcelados, los desterrados, esperan su hora. ¿Cuál será su suerte? Nuestro rey tiene sus defectos, pero es justo y bueno, y ya se habla de una próxima liberación de los encarcelados, como el mariscal de Bassompierre, o del perdón para algunos, como el señor de Trevillé. Para los culpables, Vendôme, Beaufort y la duquesa de Chevreuse, creo que es demasiado pronto, pero a fe mía que todo llegará.

El tono del procurador era de decepción.

—¡Pero si todos los grandes son perdonados, volverá a haber complots! Richelieu sólo ha sido un blanco aparente. Era el rey el que estaba en el punto de mira — exclamó con vehemencia Louis, por el sesgo que tomaba la conversación.

Boutier movió lentamente la cabeza en señal de conformidad.

—Creo que el rey lo sabe. Ya os lo he dicho, Luis el Tartamudo^[7] ha desaparecido, y es Luis el Justo quien ha tomado las riendas del gobierno. Será prudente, sin duda... o por lo menos, eso espero...

Pero en su expresión se adivinaba que no lo creía. Louis también dudaba y los acontecimientos futuros le darían la razón.

—No es menos cierto —prosiguió Boutier— que se empiezan a distinguir dos facciones en la Corte: de un lado, los antiguos adversarios del cardenal, sorprendidos, y satisfechos, de estar todos vivos. Son los que intentan aliarse para encontrar el papel que se les debe, por lo menos es lo que ellos piensan, en las instancias del Estado. Enfrente están los que por lealtad, interés, o generalmente por miedo, se quedaron del lado del rey y del cardenal. Éstos no quieren ser eliminados por los primeros, tienen el poder al alcance de la mano y, si lo consiguen, no querrán compartirlo con nadie.

—¿Y España? —preguntó el notario.

Era, en efecto, la gran preocupación de la burguesía, porque si Richelieu dejaba un país ampliado con Artois, el Rosellón y algunas ciudades del este, el ejército de la casa de Austria —el más fuerte de Europa— seguía estando presente, intacto, agazapado en el norte del país, en tierra flamenca. ¡Si la guerra vuelve a comenzar, habría a la fuerza nuevos impuestos! Si no, ¿cómo pagar a los soldados?

—¡España! Tenéis razón —le respondió el procurador, con una mueca de preocupación—. Es el gran temor y la gran pregunta. Los dos últimos años, los Habsburgo han tratado por medio de intrigas y complots colocar a los ultramontanos a la cabeza del Estado francés, pero por suerte siempre fracasaron y todas esas conspiraciones fueron ahogadas con sangre. Sólo le queda la guerra para imponer su voluntad.

—Y será fácil: el ejército de Flandes sólo tiene que caer sobre París, nada ni nadie lo detendrá —afirmó Gaston.

Se produjo un silencio opresivo. Si al estado desastroso del país se sumaba la guerra, los franceses iban a sufrir todavía más. Todos pensaban en ello y no tenían muchas ganas de conversar. A Boutier le pareció buena idea cambiar de tema para no

estropear el final de una cena tan suculenta.

—Habladnos un poco de vos —dijo, dirigiéndose a Louis—. Me he enterado de que el rey os ha hecho llegar una carta de nobleza y un título de caballero. No se habla de otra cosa en el Louvre y todos se preguntan sobre las causas de este honor. Vuestro padre no ha querido darme las razones, ¿lo haréis vos?

—Me temo que no —replicó sombríamente Louis—. La contrapartida de este título debe ser mi silencio. Quizás un día, más adelante, la historia será publicada...

Boutier sonrió zalamero, como quien lo entiende todo. En realidad, conocía perfectamente la verdad.

—De acuerdo, pues, no esperaba otra respuesta de vos —aseguró—, pero de todos modos podríais hablarnos de la tierra de Mercy que habéis recibido con vuestro nuevo estado. ¿Vais a convertirlos en un rico terrateniente?

—Por desgracia, no lo creo —gesticuló el joven caballero—. Acabo de enterarme hoy, y maese Bailleul os lo confirmará, de que el dominio de Mercy parece abandonado desde hace un siglo. Propiedad de la Corona, reportaba sin duda muy poco para ser mantenida, y las guerras de este siglo han acabado por arruinarla. Reconstruir las ruinas, cultivar las tierras abandonadas, restablecer los caminos y las calzadas, costará mucho más de lo que poseo e incluso más de lo que tenemos todos juntos.

—No desesperes, hijo —lo tranquilizó su madre dirigiéndole una cariñosa mirada—. Dios proveerá, y de todos modos, conviene que te hagas una idea por ti mismo. Debes ir allí...

—¡Desde luego! —encareció Fronsac padre, alzando el tono, armado de su cuchillo para pelar una fruta—. Ese regalo es un favor real que sabremos cómo emplear. ¡Qué diablos!, ¡los Fronsac no estamos en la miseria!

Louis se lo pensó un momento, pero no podía sino ceder, cosa que hizo de buen grado.

—De acuerdo, entonces propongo que vayamos allí cuanto antes, para que no se nos echen encima los grandes fríos de febrero, tan pronto el tiempo lo permita. Pero necesitaremos un vehículo más amplio que nuestro carruaje.

—No habrá problema con Saint-Fiacre —propuso Bailleul, el primer pasante, con su voz neutra—. No sólo tiene un servicio de coches en París, sino que también alquila vehículos grandes con cocheros por unos días.

—Qué buena idea —aprobó Louis—. Sin duda habrá que enviar un día antes a Nicolas y a Gaufredi con nuestro carruaje y el equipaje: deberemos llevar ropa de cama y vituallas. Habrá que acondicionar el castillo y calentarlo. Todo ello llevará algún tiempo...

—Propongo que organicemos esta locura después de la cena, en mi despacho —sugirió Pierre Fronsac, muy excitado con la idea del viaje a las tierras de su hijo—. ¿Gaston, querréis acompañarnos?

—Por desgracia, no; estoy metido en un asunto, digamos difícil, en el que Louis

me acaba de ayudar generosamente y debo dedicarle todo mi tiempo. Lo lamento, podéis creerme.

Se quedó pensativo un instante, como si estuviese dándole vueltas a algo importante, luego prosiguió con tono de forzada indiferencia:

—¿Por qué no lleváis a Julie de Vivonne? Ir con vos le convendría más que a mí.

Todos aprobaron la idea ruidosamente.

—Decididamente, parece que lo tienes todo previsto —cedió Louis con un desconcierto algo fingido—. Estoy de acuerdo. Mañana iré a hablar de este viaje con Julie y con la marquesa de Rambouillet, su tutora. Avisaré también a los hermanos Bouvier para organizarlo todo.

* * *

El resto de la jornada lo ocuparon con los preparativos de la expedición. ¡Vaya si lo era! En esta época constituía una expedición trasladarse a unos cincuenta kilómetros al norte de París en pleno invierno. Semejante desplazamiento representaba una jornada de viaje, a menudo poco confortable, y no exenta de peligros. Convinieron también que Gaufredi, avezado en los asuntos de la guerra que había diezmado Alemania, los acompañaría a caballo con Guillaume Bouvier. Nicolas y su padre, Jacques, partirían la víspera para el avituallamiento; Antoine Mallet se quedaría para garantizar la seguridad del despacho, su sola presencia debería ser suficiente durante unos días.

Al día siguiente reinaba una alegre animación y en toda la casa se comentaba el próximo desplazamiento hacia el «castillo», como todos llamaban a la posesión de Louis. Algunos ya estaban convencidos de que serían criados allí, otros aseguraban que contratarían nuevos criados y gente para el servicio. Todos estaban seguros de los profundos cambios que se iban a producir, porque el ser humano sometido a una vida regular y sin sorpresas aspira naturalmente al cambio.

* * *

Aquel martes el frío reinaba todavía en París, un frío intensificado por el cierzo que se colaba por todas partes. Pese a ello, convinieron fijar la visita al castillo de Louis para el jueves siguiente. En esta estación más valía afrontar el hielo que la lluvia. Ese día, pues, lo dedicarían a los preparativos del viaje, y al día siguiente partirían Nicolas Bouvier y su padre, y al otro, la familia Fronsac. Jacques Bouvier propuso utilizar la carreta para el primer viaje en lugar de la carroza.

No cabe duda de que, había explicado, los conductores estarán instalados menos confortablemente, pero cabrían más objetos en un carretón tan grande.

Porque no sólo se trataba de llevar a Mercy con qué vivir durante dos días, sino

también de dejar allí algunos muebles, colchones, tapicerías y ropa blanca de la que no se usaba, lo que permitiría facilitar las próximas visitas.

Las mujeres se ocuparon de escoger en el desván y en el granero los muebles arrinconados que todavía se podían utilizar, mientras que los hombres preparaban la carreta para que estuviese en condiciones de soportar el largo viaje; lo mismo hicieron con los dos caballos, a los que comprobaron las herraduras. Asimismo prepararon algunas armas.

Louis no tenía demasiado que hacer, salvo ir a visitar a la marquesa de Rambouillet a primera hora de la tarde. Pero la presencia probable del marqués de Fontrailles en París ocupaba todos sus pensamientos. ¿Por qué el asesinato de un comisario de policía? ¿Qué quería D'Astarac? Fonsac construía y trazaba hipótesis, que por falta de premisas serias se venían abajo cuando las sometía a la realidad. Sin embargo, tenía una certeza: cada vez que Louis d'Astarac había planeado una intriga, era contra la monarquía; algunos lo tenían por idólatra de la revuelta —incluso de la revolución— que dividía Inglaterra. A media voz, se susurraba a veces —¡terrible palabra!— ¡que era *republicano*!

Louis, que tenía una mente amplia, hubiera comprendido que el marqués fuese un republicano tal como lo describió Plutarco; pero, en su opinión, éste no era el caso: para Fontrailles todos los medios parecían buenos para derrocar a la monarquía, incluida la violencia y el asesinato. Y si ese hombre acababa de matar a un oficial de policía —un crimen terrible penado con un castigo espantoso—, era porque deseaba proteger una maquinación a punto de ser descubierta. ¿Contra quién? ¿Contra el rey?

Probablemente.

Y además no se debía ignorar la orden del Santo Oficio con la que Louis d'Astarac había amenazado al superior del convento. Si esa orden no era un farol, podría significar que Fontrailles era su jefe. Y entonces, ¿para quién trabajaba? ¿Para España?

Probablemente también.

Decididamente, no se podía guardar para sí estas informaciones. Louis decidió contar lo que sabía, desoyendo la recomendación de los monjes de los mínimos a los que había prometido discreción. Redactó, pues, una larga misiva a la atención de la única persona que sabía que le creería: Julio Mazarino.

* * *

A primera hora de la tarde, muy abrigado, salió en uno de los caballos del despacho hacia el palacio de Rambouillet. Después del frío glacial de los últimos días, y la famosa tormenta de granizo, el tiempo volvía a mostrarse clemente y los parisinos habían salido para dirigirse a sus ocupaciones o simplemente para callejear, como acostumbran, de modo que la circulación en las calles era complicada.

Los vendedores ambulantes habían vuelto a instalar sus puestos contra los

mojones de los cruces. Los caballetes y los tenderetes invadían de nuevo la calzada, todavía limpia, porque el hielo, muy espeso, impedía que el barro negro y hediondo se instalase por todas partes. Louis se dirigió en primer lugar hacia el Louvre, donde sabía que podría hacer llegar fácilmente su mensaje a Mazarino.

Pasada la calle Saint-Avoye^[8], tomó por la calle de la Cristalería, luego por la calle de los Lombardos, antes de penetrar en el dédalo de callejuelas que desembocaban en la calle Saint-Honoré.

Mientras el caballo de Louis se dirigía casi solo hacia el Louvre, Louis iba sumido en sus pensamientos sin apenas prestar atención a la animación que lo rodeaba. No respondió a los verduleros que querían venderle sus productos, e hizo caso omiso de los oficiales mayores de la Casa Real, de sayas y polaina, que lo miraban descaradamente, sin duda encontrándolo a su gusto. Tampoco miraba a las hermosas burguesas con capas multicolores ocultando, en parte, bajo cuellos de encaje, sus puntillas y sus corsés encargados de realzar sus pechos. No, Louis no hacía caso a todo este tumulto y actividad. Estaba sumido en sus melancólicos pensamientos. ¡Qué sencillas eran las cosas antes, cuando trabajaba de notario y su futuro sólo era la proyección inmediata de su pasado reciente! Ahora estaba comprometido, lo habían nombrado caballero y propietario. Creía que la combinación de los tres elementos de su nuevo estado sólo podía ser fatal para su felicidad. Es cierto que volvería a ver a Julie, y quizás pasaría dos o tres días enteros con ella, pero su placer y su alegría iban a quedar temperados por la mirada temerosa que ella dirigiría a los lugares adonde iba a conducirla. Era consciente de que si Julie había sido educada en la más absoluta pobreza, desde hacía unos años vivía, si no con una de las familias más ricas de Francia, sí con una de las que más pródigamente gastaba. Descubrir que el castillo en el que le proponía pasar el resto de su vida sólo era una ruina, que las tierras lindantes estaban en barbecho y rodeadas de tenebrosos bosques abandonados, sólo podía ser fatal para su amor.

Despacio atravesó la calle de Saint-Honoré hasta la calle de las Poulies, que quedaba a mano izquierda y cuya fachada principal estaba constituida por el palacete de Longeville. Las otras casas de la vía estaban todas ocupadas por la alta aristocracia.

Delante de la iglesia de Saint-Germain-l'Auxerrois volvió a girar a la derecha en la calle del Pequeño Borbón, como se solía llamar equivocadamente a la calle del Louvre, donde estaba el palacio del mismo nombre. Esta calle —de hecho una callejuela— permitía acceder al pasaje del Louvre, que era la entrada principal al patio cuadrado del palacio. A lo largo de este pasaje discurría la verdadera calle del Louvre, llamada a veces calle de Austria, pero este camino era tan poco seguro, con numerosos recovecos en la fachada, que el rey había ordenado cortar por los lados. La travesía del Louvre conducía finalmente a un puente fijo con amplias y hediondas zanjas. En este lugar Concini había sido asesinado por orden del joven rey.

Desde este lado la fachada del palacio real estaba formada por cuerpos con

lúgubres ventanas. A cada lado se levantaban dos vetustas torres llenas de grietas. Mirases a donde mirases, el lugar era sórdido, miserable y siniestro.

Louis pasó la puerta del puente fijo. En el patio un guarda poco atento aseguraba una vigilancia benévola. En la práctica, cualquiera vestido correctamente podía entrar en el palacio; nunca lo paraban. El joven, no deseando ir más lejos, se dirigió a un fogoso oficial del regimiento de guardias que acompañaba a un grupo de mosqueteros de uniforme rojo y casacas azules con galones, adornadas con una gran cruz. El oficial, apoyado sobre su mosquete, parecía esperar con lasitud no fingida el final de su tedioso servicio. Louis se dirigió a él con amabilidad. ¡Nunca se era demasiado educado con esta gente!

—Señor, tengo un documento importante que hacer llegar a Su Eminencia Monseñor Mazarino. ¿A quién debo dirigirme?

El interesado le dirigió una mirada cansada pero agradecida. Merced a aquella solicitud, al fin tendría un pretexto para dejar su puesto. Se irguió cuan largo era, apoyó su mosquete en la pared y colocó con soberbia su mano izquierda sobre el guardamano de su espada: una gigantesca tizona con la empuñadura formada por gruesas tiras de cobre entrelazadas.

—¡Ya me ocupo yo de ello! —soltó el matamoros con voz grave.

Volviéndose hacia uno de sus colegas mosqueteros, le dijo al que estaba más cerca:

—Señor de la Fère, sustituidme unos instantes, por favor. Tengo que hacer una visita muy importante a Su Eminencia.

Arrastró la *r* de «muy importante», descubriendo así su origen gascón.

Louis estaba sorprendido por tanta prontitud, y así se lo hizo notar mientras le tendía el pliego.

—Gracias, señor, no esperaba tanta rapidez —y, curioso, añadió—: ¿Podrías decirme vuestro nombre?

—Soy Charles de Baatz^[9], gascón y primer oficial de los guardias —respondió el bravucón, alisándose desdeñosamente el mostacho de puntas retorcidas mientras cogía rápidamente la carta con la otra mano.

Louis lo saludó y volvió sobre sus pasos. Ahora debía ir al palacete de Rambouillet. El palacio se ubicaba en la calle Santo Tomás del Louvre, una callejuela que empezaba en el Palacio Real y terminaba en el Sena^[10]. El camino más rápido era cruzando por los muelles, y es adonde Louis encaminó sus pasos. Pasó delante del antiguo palacio de Borbón para desembocar en el muelle del Louvre.

Los jardines del Louvre se extendían a su derecha mientras costeaba el río. A aquella hora el lugar estaba particularmente animado. Los barcos atracaban continuamente y un cortejo de pesados carros o carretas desembarcaban y embarcaban mercancías. Como el camino permitía evitar la calle Saint-Honoré —perpetuamente atascada—, muchos lo tomaban como un simple atajo.

Pero Louis no tenía prisa. Se dirigió hacia la Torre de Madera que encuadraba la

Puerta Nueva, el límite de las antiguas murallas de Felipe Augusto, que el rey había mandado demoler. Allí terminaba la nueva galería del Louvre cuya construcción había ordenado Enrique IV para que le permitiese pasar de su palacio a las Tullerías sin mojarse. De este lado la fachada del Louvre era más elegante que en la calle de las Poulies y los frontones esculpidos por Goujon proporcionaban al conjunto un bello equilibrio.

Mucho antes de llegar al ala construida por el Viejo Verde, Louis franqueó el portillo del Louvre para encontrarse en la calle de Santo Tomás. Ante él estaba el palacete de Rambouillet y, algo más lejos, el de Chevreuse, actualmente vacío porque la duquesa estaba en el exilio y su esposo vivía en el Louvre como oficial del rey.

* * *

Catherine de Vivonne, marquesa de Rambouillet, era hija de un embajador de Francia en Roma y de una princesa italiana. Había llegado a Francia muy joven para descubrir con horror la vulgaridad y la suciedad de la Corte de Enrique IV. Decidió al punto no volver a poner allí los pies y recibir en su casa. Para ello había mandado construir su palacete con el fin de que se convirtiese en la Corte de la Corte.

El edificio de ladrillos rojos y piedras blancas, denominado «el Palacio de la Maga», disponía de todo el confort posible, en particular de agua corriente traída por canalizaciones subterráneas, e incluso de bañeras. Allí, desde hacía treinta años, todas las tardes, la marquesa recibía en su Cámara Azul a todo aquel que era alguien en Francia, fuese por su nacimiento, talento o virtud.

Louis entró por la gran puerta cochera. Vio entonces a Chavaroché, el intendente de la marquesa, rodeado por un grupo de jardineros y se dirigió hacia él. Saltando al suelo para dejar su montura a un palafrenero, lo saludó y le dijo:

—Vengo a visitar a la marquesa y a la señorita de Vivonne.

Chavaroché, que lo conocía, se inclinó respetuosamente y le hizo una señal para que lo siguiese. Sabía que Louis era considerado como un hijo por los Rambouillet, habida cuenta de los inestimables servicios que les había prestado en el pasado.

Subieron al primer piso por la gran escalera y, después de haber atravesado numerosas piezas contiguas y alcanzado el extremo del edificio, entraron en la antecámara de un apartamento. Allí el intendente le abrió la puerta de la gran cámara de recepción —completamente azul—, a la que accedió por una puerta también azul.

Por más que Louis fuese un habitual de este lugar, cada vez que entraba en la cámara mágica no podía dejar de sentir una mezcla de aprensión y arrobamiento.

Ese día la pieza estaba vacía y todavía a oscuras —las cortinas se abrirían a la llegada de los primeros visitantes, después, por la tarde—, pero se distinguían perfectamente los techos azules y las tapicerías oro y azul salpicados de ramas blancas.

Dio unos cuantos pasos por la sala silenciosa, caminando con cuidado sobre el piso de madera cubierto de alfombras de Oriente en las que dominaba el azul. El vasto salón estaba amueblado con veladores de ébano y consolas llenas de lámparas o de grandes cestas de flores multicolores. En el centro destacaba un lecho de aparato recubierto de raso azul pasamanado de oro y plata, rodeado de sillas altas con verdugados y taburetes. Algunas sillas estaban tapizadas de azul, otras de carmesí.

Al fondo de la pieza, en anaqueles de columnas retorcidas, se guardaban libros preciosos u objetos raros. Las paredes estaban adornadas con espléndidos espejos venecianos.

—Voy a avisar a la marquesa y a su sobrina —murmuró Chavaroché desapareciendo de la sala.

Louis no tuvo que esperar mucho rato. La marquesa entró en la cámara azul por una puerta excusada que daba directamente a sus apartamentos privados.

Catherine de Vivonne-Savelli, marquesa de Rambouillet, apodada Arthénice por su corte, tenía cincuenta y cinco años. Sin embargo, conservaba el pelo castaño y estaba tan resplandeciente como cuando tenía veinte años. Se acercó a Louis —al que consideraba como un hijo— con el rostro radiante.

Llevaba puesto un vestido de tafetán, azul y blanco, susurrante, con botones de oro, cuyo corsé iba adornado de un cuello de encaje bordado como se llevaba entonces. Sus cabellos cayendo en tirabuzones y peinados hacia atrás.

Mientras Louis se inclinaba ante la marquesa de Rambouillet, Julie entró en la pieza. La joven tenía alrededor de veinticinco años y se parecía mucho a su tía. También era morena, tenía la misma mirada dulce y atenta que la marquesa, pero su expresión era más apasionada y más voluntariosa. Iba vestida con una sencilla falda recta de terciopelo llamada la *modesta*, que cubría otras dos, la *bribona*, que se veía a veces, y la *secreta*, que había que imaginar. Su falda era del mismo color que sus ojos azules, mientras que los visos tornasolados del tejido daban la impresión de una gama de colores diferentes aunque a juego. Un corsé escotado, sujeto por una ballena de encaje puntiagudo, realzaba su busto. Sus cabellos, finamente rizados alrededor de la cabeza, formaban ese óvalo cardado que llamaban *peinado de bufón*, con una ligera raya sobre la frente llamada *garceta*.

Julie, hija de Henry de Vivonne, teniente de la caballería ligera, muerto en Arrás de un arcabuzazo mientras asistía al duque de Enghien, era sobrina del padre de la marquesa. A su muerte, Henry de Vivonne sólo había dejado a su esposa un terrenito cerca de Poitiers y numerosas deudas. Arruinada, la pobre mujer había pedido ayuda a la familia de su marido para establecer a su hija.

Julie vivía desde hacía tres años con la marquesa, que ya tenía cinco hijos.

Por suerte, el rey acababa de acordarse —¡gracias a Mazarino!— del caballero Henry de Vivonne y había concedido a su viuda una renta muy decente, así como el título de marqués para el futuro esposo de Julie en concepto de dote.

* * *

Louis se acercó respetuosamente a la señora de Rambouillet sin dejar de mirar a Julie.

—Siento presentarme de este modo, señora, sin haberos enviado una nota, pero tengo que pedir os un favor urgente.

—Os lo concedo, Louis, pero yo os pediré otro —declaró la marquesa con una mueca burlona—, de modo que vuestra visita es bienvenida.

—Pasado mañana debo ir con mis padres a Mercy y he venido a pedir os en su nombre autorización para llevar a Julie. Durante tres días.

El rostro de Julie se iluminó. Aunque el joven caballero lo ignorase, sus temores respecto a las aspiraciones de la joven eran vanos. Ella sólo quería casarse y le importaba poco cómo sería su casa o el tren de vida de su futuro hogar.

—Si Julie está de acuerdo —afirmó la marquesa—, yo también lo estoy, pero también me debéis un favor. Celebramos el fin de año el 26 de diciembre y os pido que lo paséis con nosotros. Estarán todos nuestros amigos. Será una gran fiesta... y vuestra presencia será obligatoria.

Louis detestaba este tipo de fiestas porque no era lo bastante rico para codearse con la alta sociedad que frecuentaba a los Rambouillet, pero, acorralado, no le quedó más remedio que aceptar. Habiéndolo vencido así, la marquesa le dio algunos detalles de la velada que estaba organizando y a continuación dejó solos a los prometidos.

Del 11 al 13 de diciembre de 1642

El pesado coche de alquiler, apenas caldeado por una estufa de carbón de leña, dejó el despacho de los Fronsac hacia las cinco de la mañana llevando como pasajeros a Louis y a sus padres.

Gaufredi y Bouvier abrían camino, mientras que un cochero conducía el vehículo cuyas ruedas revestidas de metal emitían un crujido regular y lastimero en el enlosado helado de la calle Saint-Avoye. Los cascos de los caballos acompañaban este ritmo tranquilizador e hipnótico.

Todavía era de noche, pero una media luna iluminaba un cielo oscuro tachonado de estrellas. Dos lámparas de aceite, en la parte delantera del vehículo, iluminaban débilmente el camino, así que el cochero guiaba muy lentamente los caballos. Para soportar el intenso frío todos llevaban puestos varios abrigos, así como mantas de lana y piel. Los dos jinetes, cubiertos por una gruesa capa, estaban ateridos de frío pero no protestaban. La felicidad de reemprender la ruta, como en los viejos tiempos de su vida de merodeadores, borraba la comezón del hielo. La mirada feroz, iban armados como para partir al combate.

En la carroza, Louis y su padre habían dispuesto también dos pistolas de sílex y un arcabuz de rueda de dos tiros. Fabricado por Martin Marin le Bourgeois —armero del rey—, había sido regalado por el señor Fronsac a su hijo unos años antes.

Media hora más tarde entraban en el patio del palacio de Rambouillet. Julie, irreconocible bajo múltiples capas, la cabeza cubierta con un amplio capuchón, los esperaba con la marquesa, que había insistido para estar presente en su partida.

La señorita de Vivonne se instaló al lado de su amado.

Hasta que salió el sol nadie pronunció una palabra. El frío, el rechinar de los ejes, el balanceo del coche provocado por los baches en las rodadas del camino, los habían entumecido y adormecido.

Hacia las ocho se detuvieron en una hospedería. Debían dejar descansar a los caballos y sobre todo darles de beber y de comer. Los pasajeros aprovecharon la etapa para calentarse con sopa para las damas y vino caliente para los hombres.

A las nueve emprendieron de nuevo el viaje, repuestos a pesar del frío todavía intenso. La ruta estaba desierta. Julie conocía el camino, pues había ido a Chantilly con la marquesa de Rambouillet. Durante un momento les describió los paisajes ondulados que cruzaban. Louis habló a continuación de Mercy, contando que era un dominio con antiguos derechos de baja justicia. A continuación, su padre hizo unos comentarios sobre el derecho consuetudinario local, mientras que la señora Fronsac quiso saber si la señorita de Vivonne pensaba vivir allí, una vez casada con su hijo.

Louis le explicó que eso no podría hacerse inmediatamente.

—Sabes, madre, que Mercy está casi en ruinas. Seguramente no podremos vivir

allí antes de unos meses y habrá gastos importantes para reconstruir el dominio.

—Espero que Nicolas y su padre hayan encendido el fuego —se inquietó la señora Fronsac, estremeciéndose. Padre e hijo habían partido la víspera con un cargamento de muebles y enseres para la casa.

Juntos, debían preparar el castillo; tenían que limpiar las chimeneas y abastecerse de leña para ponerlas a funcionar, pues sin duda estaban atascadas, si no se habían desplomado.

—Tendremos que contratar a un arquitecto, emplear a docenas de obreros... Y, sobre todo, necesitaremos dinero... —prosiguió Louis.

Mientras hablaba así, Julie sonreía. Louis no se había atrevido a preguntarle por el saquito de cuero que llevaba sobre el regazo.

—Me temo que el lugar no será demasiado confortable —se excusó.

—Eso no tiene ninguna importancia —le respondió la muchacha plácidamente.

Reconfortado por esta respuesta, el joven no replicó. La conversación languideció y se durmieron con las oscilaciones y las sordas trepidaciones del coche.

De vez en cuando Louis miraba por la ventana trasera y observaba a su escolta. Gaufredi, derecho como un huso, a pesar de su edad y envuelto en su capa escarlata, conservaba su actitud de bravucón. Guillaume Bouvier, que desde hacía diez años limpiaba las cuerdas y barría el estiércol, volvía a ser el reitre de antes. Había sacado su vieja coraza y su espada española un poco oxidada. A pesar del hielo que le escarchaba la barba, había vuelto a adoptar la fiera e insolente actitud del soldado de fortuna.

Louis pensó un momento, con nostalgia, en la época en la que le había enseñado a disparar con pistola. Había conseguido hacer de él un buen tirador. Luego dio en pensar que si Guillaume y su hermano no hubiesen entrado al servicio de los Fronsac, estarían esperando a cualquier viajero para robarle.

Esta imagen lo hizo sonreír.

A mediodía habían recorrido seis leguas desde París, cuando se detuvieron de nuevo una hora larga para comer y dejar que los animales descansasen. Poco después de reanudado el camino, avistaron la abadía de Royaumont y, en una encrucijada, el coche torció a la derecha por un sendero que bordeaba el Ysieux.

Dos horas más tarde Gaufredi golpeó el cristal del carruaje.

—¡Caballero! Aquí comienza vuestro dominio —gritó con voz estentórea.

Todos miraron por las ventanillas. Bordeaban el río por un camino arenoso donde había un haya sin hojas, las puntas de cuyas ramas estaban adornadas con pequeñas guiraldas de hielo. De tarde en tarde, los álamos levantaban tristemente sus ramas deshojadas hacia el cielo en una oración muda por que volviese el verano. El río transportaba trozos de hielo.

Al cabo de diez minutos se acercaron a un puente derruido que cruzaba el Ysieux. Una parte del piso central se había hundido. En la otra orilla el camino invadido de zarzas estaba visiblemente abandonado desde hacía mucho tiempo. Enfrente del

punto subía una estrecha pista llena de rodadas, atestada de moreras salvajes y de brezos tupidos. Gaufredi, que había pasado delante, señaló la senda al cochero y el coche se metió en ella crujiendo en todas sus piezas.

Las ramas golpearon el carruaje. La humedad había invadido la posesión desde hacía docenas de años. Las gruesas piedras diseminadas por el sendero estaban llenas de verdín. Por todas partes una inmensa y sombría maleza ocultaba el resto del monte y probablemente toda una serie de animales del bosque los espiaban. La atmósfera era penosa y opresiva.

Todos se sentían invadidos por una infinita tristeza en ese lugar abandonado del hombre desde hacía tanto tiempo.

De repente, el camino —mejor dicho, la pista— llegó a su fin. Desembocaron en una especie de meseta todavía más desolada; por todas partes, una negra y delgada selva había cubierto el suelo. La vegetación, de escasa altura, era espesa y cerrada, salvo en medio de la plataforma, donde se levantaba el castillo: una maciza y poco atractiva construcción de piedras ennegrecidas por el tiempo.

El camino los condujo a un viejo puente de madera carcomido que cruzaba oscuras y verdes zanjas. Detuvieron allí el coche y bajaron. Aunque habían sido advertidos, estaban consternados por el siniestro lugar en el que se hallaban.

Construido unos doscientos o trescientos años antes, y en montículo con finalidad defensiva, el castillo parecía sólido. Pero con las paredes cubiertas de hiedra tan negra como la construcción y sus tejados de pizarra puntiagudos erguidos hacia un cielo gris y frío, producía una desagradable impresión de lugar salvaje y hostil.

Agotados y ateridos de frío, entraron en silencio en el patio cuadrado del viejo caserón. Frente a ellos, el cuerpo del edificio principal; de cerca se trataba efectivamente de una simple casa solariega, muy grande, pero sin arquitectura defensiva especial. En la fachada se abrían altas ventanas en ojiva y a través de los cristales del primer piso se podían ver los resplandores de un fuego. Tranquilizados, se dirigieron hacia una ancha escalera cubierta de musgo que llevaba seguramente al piso acogedor.

Los habían visto, o más exactamente oído, porque la puerta se abrió: ¡era Nicolas!

—¡Por fin! Entrad rápido a calentaros y descansad. Yo voy a ocuparme del coche y de los animales.

Conmovidos y curiosos, Louis, sus padres y Julie entraron en la misma planta en una pieza muy amplia mientras Nicolas salía. No había vestíbulo. La cal, hinchada por el salitre, recubría en algunas partes las paredes de piedra. Si en algún momento estuvieron cubiertas con artesonado, ahora había desaparecido. Una gran mesa, formada por tablones y caballetes, había sido montada y rodeada de bancos igual de rústicos. Algunas velas de sebo iluminaban menos de lo que humeaban. Pero los visitantes sólo vieron una cosa: dos grandes fuegos ardían alegremente en dos gigantescas chimeneas colocadas a ambos lados de la sala.

Nicolas y su padre habían instalado delante del hogar dos bancos contruidos a

toda prisa con toscos troncos de árboles apenas desbastados. Habían añadido dos viejos sillones carcomidos que podían romperse en cualquier momento. Louis los reconoció con un vuelco en el corazón, porque habían salido del desván del despacho y jugaba en ellos cuando era niño.

Acercándose al fuego para intentar calentarse, examinaron con más detenimiento la pieza. A cada lado, junto a las chimeneas, había una puerta cerrada. En la pared, frente a la entrada por la que habían llegado, desembocaba también una majestuosa escalera, glacial, oscura e inquietante. Los muebles —ya lo hemos dicho— se limitaban a aquella mesa en la cual habían puesto platos y enormes hogazas de pan, así como seductoras botellas de vino polvorientas.

Ahora que Nicolas había salido, solamente tres personas estaban en la casa para recibirlos: el padre de Nicolas y dos viejos. Uno de ellos estaba alimentando con leña una de las chimeneas mientras que el otro —una anciana— vigilaba el cordero que se guisaba en el hogar más grande.

Los dos viejos se levantaron con respeto al ver entrar a los visitantes mientras Jacques Bouvier se acercaba al señor Fronsac para contarle lo que había hecho la víspera.

Louis y Julie se acercaron a la pareja de ancianos.

—Vos debéis de ser los Hubert, los guardas del castillo, ¿verdad? Yo soy Louis Fronsac, vuestro nuevo amo. —La anciana, arrugada como una pasa, lo miró con un rictus desdentado y sardónico.

—Estoy muy contenta de ver de nuevo por aquí a un amo —dijo sin rodeos—. Lo necesitamos.

—¡Bien!, no me iré de Mercy, os lo prometo, en el castillo habrá vida de nuevo y vos nos ayudaréis. Ésta es la señorita de Vivonne que espero que sea muy pronto la señora de Mercy.

En el mismo instante, Gaufredi, Guillaume y Nicolas Bouvier, los tres acompañados por el cochero, penetraron en la casa soplándose las manos para entrar en calor.

—¡Los caballos están en las cuadras, con una buena ración de forraje! —gritó Nicolas mientras los dos reitres arrojaban sus armas a un banco haciendo un ruido espantoso—. Volveremos dentro de un momento para cepillarlos.

—Propongo que nos sentemos enseguida a la mesa —sugirió el señor Fronsac—. Estamos todos hambrientos.

Con el calor que reinaba en la pieza, todos habían recuperado su buen humor. La comida parecía excelente y copiosa. Jacques Bouvier tomó la palabra y explicó:

—Hay mucha madera en el bosque. Los habitantes de Mercy tienen derecho de aprovechamiento sobre ella, pero todavía queda; hemos cogido la que hemos podido para calentar el castillo durante semanas. Lo que no había era comida disponible en Mercy y la hemos tenido que comprar en las granjas de los alrededores. También he visto algunas puertas y ventanas rotas. El lugar no será muy confortable pero, a pesar

de todo, dos días aquí no supondrán demasiada incomodidad. He instalado dos viejas camas en las habitaciones a cada lado de la sala —señaló las puertas—. Tienen chimenea propia. Nosotros dormiremos encima de unas mantas en el piso; los caseros tienen también un pequeño cuarto allí. Louis pensaba una vez más en cómo cambiaba el humor dependiendo de si pasabas hambre y frío o no.

Las preguntas surgieron, sobre todo, dirigidas a la vieja pareja de guardeses que no habían hablado tanto desde hacía años y habían perdido la costumbre.

—¿El bosque es grande?

—Sí.

—¿Los campos de trigo están cultivados?

—No, sólo uno.

—¿Hay alguna granja?

—Sí, pero está abandonada.

—¿Dónde está la aldea de Mercy?

—Más abajo, en el camino, después del puente, es una minúscula aldea de treinta casas.

Sin embargo, a muchas otras preguntas no supieron responder.

Tendrían que descubrirlo todo y enterarse de todo por sí mismos.

Una vez que hubieron terminado de comer, Nicolas, que ya conocía todos los rincones de la casa, organizó una amena visita. Las dos habitaciones a las que fueron en primer lugar no habían sido calentadas desde hacía decenios y la humedad lo había podrido todo. El salitre había invadido por completo la parte baja de las paredes y las habitaciones no eran nada acogedoras. No se detuvieron mucho rato allí.

La escalera central, de piedra, que se veía desde la sala en donde habían comido, conducía al piso superior. La subieron, iluminados por dos velas. Al rellano daban cuatro o cinco habitaciones contiguas, glaciales, oscuras e insalubres; apestaban a moho. Más allá, la madera de la escalera estaba carcomida. Desembocaba en un inmenso desván que dejaba a la vista un maderamen podrido donde anidaban los pájaros, así como un tejado agujereado en varios lugares. Un pequeño camino de ronda pasaba desde ese desván hasta los muros del patio y conducía a las torres. La visita sumió a Louis en un abismo de aprensión y angustia. Preocupado sólo de examinar el lugar, no había prestado atención a las maniobras de Julie. Sólo se dio cuenta en el desván.

Con la ayuda de Gaufredi, Julie de Vivonne tomaba medidas con un cordel graduado y las apuntaba en las notas y los planos que Guillaume Bouvier tenía en la mano. Nicolas los iluminaba con una de las velas. Todo este material había salido de la cartera que había tenido sobre sus rodillas durante todo el viaje. Algo perplejo, Louis le preguntó al respecto.

—Ya ves, sigo los consejos de la señora de Rambouillet. Me dio este equipo de arquitecto y me pidió las medidas y planos precisos del castillo. Cuando regresemos, estudiaré con ella los trabajos que hay que hacer. Muchos de sus amigos, entre ellos

François Mansart, prometieron que nos ayudarían. También podemos establecer con detalle las obras indispensables, y sobre todo su coste.

De modo que, pensó Louis, Julie no está tan desanimada como yo. La observó. Efectivamente, Julie parecía apasionada por su nueva actividad de arquitecto y futura dueña de la casa. Louis se quedó tranquilo y contrariado al mismo tiempo. La joven parecía más valiente que él.

Una vez que hubieron terminado en el desván, lo habían visto todo, y al llegar la noche todos se retiraron a descansar después de haber alimentando abundantemente las chimeneas.

* * *

Cuando Louis se despertó, Julie ya había salido de su habitación y lo esperaba fuera, ataviada con un vestido remangado y cubierta con su capa, lista para visitar los edificios exteriores y el patio.

Louis se vistió a toda velocidad y se reunió con ella sin haberse anudado siquiera los lacayos de los puños de su camisa. El patio del castillo estaba completamente cerrado por un muro de dos o tres toesas de alto, coronado por un camino de ronda hundido en parte. Estaba sostenido por dos torres cuadradas que daban al porche de la entrada. Estas fortificaciones no tenían ni piso, ni escalera, ni techo o tejado. Sólo algunas vigas podridas, cubiertas de champiñones, unían las paredes en las que se recortaban rectángulos de cielo.

Bajo el edificio central, en el que habían dormido, había una amplia sala abovedada acondicionada como caballeriza, pero en otro tiempo utilizada como sala de armas, dependencias y cocinas. Todo allí estaba viejo, lleno de lodo y mugriento por llevar años sin usarse. Empujando una vieja puerta escondida detrás de unos toneles destripados, vieron una escalera oculta, de caracol, que conducía a un cuartucho detrás de su habitación. Además, permitía subir al segundo piso, al granero y al tejado. Una especie de escalera de servicio.

Mientras Louis y Julie hacían su visita, Nicolas y su padre, que se habían levantado antes que ellos, habían cuidado de los caballos en el establo. Aquella mañana el cielo estaba claro y sin nubes; sin embargo, un norte glacial invitaba a entrar a calentarse, cosa que hicieron unos y otros.

Ahora que estaban todos despiertos, desayunaron juntos una sopa caliente, cordero frío y dulces antes de salir a explorar a pie los alrededores.

El paseo duró cuatro horas.

Los campos de trigo eran hermosos y extensos. El suelo, aunque invadido por los hierbajos, parecía rico y fértil. El sendero que atravesaba los campos conducía al bosque, oscuro, poblado de majestuosos abetos, robustos robles, fresnos y hayas. Todos los árboles se apretaban unos contra otros, testimoniando así la falta de explotación desde hacía un siglo por lo menos. Vieron mucha caza: gamos, corzos,

jabalíes y liebres, así como numerosos pájaros.

Por el sendero que siguieron no se podían adentrar en la espesura del bosque. Salieron rápidamente de allí y encontraron otras tierras cultivables. Fue entonces cuando vieron la antigua granja. Se hallaba en mejor estado de lo que habían pensado; el tejado era sólido e incluso parecía de construcción reciente; por el contrario, en el interior no había ningún mueble, decoración ni marcos de ventanas o puertas.

Volvieron al castillo para hacer una comida ligera, pero sobre todo para entrar en calor. La tarde debían dedicarla a una visita a Mercy, que hicieron en coche y a caballo porque el tiempo apremiaba. Pronto se haría de noche.

Mercy no era más que un grupo de casuchas de adobe y madera. Sólo una o dos casas parecían tener una base de piedra. Estaba habitada por una población de miserables harapientos. Y aun encima no tenían de qué quejarse: estaban exentos de talla y los impuestos que tenían que pagar a su señor eran pocos, a pesar de que los impuestos indirectos, y sobre todo la terrible gabela y el diezmo eclesiástico, eran demasiado onerosos para ellos.

Estos miserables tenían también una suerte que desconocían. Desde hacía muchos decenios su región, cercana a París, no había sido tocada por la guerra y casi habían olvidado los usos y las consecuencias para los habitantes: mujeres violadas y después asesinadas, hombres quemados a fuego lento o desollados vivos, niños mutilados.

En suma, vivían casi felices, sólo muriendo a causa del hambre, del frío o las enfermedades.

Louis entró en cada casucha, casi siempre constituida por una sola pieza en la que dormían mezclados hombres y animales. Los humanos, sin embargo, se apiñaban en una especie de lecho de cortina, a veces en una suerte de piso al que se accedía por una escalera de mano. Un hogar en el medio, o en una esquina, permitía cocinar los escasos y pobres alimentos en un gran y único pote de hierro.

Julie observaba sin decir nada. Conocía la miseria del campo, habiéndola vivido en Vivonne en su juventud. La expresión de su hermoso rostro era severa. ¿Por qué dejaban vivir a la gente como animales, pensaba, cuando en la Corte imperaba el derroche y lo superfluo?

Para Louis, por el contrario, esta espantosa indigencia era una revelación. Julie le cogió la mano y se la apretó con fuerza. Louis comprendió su mensaje. Reunió a los hombres que no recogían leña o no se ocupaban de los animales. La mayoría sólo llevaban sandalias o zuecos de madera sobre los pies desnudos, a pesar del intenso frío.

—¡Amigos míos! —gritó—, voy a acondicionar el castillo. No sé cuándo empezarán los trabajos, pero necesitaré manos. Pagaré diez sueldos al día a los que vengan a trabajar. Necesitaré albañiles, leñadores y algunas mujeres para hacer la comida. Y más adelante habrá trabajo en las tierras. Y este año, para celebrar mi llegada, suprimo todos los impuestos que se me deben.

Un murmullo de satisfacción recorrió el grupo de los desgraciados que lo escuchaban. Diez sueldos representaban entre cincuenta y sesenta libras al año, tres o cuatro veces más de lo que ganaban cultivando su escasa tierra. ¿Podría mejorar su suerte?

Louis continuó:

—De momento no viviré en el castillo, pero todos los que tengáis dificultades o necesidad de ayuda dirigíos a Hubert, que me representa. Él me informará y yo trataré de ayudarlos.

Julie y la madre de Louis distribuyeron un poco de dinero a los que parecían más pobres. No era caridad, sino su deber. ¿El señor no debía proteger a su gente?

Regresaron hacia el río, donde un meandro había provocado la formación de un estanque. Un campesino, que ostentaba la autoridad de jefe del pueblo, los acompañaba y les explicaba que allí había muchos peces, a pesar de los lucios, pero eran difíciles de coger. A continuación regresaron dando un rodeo por el puente en ruinas del Ysieux, que tenía derecho de peaje, y examinaron los trabajos que estaban realizando.

Julie anotaba todo en su gran cuaderno.

Más arriba habían visitado también las ruinas de un molino. Hay tanto que hacer, pensaba Louis. No daremos abasto...

De vuelta al castillo, charlaron animadamente, cambiando impresiones, expresando ideas y propuestas. La noche pasó rápido, lo habían visto todo y decidieron regresar a París a la mañana siguiente.

* * *

—Sólo falta financiar todos estos trabajos —suspiró Louis.

En ese momento estaban en el coche de regreso.

—Puedo conseguir que me presten fácilmente unas veinte mil libras al cinco por ciento —le aseguró su padre— y nosotros tenemos por lo menos otro tanto. Por desgracia, esta suma está depositada en casa de un financiero y necesitaré unos meses para recuperarla.

Louis sacudió la cabeza negativamente.

—No, ese dinero es vuestro, podéis necesitarlo. Yo tengo unos miles de libras que me permitirán empezar los trabajos, pero creo que es más prudente esperar...

—Mi madre me ingresa la mitad de tres mil libras de su pensión, Louis, y esa suma es para vos —lo interrumpió Julie cogiéndole la mano.

—Con eso llegaríamos como mucho a diez mil libras, cincuenta mil con tu dinero, padre. Cien mil, por lo menos, serán necesarias para poner el dominio en condiciones. No es suficiente. Hay que pensar en otra cosa.

Se hizo el silencio. Todos sabían que Louis tenía razón.

Llegaron a última hora de la tarde al despacho. Allí, un mensaje esperaba al joven

caballero:

*Louis,
ven a verme urgentemente,
Gaston.*

El día siguiente era domingo. Louis no pudo reunirse con su amigo hasta el 15 de diciembre.

Lunes, 15 de diciembre de 1642

Como muchas viviendas de la época, el apartamento de Louis Fronsac era minúsculo. La exigüidad de las casas —y la incomodidad que suponía— era uno de los sinsabores que compartía casi toda la población. Así no era raro que una familia entera ocupase una sola habitación en la que los jergones no tenían cortinas y los utensilios de cocina estaban mezclados con las bacinillas^[11].

Louis Fronsac era, sin embargo, más afortunado. En su casa la pieza principal hacía de salón, de gabinete de trabajo, de cocina y de comedor. Esta sala de varios usos estaba amueblada con una mesa, seis sillas y, en una de las paredes, un tapiz con un paisaje campestre. La chimenea y la leñera se hallaban al mismo lado que la puerta de entrada. Para la estación fría, como la leñera era muy pequeña, una pila de leña se amontonaba en un rincón de la pieza. La ropa blanca estaba guardada en un gran armario de nogal con dos puertas, y un baúl hondo contenía papeles y armas.

También, como se puede uno imaginar con esta breve descripción, quedaba algo de sitio para moverse.

Frente a la puerta de entrada se hallaba la habitación de Louis, de la que acababa de salir precisamente; una pieza estrecha, muy larga, de apenas una toesa de ancho.

Estaba amueblada con una única cama con cortina, de columnatas, con un colchón de plumas y un edredón. Contra un rincón, una minúscula mesa hacía de tocador donde colocaba las cajas de peines y los lazos. Por fin, al fondo había un viejo baúl y algunos escabeles. Las paredes eran blancas y únicamente un espejo de Venecia dorado con dos velas decoraba esta habitación. Por suerte, como en la otra pieza, el piso de roble, ennegrecido y deformado por la pátina del tiempo, armonizaba elegantemente con el techo.

Finalmente, en el cuarto donde vivía se abría un pasaje que daba a un cuartucho —casi un armario— donde dormía Nicolas, el criado que se ocupaba del gobierno de la casa, de la comida y de ir a buscar leña y agua.

Gaufredi, creo que ya lo hemos dicho, ocupaba otro cuartucho en el desván, encima del apartamento del segundo piso, donde vivía también en un reducido espacio un inspector de vinos con su familia.

Daban las seis en el campanario de la iglesia de los Blancs-Manteaux en el momento en que Nicolas, a punto de retirar la mesa del desayuno, que consistía como todas las mañanas en carnes asadas frías, mermelada, sopa y panecillos de Gonesse, vio salir a su amo de la habitación.

Louis llevaba las calzas marrones y un jubón de terciopelo negro de Flandes con las mangas acuchilladas —es decir, abiertas y dejando la camisa a la vista.

En la mesa, cerca de la cama, Nicolas vio la bacía que su amo acababa de utilizar, así como los barreños y cántaros de agua que había llenado la víspera.

Disponía allí también de ungüentos, toallas y todo lo necesario para su aseo, peines y brochas. Dejó instalarse a Louis y se dirigió hacia la habitación para vaciar el agua sucia.

Louis se lavó somera pero completamente. Esto era poco frecuente en una época en la que, siendo el agua escasa, se practicaba sobre todo el aseo seco, que consistía únicamente en frotarse con una tela. Esta regla de limpieza —adquirida en su infancia para luchar contra la propagación de piojos— traía a mal traer al criado porque suponía un exceso de trabajo e, *in petto*, maldecía a la señora Fronsac, ¡una mujer que no creía en los riesgos provocados por la porosidad de la epidermis! Sin embargo, ¿quién podía ignorar que era la porosidad la que, dejando pasar el agua, traía la peste? En cuanto a los piojos, ¿se podía convivir perfectamente con ellos!

Para Nicolas y sus padres, y también para la mayoría de la gente acomodada, perfumes y ungüentos eran suficientes para tapar la suciedad y los olores. Una limpieza completa era inútil, incluso peligrosa. Y todos aprobaban que el pequeño Luis XIII no hubiese tomado su primer baño hasta los siete años.

Si Louis estaba dispuesto a desafiar así el frío desde las seis de la mañana, es porque la jornada de trabajo empezaba siempre muy temprano en esa época. Los habituales de Palacio: magistrados, abogados, procuradores y litigantes, llegaban en general con las primeras luces del alba. Para ciertos oficiales, su presencia era incluso obligatoria desde las cinco de la mañana. Era en particular el caso de Gaston, y Louis tenía prisa por encontrarlo, porque desde que había recibido su breve mensaje no hacía más que preguntarse: ¿qué querrá?

Tomando rápidamente su colación, se dirigió a Nicolas, que estaba a punto de vaciar los orinales y las aguas fecales por la ventana gritando alegremente: «¡Agua va!», para advertir a los transeúntes, pero en realidad para burlarse de ellos.

—Nicolas, espero que no sigas intentando manchar a nuestros vecinos con el contenido de los orinales. —Louis ya había tenido problemas porque a Nicolas le gustaba mucho divertirse de ese modo—. ¡Ya puedes ir preparándote si recibo nuevas quejas!

»Acabo el desayuno y salgo hacia el Grand-Châtelet, tú vete a la calle de los Quatre-Fils y dile a mi padre que no lo veré antes de esta noche, y tal vez en todo el día. No sé qué es lo que Gaston quiere de mí, pero puede que esté todo el día ocupado con él.

Nada más acabarse la sopa, se calzó sus botas bajas de vuelta, luego se puso el sombrero de castor de torzal —muy usado, pero todavía en buen estado— que le tendió Nicolas, que había terminado de regar a los transeúntes. Por fin, Louis se envolvió en una gruesa capa de lana. Después de haber verificado por última vez que sus cintas negras estaban correctamente anudadas a los puños, bajó la escalera corriendo y se dirigió hacia la Grande Nonnain, la posada donde dejaba su montura. Mandó a un chico del establo, que todavía estaba dormido, que la ensillase y se encaminó hacia el Grand-Châtelet.

A aquella hora la animación comercial acababa de empezar; las calles, todavía oscuras, estaban sobre todo ocupadas por carretas de aprovisionamiento y cargamento de toneles o barricas. Sin embargo, poco a poco surgía la bandada negra de los agentes de justicia que se dirigían a su trabajo. Se reconocían por su traje negro y su mula, a menudo del mismo color. Todos ellos debían estar en sus puestos imperativamente antes del amanecer y era un curioso espectáculo ver a esta multitud sombría moverse suavemente, casi en completa oscuridad, en dirección del Palacio de Justicia.

A medida que se acercaba al centro de la ciudad y al Louvre, Louis avanzaba cada vez más lentamente, porque el ejército de mulas y de hombres de leyes era cada vez más nutrido.

Ahora había que evitar otros carruajes, pero también los puestos de los comerciantes que se instalaban en la calzada, fuera de los límites en los que estaban autorizados.

Al acercarse al Grand-Châtelet las calles formadas por casas de adobe eran todavía más estrechas y estaban llenas de mendigos, ganchos, ladrones de capas y mujeres desvergonzadas; todos muy espabilados y dispuestos a poner manos a la obra: robar al curioso distraído.

A partir de ahí, el caminante tenía que andar con mil ojos si no quería ser desvalijado o agredido. Pero era muy difícil ver al truhán entre el bullicio de los mozos de cuerda, los aguadores, los descargadores o los buscavidas que alquilaban su fuerza en los muelles.

A veces, en este dédalo infernal, alguien de importancia o de calidad trataba de abrirse paso con un numeroso séquito de gentileshombres, pajes o mayordomos. Entonces, el amontonamiento se volvía inextricable porque los curiosos y los mirones, ya numerosos pese a hora tan temprana, no dudaban en permanecer inmóviles para poder divertirse con algo de tan poco interés.

Durante tales espectáculos las bolsas cambiaban de bolsillos y las joyas abandonaban a sus propietarias. Los gritos de las víctimas resonaban entonces y tapaban los aullidos o los chillidos de los tenderos, los limpiabotas o los vendedores ambulantes.

Como todos los lunes, se celebraba la feria del Espíritu Santo en la plaza de la Grève, una gran ropavejería donde lacayos y criados intentaban revender gorros, sábanas o casaquillas robadas a sus dueños. Louis azuzó su montura para cruzar rápidamente la plaza sin ser importunado por los pillos y los ropavejeros.

Finalmente, gracias a Dios, a su agilidad y a su cuidado, Louis llegó sin tropiezo al Châtelet, donde, después de haber dejado su caballo en la cuadra interior, se dirigió rápidamente al despacho de Gaston.

* * *

—¡Ah, por fin has llegado! Hace más de una hora que te espero —le reprochó el joven comisario, sentado en su mesa ante una pila de expedientes mal iluminados por dos velas.

—Es cierto, reconozco que me he retrasado un poco... Ya han dado las seis y media en el reloj de Saint-Germain-l'Auxerrois —admitió Louis con tono contrito, simulando excusarse—. ¿Debo ponerme a trabajar inmediatamente? —preguntó, sin dejar el tono de burla y sin quitarse la capa porque hacía mucho frío en la vieja torre helada.

—No vas a creértelo —replicó su amigo con sequedad—. He examinado cuidadosamente todos los asuntos que llevaba Babin du Fontenay. En mi opinión, sólo tres investigaciones podían ser tan importantes como para que alguien quisiera impedir que las terminase. Me ocuparé de dos que parecen competir realmente a la policía. Pensaba confiarte la tercera porque implica a gente de leyes y tú conoces mucho mejor ese medio que yo. Pero como la mayoría de ellos dejan de trabajar a mediodía, no disponemos de demasiado tiempo...

—Bien, dame alguna información más —pidió Louis, esta vez serio.

Gaston se inclinó sobre sus notas.

—Los dos casos de los que me voy a ocupar conciernen en primer lugar a una operación de falsificación de moneda que Babin había descubierto. Se trata de escudos de plata fabricados con una pintura plateada de tan buena calidad que era difícil reparar en el fraude. Fue un prisionero, interrogado por otro delito, quien confesó haber puesto en circulación esas piezas. No sé más, el bribón está encerrado en la Bastilla y voy a interrogarlo esta mañana.

Gaston hizo una corta pausa y miró fijamente a su amigo. Añadió entonces en tono de confidencia:

—La vuelta del *Catador* será la segunda causa a la que me voy a dedicar.

—¿De qué se trata? —El interés de Louis se había despertado ante el curioso nombre—. ¿Quién es ese *Catador*? ¿Una de tus historias burlescas?

Gaston hizo un mohín de preocupación para recriminar la hilaridad que producía el nombre a su compañero de colegio y le explicó doctamente:

—El *Catador* ha actuado durante treinta años antes de ser finalmente detenido, torturado y ejecutado. El bribón, ocultándose bajo un inmenso sombrero, por la tarde o por la noche, atacaba a las mujeres, robándoles todas sus joyas, pero aprovechando también para tocarlas y marcarlas por todo el cuerpo, principalmente en el pecho y la garganta, con guanteletes de hierro muy afilados. «El daño que hacía era inimaginable», está escrito en el expediente^[12].

Señaló un voluminoso documento lleno de hojas amarillentas que descansaba sobre la mesa y prosiguió:

—Hace mucho tiempo sembró el terror en París, porque dejaba a las personas que agredía terriblemente malheridas. Con los senos marcados o desgarrados, las mujeres no se atrevían a quejarse. Parece que un nuevo *Catador* ha aparecido varias noches

cerca de la calle Saint-Avoye y alrededores, pero mi única pista son los escasos testigos de las víctimas que han declarado. Muchas otras, avergonzadas y mortificadas, no se han dado a conocer.

Frunció las cejas en señal de inquietud:

—Este nuevo *Catador* es algo diferente del antiguo —el tono de Gaston era ahora de franca perplejidad—, pues no ha dudado en dos ocasiones en matar a sus víctimas estrangulándolas, mientras que su predecesor no lo había hecho nunca; se limitaba a hacerlas aullar.

—Es una historia espantosa —reconoció Louis estremeciéndose—. Pero ¿qué papel desempeño yo en este asunto?

—Ahora te lo digo. Babin también investigaba —éste es el tercer caso— un envenenamiento. La posible víctima era un tal Cléophas Daquin, ujier de Palacio. Pero sólo tengo esa información. Así que te toca a ti investigar. Tienes que informarte sobre ese Daquin.

—Es poco lo que tengo —replicó Louis, que pensaba todavía en el *Catador*—, por suerte para ti tengo algunos amigos en Palacio.

Cogió el sombrero y los guantes que había dejado en una silla.

—Me voy ahora mismo y te tendré informado.

La investigación que Gaston le pedía a Louis no era algo nuevo para él. Generalmente, cuando los despachos de notario necesitaban información sobre personas, familias e incluso filiaciones, utilizaban agentes a los que pagaban. Pero estos encargados a menudo carecían de competencia, a veces de honestidad y normalmente de rigor.

Por gusto, Louis se había especializado en las investigaciones difíciles y en parte gracias a él el despacho tenía una magnífica reputación. Durante todos los años en los que había trabajado en el despacho de su padre, como notario juramentado ante el Grand-Châtelet, había investigado para las grandes familias del reino, así como para numerosas instituciones de justicia, que confiaban en el despacho de Fronsac los asuntos delicados o complicados.

Gaston cogió también su capa.

—Te acompaño —le dijo—. Voy a la Bastilla.

En el patio, Luis desató su caballo, montó y salió del Châtelet por la puerta de atrás, en dirección al *Valle de la miseria*, mientras Gaston subía a su carruaje.

* * *

La parte trasera del Grand-Châtelet, hasta el Sena, era conocida en efecto como el *Valle de la miseria*. Se trataba de un grupo de casas sucias, un entramado de callejuelas oscuras, fétidas e inquietantes, donde malvivía una población de necesitados, repelente y temible.

Pero Louis no entró en el valle propiamente dicho. Ninguna persona sensata lo

habría hecho sin tener poderosas razones para ello. Cabalgó directamente sobre el puente de los Molineros, que debía conducirlo al centro de la ciudad.

En la otra orilla pasó por delante de la antigua prisión siguiendo una calle atestada de hombres de traje negro —muchos cubiertos de lodo—, mulas, sillas con porteadores y carruajes, para desembocar finalmente ante el Palacio, llamado también el Parlamento.

Fue Felipe el Hermoso el creador de esta institución. En efecto, el susodicho había dividido su Consejo en tres partes: el Gran Consejo para la política real, el Parlamento para los asuntos judiciales y la Cámara de Cuentas para los asuntos financieros.

Progresivamente, la gran nobleza, demasiado poderosa, había sido apartada del Parlamento y de la Cámara de Cuentas. De modo que era la burguesía, más maleable y sobre todo más competente, la que gobernaba estas dos instituciones.

Poco a poco el Parlamento había adquirido importancia para convertirse en una de las principales —pero no la única— instituciones judiciales del reino. En efecto, otros parlamentos existían en otras regiones, las provincias que se habían reservado el derecho de votar sus impuestos. El Parlamento de París quedaba como una especie de corte de apelación suprema.

La complejidad de las leyes, las costumbres y las jurisprudencias locales o nacionales era tal que los magistrados de París se habían acostumbrado no sólo a juzgar sino también a aceptar los nuevos textos, ordenanzas y decretos reales para evitar que se contradijesen.

Así, cuando una nueva ley real era considerada válida, la anotaban en un registro. Se decía entonces que la registraban.

Con los años, se consiguió que mientras una decisión real no fuese registrada, no tenía carácter de ley.

Este rumbo dio enseguida un formidable poder a la burguesía judicial, y como las palabras llevaban aparejadas las atribuciones, el Parlamento había decidido progresivamente que era el representante del pueblo y aseguraba la permanencia de los Estados Generales. Se arrogó, pues, el derecho a amonestar al rey, e incluso juzgar su política.

* * *

Sobre el derecho de amonestación, Luis XIII había recordado a los magistrados de París el año anterior que no disponían de él en modo alguno. Porque era el rey quien dictaba la ley, y el trono real, vacío pero siempre presente en Palacio, estaba allí para que nadie olvidase que Su Majestad por derecho divino podía juzgar en su Palacio y que la justicia se dictaba en su nombre.

En calidad de depositario del poder real, el Palacio era uno de los más bellos y más grandes monumentos de la ciudad. Las cámaras de justicia, en particular la Gran

Cámara, eran inmensas y estaban suntuosamente decoradas. La fachada del edificio, rodeada por la gran galería a la derecha y la santa capilla a la izquierda, con su escalinata y su pórtico, era majestuosa.

* * *

Después de haber entrado en el patio de Palacio, el patio de Mayo, y de haber atado el caballo a una argolla, Louis subió rápidamente los escalones de la escalinata para dirigirse a la gran galería, la inmensa sala de arquitectura imponente que había sido reconstruida unos años antes por Salomon de Brosse tras un terrible incendio. En este lugar, siempre lleno de gente, es donde el notario esperaba encontrar a su informador.

Las dos bóvedas centrales de la galería, separadas por enormes columnas, eran tan altas como las de una catedral. La iluminación —muy mediocre— se limitaba en los extremos a una especie de cristalera. Un tropel de hombres de toga, pero también litigantes, y sobre todo curiosos se dirigían allí ruidosamente.

A la galería se accedía por un ancho pasillo, la galería *Mercera*, donde estaban instalados de manera estable un montón de comercios de mercería.

El Palacio era también un inmenso mercado donde se encontraban principalmente dos clases de tiendas: mercerías y librerías.

Los despachos de pasamanería y mercería constituían la primera y principal actividad de los puestos. No dejaba de resultar curioso, porque los magistrados y los oficiales tenían la obligación de ir vestidos siempre de negro, incluso en su vida privada. En Palacio debían llevar toga negra cerrada; en sus casas, un simple traje con cuello les estaba permitido; en el exterior debían llevar capa negra.

Era una autorización real que databa de 1406 la que había acordado la apertura de las tiendas encargadas únicamente de vender togas y birretes de magistrado. Pero poco a poco los comercios de mercería se habían especializado en el bello sexo, las mujeres, hijas o amantes de los hombres de leyes y juristas. Además, muchas mercerías se dedicaban a vender joyas y orfebrería e incluso abanicos y pantuflas, hasta el punto de asegurarse que una pantufla de calidad sólo podía venir de Palacio.

En fin, que la gran galería se había convertido al mismo tiempo en un mercado de lujo, agradable, protegido de la intemperie, y un lugar de paseo y de encuentro para los ociosos. Se galanteaba, se exhibían los modelitos, se divulgaban rumores y se propagaban secretos imaginarios.

Racine había escrito:

Todos los encantos de la gracia y la belleza
se presentan a nuestros ojos en esta galería.

Y además las guapas merceras tenían fama de ser algo salvajes, lo que atraía la

presencia de jóvenes desocupados que sólo iban a Palacio para verlas, cambiar miraditas y tratar de seducirlas.

Por todas estas consideraciones, el comercio de mercería, que ocupaba inicialmente la única galería *Mercera*, se había extendido por las alas transversales. De este modo hacía competencia al otro negocio, también instalado desde antiguo en Palacio: la librería.

Al principio se trataba únicamente de libros de derecho. Pero desde que numerosos libreros y editores, como Pierre Rocolet con su establecimiento Aux armes de la Ville, Guillaume Loyson con el letrero de Nom de Jesus, y muchos otros, se habían instalado en la gran galería, se vendían allí toda clase de obras.

Louis, más ducho en libros que en artículos femeninos, se dirigió a las librerías. Allí había una docena de puestos en medio de los cuales buscó uno que conocía. De repente, su mirada reparó en una joven morena de unos veinte años, ataviada con un sencillo vestido azul oscuro con falda más clara y una basquiña de tela blanca. Estaba peinada con un moño muy tirante. Tenía un rostro anguloso y poco agraciado, pero curiosamente dulce y fino con una expresión melancólica que la hacía muy atractiva. Louis estaba seguro de conocerla, pero no conseguía dar nombre a esa cara.

Examinó el letrero del puesto. Era el Écu de France, la librería de Antoine Sommerville. Entonces la joven le hizo una seña.

Se acercó, algo intrigado por su llamada. Las prostitutas y las cortesanas eran numerosas en Palacio.

—¿No me conocéis, señor? —le preguntó la joven, con una sonrisa burlona.

—A decir verdad, señorita... —farfulló embarazado.

—Soy la hija de Morgue Belleville —le anunció, con un tono a la vez seco y triste.

Louis se acordó y de repente se sintió incómodo.

Morgue Belleville era un librero que había conocido el año pasado y al que había —justamente— acusado de robo. El susodicho había actuado como intermediario en la venta de una biblioteca entre el duque de Vendôme y el mariscal de Bassompierre, actualmente prisionero en la Bastilla. Como Belleville no había sido pagado por sus servicios, se había servido directamente en la lujosa biblioteca del duque^[13].

Louis lo había obligado a devolver los libros robados pero también le había aconsejado un abogado para perseguir a Vendôme. Pero el duque fue quien encontró al librero ladrón. Lo había mandado torturar y finalmente asesinar. Ciertamente, aun siendo culpable, el pobre hombre no merecía semejante castigo. Por eso, después de su muerte, Louis había jurado ayudar a su hija y luego había olvidado su promesa.

Balbució:

—¡Margot Belleville! Claro que me acuerdo de vos... ¡Dios mío! Estoy terriblemente desolado... avergonzado... tenía pensado venir a veros para tratar de arreglar la deuda que Vendôme tiene con vos y no lo he hecho. Pero os prometo que lo haré... Os lo juro...

El rostro de la hija del librero se ensombreció.

—No es grave, señor. De todos modos, no podríais hacer nada.

Louis echó una ojeada al puesto.

—¿Pero qué hacéis vos aquí, señorita?

—Cuando murió mi padre —respondió Margot tristemente— no tenía medios para vivir. Uno de sus amigos librereros, Antoine Sommerville, me autorizó a vender nuestros libros en su tienda. Ya casi he terminado. Ahora no sé qué sucederá. Iba a casarme, mi prometido es carpintero, pero no tenemos dinero y él sólo gana veinte sueldos por día de trabajo; así no podemos vivir.

Louis se sintió avergonzado, consternado y casi deshonesto. Debería haberse interesado antes por la huérfana.

—Veré lo que puedo hacer. No me olvidaré de vos, ¿seguís viviendo en la calle Dauphine?

—Sí, de momento...

El rostro de la joven cambió de golpe y de nuevo esbozó una sonrisa pícaro, teñida sin embargo con una punta de tristeza.

—Pero vos, ¿qué buscabais? Me dio la impresión de que mirabais a todos los individuos presentes en esta sala. ¿Estáis buscando a alguno? ¿Tal vez a una joven? Mirad, puedo indicaros algunas no muy caras...

—Hum... Efectivamente, busco a alguien, ¡pero no sé a quién! En realidad me gustaría encontrar a una persona que conociese a un ujier de Palacio, Cléofas Daquin.

—Ese nombre no me dice nada. —La joven frunció el ceño sacudiendo la cabeza—. ¿Pero veis ahí abajo el letrero de la librería Le Sacrifice d'Abel? Hay un grueso poste que hace esquina, contra el que se apoya un abogado a la espera de clientes. Ese hombre conoce a todo el mundo. A cambio de unas monedas para la cena os lo indicará de buena gana.

Louis le agradeció la información con una calurosa sonrisa y se dirigió hacia el hombre de ley que le había indicado.

Era delgado y ligeramente cargado de espaldas. La pobreza parecía ser su única posesión. Su ropa negra, manchada y gastadísima, su rostro con los pómulos hundidos y mal afeitados, sus cabellos desgredados mal cortados y sus manos sucias con las uñas negras dejaban adivinar que sus clientes serían o escasos o pobres, o probablemente ambas cosas.

Louis lo abordó circunspecto.

—Maese, necesito un consejo.

El abogado lo miró, primero sorprendido y luego largamente con un insolente descaro.

—Vos sois Louis Fronsac —declaró al cabo de un instante con aire experto—, exnotario y en la actualidad caballero de San Luis. ¿Qué podéis necesitar de mí?

Louis intentó en vano disimular su estupefacción. Preguntó maquinalmente fingiendo serenidad:

—Antes de nada, maese, ¿cuáles son vuestras tarifas?

El aludido lo consideró de nuevo con una expresión desdeñosa tan poco adecuada a su condición que resultaba cómica.

—Eso depende, señor. Por un litigio o un expediente poco complicado cobro cinco libras al día. Es una tarifa elevada, es cierto, pero me permite seleccionar a mi clientela, que deseo conservar honorable y de calidad. Y luego, tengo mucho trabajo...

—Evidentemente... evidentemente... tenéis razón. Os propongo un escudo de plata de tres libras por darme simplemente una dirección. Busco a la viuda de Cléophas Daquin, un ujier muerto recientemente.

El abogado movió la cabeza con lentitud cerrando los ojos.

—Lo conocía. Era un mal hombre, siempre en la taberna con las sifilíticas y los fulleros de los dados. Su muerte ha librado a la justicia de un ser que la desacreditaba. Su mujer vive con su hermano, que trabaja en el Louvre, en la calle de Petits-Champs. ¿Alguna otra cosa?

Le tendió su mano derecha. Louis, desconcertado por haber conseguido tan rápido lo que buscaba, le dio el escudo prometido. Conocía la calle de los Petits-Champs, ubicada entre la calle Saint-Martin y la calle Beaubourg. Sus habitantes dependían del comisario de la calle Saint-Avoye.

Dio las gracias a su informador, hizo un último gesto a Margot, que no lo había perdido de vista, y salió de la gran galería. Cogió su caballo en el patio de Mayo —había encargado que se lo vigilasen a una banda de arrapiezos a los que dio un sol— y se dirigió al Sena.

Louis subió durante un momento las orillas enlodadas del río para coger el puente de Notre-Dame, bordeado a cada lado por construcciones verdaderamente dispares e irregulares de las que siempre se preguntaba cómo podían mantenerse en pie. Al llegar a la otra orilla subió la calle Saint-Martin. En esta arteria las construcciones eran casi todas de piedra, por lo menos en su base. Los pisos, sin embargo, estaban cubiertos de madera, con los espacios entre las vigas llenos de adobe de cal.

El sol todavía estaba alto pero la calle se hallaba en penumbra por los saledizos que a veces casi unían las dos partes, constituyendo una extraña bóveda incompleta. Por fin desembocó en la calle de los Petits-Champs. Aquella travesía señalaba el emplazamiento de las antiguas fortificaciones de la Edad Media. Más allá se encontraban las parcelas de los hortelanos, de ahí el nombre de la calle.

Louis advirtió que la mayoría de las casas eran nuevas y relucientes. Sabía que desde hacía años este rincón de París se había convertido en el barrio exclusivo de los financieros hugonotes. En la posada La fleur de lys rouge preguntó por la casa de los Daquin. Cléophas era conocido del local, y el tabernero, singularmente amable, pidió a uno de sus ayudantes «que acompañase al gentilhombre».

El ayudante, que sólo era un chiquillo, corrió a toda velocidad delante del caballo y, por un instante, Louis creyó perderlo de vista, pero el niño, satisfecho de su

travesura, lo esperaba finalmente al cabo de la calle. Riéndose, le señaló la casa. Louis le dio una blanca y medio sol a cambio de su servicio.

La casa de los Daquin era una vieja construcción estrecha de una sola planta, con un techo muy inclinado. El inmueble podría llamar la atención en aquella calle donde había tantas casas nuevas y tan bonitas. Sin embargo, no era así, porque el edificio era sólido, limpio y francamente lujoso.

Louis llamó a la puerta de roble claveteado, sólida y recién encerada. Al cabo de un buen rato alguien abrió. Era un hombre joven de unos treinta y cinco años, de mirada honesta y leal. Vestido completamente de gris oscuro, con los cabellos cuidados y la mirada firme, desde luego no parecía un criado. ¿Tal vez un amigo o pariente?

—Quiero ver a la señora Daquin —dijo Louis en tono neutro.

—Excusadme, señor, pero ha fallecido un familiar y no puede recibir —replicó el joven.

Mientras hablaba empujó la puerta. Louis la bloqueó con el pie.

—¡Esperad! Vengo por orden del Grand-Châtelet. Me envía el teniente civil, el señor Laffemas.

Ante estas terribles palabras, la puerta se abrió al instante de par en par. El joven se había puesto pálido.

—Seguidme —farfulló. Lo condujo a una pieza con una alcoba al fondo que debía hacer las veces de dormitorio—. Voy a llamar a mi hermana.

Se dio la vuelta y subió una pequeña escalera que Louis no había visto al principio.

Así que es el hermano, pensó Fronsac, el que trabaja en el Louvre. Es curioso lo aterrado que está, se dijo.

La pieza adonde lo habían hecho pasar estaba limpia y los muebles eran de nogal o cerezo; Louis se fijó en la tapicería de seda, el vasar labrado y los dos espejos de Venecia. No pudo seguir con sus observaciones porque la persona por la que había preguntado bajaba.

Anne Daquin era alta, pelirroja, hermosa y entrada en carnes. Pasaba de los cuarenta, pero aparentaba muchos menos gracias a su rostro enérgico y gracioso y su aspecto alegre y benévolo. Unos abundantes tirabuzones dorados le caían con gracia sobre los hombros. Vestida con un sencillo traje negro recogido en los extremos por anchas cintas que dejaban ver una falda de terciopelo más clara, estaba resplandeciente mientras se acercaba lentamente hacia Louis con amabilidad y cortesía. Louis se fijó también en el corsé muy escotado que dejaba ver un busto blanquísimo más realzado que disimulado por un ancho cuello de encaje. La vestimenta de una viuda, ciertamente, pero no de viuda afligida.

—Señor, mi hermano me ha dicho que insistís en verme. Desde la muerte de mi esposo prefiero estar sola, pero haré una excepción con vos.

Ahora que se encontraba cerca de ella, Louis podía oler su perfume. Vio que tenía

los ojos enrojecidos. Debía de haber llorado mucho y el hecho de que lo recibiera era muy generoso por su parte.

—Señora, estoy efectivamente desolado por haber insistido. Me llamo Louis Fronsac y soy caballero de San Luis. Lo que me trae hasta aquí es que la muerte de vuestro esposo ha dado lugar a una investigación policial; desgraciadamente, el comisario del barrio que la llevaba ha sido asesinado y yo me ocupo de ella por encargo de un amigo, el comisario de policía que lleva este asunto. Intento conocer mejor los expedientes en los que trabajaba. ¿Podrías facilitarme las circunstancias de la muerte de vuestro esposo?

—¡Mi esposo! —La señora Daquin hizo un ligero gesto, más bien una mueca—. Debéis de estar al tanto de que no era... muy agradable. Bebía, me pegaba y abusaba de mí. Sin embargo, cuando cayó enfermo lo cuidé hasta que se murió...

Dejó de hablar un instante y luego añadió con la mirada perdida:

—No sé por qué... debería estar contenta, y sin embargo estoy afligida. Yo...

Se volvió, y sosteniendo la cabeza entre las manos, se puso a sollozar. Louis no sabía qué hacer. Al cabo de unos instantes, se dio la vuelta enjugándose los ojos con un pañuelo de encaje.

—Excusadme. Creo que, a pesar de todo, todavía lo amo... ¿Qué queréis saber?

—Qué clase de trastornos sufría y de qué murió.

Anne Daquin contuvo los sollozos y, respirando profundamente, respondió:

—Hace tres meses se vio obligado a guardar cama a causa de dolores en el vientre y un fuerte acceso de fiebre. El médico le diagnosticó cólico estomacal. Luego tuvo una ligera mejoría, pero seguía cansado. Apenas comía y vomitaba frecuentemente. A veces, la fiebre desaparecía durante unos días, pero volvía a aparecer con accesos más fuertes. Al cabo de un mes estaba totalmente debilitado y ni siquiera podía levantarse. Adelgazó muchísimo.

De nuevo, la mujer ahogó un sollozo con aquellos terribles recuerdos:

—Pronto no quedó de él más que la piel y los huesos. El médico me dijo que no tenía salvación. Y dos días antes de morir...

Anne hipó y no pudo continuar. Louis le cogió la mano y se la apretó animándola a seguir.

—Por favor, seguid, es importante.

Ella lo miró un instante y luego prosiguió dulcemente:

—... vomitó unos enormes gusanos rojos... El médico nunca había visto nada igual. Después siguió vomitando más gusanos. En efecto, esos horribles bichos lo estaban devorando vivo. Por último, privado de órganos, murió.

Louis retrocedió maquinalmente, petrificado por el abominable relato. Sin embargo, acertó a preguntar:

—Pero ¿por qué hubo una investigación policial?

—Antes de morir, mi esposo pasaba las horas con un compañero de borracheras llamado Picard. Este Picard, un antiguo artillero de marina, les había propuesto a

varios de sus compañeros de juerga una pócima infalible para librarse de los que te molestan; la había traído de las islas cuando estaba en la marina. El médico que atendía a mi esposo se enteró de ello y, como esta muerte era al mismo tiempo abominable, repugnante y excepcional, avisó al comisario Du Fontenay. A decir verdad, me dijo que Picard era sospechoso de haberle dado su brebaje a mi marido. Pero no me enteré de nada más. No conozco a Picard y todo lo que sé es que frecuentaba la taberna del Grand Cerf.

Louis sacudió la cabeza maquinalmente. La historia de la hermosa viuda era coherente.

—Bien, desde luego iré a dar una vuelta por allí. ¿Podrías darme también la dirección del médico que atendió a vuestro esposo? Puede serme útil.

Louis se detuvo, dudando un poco en insistir.

—Creo que no tengo más preguntas que haceros. Ahora debo irme. —Dudó un momento y luego le preguntó—: ¿Necesitáis algo?

Esta vez la mujer lo miró con una mezcla de veneración y de gratitud.

—Gracias, señor. Mi hermano vive conmigo y se ocupa de todo lo que necesito.

Añadió con una triste sonrisa, bajando los ojos:

—El médico se llama Guy Renaudot, vive en la calle de la Cristalería.

—Vuestro hermano trabaja, ¿verdad?

—Sí, en el Louvre, es empleado de despacho. Me ayuda mucho y no necesito nada. Os lo aseguro.

Louis no insistió. Se dio cuenta entonces de que todavía tenía cogida la mano de la mujer; de hecho, era Anne quien retenía la suya. Se soltó suavemente y ya se iba cuando se le ocurrió una última pregunta.

—Disculpad mi indiscreción, pero... esta casa... Señaló los muebles y la casa. ¿Vuestro marido era rico?

—No —respondió la mujer, sacudiendo la cabeza de un modo adorable—. Esta casa es mía, la heredé de mis padres junto con una confortable renta.

Y añadió suspirando:

—Desgraciadamente, ahora tendré muchos pretendientes...

De nuevo miró afectuosamente a Louis, que dijo con tono desabrido.

—Me alegro por vos. Gracias de nuevo.

Y se fue. Pero una extraña emoción lo turbaba. En la calle se dio cuenta de que había dejado a la mujer de mala gana, que le habría gustado consolarla. Y que ella hubiera aceptado.

Disgustado consigo mismo y con ella, se dirigió a la posada vecina.

Sí, conocían la taberna del Grand Cerf: estaba detrás del ayuntamiento.

—Pero... —hizo una mueca burlona el tabernero—... Es un sitio con mala fama, sucio y frecuentado por un hatajo de crápulas y bandidos. No os aconsejo que vayáis, ¡salvo que os gusten los problemas!

¡Diablos!, se dijo Louis subiendo a su caballo, Gaston me ha enredado en una

curiosa aventura.

Desoyendo el consejo del tabernero, se dirigió al tugurio. Estaba acostumbrado a este tipo de investigaciones y no le preocupaba demasiado, aunque había decidido ser prudente.

* * *

El lugar no era como se lo habían descrito. ¡Era mucho peor!

Una parroquia de estudiantes, truhanes, pícaros y mozos de cuerda estaba sentada armando barullo en los bancos que habían conocido tiempos mejores. Camareras, o mejor dicho desvergonzadas con las blusas escotadas hasta la cintura, armaban jaleo en medio de los gritos y los cantos de borrachos. Grupitos más silenciosos jugaban a las cartas o a los dados, sentados en toneles cortados por la mitad.

Nadie prestó atención a Louis, que se dirigió al que parecía ser el patrón. Era un hombrecillo grueso con un delantal de cuero marrón. Los cabellos cortados al cero como un galeote. ¿Tal vez a causa de los piojos? A menos que fuese un antiguo galeote de verdad, porque le faltaba una oreja, o se la habían arrancado, castigo frecuente entre los fugados de la chusma real.

Louis adoptó su aspecto concienzudo de notario escrupuloso dirigiéndose a él.

—Señor... Me ocupo de la herencia de Cléophas Daquin, que frecuentaba vuestra taberna. He encontrado entre sus papeles un reconocimiento de deuda hacia un tal Picard. Me han enviado para pagarla.

El otro lo miró estúpidamente.

—¡Vaya! ¿Daquin entonces tenía dinero?

Luego adoptó un aire taimado y añadió cerrando los ojos, sin disimular su codicia:

—Pero... Daquin tenía también una deuda conmigo... ejem... de treinta sueldos. ¿Vais a pagármela?

Louis movió la cabeza muy serio.

—En cuanto haya pagado a Picard, preparadme una memoria escrita y llevádmela a mi despacho.

El tabernero, que seguramente no sabía escribir, se encogió de hombros comprendiendo que no conseguiría nada.

—¡Ah! Por desgracia, Picard ha desaparecido, señor mío, hace una semana que no lo vemos...

—¿Dónde vive?

El dueño del figón lo miró un instante, con desconfianza, y luego le dio la espalda para subir un tonel.

—¿Sabéis dónde puedo encontrarlo? —insistió Louis.

—Haced la ronda por los garitos y los burdeles de París —le espetó sin darse la vuelta.

Y bajó a la bodega.

Louis comprendió que no sacaría nada más y salió del tugurio.

Lo único que podía hacer era volver al Grand-Châtelet. Gaston podría estar satisfecho de él, porque le llevaba hechos tangibles y el nombre de un criminal. Pero todavía quedaban muchas preguntas sin responder.

Picard había asesinado a Daquin envenenándolo con la pócima que había traído de las islas. Pero ¿por qué? ¿Cuál era el motivo de este crimen?

Luego, Picard había desaparecido. Louis podía comprender los motivos, si la policía lo buscaba. Pero ¿dónde estaba?

Por otra parte, Fontrailles había asesinado al comisario que precisamente investigaba y buscaba a Picard. ¿Por qué razón? ¿Para proteger a Picard?

¿Qué relación había entre el marqués de Fontrailles y el ujier Daquin?

Por otra parte, Fontrailles había tomado prestado un fusil de aire con una orden del Santo Oficio. ¿Esta orden era verdadera o falsa? ¿Tenía alguna relación con España?

Finalmente, después de haberlos dado vuelta y mezclado todos los hechos de los que tenía conocimiento, Louis no veía ningún hilo conductor entre el marqués de Fontrailles, Picard y los Daquin. Tal vez Gaston descubriera algo más, se dijo.

Durante el camino se puso a pensar en la bella Anne Daquin.

Todavía estaba bajo su embrujo. Esa mujer también era un misterio. Tenía la fugaz impresión de que si hubiese sido un poco más galante, la seduciría sin ninguna dificultad. Vivía en una hermosa casa. ¿La habría heredado realmente de sus padres o de otra actividad más relacionada con sus vestidos y sus encantos?

Pensó entonces en Marion de Lorme, tan seductora como Anne. Pero era su oficio.

Se prometió comprobarlo.

En el Châtelet, Louis tuvo que esperar más de una hora a que llegase su amigo. Una vez reunidos en su despacho, el comisario lo escuchó atentamente tomando notas. Sin embargo, cuando habló, resultó evidente que tenía más datos que Louis.

—He interrogado a varias mujeres atacadas por el *Catador* y todavía vivas — explicó—, pero los testimonios eran confusos e insuficientes. Sin embargo, he podido delimitar con bastante facilidad las calles donde cometía sus sevicias. Voy a vestir con ropa de mujer a una patrulla de veinte arqueros y vigilarán por parejas todas las noches, armados hasta los dientes. Tarde o temprano cogeremos al *Catador*.

La idea hizo sonreír a Louis.

—No te olvides de coger a hombres imberbes, si no, podría desconfiar, salvo si le gustan las mujeres peludas...

Gaston no hizo caso de la broma y prosiguió, impasible:

—En la Bastilla, mi prisionero no ha dicho nada a pesar de que sabe lo que le espera: los falsificadores de moneda todavía son sumergidos en agua hirviendo, ¡no es un baño muy agradable, te lo aseguro! Tal vez no sepa gran cosa, después de todo.

He analizado la situación con Laffemas y hemos acordado que un juez criminal venga a interrogarlo dentro de dos días. Si quieres, puedes asistir al interrogatorio. De momento, la pista de Daquin no me parece muy prometedora. Te aconsejo que la dejes. ¿Por qué iba a estar Fontrailles interesado en el tal Daquin y en su guapa mujer?

Louis no le contestó inmediatamente, luego propuso de un modo conciso:

—Quizás temiese que Daquin descubriese que visitaba con frecuencia su casa.

—¿Qué? ¿Ese monstruo con la belleza que me has descrito? ¡Estás soñando! — exclamó Gaston.

Louis se encogió de hombros. Es cierto que su hipótesis no era muy verosímil. Salvo si la señora Daquin vivía de sus encantos. Pero entonces, su marido no tendría nada que censurarle...

Quedaron en verse de nuevo el miércoles. Louis decidió que mientras tanto sacaría adelante el trabajo atrasado en el despacho.

Finales de diciembre de 1642

El miércoles 17 de diciembre, como Gaston le había pedido, Louis fue a la Bastilla a asistir al interrogatorio del falsificador. Después de salir muy temprano de su apartamento y coger su caballo en la cuadra de La Grande Nonnain, se dirigió a la calle de Saint-Antoine, en cuyo extremo se perfilaba el siniestro edificio.

La puerta de Saint-Antoine marcaba los límites de la ciudad al este y se abría a lo largo de las fortificaciones. Para entrar en la Bastilla, el sólido castillo de ocho torres situado a mano derecha, había que cruzar un ancho pasadizo, en la parte baja de la calle, hasta llegar a la puerta.

El pasadizo conducía a un gran patio rodeado de edificios en los cuales se alojaba el personal de la prisión. Desde allí, a mano izquierda, se subía a una vía más estrecha que llevaba a un segundo pasadizo, menos ancho que el anterior, y conducía a un horroroso puente levadizo. Era la única entrada de la fortaleza.

Después del puente levadizo había una puerta de roble revestida de hierro — estaba abierta cuando Louis se presentó—, luego una reja con barras de madera recubiertas también de hierro que estaba bajada.

Louis cruzó la puerta y se detuvo en la reja. Detrás de ella estaba alerta un sargento del cuerpo de guardia. Louis se dirigió a él, esperando ser interrogado, pues ya lo habían hecho dos guardias antes de llegar allí.

—Me espera el teniente civil, el señor Laffemas, para un interrogatorio. Mi nombre es Louis Fronsac, caballero de Mercy.

El hombre lo miró durante un largo rato con la desconfianza habitual de los policías; luego fue a una salita a consultar un registro. No volvió, pero hizo una señal con la mano a un soldado y la reja se levantó entre grandes chirridos.

Louis entró entonces en el primer patio de la prisión, el más grande.

—¡Tenéis que dejar vuestro caballo aquí para ir a la torre del Pozo, donde os están esperando! —gritó el sargento.

Louis se volvió hacia el soldado. En realidad, se sentía perdido en la inmensa fortaleza. Delante de él se erguía un formidable edificio de tres pisos con una terraza en la parte superior que unía las dos torres que lo franqueaban. Pero ¿cuál era la torre del Pozo?

—Ésta es la torre del homenaje —le explicó el sargento acercándose—. Delante de vos están las dependencias del gobernador y del Estado Mayor. Allá abajo hay un porche —se lo indicó con el dedo— que cruza el edificio. Atad vuestro caballo a esta argolla, con los otros, e id hasta allí a pie. Al otro lado está el corral con los accesos a las torres. La torre del Pozo es la que huele peor —gesticuló tapándose la nariz.

Al mismo tiempo señaló una de las torres que sobrepasaba ligeramente el tejado del edificio del gobernador.

Louis le dio las gracias y siguió sus indicaciones.

Una docena de soldados, criados y mozos de cuadra estaban atareados en el patio y no hicieron caso de su presencia. Ató su caballo a una argolla y cruzó el porche para llegar al corral.

Louis sabía que cada torre tenía un nombre. Algunas estaban reservadas a los prisioneros de calidad que se beneficiaban de cierto confort y disponían incluso de criados. Al contrario, en el subsuelo y en la torre del Pozo —que era la única que no tenía chimenea— encerraban a los detenidos sin utilidad ni interés para el gobernador o los carceleros. Al no poder protestar estos prisioneros por su incomodidad, las cocinas y los establos utilizaban una parte del patio delante de esta torre para dejar allí basura, estiércol y excrementos. El olor era espantoso.

Al pie de la torre del Pozo había una puerta baja. Louis se dirigió allí, luego abrió intentando no respirar porque el hedor era insoportable. Algunas ratas se deslizaron entre sus piernas.

Entró en una pieza pequeña oscura y abovedada, donde se encontraban en la oscuridad un oficial y un exento. Después de unos segundos, el tiempo que los ojos tardaron en acostumbrarse a la falta de luz, distinguió en un rincón a Gaston en compañía del teniente civil Laffemas, al que había visto muchas veces en el Châtelet. Ambos parecían mantener una discusión muy animada.

Louis se acercó a ellos, aunque la presencia del teniente civil le repelía. Isaac de Laffemas era un hombre de pequeña estatura de aspecto severo y duro —reforzado por una perilla—, siempre vestido con un traje negro barato y calzado con zapatos bajos con hebillas de metal.

A pesar de su posición, Isaac de Laffemas, escrupulosamente honesto, no se había enriquecido con su cargo.

Louis sabía que descendía de la pequeña nobleza porque su padre era ayuda de cámara de Enrique IV. Para desesperación de sus padres, Laffemas, en su juventud, había querido ser actor. Sin embargo, había seguido con sus estudios de abogado, y luego se convirtió en procurador del rey y finalmente relator del Consejo de Estado.

Nombrado administrador de justicia en Picardía, su capacidad de trabajo y sobre todo su firmeza habían llamado la atención de Richelieu, que lo había nombrado teniente civil en 1639, encargado de restablecer la seguridad en París.

Criatura del cardenal, se había convertido en el verdugo del Gran Sátrapa. Por otro lado, estaba muy satisfecho del terror que reinaba a su alrededor. Un día que hacía buen tiempo incluso había afirmado, refiriéndose a una ejecución: «¡Un buen día para un ahorcamiento!».

En su lecho de muerte, el cardenal ministro había aconsejado a Luis XIII que mantuviese a su lado a un hombre tan valioso y el *Verdugo de Richelieu* había sobrevivido al cambio de régimen.

Sumido en la conversación, Gaston no se dio cuenta de la presencia de su amigo hasta el último momento. Entonces se interrumpió para explicarle a Louis que el

señor Gailarbé, el juez de lo criminal, no había llegado todavía y que estaba haciendo el resumen del asunto en curso al teniente civil.

Laffemas, que había reconocido a Fronsac, le dirigió un gesto con la cabeza casi amistoso. Louis se lo devolvió, sin olvidar que el mismo Laffemas lo había enviado a prisión unos meses antes y que no hubiera tenido ningún escrúpulo en ordenar que lo torturasen o incluso lo colgasen.

Por suerte, antes de que se instalase entre ellos un silencio incómodo, llegó corriendo un escribano seguido de un magistrado ataviado con toga negra y el birrete de los jueces de lo criminal.

El juez Gailarbé era enjuto, con el rostro macilento, y parecía tan jovial y amante de los placeres de la vida como un cadáver de ocho días. Gaston se acercó a él y fueron a hablar durante unos instantes con el oficial de guardia, que, después de haber visto al teniente civil y a Louis, les hizo una señal para que siguiesen a su sargento.

Atravesaron un corredor que salía de la torre, del que bajaban unas escaleras que los condujo al primer subsuelo. El exento —un sargento con vara— lo precedía. El lugar era lúgubre, húmedo y sucio. El olor a humedad, denso y repugnante. El sargento abrió una reja algo oxidada que chirrió tristemente. Una nueva escalera, cubierta de pegajoso musgo y de peldaños desiguales, bajaba a los calabozos. Caminaron lentamente agarrándose a las piedras de las paredes para no resbalar. Por momentos se oían unos débiles aunque terribles gemidos.

Abajo desembocaron en una ancha galería abovedada y cubierta de arena que se extendía en la lejanía ante ellos. Las paredes estaban carcomidas por todas partes por el salitre y una enorme rata negra corría a lo lejos delante de ellos. Un arroyo formaba regueros de un lado a otro de la galería. Gaston notó que Louis se estremecía.

—Aquí están las salas de interrogatorios. Este corredor-galería comunica las torres entre sí.

Le mostró los regueros de agua.

—Está un poco por debajo de las fosas exteriores y del canal que une el Sena.

Su voz resonaba y Louis no respondió. Nadie tenía ganas de hablar.

El ancho y oscuro corredor estaba débilmente iluminado por antorchas humeantes y a cada lado pesadas puertas cubiertas de hierro se abrían probablemente al infierno. Al doblar un recodo vieron una mesa colocada en el pasadizo, luego a dos carceleros tumbados sobre un banco carcomido. El corredor se hacía más ancho y el grupo se detuvo ante los guardianes de aspecto embrutecido y feroz, de rostros macilentos verdaderamente repugnantes.

Curiosamente, estaban los dos calvos.

El carcelero se dirigió a uno de ellos, que se levantó y contoneándose los condujo en silencio a una puerta —más lejos, en la galería—, que abrió con una de las llaves del enorme manajo que llevaba a la cintura.

No fue en la arquitectura ojival de la pieza en la que entraron en lo que reparó Louis, sino en la mesa situada a uno de los lados de la sala. Allí estaba muerto de frío

un prisionero, pálido y enflaquecido, desnudo hasta la cintura.

Dos guardias y un hombre completamente vestido de negro, bastante elegante y con bigote, se movían a su alrededor. Louis supuso que el hombre de negro era el interrogador jurado. Por lo que Gaston le había dicho, debía de ser Noel Guillaume, el hermano del ejecutor de la alta justicia del prebostazgo de París. La sala estaba helada y Louis también se estremeció.

Tratando de convencerse de que el interrogatorio no le concernía directamente, Louis se mantuvo apartado mientras los guardias ataban al hombre a la mesa. Tenía los brazos y las piernas colgando y la cabeza echada hacia atrás. Le ataron las manos a una argolla de la pared, situada a una media toesa del suelo, y los pies a otra argolla a ras de suelo. El prisionero no oponía resistencia. Parecía resignado al terrible interrogatorio que lo esperaba. Cuando estuvo todo dispuesto, el juez de lo criminal se acercó al detenido y, con voz monótona y cansada, declaró:

—Gilles de Robert, llamado *Campañol*, vais a ser interrogado en presencia del señor Laffemas, teniente civil, y del señor de Tilly, comisario. El señor Fronsac será testigo y yo soy el juez de lo criminal. Jurad sobre el Evangelio que vais a decir la verdad.

Le tendió el libro mientras el carcelero anotaba todo lo que había declarado. El hombre juró con voz temblorosa. El magistrado prosiguió, impasible, con un tono monótono e indiferente.

—Vais a ser sometido a la cuestión previa ordinaria de cuatro pintas de agua, tras lo cual seréis interrogado sobre vuestras actividades de falsificador. Si vuestras respuestas son satisfactorias, la cuestión se detendrá ahí. Si no, seréis sometido a un interrogatorio de ocho pintas de agua. Antes, y siguiendo el procedimiento codificado, seréis rociado con agua fría.

El torturador jurado se acercó a la víctima, que tenía los ojos abiertos por el horror, y le arrojó un cubo de agua encima. La pieza estaba helada y el prisionero rápidamente se puso azul con toda la carne de gallina. Este bárbaro método, de uso habitual, tenía como fin anular completamente la voluntad del detenido.

Después de esto el verdugo le puso un embudo de cuero en la boca mientras su ayudante le cerraba con fuerza la nariz. A sus pies ocho vasijas de agua hirviendo. Cogió una y empezó a vaciarla en el embudo.

Louis observó espantado cómo el vientre del prisionero se hinchaba horriblemente con abominables gorgoteos. El hombre habría podido hablar antes de sufrir la cuestión, pero el procedimiento criminal era tal que la cuestión debía preceder al interrogatorio. La tortura se llamaba entonces previa. Era lo que había decidido Laffemas, que opinaba que el individuo estaría así más dispuesto a hablar. *Campañol* había ya sufrido una cuestión previa de agua helada —denominada del pequeño caballete— unos días antes y no había hablado.

Cuando hubieron vaciado las dos primeras vasijas, desataron al hombre y lo ayudaron a sentarse mientras recuperaba el aliento. Temblaba cada vez más, le

castañeteaban los dientes y estaba completamente azul.

El juez prosiguió:

—Habéis sido detenido después de haber pagado en las tabernas con escudos recubiertos de pintura plateada. En vuestra casa se encontraron cerca de cincuenta escudos falsos. ¿De dónde los habéis sacado?

—Ya... lo he... dicho —declaró entre jadeos el hombre—, encontré... esa bolsa con escudos... una noche... en un callejón. No sé... nada más.

El juez miró a Laffemas y a Gaston, interrogándolos con la mirada. Laffemas ordenó entonces al verdugo con una voz en la que se percibía cierta satisfacción:

—Seguid, señor Guillaume, otros dos cubos...

En ese momento intervino Louis, ya no podía más.

—¿Puedo interrogar al prisionero? —preguntó al teniente civil.

El hombre dudó un segundo, luego movió la cabeza con un gesto de contrariedad.

Sería una pérdida de tiempo, pensó, pero también sabía que Louis Fronsac era escuchado por Mazarino y más valía dejarlo hacer.

El caballero de Mercy se dirigió entonces al hombre.

—¿Habéis sido interrogado por el comisario Du Fontenay cuando fuisteis arrestado?

—Sí... señor.

—¿Sabéis lo que pasó después?

El hombre negó con la cabeza temblando.

—Fue asesinado —prosiguió Louis con una voz sin entonación—. Sin duda, por los que os dieron las monedas falsas. Por eso sabemos que no habéis encontrado la bolsa; si no, no hubieran matado al comisario. Babin iba a descubrir algo y hemos venido a averiguar qué. En cuanto a vos, sois cómplice del crimen e, indirectamente, por vuestro delito el comisario está muerto. No penséis que pasaréis unos años en galeras, probablemente pasaréis por la rueda de Santa Catalina en la plaza de la Grève o seréis descuartizado por el ejecutor de la alta justicia. O peor todavía, podéis ser sumergido en aceite hirviendo, el castigo para los falsificadores. Y se os aplicará justamente porque sois responsable de la muerte de un oficial del rey. Y además sufriréis una cuestión extraordinaria con las botas o aplastapiernas.

—Pero... yo no tengo nada que ver con eso.

El hombre miraba horrorizado a sus torturadores ante la enumeración de los espantosos suplicios.

Louis se encogió de hombros y adoptó un aire indiferente.

—¡Peor para vos! Alguien tiene que pagar. Así que seréis vos... De todos modos, si habláis, estoy seguro de que el señor Laffemas podría aceptar liberaros tras pasar unos meses en el calabozo...

Laffemas hizo un gesto de sorpresa que sólo duró un instante, porque comprendió a dónde quería llegar Louis. Finalmente, asintió con la cabeza. El juez y el verdugo, menos perspicaces, frunció el ceño expresando su total desacuerdo. El verdugo,

más todavía, porque le pagaban por cada tortura y liberar a un prisionero significaba menos dinero para él.

Era evidente que *Campañol* dudaba. Finalmente, con una expresión zorruna pareció dispuesto a negociar.

—¿No seré torturado y seré liberado? ¿Tengo vuestra palabra?

—Tenéis la mía, con eso es suficiente —replicó Laffemas con un tono seco y suficiente.

Tenía prisa por terminar, pues debía interrogar a otros prisioneros.

—B... ueno.

El prisionero buscaba las palabras. Con voz vacilante y entrecortada por las convulsiones debidas al frío prosiguió:

—No encontré la bolsa... Es cierto... Me la dieron... Pero no sé mucho más... Una vez al mes me llaman... para conducir una carreta por París. Contiene barricas de vino... y me pagan con diez piezas de plata, falsas, por cada viaje, así como dos verdaderas...

—¿Adónde llevabais la carreta? —preguntó Laffemas sin hacer caso del penoso estado del ladrón.

—A un edificio que se utiliza de almacén. Puedo conducirlos allí...

—¿Y de dónde salís?

—Voy a buscarla a Montmartre. Delante de una posada... Normalmente me avisan la víspera. Es vino de las viñas del pueblo, en fin, es lo que me han dicho —se excusó—. Es todo, no sé nada más, lo juro sobre el Evangelio.

Laffemas hizo una señal a Gaston, al juez y a Louis para que se acercaran, y los llevó aparte.

—¿Qué hacemos? Seguramente el almacén y la posada sólo son intermediarios. No hemos avanzado mucho. ¿Qué opináis?

—Tengo una idea —propuso Gaston, contento con el interrogatorio porque por fin tenía una pista que seguir—. Ya veréis...

Volviéron con el prisionero.

—¿Cuándo se produjo la última entrega? —preguntó el comisario.

El hombre reflexionó un momento.

—Tres días antes de que me detuviesen... creo...

—Entonces, ¿hace tres semanas, como máximo?

—Sí, así es... Sin duda...

—Y si os llaman todos los meses... ¿la próxima entrega podría ser dentro de una semana?

—Pues... sí...

Gaston pareció satisfecho. Meditó un breve instante y prosiguió:

—*Campañol*... estoy dispuesto a liberaros... definitivamente... con una condición. Volveréis a vuestra antigua vida, explicando a los que os pregunten que os han soltado por falta de pruebas. Por mi parte, haré que algunos de mis hombres se

hospeden cerca de vuestra casa. Cuando os avisen para la entrega de vino, los prevendréis. Luego nos dejaréis hacer. Ahora nos acompañaréis al almacén y a la posada. ¿Estáis de acuerdo?

—Sí... Pero ¿quedaré libre realmente?

Por el tono, no se lo creía.

—Desde luego. Pero si nos traicionáis, moriréis en la rueda. No os quitarán los ojos de encima, no lo olvidéis.

El prisionero asintió con la cabeza sin dejar de temblar. Gaston miró a Laffemas y al juez, que también asintieron. Con un gesto, este último ordenó al verdugo que desatase al bribón. Salieron todos de la sala y el detenido fue llevado de nuevo a la escribanía. Por su parte, Gaston, Laffemas, el juez y el forense decidieron salir en un coche cerrado con el preso una vez estuviese listo, seco y vestido, y examinar el almacén. Louis no creyó necesario acompañarlos. Ahora sólo se trataba de un trabajo de la policía que no le interesaba. Decidió irse a su casa después de que Gaston le asegurase que lo tendría al corriente del resultado de sus investigaciones.

* * *

Dos días después —a última hora de una tarde húmeda y glacial—, Louis acababa de finalizar una conversación de cerca de dos horas con Gaufredi sobre su dominio de Mercy e iban a salir a comer juntos a La Grande Nonnain qui ferre l'oie —la posada cercana a su casa— cuando se presentó Gaston. El comisario aceptó de buena gana unirse a ellos para comer.

Con el frío que reinaba en el exterior, la hospedería parecía la antesala del infierno por el calor que hacía allí dentro.

La Grande Nonnain era una taberna de cierta categoría, frecuentada sobre todo por la burguesía acomodada y la nobleza del barrio. Aquí no había truhanes, ni mendigos, mozos de cuerda o prostitutas. La sala principal estaba limpia y su suelo cubierto de paja fresca que cambiaban cada dos días. Dos grandes chimeneas consumían lentamente los leños.

Delante de uno de los hogares unos caballetes metálicos y dos llares soportaban inmensos espetones en los que se asaban perdigones, palomos y faisanes. En la segunda chimenea, marmitas de cobre rojo y potes colgaban de los llares. Desprendían un olor delicioso.

Entre los dos hogares había unas doce mesas en las que cabían unos veinte comensales holgadamente.

Cuando nuestros amigos entraron, a pesar de que la sala no estaba todavía llena, Louis se dirigió hacia el fondo. Allí había una pieza más pequeña con mesas para cuatro personas, atendida por una joven y amable criada.

Nuestros tres compañeros se sentaron en un rincón alejado donde podían ver a la concurrencia y la sala grande. Era una vieja costumbre de Gaston, que como policía

estaba siempre vigilante.

Encargaron faisanes y vino de Beaune acompañados por un plato de alubias cocidas. Lo devoraron todo con apetito, echando al suelo al mismo tiempo los huesos y los restos, como era costumbre en este tipo de establecimientos. Así, algunos perros que vagaban por las salas podían comer igualmente.

Cuando los platos estuvieron casi vacíos y se limpiaron las manos en la ropa, Gaston, ahíto y acalorado tanto por el vino como por el calor de las chimeneas, tomó la palabra:

—Supongo que estarás deseando saber adónde he ido.

Louis asintió vaciando el vaso de vino.

—Hemos ido al almacén. Estaba cerrado y me he pasado estos dos días preguntando discretamente a la gente del barrio. El hangar sirve, efectivamente, para almacenar el vino. Adivina para quién.

Louis hizo un gesto de negación y Gaston sonrió satisfecho. Le encantaban esa clase de adivinanzas.

—¡Para la Embajada de España! Así que es Fontrailles quien debe de estar detrás de esos tejemanejes. En una época los españoles pagaban con oro; ahora que están arruinados, ¡sólo les queda la falsa moneda de plata! Decididamente —dijo con un tono lúgubre que hizo sonreír a Louis—, han caído muy bajo...

¡España! ¡Eso lo explicaba todo! Fontrailles siempre había estado muy unido a la casa de Austria. Había debido organizar aquel tráfico por España y matar al comisario porque sus investigaciones se habían vuelto peligrosas. Quedaba por saber lo que contenían exactamente las barricas. Louis preguntó a su amigo.

—De momento, esperamos —replicó Gaston con la boca llena—. Todavía no tenemos noticias de *Campañol*. Y la posada desde donde sale la carreta no parece tener relación con el tráfico.

Añadió, excusándose:

—Y para no levantar sospechas no hemos hecho demasiadas preguntas...

Efectivamente, no cabía sino esperar. Sin embargo, por curiosidad, el caballero preguntó a su amigo sobre sus otras investigaciones.

—¿Hay noticias del *Catador*?

—Sí. Ayer atacó a una mujer y la desfiguró. El médico dice que no sobrevivirá. Laffemas quiere resultados: actualmente tengo a dieciocho agentes vestidos con toca y faldas todas las noches en la calle. Ese monstruo acabará por atacarlas, ¡bueno, atacarlos!

Louis contuvo la risa y preguntó:

—¿Y la muerte de Daquin? ¿Debo seguir investigando sobre su mujer?

Gaston sacudió negativamente la cabeza rebañando el plato.

—De momento, creo que puedes dejarlo correr, es una pérdida de tiempo para ti. España es una pista mejor.

Gaston los dejó poco después. Gaufredi se fue a su buhardilla y Louis a su casa.

Darí­a un ojo de la cara por saber lo que contenían las famosas barricadas del almacén espa­ol, pero el oficial de policia era Gaston.

* * *

Pasaron los días, y el frío arreciaba. Louis había intentado mantener una entrevista con el mariscal de Bassompierre, que seguía encarcelado en la Bastilla, pero sin éxito. Estaba considerando pedir directamente una entrevista con Laffemas —aunque le repugnaba tal petición—, ya que el teniente civil podría darle una autorización.

El frío se acentuaba cada día y ahora solía helar en el interior de las casas. Por las mañanas el vino se congelaba en las botellas, que a veces estallaban.

* * *

Louis celebró la Navidad con sus padres y Julie, haciendo todos juntos una y otra vez las cuentas para calcular lo que costaría rehabilitar Mercy, reduciendo poco a poco sus proyectos para ajustarlos a su mediocre situación financiera.

Al día siguiente de Navidad, cuando se preparaba para la velada con la señora de Rambouillet, reconoció el ruido que hacía Gaston al subir las escaleras a toda prisa. Su amigo entró sin llamar y dando voces de alegría.

—¡Los han cogido, Louis! El transporte fue esta mañana, la carreta ha sido detenida en el almacén. ¡Han registrado todo! En algunas barricadas había armas, uniformes de guardias y varios cofres con monedas falsas, así como escudos espa­oles auténticos. Laffemas se está frotando las manos. España lo negará, pero acabamos de asestarle un duro golpe. ¡Sabe Dios qué quería hacer esa gente!

—¿Y los prisioneros?

Gaston se puso serio e hizo un gesto evasivo.

—No saben nada. Seguramente los torturarán, por precaución... De lo único que me he enterado es de que el cargamento venía de Bélgica por varios itinerarios diferentes.

Así, el enigma de la muerte de Babin du Fontenay parecía completamente resuelto. Más tranquilo, Louis podía dedicarse a preparar la velada en el palacete de Rambouillet. Sin embargo, dos o tres observaciones que había hecho durante su corta investigación no parecían encajar con la solución a la que se había llegado y sentía un extraño malestar que no lograba explicar.

* * *

El viernes por la noche, vestido con un traje de raso compuesto de un jubón largo plisado y medias calzas de tubo —¡el conjunto le había costado la fortuna de

cincuenta libras!— y calzado con un par de botas de cuero de vaca vueltas casi nuevas, Louis se miró por última vez al espejo. Su camisa blanca adornada con cintas negras perfectamente anudadas estaba limpia, así como sus medias de seda: por fin estaba listo.

Bajó las escaleras. Nicolas lo esperaba en la calle para llevarlo al palacete de Rambouillet en la carroza familiar. En efecto, no podía permitirse llegar salpicado de barro y, como algunos, cambiarse los zapatos en la residencia de los Rambouillet.

El trayecto fue corto, la ciudad parecía desierta.

* * *

El patio del palacio de Rambouillet estaba lleno de coches y de caballos y Nicolas tuvo que recurrir a toda su habilidad para estacionar allí la carroza. Una viva animación reinaba en la casa, y cuando Louis fue introducido en la cámara azul, la sorpresa lo dejó petrificado: ¡Nunca había visto allí a tanta gente! Durante un instante buscó con los ojos a la marquesa, pero todavía no estaba presente, sin duda estaría descansando en su oratorio como acostumbraba cuando había mucho jaleo con ocasión de las grandes recepciones.

Finalmente, avanzó, abriéndose paso con dificultad entre los grupos.

Varias alcobas y apartamentos contiguos habían sido excepcionalmente abiertos y comunicaban también con el salón. Tales recepciones eran cada vez más raras en el palacio; ahora la marquesa prefería recibir por la tarde a sus amigos íntimos y no le gustaban las reuniones fastuosas. Ése era uno de los motivos de que estuviesen tan solicitadas. Embajadores, magistrados, grandes del reino, hombres de letras o de ciencia, todos hacían lo imposible por ser invitados y, sobre todo, por que los vieses.

Esa noche el palacio estaba atestado de gente. En las alcobas habían sido instalados aparadores con aguamaniles y frascos con vino. Los numerosos criados circulaban y presentaban a los invitados copas llenas de clarete de Bezons o de vino de Beaune, los caldos preferidos de la marquesa.

Por todas partes se veían montones de platos de carnes cortadas en rodajas, frituras, jamones preparados de diversas formas, limones, naranjas y aceitunas, buñuelos, pasteles hojaldrados, tortas, cremas y nueces confitadas. Cuando pasó delante de las viandas, Louis no podía dejar de pensar en las pobres gentes de Mercy, que pasaban hambre a diario.

* * *

Risas, cloqueos y unos grititos sordos atrajeron bruscamente su atención: Vincent Voiture, con un vaso de clarete en la mano y rodeado de unas jóvenes encantadoras, declamaba con una voz tan enérgica como burlona:

*Para saciarnos, necesitamos perdigones,
muchos chorlitos reales y muchas cotorras,
que el pastel parezca de los mejores,
porque necesitarnos a la querida Angélique,
¡para saciarnos!*

Louis se acercó. Las jóvenes pertenecían a la antigua pandilla de las petimetras de Anne Geneviève de Borbón, que desde hacía unos meses era la duquesa de Longueville.

La hermana de Enghien estaba allí, esbelta, diáfana, rubia. Seguramente la mujer más hermosa de la Corte. Miraba al poeta con admiración. Sin embargo, Voiture no se dirigía a ella sino a su amiga, la graciosa Isabelle-Angélique de Montmorency, prima lejana de los Condé que pronto se convertiría en duquesa de Châtillon.

Louis saludó a las dos mujeres, parándose un instante con Isabelle-Angélique, recordando, como cada vez que la veía, la muerte ignominiosa de su padre, François de Montmorency, el conde de Bouteville, que a los veintisiete años había decidido desafiar a Richelieu. Con unos amigos, Montmorency había retado a un duelo en los jardines del Palacio Real —ante toda la nobleza asomada a las ventanas— a Bussi d'Amboise y dos de sus compañeros para demostrar hasta qué punto despreciaba los edictos del cardenal. Por este delito había sido ejecutado en la plaza de la Grève.

La hija de François de Montmorency había venido aquella noche para presentarle a la señora de Rambouillet a su joven hermano^[14] de dieciséis años, que se presentaba así en sociedad.

Cerca de Angélique estaba Marthe du Vigeant, el amor no correspondido del duque de Enghien, así como Julie d'Angennes, la hija de la marquesa. Algo más lejos, Louis vio a Marguerite de Rohan, la hija del difunto duque Henry, el capitán de los protestantes en La Rochelle y en Ales. La joven era conocida tanto por su belleza como por su virtud.

Todas estas jóvenes beldades llevaban los cuerpos de sus vestidos acuchillados forrados de raso o de damasco con bordados y adornos de plata. Las faldas de sus vestidos estaban adornadas con borlas de oro y profusión de encajes. Excesivamente maquilladas, con los labios pintados, todas tenían el rostro cubierto de albayalde y los ojos pintados con una gruesa raya negra.

Tras intercambiar unas palabras de cortesía con Julie d'Angennes, Louis dejó el enjambre de jóvenes para dirigirse a la cámara azul.

Saludó al señor de Rambouillet y al marqués de Montauzier, siempre juntos y rodeados por algunos sabios sobriamente vestidos. Detrás de ellos, un grupo de escritores mariposeaban alrededor de Chapelain. Vestido miserablemente, el hijo del notario, como de costumbre, hizo que no lo conocía. Louis le recordaba demasiado su condición de escribano.

Chapelain estaba charlando con Ménage y el elegante abad de la Rivière, amigo y

consejero oculto de Monseñor, el hermano del rey. Se callaron cuando Louis pasó a su lado.

De repente, un grupo ruidoso y descarado trastornó a los asistentes: era la pandilla de los petimetres, con Luis de Borbón, duque de Enghien, a la cabeza.

Louis se apartó enseguida y bajó los ojos para evitar que su mirada se cruzase con el repelente rostro del príncipe, su nariz aguileña, su mandíbula descarnada y su débil barbilla.

Cuando pasó a su lado, lo saludó con una reverencia, que Enghien, al que le gustaba irritar a la gente, ignoró.

Escuchaba, desdeñoso y huraño, lo que le murmuraba al oído el marqués d'Andelot, Gaspard de Coligny, uno de los hijos del mariscal de Châtillon. ¿De qué hablarían? ¡Misterio! Tal vez preparaban el rapto de Angélique de Montmorency que iban a realizar unos meses más tarde y que acabaría con la boda de los dos amantes. Pero tal vez hablaban de otra cosa... ¡circulaba el rumor de que Andelot era el valido del duque!

En todo caso, Enghien parecía indiferente al discurso de su amigo; su delgado rostro permanecía impenetrable.

Louis, como todo el mundo, sabía que el nieto de San Luis se sentía mortificado por el vergonzoso matrimonio que había tenido que aceptar, por orden de Richelieu, con Claire-Clémence de Brézé, una sobrina plebeya del cardenal, una adolescente enclenque y fea, que todo el mundo consideraba tonta, y que estaba locamente enamorado de Marthe du Vigeant, la amiga de su hermana y de Julie d'Angennes.

Aquella boda constituía una deshonra para este joven orgulloso que había sido educado para ser el futuro rey. Su libro de cabecera eran *Los Comentarios* de César, que leía en latín. Decían que también era capaz de dominar cualquier tratado de matemáticas o de filosofía. Se escribía con sabios y filósofos de toda Europa y sólo le faltaba la gloria de convertirse en un gran general.

Pero Louis sabía también por Julie de Vivonne que, si el joven duque era a veces encantador, alegre y familiar, era mucho más frecuentemente seco, violento y cruel. Enghien era un hombre complejo y torturado. Peligroso por ser libertino y ateo, no creía ni en Dios ni en el Demonio, y se consideraba por encima de la moral de los hombres. ¡No en vano lo odiaba tanta gente en la Corte!

Al joven príncipe lo seguían sus amigos, que trataban de rodearlo y adularlo. Los más cercanos eran Charles-Amédée de Saboya, duque de Nemours, y el marqués de Pisany, el hijo contrahecho de la señora de Rambouillet. Ambos se detuvieron unos segundos para saludar a Louis amistosamente.

Maurice de Coligny, el hermano de Gaspard, se unió a ellos. Le hubiera gustado de veras saber cómo este Fronsac, del que decían que era un vulgar notario, había sido ennoblecido por una acción de la que nadie sabía nada en la Corte. Pero delante de él, Louis y Pisany sólo hablaron de banalidades.

Henry Chabot se abrió paso entre unos y otros para acercarse al duque. El señor

de Sainte-Aulaye, el hijo menor de una familia sin fortuna, había decidido desde hacía unos meses unirse a la de Enghien.

—Amigos míos —gritó al grupo—, para alegrar a nuestro príncipe os propongo que bailemos una chabotte con las damas.

En efecto, él era el inventor de ese baile —¡que constituía su única gloria!— con el que esperaba seducir a Marguerite de Rohan y obtener así un título de duque y par de Francia^[15].

Pero Enghien no tenía ganas de bailar. Ignoró a Chabot con una ofensiva expresión de aburrimiento y dejó a Andelot para alejarse con Amaury de Goyon, marqués de la Moussaie, su ayuda de campo y del que se rumoreaba que también era su amante.

Pero ¡eran tantas las maledicciones que lanzaban sobre el duque! ¡Decían incluso que se acostaba con su hermana!

La pandilla de los petimetres se alejó por fin y Louis dio un suspiro de alivio. Con su pobre vestimenta se sentía ridículo ante esos jubones bordados de oro, las medias multicolores bordadas, las camisas de seda anudadas con lacayos con hilos de plata y los *lazzarines*^[16] con vuelta de encaje.

Siguiendo a su pesar al grupo de petimetres, vio a Pisany, que se giró y le hizo una seña discreta indicándole que se reuniría con él más tarde. Louis se emocionó. Sabía que el hijo de la marquesa lo alababa en el seno de la *Corneta Blanca*, como se denominaba a la alta aristocracia de los amigos del duque, desvelando a todos que Louis Fronsac no sólo había desafiado a Richelieu, sino que había conseguido algo todavía más extraordinario: lo había vencido.

Louis volvió a pasear por la cámara azul. En una alcoba donde cuatro músicos interpretaban, al laúd y a la viola, una obra de Antoine Boesset, superintendente de dos bandas reales, vio algo apartado de los otros al príncipe de Marcillac^[17]. Louis sabía que amaba a la hermana de Enghien y no era correspondido. Para ella escribiría en vano estas inflamadas líneas durante la Fronda.

¡Por vos, he hecho la guerra a los reyes, y se la hubiera hecho a los dioses!

Marcillac no era un íntimo de Enghien, sino más bien un fiel de la reina. Su reputación era la de ser un hombre de acción, no un hombre de honor. Sus dudas, salvo en el combate, eran célebres. El cardenal de Retz escribiría de él más tarde:

El señor de La Rochefoucauld es un hombre que se debate en la duda permanentemente, nunca fue guerrero, pese a que fue buen soldado; nunca fue buen cortesano, pese a que siempre tuvo la intención de serlo; nunca fue un buen hombre de partido, a pesar de que toda su vida estuvo comprometido.

Aunque Louis conocía a Marcillac de vista, éste no lo conocía a él, porque lo ignoró. Sin embargo, Louis sabía que tenían un punto en común: el príncipe se había casado con una Vivonne, una rica parienta lejana de Julie.

Precisamente ésta acababa de ver a Louis y corría a su encuentro. Lucía un nuevo

vestido cuyo «abrigo», es decir, la blusa superior, completamente de raso, estaba alzada por los bordes y atada por cintas bordadas de oro. La parte superior de su traje resaltaba las mangas cortas abullonadas y un profundo escote de barco adornado con una ancha cinta, que sorprendió a Louis.

—El traje es de mi prima —se excusó la joven con cierta coquetería.

Julie d'Angennes, la prima, gastaba sin cuento en ropa, pero rápidamente se deshacía de los trajes que sólo se ponía una vez. ¡Luego los regalaba y se olvidaba de ellos!

Los novios se dirigían a un gabinete apartado cuando Pisany se reunió con ellos. Cogió a ambos de la mano:

—Mi querida prima, y tú, Louis, no os quedéis solos, venid conmigo a escuchar lo que nos cuenta Nemours a propósito de Vincent.

Lo siguieron y se acercaron a la pandilla de petimetres. Nemours les explicaba con una gran seriedad:

—Sabéis, amigos míos, que Vincent Voiture es bastante imprudente —todos asintieron con aire entendido o burlón—, de modo que, cuando tiene un apretón, se le mete en la cabeza ir a casa de un burgués de la calle Saint-Honoré, al que honra así con sus visitas. Le pide al mayordomo que le abra la puerta y éste lo hace. De modo que el burgués se encuentra en muchas ocasiones a un desconocido sentado en su retrete. Incapaz de prohibirle la entrada a nuestro amigo, mandó colocar una cerradura en su cuarto de baño.

Estallaron las risas, pero Nemours prosiguió imperturbable:

—Al descubrir la cerradura, ¡Voiture defecó delante de su puerta y en sus tapices de seda!

Todo el mundo se echó a reír a carcajadas. Sólo Enghien mantuvo un aspecto serio, teñido sin embargo de perplejidad. Cuando las risas hubieron cesado, el duque intervino, con un tono que no ocultaba su hilaridad.

—¡Menos mal! —exclamó con los brazos cruzados en el pecho—, ¡si Voiture fuese de nuestra condición, no habría quien lo aguantase!

De modo que Nemours, por fin, había conseguido hacer sonreír al joven duque y todos lo felicitaron.

Voiture, que se hallaba precisamente a su espalda, los escuchaba sonriendo beatíficamente.

Sentados cerca del fuego —perdón, del asiento de Vulcano, como se decía en los salones—, el poeta había abandonado a su tropa de admiradoras y, con un descaro increíble, se había quitado las medias y los zuecos para calentar sus *queridos sufridores* (¡los pies!) en el hogar.

Louis se acercó a él conteniendo con dificultad la risa:

—Tienes mucho éxito, amigo mío —se burló—. Y no sólo gracias a tus poesías.

El poeta lo examinó con aire grave. Era de pequeña estatura, muy coqueto y elegante, y todos los días dedicaba varias horas a su arreglo personal.

—No los escuches, Louis —respondió con un deje de tristeza simulado—, creo que todos están celosos de mí. Tras la muerte del cardenal soy un hombre libre y no tengo que ir a la Academia^[18]. Por fin puedo escribir como quiera. Comprendo perfectamente que estén rabiosos, ya que no tienen ni mi talento ni mi belleza...

El poeta se interrumpió bruscamente cuando vio al marqués de Montauzier acercarse a ellos. Los dos hombres se odiaban, compartían un amor sin límites hacia Julie d'Angennes, la *princesa* Julie, como la llamaba Voiture.

Para evitar un incidente, Louis se despidió del poeta con un gesto afectuoso y fue al encuentro de Montauzier, apartándolo de la chimenea.

Julie ya lo había precedido.

—Caballero —explicó el marqués cogiéndolo afectuosamente del brazo, acaban de abrir un nuevo teatro en nuestra ciudad. Julie me ha propuesto que vayamos allí. ¿Os gustaría acompañarnos?

—Con mucho gusto... ¿En enero?

—Sí. En enero estaría bien. Todavía estoy en París en ese momento, pero no más tarde, porque después debo incorporarme a mi gobierno de Alsacia. Vos sabéis que los españoles están en las fronteras y se espera la reanudación de la guerra en primavera...

A continuación hablaron los tres de teatro, luego de matemáticas, el tema común preferido de Louis y el marqués.

Montauzier, aunque muy joven, formaba parte de la élite científica de Francia, una condición muy rara entre la nobleza. En cuanto a Julie y Louis, sin ser tan sabios como él, ambos tenían sólidos estudios y podían comprender, incluso participar, en muchas de las sesudas controversias que tenían lugar en los salones.

A menudo eran interrumpidos en su discusión por murmullos y gritos que provenían de su derecha. Así que se volvieron en esa dirección. Un grupo se había formado alrededor de un hombre muy elegante de marcado acento italiano.

—¿Quién es? No lo conozco —preguntó en voz baja Louis a Montauzier.

—Es Giustiniani, el embajador del senado de Venecia. ¡Está muy bien informado de lo que pasa en la Corte! Mirad, vamos a ver qué dice nosotros también... Será ciertamente interesante.

El veneciano, satisfecho de ser el centro de atención, hablaba haciendo muchos aspavientos con los brazos.

—... El cardenal Mazarino se eleva y vuela, tiene todos los favores del rey, así como su confianza y su estima...

Louis vio que el rostro de Enghien, que también se había acercado, permanecía serio. Recordó que, unos meses antes, había surgido un asunto de protocolo entre el italiano y el príncipe de sangre. Y que Richelieu lo había zanjado: un cardenal pasaría siempre por delante de un príncipe de Condé.

Enghien nunca había aceptado esta humillación. Giustiniani seguía:

—Su Majestad goza de una completa y excelente salud. Se halla muy tranquilo;

se ha instalado en Saint-Germain, donde trabaja y recibe a sus ministros. Puedo confiaros un secreto: el rey duerme como un niño todas las noches. ¡Se anuncia un nuevo reinado!

»Recientemente ha invitado a monseñor Mazarino a cenar con él, ¡un gran honor!

Se oyeron unos murmullos de reprobación. El rey, de cuarenta y dos años, no era muy amado.

Tuberculoso, atrabiliario, cruel, hipócrita, avaro, celoso y desconfiado, sus defectos llenarían libros. Luis XIII había estado siempre en manos de favoritos o favoritas, cuando no era esclavo del cardenal. Incapaz de expresarse correctamente — ¡no en vano le habían puesto el sobrenombre de Luis el Tartamudo!—, sólo era respetado por su sentido del honor y la justicia.

En ese momento de la conversación intervino el príncipe de Marcillac:

—¿Y los que han sufrido la cólera del Gran Sátrapa? Vos, que estáis tan bien informado, ¿podéis decirme qué papel representan en todo esto?

—Escuchad... Os confiaré otro secreto... —Giustiniani hizo una señal con el índice para que el príncipe se aproximase a él.

Todo el mundo se echó a reír.

—Monseñor Mazarino insiste ante el rey, desde hace tres días, para que le conceda la gracia al señor de Tréville para que pueda regresar...

El veneciano añadió en voz más baja y entrecerrando los ojos, como si hablase en una alcoba a un conspirador de la Serenísima:

—... ¡Y esta mañana, la señora de Vendôme y su hijo François de Beaufort han llegado a París! Cuando el rey se enteró, se lo tomó con calma y sólo pidió que regresen a Vendôme. Es demasiado pronto para que vuelvan a la Corte.

»En cambio, Su Majestad prohibió que su hermanastro^[19] volviese a Francia, y no creyó en el arrepentimiento del duque de Guisa, escrito en los términos «más conmovedores del mundo...», ¡el portador de la carta del duque ha sido encerrado en la Bastilla!

Esta vez se produjo un considerable murmullo entre los asistentes al oír tan asombrosas noticias: Tréville, capitán de los mosqueteros comprometido en el complot de Cinq-Mars, había intentado asesinar a Richelieu unos meses antes de la muerte del ministro. El capitán había informado de ello a Luis XIII y entonces se decía que el rey se había opuesto al asesinato únicamente por razones religiosas: «Es un cardenal. Seré excomulgado...», había objetado Su Majestad.

Richelieu había tenido conocimiento de la tentativa fracasada y había expulsado a Tréville y a sus cómplices de la Corte. Pero todos sabían que el rey echaba de menos a su fiel capitán. El próximo retorno de Tréville era, pues, más que probable.

Respecto a los Vendôme, la descendencia bastarda de Gabrielle d'Estrés y de Enrique IV, ¡eso era harina de otro costal!

Las relaciones entre los bastardos y el rey —su hijo menor, no lo olvidemos— eran detestables. César y Alexandre, los hijos de Gabrielle —a quien el Viejo Verde

había prometido matrimonio—, ya odiaban a Luis XIII cuando eran niños.

Entonces, el futuro rey tildaba a su madre de puta.

Los Vendôme, que se consideraban los herederos legítimos, conspirarían durante todo el reinado, y Alexandre —El Gran Prior del Temple— acabaría sus días en prisión en 1629, después de la conspiración de Chalais.

César, más afortunado, había estado también implicado en 1641, y había tenido que huir a Inglaterra. Nadie lo había echado de menos. César no era amado ni respetado. «Era un hombre malvado, de costumbres licenciosas y conducta laxa», decían de él. Pero era temido tanto por su violencia como por su maldad e hipocresía.

Su hijo mayor, François, duque de Beaufort, afortunadamente no se parecía en nada a su padre. Bueno, valiente, diestro en el oficio de las armas —era el mejor tirador de pistola de Francia—, quería que se le considerase un nuevo Enrique IV y era idolatrado como un dios por el pueblo de París.

Beaufort, ciertamente, hubiera sido un buen rey, pero con una única condición: ¡que cerrase la boca! Porque cuando hablaba, el encanto se rompía y estallaban las carcajadas: educado de cualquier modo, nunca tuvo profesor ni preceptor, Beaufort no sabía expresarse y sólo utilizaba el argot parisino, el único lenguaje que aprendió en los campamentos militares donde había pasado su infancia.

¡Además, se decía que ni él ni su hermano sabían leer!

Pero a Beaufort las burlas le importaban un comino; se consideraba un caballero. En el imaginario popular, deseaba ocupar el lugar del señor conde —el famoso conde de Soissons—, el *último héroe*, según el abad de Retz, que había muerto desgraciadamente cuando intentaba arrebatar el poder a Luis XIII, el año anterior, a la cabeza de las tropas españolas.

Beaufort, nieto de rey, era también un excelente capitán; había sido el vencedor de Arrás en 1640. Enghien repetía con fatuidad que sólo había desempeñado un papel secundario. Y si su vuelta a la Corte no era más que cuestión de horas, Beaufort podía esperar el primer puesto junto al rey.

Y de este modo, acercarse también al trono.

Todo el mundo lo pensaba oyendo a Giustiniani.

Enghien, pálido y con cara de preocupación, se dio la vuelta, seguido por su hermana.

La maniobra del príncipe no se le había escapado a Fronsac. Él también podía tener razones para preocuparse por la vuelta de los Vendôme. Razones privadas temibles para su familia^[20]. Había que seguir escuchando al embajador.

—... Sí, monseñor Mazarino asciende, pero Du Noyers también asciende, el *Jesuita Galocha*, como le llaman, tiene el apoyo del rey, ¡que no puede trabajar sin él! Du Noyers es, de facto, el primer ministro. Debo decir que tiene el apoyo del confesor del rey, que también es el director espiritual de la reina: el padre Vincent.

El veneciano sonrió con malicia.

—Incluso tengo la impresión de que esto fastidia un poco al señor Chavigny...

»... Pero de ningún modo a monseñor Mazarino, que parece apreciar mucho al señor Du Noyers. ¿Vos comprendéis algo?

—¿Y monseñor? —preguntó alguien.

Louis se volvió hacia el que acababa de hablar: era el abate de la Rivière, el consejero del hermano del rey.

Giustiniani hizo una mueca, dudando si contrariar al poderoso abate.

—El rey está muy resentido con su hermano...

Julie, que había dejado a Louis un momento, volvió a buscarlo y no pudo oír lo siguiente.

—La marquesa desea vernos —le susurró al oído—, creo que quiere presentarte a unas amigas tuyas.

Así que Louis la siguió.

Cruzaron la cámara azul y se dirigieron a un pequeño salón apartado, donde la marquesa de Rambouillet, rodeada de algunos íntimos, lo esperaba, con las piernas y los pies embutidos en una gruesa piel de oso para protegerse del frío, porque la salita no estaba caldeada, ya que la marquesa no soportaba las chimeneas.

Louis reconoció cerca de ella a la señora princesa, madre de Enghien y la mejor amiga de la marquesa, todavía tan hermosa como cuando Enrique IV se había enamorado de ella treinta y tres años antes.

Louis conocía bien la historia de Charlotte-Marguerite de Montmorency; su madre se la había contado muchas veces. A los dieciséis años, Charlotte se había casado con el príncipe de Condé; mas perseguida por el Viejo Verde, había tenido que huir a los Países Bajos con su marido. Los esposos habían regresado a Francia hasta que Ravillac fue ajusticiado.

Pero la desgracia la había perseguido; diez años más tarde, su hermano Henry de Montmorency, duque y par de Francia, primer barón de la Cristiandad, ahijado de Enrique IV y amigo íntimo del rey, se había puesto en contra de Richelieu con el apoyo de Gaston de Orleáns con motivo de un edicto real que se negaba a aplicar en su Estado del Languedoc.

Gobernador del Languedoc, el hermano de Charlotte-Marguerite había sido cogido con las armas en la mano. Juzgado inmediatamente, fue ejecutado ignominiosamente en Toulouse. Su proceso, ordenado por el Gran Sátrapa, había sido instruido por Châteauneuf, el ministro de Justicia de la época^[21].

Como anécdota, tenemos que precisar que este mismo Châteauneuf había estado a su vez implicado en una conjura y hacía nueve años que se pudría en prisión. Saber que el hombre que había hecho condenar a su hermano sufría encerrado en un calabozo era una satisfacción para la esposa del príncipe de Condé.

Entre la marquesa y la princesa se sentaba, muy comedida, una hermosa joven de unos dieciséis años. Rubia y de ojos azules, tenía una expresión pudorosa, pero su pronunciado escote con vuelo revelaba un opulento pecho que atraía las miradas masculinas. A su lado había un joven de mirada penetrante.

Cuando la marquesa vio a Louis y a Julie, tomó la palabra:

—Amigos míos, he aquí al caballero Louis Fronsac del que tanto os he hablado. Para mí es el hombre más valioso de París.

—Louis, vos conocéis a la señora princesa, pero a Marie de Rabutin-Chantal, que vive en la Plaza Real, creo que no. Marie fue alumna de Ménage y ahora de Chapelain, que le ha enseñado latín, italiano, castellano, gramática y literatura. Es una mente brillante y una belleza que iluminará este siglo, creedme.

La joven enrojeció mientras la marquesa proseguía:

—Junto a Marie está Gédéon Tallemant des Réaux. Ya os lo advierto, tiene dos graves defectos que a menudo intenta ocultar: es hugonote y banquero. Pero, sobre todo, desconfiad de él, porque lo sabe todo sobre nosotros, lo observa todo y se acuerda de todo. Le gustaría ser el cronista del siglo. Así que, si necesitáis información, o simplemente dinero, ¡id a visitarlo!

Louis se quedó un momento con el grupo. Descubrió que Tallemant y él tenían varios conocidos comunes. En primer lugar, Vincent Voiture, el poeta que curiosamente los había introducido a los dos en el palacio de Rambouillet, pero sobre todo Paul de Gondi, abad de Retz, el sobrino del arzobispo de París. Louis estuvo en el colegio de Clermont con él y Tallemant lo había acompañado a Roma unos años antes. Intercambiaron algunas anécdotas y recuerdos sobre el joven prelado en el que ambos habían adivinado una ambición desmedida.

Marie de Rabutin-Chantal los escuchaba, interviniendo a veces con agudeza y sentido del humor, descubriendo unos dientes de nácar cuando reía a carcajadas. Louis se enteró de que la joven también conocía a Paul de Gondi, de que su padre había muerto cuando tenía un año, y de que había sido su abuelo quien la había educado.

Entre tanto, otras personas se habían acercado porque todos querían hablar con la marquesa de Rambouillet, y Louis tuvo que irse de mala gana.

Cuando se alejaba, Julie, que había advertido la gran impresión que había causado la espléndida Marie en su prometido, le dijo en tono irónico:

—Es una joven excepcional, ¿verdad? Pero, por desgracia, no podrás casarte con ella porque pronto se casará con el marqués de Sévigné, al que puedes ver allí en compañía de Pisany.

Louis sonrió. Le gustaban esas pequeñas indirectas pérfidas que sacaban a la luz los celos de Julie, y no respondió.

* * *

La velada prosiguió con un baile. La marquesa había contratado una orquesta de violines y oboes, como se estilaba en la época, y los que no bailaban, cantaban, por turno, acompañados por la música. La mayoría sólo sabían berrear y chillar, y las canciones, a menudo de su cosecha, provocaban las carcajadas y los gritos de los

asistentes.

Otros jugaban a juegos más refinados entonces en boga: anagramas, letrillas o la búsqueda de enigmas en verso.

Sólo Pisany parecía disgustado. Daba vueltas como un tigre enjaulado. En un determinado momento se cruzó con Louis rugiendo y éste lo reprendió. Se explicó con rabia:

—Mi madre ha prohibido los juegos de mesa esta noche, con el pretexto de que Voiture y yo perdemos mucho. Creo que nos vamos a ir los dos a un garito...

Louis y Julie pasaron finalmente el fin de la velada escuchando a un grupo de amigos de Montauzier que discutían acerca de los últimos descubrimientos científicos.

Era un grupo dividido entre los que estaban a favor de la circulación de la sangre y los que estaban en contra. El gran problema del momento era el descubrimiento que había hecho Harvey, el célebre médico inglés, acerca de esa cuestión. Ahora que la teoría se había extendido, e incluso parecía aceptada, los últimos oponentes se manifestaban con una extraña violencia, como antes habían hecho los adversarios de Copérnico o de Galileo.

También hablaron de un magistrado tolosano, matemático aficionado, del que Louis no sabía nada: Louis de Fermat. Un hombre que pronto haría formidables descubrimientos^[22].

Esa noche, Louis se quedó en el palacio de Rambouillet con la autorización de la marquesa.

* * *

Habían pasado dos días. Aquella mañana apenas había salido el sol cuando Gaufredi entró en la habitación de Louis para despertarlo:

—¡Esta noche detuvieron al *Catador* en nuestra calle! —anunció sin miramientos.

Una hora más tarde, Louis se hallaba en el Châtelet. Gaston lo estaba esperando, terriblemente excitado.

—¡Por fin el monstruo atacó a mis agentes! Por suerte, llevaban camisetas de malla de acero y no han sido heridos... Efectivamente, todo ha ocurrido en la calle de los Blancs-Manteaux; el hombre, por lo visto, vivía cerca de allí, aunque no se sabe exactamente dónde. Parecía un poco desaliñado y había estado en el sur de Francia. Sólo llevaba en París unos meses. Será interrogado en los próximos días, pero su caso no parece relacionado con el asesinato del pobre Babin du Fontenay. Estoy convencido de que Fontrailles era el organizador del tráfico de armas y de la moneda falsa y que dentro de poco podremos cerrar el expediente del asesinato de Babin.

No pudo darle más información y Louis abandonó el despacho algo decepcionado.

Hasta varias semanas más tarde no tendrían asombrosas noticias del *Catador*.

Del 13 al 26 de enero de 1643

En realidad, no podía durar, y Mazarino, en la sombra, no creía que fuese posible alejar durante mucho tiempo a Gaston de Orleáns de los asuntos de Francia.

El siciliano siempre había estado en buenas relaciones con Monseñor, y su temperamento de diplomático lo incitaba a pedir el perdón para este hermano demasiado influenciado y demasiado imprudente.

Y sobre todo, pesaba la reina. Sus relaciones con su cuñado siempre habían sido excelentes. Habitual cómplice de Gaston en las diversas conjuras que habían salpicado al reino, Ana de Austria era una de las pocas personas a las que el duque de Orleáns nunca había traicionado. Tal vez amaba a la reina y, a su modo, ella se lo agradecía.

Por otra parte, estas reconciliaciones satisfacían en secreto los deseos de Luis XIII, que quería olvidar los crímenes —y los castigos— que le había hecho cometer el terrible cardenal. Por otra parte, había decidido no ir al funeral de Richelieu el 20 de enero.

Así pues, el 13 de enero, Gaston de Orleáns fue autorizado a ir a la Corte y a volver a su palacio de Luxemburgo. Podía reanudar así su ocupación favorita: pasearse por las alamedas del parque silbando, ¡con unos lentes azules tapándole los ojos!

Si el mayor culpable de los enemigos del rey obtenía la gracia, resultaba difícil justificar ciertos encarcelamientos ordenados por el Gran Sátrapa. Enseguida, el duque de Beaufort, gravemente comprometido con Cinq-Mars, fue también autorizado a presentarse en la Corte.

El 19 de enero, el mariscal de Bassompierre y su amigo Vitry fueron también liberados de la Bastilla.

Al salir, Bassompierre, muy debilitado por doce años de prisión sufridos tras una condena injusta —le habían propuesto liberarlo mucho antes, pero se había negado, reclamando una carta de justificación—, apareció ante todos lleno de energía. «¡Como el puerro —declaró con orgullo—, mi cabeza es blanca pero mi tallo es verde!»

El mariscal, arruinado, volvió a ocupar varios de sus cargos y se pensó en él como preceptor del delfín Luis.

* * *

El sábado 24 de enero, Louis leía un ejemplar de *La Gazette* de Théophraste Renaudot, que Nicolas acababa de comprar a un vendedor ambulante, cuando reparó

en estas líneas:

... El diecinueve de este mes, los mariscales de Vitry y de Bassompierre saldrán de la Bastilla por orden del rey^[23].

Inmediatamente cogió su capa y su sombrero para ir al palacio de la Plaza Real donde se alojaba provisionalmente el anciano mariscal.

Habiéndose presentado como notario, pudo verlo sin esperar, porque los notarios eran temidos, ¡sobre todo por la gente arruinada!

Bassompierre estaba con su zapatero, que le probaba zapatos de hebilla. Si el régimen de la prisión había transformado al peripuesto amigo de Enrique IV, antaño siempre rodeado de un ramillete de bellas mujeres, en un viejo gordo, lleno de arrugas y con los cabellos totalmente blancos, el peso de los años no había modificado sus hábitos de elegancia. Estaba vestido con un traje de seda azul.

El mariscal miró a Louis inquisitivamente, con ojos despiertos velados por una pizca de preocupación, mientras un lacayo conducía a Louis a su salón.

Bassompierre hizo un gesto al zapatero para que saliese con el lacayo.

—Esperadme, no será por mucho tiempo —les dijo.

Una vez solos, se dirigió a su visita:

—Señor Fronsac, conozco vuestro despacho pero no creo conoceros a vos... —dijo con un tono distante, apoyado en una esquina de su mesa de trabajo—. Al parecer, deseáis verme por algo relacionado con mi biblioteca... La he vendido y confieso que estoy intrigado...

Louis se inclinó, como saludo y en señal de asentimiento.

—En efecto, excelencia. Sin duda recordáis habérsela vendido al duque de Vendôme, que me parece que no os la ha pagado en su totalidad...

Bassompierre esbozó una sonrisa de incompreensión y se puso algo nervioso. Las cuestiones de dinero siempre eran un fastidio. Replicó suspirando:

—Eso no es exacto del todo. Le he reclamado esa suma varias veces y, sin duda, al enterarse de que me han concedido el perdón y he salido libre, su hijo ha considerado diplomático y prudente hacerme llegar un bono de veinticinco mil libras. Vendôme ya me había pagado cincuenta mil. Así que el asunto ha quedado zanjado... para mí.

—No del todo —replicó Louis inclinándose.

Se había enterado la víspera de la existencia del bono de veinticinco mil libras.

El viejo mariscal puso cara de sorpresa frunciendo el ceño. ¿Qué quería de él este golilla?, pensó con irritación.

—No del todo —repitió Louis en tono algo solemne—. Un librero, el señor Belleville, actuaba de intermediario en esta venta. ¿Lo recordáis? Vos debíais remitirle diez mil libras. Vendôme, en circunstancias particularmente horribles, mandó asesinarlo. Belleville deja una hija arruinada y huérfana. Vengo de su parte porque el despacho de mi padre se ocupa de sus intereses.

Bassompierre no pestañeó al oír este discurso. Sin embargo, cuando Louis hubo

terminado, lo miró de hito en hito durante un breve instante, y después se dirigió a la ventana. Allí permaneció un momento en silencio tamborileando nerviosamente en el marco.

Finalmente, el mariscal rompió la penosa pausa murmurando:

—¡Diablos! ¡Es una complicación terrible! Efectivamente, yo conocía bien a Belleville, y también a esa hija suya tan seria. No sabía nada de esto y confieso que esperaba que él apareciese para pagarle. No me imaginaba que tendría que hacerlo tan rápido...

Se interrumpió de nuevo, contemplando la animación de la Plaza Real dándole la espalda al caballero de Mercy.

Al cabo de un largo minuto, se giró.

—Es un asunto de honor. ¿Puedo daros la suma que se debe y pedir os que arregléis este asunto... sin escándalo?

—Iba a rogaros que lo hicieseis.

Bassompierre fue a una mesita y abrió un profundo cajón. Cogió un pesado cofrecillo de madera del que extrajo el dinero en silencio, haciendo cincuenta montones de diez luses de oro. Luego tendió desdeñosamente un papel y una pluma a Louis.

—Aquí tenéis el dinero, por favor hacedme un recibo. Ahí hay un tintero —añadió.

Y mientras Louis escribía, explicó, dando curiosamente la impresión de excusarse:

—Guardaba este dinero para jugar esta noche con unos amigos. ¡Qué se le va a hacer! Las deudas de honor están antes que las deudas de juego...

Louis firmó el documento, luego sacó su sello. Bassompierre le tendió la cera y un artilugio con que calentarla.

Estampó el sello del despacho en el recibo y dejó el papel sobre la mesa.

A continuación cogió el dinero, que guardó en una bolsa de cuero que había llevado por precaución, y la introdujo en un bolsillo. La bolsa pesaba tanto que tensó los cordones de su capa y Louis tuvo que sostener el bolsillo con la mano.

Conviene explicar aquí este pago de diez mil libras en quinientas piezas de oro. La libra, moneda de cambio llamada también franco en el Antiguo Régimen, no correspondía a una especie contante y sonante. El metálico en circulación era, para piezas de cierto valor, el luis de oro de siete gramos y el escudo de plata de veintisiete gramos. La relación entre la libra y las monedas era fijada por la autoridad real y variaba cada cierto tiempo.

Así, en 1642, el luis de oro valía veinte libras y el escudo de plata tres.

De modo que Louis se encontraba en posesión de quinientas piezas de oro de siete gramos, o sea, cerca de cuatro kilos. ¡Demasiado peso para llevar en el bolsillo!

—Señor mariscal —dijo Louis tomando aliento—, no esperaba tanto. Queda otra deuda pendiente del señor de Vendôme hacia Margot Belleville, pero ésa es una

deuda de sangre. Me ocuparé de saldarla.

—Si el duque asesinó a su padre, la comprendo. Pero dudo mucho que el Parlamento haga justicia —declaró Bassompierre con un tono de suficiencia haciendo un amplio gesto con la mano derecha—. Ni siquiera el despacho de Fronsac puede hacer nada contra un príncipe de sangre.

—No pensaba en esa clase de justicia, señor mariscal. No me he presentado, pero yo también soy caballero de San Luis y señor de Mercy —dijo Louis inclinándose fríamente—. Gracias, excelencia.

Y dejó al viejo mariscal turbado y desconcertado.

¡Cuántos cambios se han producido mientras estuve en prisión!, pensó después de que Louis se hubo ido, ¡los notarios son caballeros! ¡Qué mundo más extraño!

Louis tenía el caballo en la cuadra del pabellón. Las campanas de las iglesias de los alrededores dieron las doce.

Ya que las tiendas de Palacio cierran a esta hora, meditó, es mejor que vaya directamente a la calle Dauphine a buscar a la hija de Belleville.

Cruzar el barrio fue largo y difícil porque todo el mundo volvía a casa, y tardó una hora en llegar al establecimiento del antiguo librero, un pequeño tenderete situado al fondo de un callejón sin salida perpendicular a la calle Dauphine. La puerta estaba abierta y Louis se acercó.

Margot acababa de regresar de Palacio. Vestida con una falda amplia de terciopelo y una casaca que más tarde se denominó *a la Cristina*, porque la puso de moda la reina de Suecia, estaba en la tienda con un hombre que la ayudaba a sacar los libros de las últimas estanterías ocupadas.

Louis entró.

El joven era alto, robusto y ancho de espaldas como un mozo de cuerda. Sus cabellos rubios —casi albinos— se confundían con una espesa barba mal cortada que le tapaba la cara. Su nariz demasiado gruesa y sus manazas callosas y velludas le recordaron a Louis un oso.

Le pareció particularmente enfadado con la débil Margot.

Al ver a Fronsac, la mirada del compañero de la joven se dulcificó ligeramente.

—Buenos días, Margot —saludó Louis, ignorando al hombre-oso—. Os había prometido que no os olvidaría.

—¡Señor Fronsac!

Soltó uno de los libros que tenía en la mano, sorprendida de que Louis hubiese venido a verla a su casa.

—¿Puedo hablaros a solas, Margot?

—Michel Hardoin es mi prometido —replicó la joven con firmeza—. Ya os he hablado de él. Puede quedarse.

—Bueno... —Louis dudó un instante, luego prosiguió sacando la bolsa de cuero del bolsillo—. Esto es lo que me ha dado el mariscal de Bassompierre. Ahí hay diez mil libras en luses de oro. Os haré un recibo que deberéis firmarme y que será

registrado en el despacho, si estáis de acuerdo en quedaros este dinero. También podéis dejarlo en mi poder e ingresarlo en un banco.

Le dio la bolsa. Margot la cogió y la abrió. Se puso pálida, luego se desplomó temblando en el único taburete de la pieza.

A continuación se puso a sollozar.

Louis se quedó un momento dudando, ligeramente emocionado sin saber qué hacer. Finalmente, se acercó a Hardoin, que trataba de consolar a su prometida.

—Margot me ha dicho que sois carpintero.

—Así es. Soy obrero.

El hombre se irguió, cruzó los brazos y lo miró orgullosamente.

—Tal vez tenga un trabajo para vos... ¿Cuánto ganáis?

—Entre ochenta y ciento veinte ochavos al día, depende de los talleres, o sea entre cien y ciento cincuenta libras al año. No es mucho...

Dirigió una mirada furtiva a Margot que se enjugaba las lágrimas y añadió con cierto embarazo:

—... Y con ese salario no podremos casarnos. ¡Una hogaza de pan cuesta doce ochavos!

Miró hacia la bolsa de las monedas que estaba en el banco y prosiguió más animado:

—¡Le habéis dado una fortuna! ¿Cómo agradecéroslo?

—Ese dinero se lo debían al padre de Margot, no es un regalo. Yo, por mi parte, os ofrezco quinientas libras al año, a vos y a Margot, por trabajar en mi casa. Pero tendríais que dejar París.

Margot había dejado de llorar y escuchaba con atención lo que decía Louis.

—Es posible —opinó Hardoin, algo dubitativo mesándose la barba—. ¿Pero para qué clase de trabajo?

—El rey me ha nombrado caballero de San Luis, y he recibido unas tierras y un viejo castillo en ruinas. Hay que restaurar toda la carpintería y el tejado. Necesitaría una pareja de confianza para que se ocupase de poner en condiciones la casa, contratar a los obreros y vigilar los trabajos. Quizás se ocuparía también de las tierras. El dominio está en Mercy, cerca de Chantilly.

Los dos jóvenes se miraron en silencio. Para ellos era un golpe de suerte.

—¿Cuándo deberemos responderos? —preguntó tímidamente la joven.

—Cuando gustéis. Haced llegar vuestra respuesta al despacho de mi padre, en la calle de los Quatre-Fils. Sabéis donde buscarme y podréis empezar inmediatamente.

—El dinero —preguntó Margot— ¿podríais guardarlo vos? De momento...

—Ya os he dicho que sí.

Margot retiró diez luises de la bolsa. Louis lo anotó en el recibo que le hizo y le pidió que firmase.

—Guardaré este dinero en nuestra caja de caudales. Venid a buscarlo cuando queráis o a pedirme que lo coloque en un banco o en un financiero.

Deslizó la bolsa bajo su capa, los saludó y salió.
Acababa de saldar una deuda.

* * *

A los dos días de esta jornada que había dado a Louis alguna esperanza de arreglar su señorío y que le había permitido aliviar su conciencia, el frío arreció todavía más.

Desde el lunes por la mañana el vino se heló de nuevo en las casas y el Sena se cubrió totalmente de hielo. Algunos incluso lo cruzaban a pie. Pero pocos salían de sus casas, salvo los que buscaban leña para calentarse.

En las calles desiertas parecía que la ciudad y sus habitantes estaban definitivamente aletargados en una larga hibernación. En cuanto a los que no tenían casa... nadie se ocupaba de recoger sus cuerpos rígidos en las calles.

Aquella mañana Louis estaba esperando a que Nicolas lo afeitase. Ante él, su criado había colocado pomadas, toallas y un estuche de tocador, peines y brochas.

Entonces llamaron a la puerta. Nicolas dejó su tarea para ir a abrir.

Un oficial de la guardia estaba allí, tieso como un huso. Lucía un mostacho con las guías retorcidas, que le daban un aspecto todavía más insolente que a Gaufredi, pero ridículamente cubierto de escarcha, y adelantaba el cuerpo como un matón. Su uniforme estaba impecable y tenía una sonrisa felina. Una pesada espada a la española se bamboleaba a un costado. Sus botas de vuelta le subían hasta las pantorrillas.

—Vengo a buscar al caballero —dijo a Nicolas.

Su voz estalló como un látigo. No se había anunciado como una visita. Era una orden para pasar.

Fronsac lo había oído. Intrigado, fue hasta la puerta, en camisa, con la navaja de afeitar de Nicolas en la mano.

—¡Señor de Baatz! —se asombró al reconocer al bravucón—. ¡Qué agradable sorpresa! ¡Entrad, rápido!

Se trataba, en efecto, del oficial de guardia del Louvre a quien había entregado el pliego para Mazarino. El hombre se inclinó haciendo tintinear brutal y deliberadamente sus espuelas.

—Estoy de servicio, caballero. Su Eminencia desea veros de inmediato y debo acompañaros para escoltaros.

—¡Diablos! ¿Con este frío? ¿Puedo por lo menos acabar de asearme? ¿Querriais, mientras tanto, compartir mi desayuno?

De Baatz dirigió una mirada golosa a la mesa que Nicolas había preparado. Se atusó un momento el bigote para decidirse.

—¡A fe mía! Si insistís, señor. No quisiera molestaros... pero sería una lástima echar a perder todo eso.

Sin dudar más, se precipitó a la mesa, se sentó y se puso a devorar todo cuanto

tenía al alcance de la mano.

Louis volvió a su habitación algo preocupado.

¿Habría sido un error proponerle al guardia compartir su desayuno?

Una vez terminado su aseo, volvió a la pieza que le servía de salón y comedor. Louis supo que estaba en lo cierto. El oficial acababa de terminar la carne y el pan y lo miraba a la vez con aire satisfecho y saciado.

—Señor, si tuvieseis un poco de vino para hacer bajar el desayuno, os quedaría muy agradecido.

Louis se dijo que la aventura le serviría de lección. No se podía invitar impunemente a un hombre de la guardia o de los mosqueteros a la mesa. Todos tenían justa fama de glotones e imprudentes.

Suspiró haciéndole una seña a su criado, que se había quedado mudo de la sorpresa ante aquel tragaldabas.

—Nicolas, abre una botella de borgoña para nuestro amigo. Luego ve a La Grande Nonnain para que preparen mi caballo. Nosotros iremos enseguida.

Se sentó a la mesa y se preparó una rebanada de pan con un resto de mermelada que el soldado había dejado.

Después de haber vaciado la botella, mirando de soslayo si había otra, De Baatz contempló a Louis. Atusando su mostacho con la mano derecha, le dijo:

—Señor Fronsac, decididamente vos me gustáis. Me invitáis generosamente y he oído hablar de vos y de vuestras dificultades con el difunto cardenal. También me han dicho que estáis con Mazarino, y tengo una deuda con el italiano porque acaba de proponerle al rey el regreso del señor de Tréville a la Corte.

»Tréville es amigo mío. Gracias a él, dentro de uno o dos años, como mucho, confío en dejar la guardia e incorporarme a los mosqueteros del rey. Espero que vos seáis también amigo mío.

Dejó su vaso vacío para estrechar con fuerza la mano de su huésped, que no esperaba tanta efusividad.

Louis ya se imaginaba que Mazarino desearía reconciliarse con Tréville y sus correligionarios, comprometidos en la tentativa fallida del asesinato de Richelieu. Estos gentileshombres eran apreciados por el rey y podían ser un apoyo precioso para el siciliano, que apenas tenía amigos. No había tenido dificultad alguna en convencer a Luis XIII para que los llamase, los perdonase y les devolviese su cargo.

—Ahora que habéis desayunado, caballero, ¡vámonos! No puedo esperar más tiempo —aseguró De Baatz levantándose.

Sus espuelas crujieron al arrastrarse por el suelo de madera de roble encerado, con gran disgusto de Louis, que acababa de anudar cuidadosamente sus lacayos negros.

Ambos hombres salieron por fin, tras ponerse Louis su capa de lana y su sombrero para afrontar el frío espantoso que reinaba en el exterior.

—Habéis olvidado vuestra espada... —hizo notar el soldado examinando a

Fronsac al pie de la escalera.

—Cuánto lo siento, señor, pero no tengo espada. ¿Nunca os han explicado que la pluma es superior a la espada?

El otro se quedó un momento desconcertado, inmóvil. Luego masculló señalando a Louis con el índice:

—Nunca, creedme. En fin, es asunto vuestro.

Los caballos los esperaban abajo, el de Louis junto al del guardia. Nicolas temblaba sosteniéndolo por el ronzal.

Tomaron la dirección del Louvre y cabalgaron juntos durante un momento en silencio. El lugar de la cita era el Palacio del Cardenal, había explicado De Baatz.

—¡A quién se le ocurre salir sin espada! —murmuró este último al cabo de un nuevo silencio.

—¿Conocéis al señor Chapelain? —le preguntó entonces Louis.

—¡Todo el mundo lo conoce! ¿No es ese que viste como un ropavejero?

Louis sonrió.

—¿Sabíais que lo han ennoblecido?

Y prosiguió sin esperar respuesta:

—Una vez que adquirió el título de nobleza, Chapelain se hizo con una espada que nunca abandonaba. Un día, un amigo se acercó a él para decirle: «¡Alabado sea Dios, llevas una espada! He tenido una disputa por la que voy a batirme en duelo, tú serás mi segundo. Te necesito, porque nuestros adversarios son terribles, ¡habrá muertos!». Chapelain, aterrado, tuvo que rehusar avergonzado, y a partir de entonces salió siempre desarmado, para estar tranquilo. Por mi parte, y como él, no tengo ninguna gana de que me maten en un estúpido duelo.

Se hizo un silencio particularmente pesado. De Baatz comprendía que su compañero era un cobarde. Finalmente, Louis siguió en tono más seco.

—Una espada no me sirve para nada, señor. El rey en persona me ha hecho caballero. Conoce mi virtud y es suficiente. No necesito utilizarla contra nadie o pavonearme estúpidamente como un comediante.

Charles de Baatz lo miró por el raballo del ojo con desprecio y arrogancia. No se dirigieron la palabra hasta el Palacio del Cardenal. Cuando llegaron, y después de haber dejado sus monturas al cuerpo de guardia, que estaba frente a la entrada del primer patio, De Baatz lo guió en un silencio despreciativo a través de un dédalo de piezas, galerías y escaleras a veces monumentales y a veces muy estrechas.

Bruscamente, se detuvo para llamar a una puerta.

—Es el antiguo despacho de Su Eminencia —precisó en voz baja y deferente como si el temible cardenal estuviese todavía en la pieza.

Entró cuando oyó la autorización, dejó a Louis pasar delante de él y luego salió de nuevo cerrando la puerta.

* * *

La sala estaba ocupada por cinco personajes que se interrumpieron al verlo entrar.

Louis reconoció enseguida a Mazarino. El cardenal, sentado en una alta silla tapizada de rojo, no había cambiado desde la última vez que lo había visto. El ministro, que pasaba de los cuarenta, conservaba un rostro sin arrugas, casi joven, a pesar de que tenía entradas y algunas arrugas alrededor de los ojos negros enarcados de espesas cejas. Un corto bigote y una barba bien recortada le daban un aspecto elegante y cordial. Sin embargo, su expresión preocupada, incluso contrariada, llamaron la atención de Louis.

Su amigo Gaston de Tilly, oculto en parte por el ministro, le hizo una señal amistosa con la mano, a la que el exnotario no hizo caso al reconocer a la tercera persona sentada en un taburete al lado de Mazarino. Louis incluso retrocedió involuntariamente: aquel hombre era Rochefort, el hombre de los trabajos sucios de Richelieu.

Vestido como siempre, completamente de negro y armado hasta los dientes con una panoplia de armas diversas, indispensables para su profesión de asesino, el esbirro lo miraba con un rostro totalmente inexpresivo.

Louis evitó su mirada, para saludar con una inclinación de cabeza a Isaac Laffemas, el cuarto. El último miembro de la asamblea, un desconocido para Louis, iba vestido muy sencillamente de negro, como un burgués, pero se sentaba en un sillón tapizado un poco más pequeño que el de Mazarino.

—Caballero —declaró ceremoniosamente Mazarino nombrándolo por su título—, tal vez no conozcáis a algunas de las personas aquí presentes, como el señor Laffemas o el señor Le Tellier.

Mazarino señaló con la mano a los dos importantes personajes. Louis no sabía quién era Le Tellier, pero no tardaría en enterarse. El italiano prosiguió con su acento cantarín:

—El señor Le Tellier es intendente militar en nuestro ejército del Piamonte. Lo conocí el año pasado y lo tengo en gran estima. Necesito de su competencia judicial y policial. Lo he llamado, pero nadie sabe que está en París. Os ruego que no divulgéis este hecho.

* * *

Añadamos aquí unas palabras sobre Michel Le Tellier, a quien acaba de presentarnos monseñor Mazarino.

El intendente, de cuarenta años, provenía de una familia de nobleza de toga. Procurador del rey en el Châtelet bajo las órdenes de Laffemas, luego jefe de investigaciones en el Consejo de Estado, el canciller Séguier lo había llamado para reprimir la revuelta de los salineros de los pies descalzos en Normandía. Una tarea despiadada que había cumplido severamente junto a Jean de Gassion como brazo

armado.

Ascendido por su éxito, Le Tellier había sido nombrado intendente militar en el ejército de Italia.

El intendente militar representaba al rey en los asuntos policiales, de justicia y de control de aprovisionamiento en el seno del ejército. Sus poderes eran casi ilimitados.

Le Tellier había demostrado eficacia en esta labor, y Mazarino, entonces en el Piamonte como embajador ante los príncipes de Saboya, lo había observado en 1641. Éste sería el principio de unas relaciones duraderas y de confianza.

Le Tellier pronto sería ministro y su hijo, convertido en marqués, le sucedería con el terrible nombre de Louvois.

* * *

—Ahora que os he presentado —prosiguió el cardenal—, coged una silla, caballero. He aquí el objeto de esta reunión: he recibido vuestro informe, que completa el que el señor de Tilly ha transmitido al teniente civil. Así que he resuelto reunir a todas las partes para decidir cómo actuar.

—Podemos sospechar que el señor de Fontrailles, o un cómplice, mató en condiciones particularmente innobles al señor Babin du Fontenay, comisario de Saint-Avoye. El señor Rochefort, que está acostumbrado a pisarle los pies al marqués de Fontrailles, porque lo ha seguido todo el año, incluso hasta España, para desbaratar el complot de Cinq-Mars, me ha confirmado que el marqués D'Astarac ha ido a París a ver al príncipe de Marcillac, de quien todavía sigue siendo inexplicablemente amigo. Lo que no comprendemos todavía es por qué habría matado a Babin du Fontenay.

Mientras el ministro hablaba así a sus visitantes, Louis apenas escuchaba y observaba discretamente a Le Tellier.

El alargado rostro del intendente militar estaba dotado de una nariz puntiaguda y ojos penetrantes. Mostraba una actitud reflexiva y atenta, y tenía sobre las rodillas una escribanía con tintero en la que a veces tomaba notas. Sin embargo, pese a su distracción, en el momento en que Mazarino habló de Fontrailles, Fronsac se sobresaltó.

De modo que Louis d'Astarac vivía en casa del príncipe de Marcillac, a quien había visto unos días antes en la recepción de la duquesa de Rambouillet. ¿Cómo era posible semejante amistad si Marcillac era conocido por su moralidad y su lealtad a la realeza? ¡Fontrailles y él estaban en bandos totalmente opuestos!

Laffemas tomó entonces la palabra dirigiéndose particularmente a Fronsac.

—Según el señor de Tilly, la muerte del señor Du Fontenay podría estar relacionada con uno de los tres asuntos que llevaba el comisario de Saint-Avoye. Hablamos de ello antes de vuestra llegada. Había una investigación en curso por la muerte de un ujier de Palacio, Cléophas Daquin, fallecido tras una larga enfermedad gástrica con horribles molestias. El comisario no excluía un envenenamiento...

—¿Por su esposa? —intervino secamente Le Tellier interrumpiendo a Laffemas y dejando de tomar notas.

Louis comprendió, al verlos cruzar las miradas, que los dos magistrados no se apreciaban demasiado.

—No —respondió Tilly—, parece, aunque no estamos muy seguros, que el criminal podría ser un compañero de juergas, un tal Picard, que después desapareció. Todo parece acusarlo y...

—¿Por qué eran horribles esas molestias? ¿Y estáis seguro de que la mujer no tuvo nada que ver? —lo interrumpió Mazarino—. No he leído nada de ese sujeto en vuestras memorias y no sería la primera vez que una mujer envenena a su amado esposo.

Fronsac creyó oportuno intervenir.

—Excusadme, monseñor, pero he visto a esa mujer y me ha parecido fuera de toda sospecha. Es tan hermosa como desgraciada. Su esposo frecuentaba las tabernas y dormía a menudo fuera de casa. La mujer apenas lo veía y todos dicen que Daquin sólo frecuentaba a un notorio canalla, el tal Picard. Tiene un hermano que la quiere mucho y que creo que es un hombre muy honrado. Además, trabaja en el Louvre. En cuanto al adjetivo *horrible* —prosiguió tras reflexionar un instante—, es demasiado suave...

Se calló un instante antes de precisar:

—Todo indica que unos gusanos gigantes se desarrollaron en el interior del enfermo y lo devoraron vivo...

Mazarino y Le Tellier palidieron, mientras que Laffemas y Rochefort permanecían relativamente indiferentes. Habían asistido a otras muchas muertes espantosas.

Louis prosiguió rápidamente sus explicaciones:

—Ahora bien, ese Picard, que ha desaparecido, era un viejo marino, un cañonero que había regresado de las Indias orientales. Les había ofrecido a varios de sus compañeros de francachelas un eficaz remedio para desembarazarse de sus enemigos o de sus esposas.

—Un veneno abominable, probablemente traído de Oriente —añadió Tilly.

Se hizo un silencio que nadie se atrevió a interrumpir. Eran hombres valientes, pero estaban aterrorizados al pensar que un día les pudiesen administrar una droga semejante.

—¿Y los otros dos asuntos? —preguntó finalmente Mazarino—. Porque hasta ahora no veo al marqués de Fontrailles desempeñar un papel muy significativo...

—Los otros dos expedientes son más insólitos y verdaderamente más alentadores —informó Laffemas—. Fontenay se ocupaba de un asunto de moneda falsa. Lo hemos resuelto. Parece que España hacía entrar en Francia armas y una cantidad considerable de escudos de plata falsos. ¿Con qué finalidad? Debo confesar que todavía no lo sabemos. El expediente ha sido enviado al secretario de Estado, el

conde de Chavigny.

—En efecto, me habló de él —recordó el ministro enarcando las cejas—. Pero de todos modos no sabía que el marqués de Fontrailles podía estar mezclado en ese asunto. Por desgracia, creo recordar que España lo ha negado todo, que el embajador incluso ha tildado de provocación...

—Es difícil seguir las ramificaciones —refunfuñó sordamente Gaston—, tendríamos que acudir a la Embajada para indagar, o incluso a Bruselas...

La mirada glacial que le dirigió Le Tellier cortó su propuesta.

—Nos queda el tercer asunto —prosiguió en tono suave Laffemas—, se trata del loco que atacaba a las mujeres con guanteletes de acero. Una historia similar tuvo lugar hace casi veinte años. Sabéis que conseguí detener a ese canalla. Después lo interrogamos, por desgracia...

—¿Por desgracia? —preguntó Mazarino.

—Por desgracia murió durante la cuestión previa —reveló el teniente civil con tono amargo—. Sin embargo, parecía fuerte y resistente. ¡También fue culpa suya! El muy idiota no quería decir nada. Tuve que insistir y es la primera vez que me ocurre esto —se excusó como un niño que comete una travesura.

—Entonces, no hay esperanza en esa dirección —le reprochó Le Tellier secamente—. Pero el marqués de Fontrailles, ¿qué papel desempeña actualmente?

Ahora se dirigía a Rochefort.

—El señor D'Astarac afirma que hay una relación entre el duque de Vendôme, los españoles y la duquesa de Chevreuse, que se encuentra en Bélgica —aseguró el esbirro—. Hace viajes frecuentes entre París, Londres y Bruselas. No hay duda de que están preparando una conspiración.

—Entonces no puede estar relacionada con la moneda falsa —aseguró Gaston abriendo los brazos y separando las manos queriendo indicar la evidencia—. Y el origen es una vez más Marie de Chevreuse...

La duquesa de Chevreuse, Marie de Rohan, era hija de Hercule, duque de Rohan-Montbazon, gobernador de París.

Hercule era un anciano de setenta y siete años, célebre por dos razones de importancia indiscutible: Estaba junto a Enrique IV cuando Ravailac lo había atacado —él mismo había sido herido ligeramente— y era el hombre más estúpido de Francia.

Curiosamente, contradiciendo las leyes naturales de la herencia, no era el caso de su hija. Al contrario, podía considerarse a Marie de Rohan como una de las mujeres más inteligentes del reino.

Marie se había casado muy joven con Luynes, el primer favorito de Luis XIII. Cuando Luynes murió, se casó en segundas nupcias con el duque de Chevreuse, el cuñado del duque de Guisa.

Marie, joven, bella y mordaz, se había impuesto rápidamente en la Corte, convirtiéndose en la mejor amiga de Ana de Austria, de modo que era la peor

enemiga del cardenal y del rey. Había arrastrado a Ana a la mayoría de las conspiraciones que hasta el momento habían salpicado este reinado, hasta el día en que le había propuesto a la reina, que estaba embarazada, una carrera desenfadada por una galería, durante la cual la había hecho tropezar a propósito.

Después de esta caída, la reina había abortado un niño.

Tendrían que pasar veinte años para que Luis XIII —u otro— se decidiese a dar un nuevo delfín a Francia.

Finalmente, perseguida sin tregua por Richelieu, a quien se había opuesto, Marie se exilió en Bruselas con su hija Charlotte.

Pero no estaba de ningún modo vencida. Desde Bélgica, y bajo protección española, había seguido intrigando para la desaparición del cardenal. Y ahora que este último estaba muerto, la capacidad de hacer ruido de la diablesa podía ser temible, porque ¿quién detendría a la exmejor amiga de la reina si volvía a Francia?

En ese instante llamaron a la puerta y el señor de Chavigny entró.

Léon Bouthillier, conde de Chavigny, era el viejo amigo de Mazarino que lo había alojado en París cuando el siciliano era el nuncio del Papa.

Ahora ostentaba el cargo de secretario de Estado para Asuntos Extranjeros. Rico y elegante, era un joven brillante pero superficial. Sin embargo, aunque poco ambicioso, había observado con cierto desprecio la rápida ascensión de su amigo plebeyo Julio Mazarino.

Chavigny ignoró a los asistentes a la reunión y se acercó al cardenal, a quien susurró unas palabras al oído. Mazarino frunció el ceño, dudó un instante y luego anunció:

—Señores, me comunican que el rey, ligeramente enfermo, guarda cama. Debo ir a su lado. Continúad con vuestras investigaciones y mantened al señor Le Tellier informado.

Todos se levantaron, saludaron a los dos ministros y se dirigieron a la puerta.

—Vos quedaos, Fronsac —ordenó Mazarino con tono seco.

Sorprendido, Louis esperó a que los otros salieran y también Léon Bouthillier.

Durante ese tiempo Mazarino ordenaba sus papeles con semblante preocupado. Cuando estuvieron solos, miró durante un buen rato a Fronsac, muy serio, para decirle finalmente:

—No me gusta esta historia, caballero. Y sobre todo no me gustan nada esos gusanos gigantes. —Extendió un dedo—. Quiero saber qué se trama, mantenedme al corriente de la investigación, daré instrucciones a Laffemas para que os diga todo. Vos tratad de enteraros de más cosas y sobre todo reflexionad. Los otros son todos policías y no tienen imaginación. Vos sabéis razonar sin rechazar hipótesis inverosímiles so pretexto de que lo son. Sabed que aprecio en su justo valor el modo en que habéis descubierto cómo murió Fontenay y el papel de los religiosos del convento de los mínimos.

Durante todo ese tiempo caminaba a lo largo de su mesa de trabajo. Se detuvo un

instante, contemplando desde la ventana la actividad en el patio.

—Todo este asunto me preocupa, Fronsac, mucho más de lo que imagináis. Mi situación no es segura, pueden echarme en cualquier momento. ¿Qué quiere Fontrailles? Por un lado, tal vez haya matado a un comisario; por otro, trabaja con Vendôme y la Chevreuse. También sé que se presenta en todas partes como el jefe de una futura república. ¡Una república en Francia! Me han llegado informaciones sobre ese último punto.

»Nada de ello es bueno y sospecho una nueva y terrible intriga. ¿Por qué lo ha hospedado el príncipe de Marcillac? Su Majestad no tardará en perdonar a todos los que han querido derrocarlo. Ahora mismo en su entorno, a los malvados que conspiran contra él y contra la patria, les llaman *generosos*, a los ingratos *gente íntegra*, los que traicionan su palabra *gente hábil* y los jefes de la sedición se llaman *restauradores del Estado*.

El tono del ministro era cínico y desengañado. Se interrumpió, con el ceño fruncido, buscando las palabras. Luego prosiguió, más agresivo:

—Pronto van a actuar a plena luz y necesito pruebas para confundir a la jauría. Intentad averiguar más cosas, tratad de encontrar a ese Picard, seguid la pista española, descubrid quién era verdaderamente ese *Catador*. Pero, sobre todo, necesito comprender el juego de mis adversarios. ¿Qué buscan? Debéis descubrirlo e informarme. Sólo así podré vencerlos.

Se interrumpió otra vez, mirando a Fronsac, y entonces su rostro se distendió lentamente, reapareciendo su cautivadora sonrisa. Dijo en tono zalamero.

—Me he enterado de que necesitáis dinero. El rey os ha hecho un regalo envenenado, ¿verdad? Su Majestad acaba de ofrecirme la abadía de Corbeil y puedo distraer algo de dinero. Al salir, pasad a ver a mi secretario; os dará cinco mil escudos de mi tesoro.

Miró un momento a Louis, luego volvió a sus papeles dando a entender, con un ademán, que la entrevista había terminado.

Louis le dio las gracias tartamudeando penosamente y salió.

Una vez en el largo pasillo, se dio cuenta de que no sabía ni dónde estaba ni adónde ir. Esperó unos instantes, completamente perdido, cuando dos funcionarios, tristemente vestidos de negro, con gruesos sacos de documentos, hicieron su aparición. Se acercó a ellos.

—Busco el despacho del secretario de Su Eminencia.

El más bajito de los dos lo miró durante un buen rato, con un desprecio infinito, pensando: ¿Qué diablos hace aquí este hombre si ni siquiera sabe adónde se dirige? A continuación alzó los ojos en una muda súplica hacia el dios todopoderoso de la administración y acto seguido suspiró e hizo una señal a Louis para que lo siguiese.

Tras caminar por varios pasillos, el funcionario abandonó a Louis delante de una puerta sin decir palabra.

Sin saber qué hacer, el joven llamó a la puerta y entró después de oír la

autorización. Entonces reconoció en la pieza a Toussaint Rose^[24], el secretario personal del cardenal, a quien conocía.

El hombre también se acordaba de él. El secretario se levantó de la silla, rodeó la mesa y se precipitó hacia nuestro amigo:

—¡Caballero! Os estaba esperando, tengo un bono de setecientos cincuenta luises de oro para entregaros. Pueden pagároslos en la tesorería del Palacio cuando lo deseéis o puedo daros esa suma en piezas de oro.

—Lo prefiero en monedas —solicitó Louis—. Necesito ese dinero rápidamente.

Cogió el dinero con dificultad, pues pesaba alrededor de diez kilos. Lo puso bajo el brazo mientras Toussaint Rose lo acompañaba a la puerta.

—A la derecha encontraréis una escalera —dijo—. Cogedla. Al llegar abajo, atravesad la galería, que os llevará al patio. Buena suerte, caballero.

Louis siguió el itinerario, pasando alternativamente el cofre de un brazo a otro. Ahora lamentaba no haber cogido un bono de caja. ¿Cómo transportar el pesado cofre a su casa sin llamar la atención? Desde luego, podían robárselo en cualquiera de las animadas calles que tenía que atravesar. Cavilando en estas cosas, se encontró de repente en el gran patio del Palacio.

Entonces, junto a su caballo, descubrió a su amigo Gaston.

—Creo que he hecho bien en esperarte —ironizó este último señalando con el dedo el pesado bulto bajo el peso del cual Louis vacilaba—. No sé qué contiene ese cofre pero creo que con dos personas no llega para vigilarlo.

Mientras hablaba había abierto las alforjas de su silla, en las que llevaba dos pistolas de hierro de rueda así como varias correas de cuero. Luego cogió el cofre que Louis había dejado en el suelo para tomarse un respiro y lo colocó en la parte de atrás de la silla del caballo de su amigo, atándolo con las correas.

Cuando hubo terminado estas operaciones, Gaston observó atentamente a la gente que circulaba a su alrededor. En el patio había una gran cantidad de guardias, mosqueteros y exentos. Reparó en dos arqueros y los llamó.

—Soy el comisario de Saint-Germain-l'Auxerrois, ¿qué hacéis aquí?

—Llevamos documentos del Consejo de Regidores al conde de Chavigny, señor. Ahora vamos al Ayuntamiento —explicó el mayor saludándolos.

—Bien, nosotros vamos en la misma dirección y vos nos escoltaréis. —Señaló con el dedo a Louis y los dos caballos—. Daremos la vuelta por la calle de los Quatre-Fils y os acompañaré al Ayuntamiento para excusarme ante vuestro oficial.

Los dos guardias asintieron, aparentemente indiferentes pero satisfechos en su fuero interno de librarse de su aburrido servicio.

Así se trasladarían los diez kilos de oro al despacho de los Fronsac.

Por el camino, Louis y Gaston hablaron libremente de su entrevista con Mazarino.

—¿Qué vas a hacer ahora? —le preguntó Louis.

—Insisto en que la pista más segura es la de los falsificadores de moneda. Los

conspiradores siempre necesitan dinero y, si España no ha querido darles oro para ayudarlos, no parece ninguna tontería que se hayan metido en lo de la moneda falsa. Así que voy a continuar en esa dirección.

—Tienes razón —aprobó Louis—, yo voy a buscar de nuevo a Picard, pero para matar dos pájaros de un tiro puedo también informarme discretamente sobre la pista española. Y en lo referente al *Catador*, ¿qué decides ahora que ha desaparecido?

Gaston se quedó un rato pensativo. Finalmente, dijo:

—No lo sé. ¿Tienes alguna idea? Me temo que no se seguirá investigando... Después de todo, está muerto y ya no hará daño a nadie...

—Laffemas ha dicho que murió ayer. ¿Alguien podría hacerme un retrato del cadáver si todavía no ha sido enterrado?

—Sí, por supuesto... El cuerpo está todavía en el depósito de cadáveres del Châtelet... Puedo pedírselo a un ujier que conozco y que dibuja muy bien. ¿Mañana te va bien?

—Sería perfecto.

Del 26 de enero de 1643 a fin de mes

Louis dejó a Gaston para volver al despacho y guardar su dinero en los cofres blindados de su padre. Esos cofres —forzados una vez por Rochefort— estaban ahora dentro de una caja fuerte del segundo piso de la casa.

Apenas había terminado con los cofres, cuando la señora Bouvier se acercó a él: esa misma mañana, Margot y Michel Hardoin se habían presentado para aceptar la proposición de Louis; la pareja había quedado en volver a mediodía. Después del dinero de Mazarino, era una segunda buena noticia.

Louis decidió entonces quedarse en el despacho para esperarlos y aprovechó para comer con sus padres, a los que no veía desde hacía unos días. De hecho, no tuvo que esperar mucho tiempo; al final de la comida los dos jóvenes fueron anunciados.

Louis los recibió enseguida en el cuartito del segundo piso que utilizaba a veces de despacho. Les explicó con todo detalle la situación y concluyó:

—Bien, ahora que os he descrito todo lo relativo al señorío, sólo queda ir allí para verlo; si lo deseáis, podéis instalaros enseguida. No será confortable, pero haréis todos los arreglos que os parezcan necesarios. Vos, Michel, estudiad cuidadosamente el estado del edificio y preparad una lista de reparaciones urgentes. En cuanto a vos, Margot, estoy convencido de que sabéis llevar una casa: ved todo lo que haya que hacer. Tenéis carta blanca. Pasad unos días en las tierras y venid a verme enseguida. Julie de Vivonne, con quien me voy a casar, preparará mientras tanto una lista de reformas. Ya hablaremos cuando volváis. Luego os instalaréis allí definitivamente para empezar los trabajos.

Al ver que estaban de acuerdo, Louis prosiguió:

—De momento, dispondréis de veinte mil libras para empezar. Aquí tenéis mil para los gastos más urgentes. —Les entregó cincuenta lises—. Margot, vos llevaréis las cuentas y me haréis una memoria detallada.

La pareja asintió y decidió partir al día siguiente. Louis les ofreció la carroza familiar, que no necesitaba por el momento. Nicolas, que conocía el camino, los llevaría allí.

Esa misma noche, fue a ver a Julie al palacio de Rambouillet para contarle las novedades. La joven ya había preparado una larga lista de obras que había que hacer y le prometió que todos los planos estarían terminados al cabo de una semana. Le enseñó los primeros esbozos.

—Conservaremos el edificio central después de arreglado. A las paredes exteriores del patio se añadirán paredes interiores de ladrillo rojo, que unirán también las torres. La parte interior de las torres cuadradas será demolida y, poniendo un tejado sobre ellas conseguiremos dos alas muy elegantes. Una para nuestro dormitorio y otra para el de tus padres. Convertiremos la sala central en un salón de

recepción. Reduciremos el patio y lo pavimentaremos. El porche será derribado y sustituido por una gran verja. Así, la casa será visible desde el exterior y luminosa por dentro. Rellenaremos las zanjas y convertiremos el terreno en jardín...

—¡Magnífico! Es un proyecto extraordinario —se entusiasmó Louis.

Sin embargo, añadió preocupado:

—¿Todo esto cuánto nos costará?

Julie hizo un simpático mohín, mezcla de duda y despreocupación.

—Todavía no lo sé. Pero ya nos las arreglaremos... Estoy segura...

La señora de Rambouillet se unió a ellos, sonriendo irónicamente.

—Tía, parecéis muy contenta. ¿Podríais explicarnos por qué? —prosiguió Julie saludándola.

—Iba a hacerlo, hija mía. La princesa acaba de irse y me ha contado que el duque de Beaufort se exhibe con la duquesa de Montbazon. ¿Dónde se ha visto tan mala pareja?

Hercule de Rohan-Montbazon, del que hemos hablado largo y tendido antes, tenía otra Marie en su vida: su segunda esposa, Marie de Bretaña.

En 1643, Marie de Bretaña, convertida en duquesa de Montbazon, tenía treinta y tres años y era universalmente conocida por ser una de las mujeres más robustas de la Corte. En realidad, según Tallemant des Réaux, era un coloso de pecho gigantesco: «¡Tiene el doble de pecho del necesario!», repetía.

Sobre todo era conocida por ser la amante de todos los grandes: Chevreuse, Soissons, Gaston de Orleans y muchos otros habían sido sus amantes. Incluso se contaba que se podía alquilar por una noche, ya que tenía gran necesidad de dinero.

«Por quinientos escudos te quita la camisa», decía una canción picante que se burlaba de ella.

Cuando estaba embarazada —lo que era frecuente—, atravesaba el campo en su carroza a galope tendido.

La medicina era terrible, y después de abortar declaraba muerta de risa: «¡Acabo de romperle el cuello a un niño!».

En resumen, la llamaban la Ogresca, y realmente lo era.

Dos años antes había sido la amante del duque de Longueville, que se había casado con Geneviève de Borbón, la bella hermana del duque de Enghien. Ahora bien, en ese momento, ¿quién era el amante oficial de Geneviève?

¡François de Beaufort!

Beaufort, más o menos comprometido con el marqués de Effiat durante la conspiración de Cinq-Mars, había tenido que huir con su padre a Inglaterra.

Y ahora la relación de la duquesa de Montbazon —que quería vengarse de su amante infiel Longueville— con Beaufort —que deseaba ardientemente tomarse la revancha con Geneviève de Borbón, que lo había rechazado—, ¿no era señal de una alianza entre los Vendôme y los Rohan-Montbazon contra el clan de los Condé?

¡Una alianza semejante podía tener consecuencias incalculables!

Julie de Vivonne mostró su preocupación a su tía.

—Es cierto —reconoció la marquesa pensativa—, existe un odio inexplicable entre los Condé y los Vendôme: las dos familias ambicionan el trono, pero unos son legítimos príncipes de sangre y otros unos bastardos. Con esta alianza el resentimiento crecerá todavía más. Por otra parte, también hay un acercamiento entre Marie de Chevreuse y los Vendôme; después de todo, es la nuera de la duquesa de Montbazon.

—No olvidemos al duque de Guisa, que está unido a los Chevreux, tía —observó Louis.

—¡Es cierto!, lo había olvidado, pero Guisa está loco, es menos peligroso que los otros. ¿Sabéis, Louis, que quiere volver a Francia y que también le ha pedido perdón al rey?

—Lo he oído.

—¿Pero conocéis la verdadera razón? Veo en vuestra mirada que la respuesta es no. ¡Pues bien, Guisa, simplemente, quiere casarse! En esta ocasión con la señorita Pons, ¡una dama de honor de la reina!

Henry de Guisa, cuñado del duque de Chevreuse, había sido enviado al exilio por Richelieu tras haber sido condenado a muerte por estar casado con dos mujeres a la vez mientras era arzobispo de Reims. También había participado en la revuelta del duque de Bouillon contra el rey en 1641. Efectivamente, ahora deseaba volver a Francia para anular sus matrimonios anteriores y encontrar aliados para casarse por tercera vez.

—Comprendo —dijo Louis pensativo—. Si Guisa busca amigos que lo ayuden, recurrirá a sus antiguos aliados, los Vendôme, y a sus parientes, como su cuñada Marie de Chevreuse. Con la familia de los Rohan, toda esta gente puede constituir rápidamente una fuerza poderosa capaz de hacer tambalearse a Francia.

* * *

Los días siguientes, casi siempre disfrazado y maquillado, Louis frecuentó la taberna del Grand Cerf, así como otras de mala fama de los alrededores.

Intentaba encontrar algún indicio.

Pero en estos infames garitos frecuentados por gentes miserables: mozos de cuerda, ganapanes, buscavidas y peones, o, lo que todavía era peor, truhanes cosidos a cicatrices y armados hasta los dientes, prostitutas con el pecho descubierto, mendigos con horribles heridas^[25] y golondrinos^[26] desertores, lo único que consiguió fue probar de casi todos los vinos adulterados de París, mezclas de caldos diversos y alcohol falsificado capaces de matar a un hombre si se tragaba un jarro.

En todas partes preguntaba siempre por su amigo Picard, a quien casi todos conocían pero que parecía haber desaparecido desde hacía unas semanas.

En lo concerniente a *Campañol* y a sus amigos, obtuvo poca información, pero

cuando mostró el dibujo del *Catador* que le había dado Gaston, por fin tuvo éxito.

Envuelto en una vieja capa muy ajada que había pertenecido a su abuelo, un informe gorro de terciopelo en la cabeza y vestido con un viejo jubón de hombreras abullonadas, roto y sucio, Louis estaba esa noche en la taberna de los Trois Maures, en la calle Guillaume Gosse.

Fingiéndose estar borracho, observaba a dos mendigos, dos de esos pordioseros que simulaban las enfermedades perfectamente. Uno, un falso cojo, había dejado la muleta para ayudar a un jorobado a quitarse su joroba de crin. Entonces vio a una docena de pillos comandados por un jefe vestido de negro. Éste, al que llamaban respetuosamente el Tesorero, se puso aparte, después llamó a prostitutas, mendigos y desertores para que le entregasen una parte de los ingresos.

Louis hacía que dormitaba. Cuando el Tesorero abandonó el lugar, los enfermos y tullidos se curaron milagrosamente, los viejos paralíticos recuperaron la juventud. Las canciones, los gritos y la desvergüenza desembocaron rápidamente en el desenfreno. Haciendo un gesto de no poder respirar a causa del olor y fingiendo su borrachera, Louis se fue con paso vacilante hacia un pequeño gabinete todavía más oscuro haciéndole una señal a una criada, delgada y enfermiza, para que se reuniese con él.

Oliéndose un buen negocio, la muchacha se acercó contoneándose. Louis le hizo un gesto para que se sentase y le deslizó un escudo en la mano. Entonces la joven comprendió que la solicitaba para que hiciese de soplona. Pero por un escudo estaba dispuesta a todo.

—Conozco bien a ese hombre —dijo examinando con una vela el dibujo que Louis le enseñaba.

Era el retrato del *Catador* que Gaston le había hecho llegar unos días antes.

—¿Qué ha sido de él? ¿Es amigo vuestro? Hace semanas que no lo veo... vivía aquí en la buhardilla, justo al lado de mi cuarto. Había pagado varias semanas por adelantado, creo, pero era un cascarrabias, ¡no hablaba con nadie! Ni siquiera conmigo —se rió sarcásticamente dejando ver su boca desdentada—, como si tuviese miedo de algo... Era loco y violento.

Por otro escudo Louis consiguió la llave del desván. La mujer le propuso, con una mirada, acompañarlo para pasar un buen rato.

Para quitársela de encima, Louis tuvo que prometerle que iría a verla al día siguiente. Después, se dirigió al desván. El sórdido cuartucho olía a excrementos y parecía abandonado. Louis lo registró minuciosamente, pero el *Catador* apenas tenía pertenencias.

Sin embargo, bajo el jergón repugnante y plagado de gusanos, Louis descubrió finalmente las joyas robadas a sus víctimas, guardadas en una bolsa de tela, así como una cartera de cuero que contenía cartas y documentos. Se sentó en la cama a leerlos.

Cuando hubo terminado, supo que había encontrado lo que buscaba. Cogió la cartera y las joyas, cerró el cuarto y se precipitó al despacho de Gaston, a quien contó

todo.

Las joyas de la bolsa, que se había llevado, se desparramaron sobre la mesa del comisario.

—Algunas de estas desgraciadas víctimas no lo habrán perdido todo —murmuró Gaston.

Alzó los ojos y miró atentamente a su amigo añadiendo:

—A veces me pregunto si no deberías ocupar tú mi puesto. A mí nunca se me hubiera ocurrido la idea de presentar un dibujo del *Catador* en todas las tabernas...

—Eso no es todo —lo cortó Louis—. Mira ahora esto. He clasificado cuidadosamente los papeles que he descubierto. Tu *Catador* se llamaba Guillaume Maroncères. Su padre fue juez de lo criminal en el Châtelet de 1610 a 1615, fecha de su muerte. Según estos documentos, parece que Guillaume nació en 1610 y que lo abandonó dejándolo con una nodriza. Fue ella quien lo educó.

Louis cogió un segundo mazo de papeles, más voluminoso que el primero, y lo empujó hacia su amigo.

—Ahora, examina esto, son documentos y notas sobre los asuntos que llevaba el padre. Aquí encontrarás el caso del primer *Catador*. Por lo visto fue el padre el que lo condenó. Parece que el hijo —loco, o queriéndose vengar del padre que lo había abandonado— decidió desempeñar el papel de criminal.

—Éste sí que es un asunto curioso... —murmuró el comisario estudiando los documentos que tenía ante sí—. Realmente, a veces, las razones del comportamiento de los criminales son muy extrañas...

Finalmente, levantó la cabeza.

—Esta historia me parece completamente aclarada, y todo gracias a ti —añadió con cierto despecho.

Louis lo interrumpió de nuevo blandiendo un último documento:

—No del todo. El hijo —nuestro nuevo *Catador*— llegó a París hace dos meses, poco después de la muerte de su nodriza con la que vivía desde hacía treinta años. ¿Y sabes dónde?

—Por Dios, ni lo sé ni me importa —replicó Gaston riéndose—. ¿Qué interés puede tener eso?

—Te lo diré de todos modos; vivía en el Languedoc... en el pueblecito de Fontrailles, en el marquesado de Astarac.

Louis se quedó bastante satisfecho con el efecto causado. Gaston dejó de reírse. Palideció mientras cogía el papel que Louis tenía en las manos. Lo leyó varias veces y luego, en silencio, reunió todos los papeles esparcidos sobre la mesa.

¡Astarac! ¡El feudo del marqués de Fontrailles!

—Voy a ir a Saint-Julien-le-Pauvre a enseñarle todo esto a Laffemas —declaró cuando hubo terminado—. Pero antes de acudir a él me gustaría saber tu opinión. ¿Qué piensas de todo esto?

Louis no respondió inmediatamente. Se mordió un instante los labios atándose

sus lacayos negros. Finalmente declaró:

—A decir verdad, nada. La coincidencia me parece verdaderamente extravagante e increíble. Debo seguir reflexionando sobre ello. Hay otros hechos que se me escapan... pero preferiría hablarte de ello más tarde...

Se dejaron sin decirse nada. Esa misma noche, Louis fue a buscar a Julie a la calle Saint-Thomas-du-Louvre, porque debían trabajar juntos en el despacho con Margot y Michel Hardoin, que habían vuelto de Mercy.

Julie llevó sus planos y presentó las notas de la marquesa al carpintero y a la librería.

Hardoin lo comprendía todo enseguida y Margot lo anotaba en un gran registro. Louis no tenía mucho que hacer, salvo escuchar. Parecía que la marquesa de Rambouillet y Julie lo habían previsto y organizado todo para su futura casa. De vez en cuando, Hardoin, experto en la materia, hacía una observación que comportaba algunas modificaciones menores en los planos.

* * *

Hubo tres o cuatro sesiones más en los días que siguieron, luego convinieron que la pareja podría marcharse a Mercy definitivamente, contratar allí a algunos obreros y empezar los trabajos. El día de la partida Louis les entregó diez mil libras e hizo una última recomendación a Michel.

—A los peones no les paguéis más que seis sueldos al día, con comida y alojamiento. Pero si son de Mercy, pagadles diez sueldos, como les he prometido.

Hardoin se disgustó un poco con lo que él llamaba despilfarro, pero asintió.

Mientras tanto, Louis había escrito una larga relación al cardenal Mazarino. Sabía que no le aportaría mucho porque Laffemas, por su parte, lo había informado, pero así el ministro comprendería que no permanecía inactivo.

* * *

Unos días más tarde, el jueves 20 de enero, Louis estaba en su casa, en la calle de los Blancs-Manteaux, tratando de cotejar sus investigaciones y meditando sobre los trabajos futuros en su señorío, cuando un paje se presentó en su puerta.

Louis lo conocía. Era el paje de Julie d'Angennes, la brillante hija de la señora de Rambouillet. La nota que llevaba le proponía ir a ver un espectáculo que representaba una nueva compañía instalada cerca de la torre de Nesle al día siguiente.

Esas salidas al teatro en compañía de la hija de la marquesa eran frecuentes. Julie d'Angennes siempre iba acompañada por el marqués de Montauzier, gobernador de Alsacia y eterno prometido de la joven (se casaría con él tres años más tarde). Louis era el caballero de Julie de Vivonne.

Decidido a despejarse las ideas, aceptó con gusto, y al día siguiente fue, a las dos, al palacio de Rambouillet.

En aquella época, desde la Ordenanza Real de noviembre de 1609, les estaba prohibido a los actores representar —en invierno— a partir de las cuatro y media. Los espectáculos de teatro debían comenzar pues, como muy tarde, a las tres.

Montauzier y las dos Julie lo esperaban y no tuvo tiempo de subir a su carroza. Se sentó al lado de su prometida y enfrente de Julie de Angennes y el marqués.

—¿Sabéis adonde nos dirigimos, caballero? —preguntó la señorita D'Angennes con expresión ligeramente burlona.

Le gustaba burlarse de sus amigos, especialmente de Louis, pues en realidad estaba muy celosa de su prima.

—Sólo tengo la información que vos me habéis dado, señora: vamos a la torre de Nesle. Sin embargo, no conozco ningún teatro por esa zona —dijo Louis con tono neutro para evitar cualquier réplica mordaz.

Julie d'Angennes lo miró con desdén.

—Tranquilizaos, vamos al teatro, y no importa a cuál. Éste ha sido pomposamente bautizado por su fundador como el Ilustre Teatro, y es uno de vuestros condiscípulos...

—¿Un condiscípulo, señora? ¿Entonces, lo conozco...?

—Sí. Hace poco que terminó sus estudios en el colegio de Clermont, donde habéis estudiado, según creo, con vuestro amigo, ese policía pelirrojo.

Julie d'Angennes odiaba a Gaston^[27].

—Sí, así es. Mi hermano también está allí en este momento. Pero yo acabé mis estudios en Clermont hace casi quince años, como Gaston. Estábamos en el curso del abad de Retz.

—Sé perfectamente cuántos años tenéis, y que seguramente no conocéis al autor de la obra que se va a representar; estaba burlándome de vos. Nuestro director se llama Poquelin, Jean-Baptiste Poquelin, es el hijo de un ayuda de cámara del rey. Está muy de moda, y abrió su teatro en el frontón de los Aparceros el 1 de enero. Dicen que se ha unido a una familia de saltimbanquis, los Béjart. Parece que una de las hermanas tiene cierto talento —la hemos visto actuar en mayo o en junio—. Se llama Madeleine. ¿Os acordáis de ella? De todos modos, es bastante vulgar, igual que su hermana Geneviève.

Sin esperar respuesta, cosa que tampoco le interesaba, Julie d'Angennes siguió burlándose:

—A Poquelin no debe de gustarle su nombre porque se ha puesto el ridículo sobrenombre de *Molière*. Y la farsa que vamos a ver —¡él mismo escribe las comedias!— se titula *El cornudo imaginario*.

Montauzier le hizo un gesto a Louis para que no le diese demasiada importancia a las burlas de su prometida.

El marqués, de veintiséis años —Julie d'Angennes tenía treinta y cinco—,

apreciaba mucho a Fronsac por su mente lógica y sus conocimientos científicos tan poco corrientes en su entorno. Esto también le permitía destacar a él, pues estaba muy versado en física y química. Montauzier también presumía de escribir versos, pero haría mejor en abstenerse de ello porque sus sonetos provocaban siempre sonrisas y sarcasmos, lo que lo vejaba terriblemente. El único verdadero defecto del marqués era un terrible espíritu de contradicción que irritaba a todo el mundo. A Montauzier le encantaba argumentar en contra de toda afirmación que le hacían y que consideraba falsa. No dudaba entonces en llegar hasta la ruptura para que sus ideas triunfasen.

Porque el marqués era un hombre íntegro, de carácter difícil e intransigente. Este rigor, que rozaba la intolerancia, hacía de él un personaje verdaderamente original en el cual Poquelin —es decir, el Molière del que iba a ver una obra— se inspiraría, años más tarde, para crear el personaje de Alceste en el *Misántropo*.

Pero Louis apreciaba a Montauzier sobremanera porque le parecía honesto, fiel a sus principios —y a su rey—, generoso y, curiosamente para la época, contrario a la pena de muerte. El único reproche que le hacía eran sus celos hacia Vincent Voiture y el marqués de Pisany.

—Detesto esas comedias que no son más que una sarta de palabras indecentes y groseras —aseguró entonces el marqués, disgustado con la elección de Julie d'Angennes, sabiendo que se trataba de una chocarrería.

Desafió con la mirada a los tres ocupantes de la carroza para empezar el debate que esperaba con impaciencia.

Julie de Vivonne cogió la mano de Louis para indicarle que, frente a las provocaciones de su prima y el marqués, era preferible callar.

A falta de réplica, la conversación cesó.

Cruzaron el Puente Nuevo, siguiendo los muelles del Louvre una vez pasados los portillos.

Louis arrojó una mirada distraída a la multitud dispar que caminaba por allí. El puente era el centro de la ciudad. Se veían lacayos armados revendiendo en puestos ambulantes los bienes de sus amos, vendedores de castañas, de bellotas e incluso de matarratas, vendedores de vinagre y sacamuelas, trovadores, domadores de osos y otros saltimbanquis, así como innumerables mujeres de la vida en busca de unas perras chicas, haciéndose pasar a veces por criadas o costureras.

Llegados a la orilla izquierda, se dirigieron hacia la puerta de Nesle. Era un barrio nuevo en pleno desarrollo.

En el siglo pasado, este rincón de París estaba todavía estrechamente encerrado en la muralla que Felipe Augusto había mandado construir y que seguía aproximadamente nuestra actual calle Mazarino. Al final de la muralla, cerca del Sena, estaba el palacete de Nesle coronado por su siniestra torre, así como un edificio más pequeño que se llamaba el pequeño Nesle.

Al pie de la torre de Nesle había sido abierta una nueva puerta —la puerta de Nesle— que daba a un camino enfangado a lo largo de la muralla: el foso de Saint-

Germain, y luego a un gran terreno baldío: el Prado de los Clérigos, que acababa al pie de las murallas de la abadía de Saint-Germain.

Más tarde, el palacete de Nesle había sido comprado por Louis de Gonzague, duque de Nevers, que había construido allí su nueva residencia, donde la duquesa, su esposa, había guardado piadosamente la cabeza de su amante Coconas.

Su nieta, Marie de Gonzague, la amante de Cinq-Mars, había vendido esta casa en 1641 a Henry Guénégaud, que había encargado un palacete a Mansart. Este nuevo edificio estaba frente al Sena y por allí precisamente pasaba la carroza de nuestros amigos, siguiendo la vía que debía conducirlos a la puerta de Nesle.

Finalmente franquearon la puerta.

En este lado, fuera de la ciudad, sin embargo, las casas eran numerosas y ya la futura calle Mazarino, que de momento sólo era la calle de los Fosos, se iba trazando poco a poco porque la muralla de Felipe Augusto había sido casi completamente derruida. La primera en poner de moda este barrio era la reina Margot, que había mandado construir allí su palacete.

Al final de la calle de los Fosos, a orillas del Sena, toda clase de animales, caballos, mulas, asnos, vacas, corderos, se refrescaban o defecaban en el agua sucia del río.

La carroza giró a la izquierda durante un rato; a la derecha, en dirección a la abadía, se alzaba el frontón abandonado de los Aparceros. Era la sala que Poquelin había alquilado. Una gran banderola, clavada en la puerta de entrada, anunciaba orgullosa —y patéticamente, habida cuenta del penoso estado del lugar—, el Ilustre Teatro.

Después de que nuestros cuatro amigos hubieron bajado del coche, el cochero se alejó con su vehículo para estacionarlo en un patio de la posada y esperarlos allí.

Las dos mujeres y los dos hombres entraron en la amplia pieza carente de decoración, salvo unos tapices grasientos. La sala estaba ya invadida por una multitud agitada y gritona de estudiantes, pajes, soldados en quebrantamiento de destierro y obreros sin trabajo.

Todos manifestaban su alegría a base de gritos, aullidos, pullas y chillidos de animales diversos. Un comisario de policía y una docena de arqueros mantenían con dificultad una apariencia de orden.

En el teatro no había palcos, pero lo habitual era que las personas de calidad se sentasen en el escenario. Una vez pagados los setenta y dos ochavos por cada localidad, un mozo de sala condujo a las dos Julies, al marqués y a Louis al estrado.

Se sentaron en unos sillones situados a la derecha del escenario. Rápidamente, todos los asientos fueron ocupados y tuvieron que añadir unas banquetas, lo que limitaba más el lugar de los actores.

Una barrera carcomida separaba el escenario del resto del público. Louis, como siempre en esos casos, inspeccionaba las velas, repartidas por la sala, preguntándose si podrían salir con rapidez en caso de incendio.

Tras un largo rato de espera particularmente agitado y ruidoso, el espectáculo comenzó. El programa anunciaba dos piezas. La primera era un drama de Tristan: *La muerte de Crispe*, y a continuación una comedia escrita por Poquelin: *El cornudo imaginario*. En esta última llovían los golpes, se sucedían los gritos, los equívocos eran escasos y las bufonadas generales. El marido, creyéndose cornudo, perseguía a su mujer mientras la criada lo golpeaba con una escoba. Los personajes vulgares, desvergonzados e impúdicos, sólo eran pretexto para una bufonada general.

Jodelet hacía lo mismo en el palacete de Borgoña, con talento, lo que no era el caso de la compañía de Poquelin. Sin embargo, los textos eran buenos, los caracteres bien definidos y Louis se llevó una agradable sorpresa.

* * *

Cuando terminó la sesión, y de vuelta en la carroza, Julie d'Angennes comentó a su prima su aversión a la ridícula bufonada, de la que responsabilizó indirectamente a Louis.

—Decididamente, caballero, vuestro condiscípulo del colegio de Clermont haría mejor en convertirse en notario como vos, o ser ayuda de cámara como su padre...

Montauzier intervino entonces, llevándole la contraria una vez más.

—Querida Julie, no estoy de acuerdo contigo. Poquelin es un principiante, cierto, pero estoy seguro de que tiene talento. Dentro de unos años lamentarás tus duras palabras. Estas piezas me parecieron excelentes y muy bien representadas. No me arrepiento en absoluto de esta velada.

Julie d'Angennes lo miró sin ocultar su desprecio y ni siquiera se dignó responder.

Entraron en el palacio de Rambouillet silenciosos y malhumorados.

Febrero, marzo y abril de 1643

La primavera no llegaba. Si enero de 1643 había sido muy frío, febrero fue glacial y nevó casi todos los días durante la última semana del mes. Cada mañana, las carretas pasaban por las calles para llevar al cementerio de los Inocentes cadáveres de indigentes y niños muertos de hambre o frío.

Para Louis, la vida transcurría normalmente. Había dejado las investigaciones y trabajaba provisionalmente en el despacho familiar porque, a causa del frío, Jean Bailleul había caído enfermo y a Picard era imposible seguirle el rastro.

La investigación de Gaston se encontraba en punto muerto y se podía pensar que las razones del asesinato de Babin du Fontenay nunca se llegarían a conocer.

En cuanto a la relación entre el *Catador* y el marqués de Fontrailles, ningún elemento nuevo había sido descubierto y Gaston de Tilly incluso se preguntaba si no se trataría de una simple coincidencia.

Louis había visitado varias veces a su amigo, tanto para obtener noticias como para informarlo de sus vanas investigaciones en las tabernas de París cuando buscaba a Picard. Aquel día discutían en el despacho de Gaston.

Louis parecía tan desanimado que Gaston había decidido cambiar de tema.

—¿Te acuerdas de nuestra visita de enero a Mazarino, en la que nos enteramos de que el rey había tenido que guardar cama? Pues no se ha recuperado todavía.

—No lo sabía. —Louis estaba sorprendido y ligeramente preocupado—. ¿Pero de qué sufre Su Majestad?

El comisario se encogió de hombros para indicar que lo ignoraba.

—No estoy muy seguro... mal de vientre con fuertes accesos de fiebre. Laffemas me ha dicho que los médicos habían diagnosticado relajación de estómago. El rey estaba abatido y lánguido, casi no comía y vomitaba con frecuencia. Pero esto debe de ser más grave porque no se cura.

Gaston no parecía nada afectado por lo que contaba, pero Louis tuvo un extraño estremecimiento. Ya había oído la descripción de esos síntomas unas semanas antes.

Soy un imbécil por alarmarme así, se reprendió a sí mismo. ¿Qué relación podría haber entre la enfermedad del rey y la muerte de Daquin?

Su amigo enseguida le dio otras informaciones que Louis apenas escuchó. Tenía la mente ocupada en otro asunto.

Durante los días siguientes no dejó de pensar en los extraños males de vientre del rey.

* * *

A finales del mes de febrero, creo que un martes, Boutier, que cenaba en casa de los Fronsac, lo informó con más detalle de la enfermedad del rey. Louis le preguntó y advirtió que Boutier parecía más preocupado de lo normal.

—Es cierto que Su Majestad no está muy bien; sin embargo, su estado ha mejorado a principios de mes, incluso cenó con el cardenal Mazarino hace dos semanas, pero hace tres días tuvo que guardar cama de nuevo y, desde entonces, vomita regularmente y tiene mucha fiebre. Dicen que ha adelgazado muchísimo y que tiene que guardar cama permanentemente...

Louis no siguió escuchando. Sus dudas eran demasiado insoportables y tenía que ponerles fin, así que tomó la resolución de ocuparse de ello a partir del día siguiente. No prestó demasiada atención a lo que les estaba contando Boutier a sus padres, pese a que era algo que debería haberle interesado.

—... El joven duque de Beaufort, François, tiene una importancia creciente en la Corte. Está a la entera disposición de la reina y el rey, y no escatima esfuerzos en ayudarlos y complacerlos. Hace todo lo posible por reconciliar a los antiguos opositores a Su Majestad y a los viejos amigos del difunto cardenal Richelieu. Sus relaciones con el señor de Noyers son excelentes. Todos lo elogian y lo aprueban, tanto por su celo como por su moderación, su juicio, su valor y su belleza.

Añadió, con una expresión astuta, dirigiéndose particularmente al padre de Louis:

—Por otra parte, manda a los regimientos de la guardia. Los oficiales le profesan auténtica devoción, y el rey, que sin embargo tenía grandes reticencias con su sobrino, por lo visto lo ha designado para el puesto de caballero mayor... ¡el puesto de Cinq-Mars!

—¿Y la reina qué piensa de Beaufort? —preguntó el señor Fronsac.

Boutier hizo una mueca y respondió:

—Su Majestad parece apreciar la presencia del joven Beaufort. Sin embargo, Condé contiene difícilmente su rabia. En cuanto a Mazarino, no dice nada... Es curioso, el italiano parece indiferente a todo lo que pasa a su alrededor. Sin embargo, debería reaccionar, porque Beaufort presume también de político. Por ejemplo, ha obligado a Chavigny y al canciller Séguier a aceptar el llamamiento de numerosos exiliados y declara a quien quiera oírlo que preferiría a Châteauneuf en el Consejo, en lugar del cardenal Mazarino.

—¿Châteauneuf? —se asombró el padre de Louis, soltando el vaso con la sorpresa.

Boutier movió la cabeza en señal de desaprobación.

—Sí, el antiguo ministro de Justicia de Richelieu, el viejo amante de Marie de Chevreuse que estuvo en prisión nueve años por haber conspirado contra el cardenal a cambio de un lugar en el lecho bien guarnecido de la duquesa —se burló.

»¡Y como os podéis imaginar, para los Condé, oír simplemente hablar de una vuelta eventual del que consideran asesino de Montmorency es una afrenta abominable!

El resto de la comida lo dedicaron, más por encima, a los numerosos chismorreos que circulaban sobre el joven Beaufort y su nueva compañera, la vigorosa Marie de Montbazon.

La señora Fronsac apretaba los labios con expresión falsamente escandalizada por las anécdotas indecentes de Boutier, que aireaba los asuntos amorosos de la Ogresa. En realidad estaba encantada de oírlas; así, a su vez, podría contárselas a sus amigas. De modo que Boutier, que lo sabía perfectamente, insistía en los detalles más escabrosos.

* * *

Al día siguiente Louis fue al palacio de Rambouillet para mantener una larga y seria conversación con el viejo marqués.

El señor de Rambouillet era un hombre viejo, casi ciego, que había desempeñado un papel importante en la Corte cuando era gran maestro del ropero real y seguía manteniendo estrechas relaciones con los que rodeaban al rey.

Prometió a Louis ponerse a su disposición.

A los dos días, Louis recibió por la tarde la nota que esperaba del marqués. A pesar de la nieve que cubría París y de la hora avanzada —sólo eran las cinco y parecía de noche—, se dirigió a casa del médico de Daquin, Guy Renaudot, al que encontró cuando se disponía a cenar con su familia. Renaudot aceptó atenderlo durante unos minutos.

El médico, de unos cincuenta años, era de baja estatura, pero su salud parecía excelente y su barriga prominente denotaba su prosperidad. Una sotabarba blanca dibujaba los límites de un rostro jovial e inteligente.

—Señor, por encargo del teniente civil, investigo la muerte de Cléophas Daquin —le explicó Louis—. Creo que vos erais su médico. ¿Qué podéis decirme acerca de esa muerte?

—Terrible agonía y muerte atroz —declaró sentencioso el médico, con los brazos cruzados en su enorme barriga.

Louis movió la cabeza y preguntó:

—¿Querríais acompañarme mañana a casa de uno de vuestros colegas para describirle las circunstancias del final de vuestro enfermo y su muerte?

Renaudot vaciló un momento, mesándose la sotabarba con la mano derecha. Al mismo tiempo, miraba a su interlocutor, tratando de adivinar qué lo había llevado hasta allí en realidad. Sabía perfectamente que el teniente civil Laffemas no acostumbraba a enviar emisarios.

—¿Eso es importante? ¿Y es oficial? —preguntó finalmente.

—Es más importante de lo que podáis imaginar. No, no es oficial, pero como os he dicho, tengo plena libertad para actuar en nombre de Laffemas, e incluso por encima de él si fuese necesario.

Añadió con una vaga amenaza:

—Puedo obtener una orden escrita del canciller... o incluso del rey...

Ante eso, Renaudot no dudó pero intentó imponer la hora de la visita, para no dar su brazo a torcer del todo.

—¡De acuerdo! A las ocho. Más tarde tengo que visitar a unos enfermos...

Louis asintió.

—Pasaré a buscaros —precisó—. No iremos lejos.

* * *

El viernes, 27 de febrero, a las ocho de la mañana, Louis fue a caballo hasta la casa del médico y le pidió que lo siguiese. El galeno, montado en su mula, lo acompañó en un silencio malhumorado que ocultaba mal su curiosidad, porque no dejaba de lanzar miradas perplejas a su compañero. Llegaron así a una callejuela en el lado derecho del Palacio del Cardenal, luego entraron en un palacete donde un lacayo los esperaba.

—No me habíais dicho que íbamos a ver a un colega tan ilustre —le reprochó Renaudot con tono agrio.

En efecto, se encontraban en casa del señor Guénault, médico de Mazarino y circunstancialmente de Luis XIII.

Siguieron al lacayo a un gran salón lujosamente amueblado. Guénault estaba allí, de pie y solo. Los esperaba, pero los recibió fríamente ante una chimenea en la que ardía un alegre fuego. Louis, al entrar en calor, se sintió durante un breve instante próximo a la beatitud, de tanto frío como había pasado al venir.

El médico de Mazarino mostraba un rostro pálido, anguloso y desagradable, sin barba ni mostacho alguno.

El pelo, gris, cortado a la altura de la nuca, hacía resaltar unos finos labios que jamás sonreían. Eso confería a su rostro un aspecto particularmente desagradable. Todo en él hacía presagiar malas noticias. Y cuando habló con voz chillona, Louis se dio cuenta de que era todavía más detestable de lo que denotaba su rostro.

—Señor Fronsac, he recibido vuestra nota, así como la petición del señor de Rambouillet, de quien soy médico y amigo. He hablado de vuestra visita a Su Eminencia, monseñor Mazarino, que me ha aconsejado —mejor dicho, que me ha ordenado— veros. Así pues, he aceptado mantener esta entrevista en detrimento de mis deseos y principios...

Gesticuló.

—... Sin embargo, no conozco las razones. Si queréis hacérmelas saber, soy todo oídos. De todos modos, sed breve, porque estoy muy ocupado...

Había hecho énfasis en el *muy* y Louis se inclinó ceremoniosamente.

—Gracias, señor. Éste es el señor Renaudot. También es médico. Sólo deseo que os describa los síntomas de un enfermo que ha atendido recientemente y que ha muerto. Me gustaría saber si esos síntomas os recuerdan a alguno de vuestros ilustres

enfermos. No os preguntaré su nombre y os ruego incluso que lo ocultéis. Me diréis simplemente sí o no y comprenderé.

Renaudot enarcó las cejas con asombro. Incluso abrió la boca para protestar pero, ante la expresión siniestra de su interlocutor, se contuvo. De modo que Louis continuó en un tono más solemne e incluso amenazante. Su rostro era totalmente inexpresivo.

—Otra cosa. Nadie debe enterarse de lo que hemos hablado aquí. Ambos mantendréis el secreto más absoluto. No tengo autoridad para prohibíroslo, pero opino que si alguna información sale de estas cuatro paredes, la muerte sería segura. Comenzad, señor Renaudot...

Los tres estaban de pie y Louis dio un paso atrás.

Renaudot, impresionado por el discurso, se puso a hablar de la enfermedad de Daquin. Al principio, dudó y buscó las palabras. Luego siguió con fluidez. De vez en cuando, Guénault lo interrumpía para hacerle preguntas precisas.

Las respuestas se volvieron cada vez más explícitas. A veces en el rostro del médico se dibujaba la estupefacción. Louis los observó un momento, luego se acercó a la ventana y se asomó al espectáculo de la calle. La discusión, muy técnica, no le interesaba. Por momentos, algunas palabras llegaban a sus oídos: estómago, diarrea, debilidad, gusanos rojos. Dejó vagar el pensamiento. Bruscamente, el silencio que se había hecho en la pieza lo trajo a la realidad. Se volvió hacia los médicos con mirada inquisitiva.

Guénault, con cara de espanto, lo miró con más respeto. Con la voz entrecortada pronunció estas palabras:

—Señor, los síntomas son los mismos...

Louis movió tristemente la cabeza y le hizo un gesto a Renaudot indicándole que podían irse. Durante la entrevista se habían quedado con los sombreros en la mano y volvieron a ponérselos. Guénault los acompañó hasta el rellano, sin dirigirles la palabra, pero su mirada y su rostro exangüe no ocultaban su terror.

Renaudot, que había notado el espanto de su colega, parecía desconcertado por lo que había pasado y no comprendía.

Cuando llegaron al patio, el médico de Daquin protestó, tratando de adoptar un tono autoritario:

—¿Qué significa esta comedia?

Louis lo miró con compasión.

—Señor, os doy las gracias. Quizás os llame otra vez, mas por ahora no puedo deciros nada. No lo olvidéis: por vuestra vida y la de vuestra familia, no le refiráis a nadie esta visita y lo que aquí se habló.

Se dejaron con frialdad.

* * *

Una vez en su casa, Louis escribió una larga carta a Mazarino que él mismo llevó al Palacio del Cardenal. Llegado allí, pidió que lo condujesen al despacho de Toussaint Rose, al que solicitó que llevase la misiva en su propia mano y sin ningún testigo al cardenal.

Esa misma noche un oficial llevó una carta sellada a Louis. Cuando éste se fue, la abrió. Sólo contenía cuatro palabras:

¡Buscad a Picard, rápido!

El sello era del cardenal Mazarino.

* * *

Por la tarde, Louis visitó a Gaston. Nada más entrar en su despacho, haciendo caso omiso del aspecto desconcertado de su amigo, cerró la puerta con llave, luego lo cogió del brazo y lo llevó junto a la minúscula ventana, una especie de tronera. Allí le habló en voz baja para asegurarse de que nadie oiría su conversación. Le explicó que Babin du Fontenay había sido asesinado para que no investigase un envenenamiento que, por otra parte, se parecía muchísimo a la actual enfermedad del rey. Y que eso también explicaba el papel que desempeñaba Fontrailles en la intriga y la finalidad de ésta.

Intentaban, lisa y llanamente, matar a Luis XIII.

* * *

A finales de marzo subieron las temperaturas.

Louis había intentado encontrar a Picard, pero debía reconocer que había fracasado. El antiguo marino seguramente había muerto, y antes de confesar su fracaso a Mazarino, Louis había decidido ir a Mercy para pasar allí unos días con Julie.

El joven mantenía correspondencia regular con Margot Belleville, que lo informaba de los trabajos. Gracias al regalo del ministro, a sus ahorros y a la ayuda de su padre, el dinero no faltaba.

De momento.

Partieron el martes 4 de marzo en la carroza del despacho. La tía de Julie había autorizado, en un gesto muy simbólico, el viaje de su sobrina. El desplazamiento se hacía en parte necesario por razones fiscales: Margot los había informado de que el recaudador de impuestos, acompañado de sus agentes, había ido a Mercy a cobrar los derechos de señorío. Margot le había explicado al recaudador que un nuevo señor había sido nombrado por el rey y que no podía cobrar. El hombre volvería para consultar los títulos de propiedad de Louis y, como a Fronsac el Parlamento acababa de concederle el registro, el joven los llevaba con él.

En este viaje iban acompañados por Gaufredi y Guillaume Bouvier, que le había cogido el gusto a estos desplazamientos. Nicolas, como de costumbre, conducía el vehículo.

Cuando llegaron a la propiedad, el estupor se dibujó en sus rostros. El lugar estaba desconocido.

Donde antes había un sendero invadido por las zarzas y los helechos, aparecía ahora un camino empedrado que no conducía a un oscuro edificio cubierto de hiedra negruzca, sino a una vasta extensión plantada de hierba. En medio del césped se erguía el edificio, pero estaba casi completamente cubierto de andamios.

Uno de los patios se estaba reconstruyendo y las paredes de ladrillos rojos se levantaban sobre las bodegas que acababan de ser empedradas. El tejado había sido echado abajo y dejaba ver las vigas podridas del granero. Unos cuarenta obreros trabajaban ruidosamente en la obra colocando las vigas de la nueva construcción. Hardoin estaba a la cabeza, en la parte superior del andamio. Cuando los vio, descalzo y en mangas de camisa, saltó como un acróbata para precipitarse a su encuentro.

—¡No me habíais dicho que llegabais tan pronto! —les reprochó riéndose, corriendo hacia ellos—. Pero tranquilizaos —prosiguió al observar sus caras de sorpresa ante el edificio sin tejado—, podremos alojaros.

Recuperó aliento.

—¿Cómo veis los trabajos?

Hizo un amplio gesto con el brazo derecho, mostrando orgullosamente el edificio y los andamios.

—¡Inaudito! ¡Extraordinario! ¡Increíble! —exclamó Louis—. ¡Y en tan poco tiempo!

Julie se había adentrado en el patio, también maravillada.

—¡Tened cuidado! —le gritó Hardoin. ¡Podría caer una piedra en la cabeza!

Los demás se reunieron con ella.

—He contratado tres equipos de obreros —prosiguió—. El primero construye y coloca los andamios una vez cortados los árboles necesarios en el bosque. Otro grupo desmonta el tejado. Estoy preparando las vigas que hay que cambiar, que son casi todas. Aprovecho también para sustituir algunas tablas de los pisos, reconstruir las chimeneas y a veces rehacer los suelos. El tercer equipo derriba en parte las torres y la muralla del recinto. Unos cuantos niños escogen las piedras y utilizan los cascotes para rellenar y drenar las zanjas.

Se dirigieron a las cuadras abovedadas.

—Me he instalado allí, con los obreros. Os alojaréis con Margot y los guardianes en la vieja granja. La hemos puesto en condiciones y allí encontraréis habitaciones, si no confortables, al menos habitables.

—¿Qué vais a hacer después?

—Todavía tengo que contratar a más obreros para terminar los cimientos y las

bodegas del nuevo edificio, y también para cortar los árboles para hacer los suelos. El trabajo de madera es lo que lleva más tiempo. ¡Hay tanto que hacer!

—¿Y el dinero? Preguntó Julie, preocupada, en voz baja.

—Por desgracia, va a hacer falta. —Su rostro se ensombreció—. Hay que pagar salarios, pero sobre todo los materiales. La piedra, los marcos de las puertas y las ventanas, los ladrillos, los clavos. Margot os mostrará las cuentas.

Dejaron la obra para ir a la granja.

Allí la librera les enseñó el jardín del que se ocupaba, el corral lleno de animales y un campo labrado.

—Hemos contratado a una pareja de Mercy para que nos ayuden —les explicó.

Se quedaron unos días en la granja, visitando la propiedad y la aldea, tratando de conocer mejor los problemas de la gente que vivía allí. También comprobaron cuáles eran los derechos y los deberes de los habitantes, el derecho sobre las plantaciones, el pasto libre. Louis descubrió que, aunque exentos del impuesto de talla, los habitantes de Mercy estaban sujetos a muchos impuestos, en particular el diezmo eclesiástico y la gabela, que a menudo eran fijados *a priori* por recaudadores deshonestos. Preparó dos informes con este asunto para el Tribunal de Impuestos.

Habían llevado diez mil libras para los pagos inmediatos. Louis recomendó a Margot que hiciese economías, pues ése era todo el dinero que le quedaba. Más allá de eso debería recurrir a su padre.

* * *

Al volver de Mercy, a mediados de marzo, en París se oían rumores de guerra. Las tropas españolas se habían reforzado a lo largo de la frontera con Flandes. Ahora había cuatro ejércitos enemigos repartidos a una distancia regular entre Calais y Metz.

Al oeste, alrededor de Douai, el duque de Albuquerque disponía de doce regimientos. Más a la derecha, en Valenciennes, estaban instaladas ochenta y dos compañías. Todavía más al este, hacia Charleroi, había una docena de regimientos acantonados dirigidos por el temible Issemborg. Por fin, en Luxemburgo, había seis mil reitres a las órdenes de Jean de Beck.

En total había cerca de diez mil caballeros y más de veinte mil soldados de infantería. Todos, combatientes experimentados y ansiosos de darse al pillaje. La posición de las tropas y su preparación parecían indicar que no iban a tardar en caer sobre París, dirigiéndose primero a Arrás.

El rey de Francia disponía de dos ejércitos, uno cerca de Amiens y otro en Champaña. Aunque estas dos formaciones podían ir rápidamente a Arrás para defender la ciudad, eran muy inferiores en número a los cuatro ejércitos españoles constituidos por una temible infantería, los tercios, imparables en las batallas.

Por otra parte, los franceses disponían de una artillería insuficiente y

sensiblemente más débil que la de los españoles.

Pero lo más dramático no era eso. Ganar la guerra dependería sobre todo de los generales que mandaban las tropas y de su táctica. Ahora bien, el ejército enemigo estaba comandado por brillantes estrategias como Fontaine, Beck, Albuquerque, Issembourg, que acabamos de citar, y sobre todo por Francisco de Melo, el capitán general, gobernador de los Países Bajos, un estratega poco común.

La situación era muy diferente en el ejército de Amiens dirigido por el inútil y eterno mariscal de Châtillon —metido siempre en desastres—, así como por el viejo mariscal de l'Hôpital. En cuanto al ejército de Champaña, ni siquiera tenía a nadie al mando desde que el mariscal de Gêvres había vuelto a París para ocuparse de la construcción de su muelle en el Sena.

Evidentemente, estaba el señor de Turenne, que se podría haber puesto en cabeza, pero como era hermano del duque de Bouillon, que había traicionado a Francia reuniendo a los conjurados proespañoles alrededor de Cinq-Mars, el rey había preferido enviarlo a ocuparse del ejército de Italia.

No obstante, había allí algunos oficiales de valor, pero sobre todo eran militares de oficio, sin imaginación y sin piedad, como Jean de Gassion.

Gassion tenía treinta y cuatro años, era el hijo menor de una familia protestante. Simple soldado en las tropas de Rohan durante las guerras contra Richelieu, se había distinguido por su valor, su obediencia y sobre todo por su falta de compasión. Sin embargo, en época de paz había sido rechazado para formar parte de los mosqueteros del rey. Entonces había partido a hacer la guerra como mercenario a Alemania a las órdenes de Gustavo Adolfo, con el que se convirtió rápidamente en capitán y luego en coronel.

Cuando regresó a Francia, Jean de Gassion había desempeñado de nuevo un puesto de mando y se había convertido en un fiel de Richelieu, que lo llamaba *La Guerra*. En 1641 había dirigido las tropas de represión durante la revuelta normanda. A sus órdenes, sus soldados habían masacrado a los campesinos, violado numerosas mujeres, torturado niños y quemado las cosechas e incluso las iglesias. Un hombre así «no podía sino satisfacer al rey», había declarado Richelieu, encantado. Pero Gassion no era un estratega, sólo un militar sin conciencia.

* * *

Hacia finales de marzo, Voiture contó a Louis que había visto a Giustiniani, el embajador de Venecia, en el palacio de Rambouillet y que le había dicho con placer:

—El rey ha experimentado una notable mejoría, no ha vuelto a tener accesos de fiebre ni convulsiones estomacales, los médicos dicen que está fuera de peligro.

Louis se tranquilizó. ¿Habrían fracasado los que intentaban envenenar al rey? Louis también se enteró de que el rey se había cambiado del castillo viejo de Saint-Germain al castillo nuevo. ¿Acaso el envenenador, sin duda miembro de su entorno,

no había podido seguirlo? Y si ese cambio de domicilio era una maniobra de Mazarino, había sido un éxito.

Louis no supo hasta más tarde que varios médicos se habían opuesto luego a otro desplazamiento de la Corte a Versalles. ¿Complicidad? ¿Incompetencia? Bruscamente, y sin ninguna explicación, la salud del rey se agravó de nuevo. El sufrimiento era cada vez mayor, no comía casi nada y se quedó reducido progresivamente a la condición de enfermo.

Durante este tiempo Louis había reanudado sus exploraciones a las tabernas de la ciudad. Ahora precisamente se dirigía a la puerta de San Pablo, hacia las calles Beautreillis y la de la Pute y Musse. Picard era un marino y allí había muchos marineros que frecuentaban las tabernas del puerto de San Pablo. Era el barrio de París donde había más prostitutas y sifilíticas. El lugar incluso se conocía como el valle del Amor, porque allí estaban instaladas las principales damas que ejercían el «oficio más viejo del mundo» en la capital. Picard debía frecuentarlas y a buen seguro lo conocerían.

Louis iba hasta allí disfrazado de estudiante o de mozo de cuerda en busca de aventuras para conseguir información, pero seguía sin haber rastro de Picard, parecía haber desaparecido de París, cosa que confirmaba Gaston, quien proseguía la búsqueda por su parte.

* * *

A mediados de abril, en una velada en el palacete de Rambouillet, Louis se enteró de dos noticias extraordinarias del marqués de Pisany.

—Amigo mío —le dijo este último cogiéndolo por el brazo—, mirad a Enghien, ¿no lo encontráis cambiado?

En efecto, el príncipe, normalmente seco e insolente, se mostraba ahora radiante y hablador. Bromeaba y su corte jamás había sido tan numerosa. El hombre nervioso y colérico parecía haber encontrado cierto equilibrio mental.

—¿Qué ocurre? ¿Se divorcia para casarse con la señora Du Vigeant? —preguntó Louis intrigado.

Pisany se puso serio y se encogió de hombros.

—¡No!, ¡cómo va a interesarse por la de Vigeant! Hace unos días, el rey invitó a cenar a su hermano, a Mazarino y a Enghien. Les hizo saber que había decidido —en realidad parece que lo había decidido el cardenal— que el hijo del príncipe de Condé dirija el ejército del Norte, y si los españoles nos atacan, será él el encargado de detenerlos.

Louis se quedó estupefacto.

¿De modo que un príncipe de veintidós años, sin experiencia, se iba a convertir en comandante en jefe de nuestros ejércitos? ¡Qué fantástica jugada acababa de hacer Mazarino!

—¿Pero Du Noyers está de acuerdo en que se reanuden las hostilidades con España? ¿No es el secretario de Estado para la guerra? —preguntó preocupado.

Pisany le dirigió una sonrisa burlona y condescendiente:

—¡Se acabó Noyers, amigo mío! —le reveló—. El rey acaba de pedirle que se retire de la Corte. El señor Le Tellier —¡un desconocido!— ha sido nombrado secretario de Estado para la guerra en su lugar. Y todo el mundo sabe ahora que Le Tellier es un hombre adicto a Mazarino. El cardenal tiene todas las cartas en la mano, ¡o más exactamente a todos los hombres!

—¡Prodigioso! Pero decidme por lo menos cómo ha caído en desgracia Du Noyers... Hasta ahora era el ministro preferido de Su Majestad...

Pisany cogió a Louis por el brazo y se lo llevó aparte a una alcoba. Entonces le habló en voz baja, pero en un tono que no lograba ocultar su satisfacción y su admiración hacia el siciliano.

—Parece que el señor de Chavigny y monseñor Mazarino le han tendido una... trampa. Es cierto que el rey apreciaba mucho a Du Noyers. ¡No veía más que por sus ojos! Al ver al rey enfermo, los dos ministros enviaron al jesuita *Galocha*^[28] a ver a la reina para asegurarle su apoyo en el caso probable de una regencia. Du Noyers así lo hizo, convencido de sacar provecho de tal embajada. Luego le propusieron buscar ayudas, sobre todo entre los jesuitas y la Iglesia, para organizar la regencia. Al mismo tiempo hicieron circular rumores sobre la conducta vergonzosa de Du Noyers, que calificaron de obscena, de estar esperando la muerte de Su Majestad. ¡Después de todo, el rey no había muerto! Y cuando un número suficiente de gente se enteró de las maniobras —fantasiosas— del ministro, simplemente lo denunciaron al rey.

»Éste, disgustado de que hubiese decidido lo que ocurriría tras su muerte, echó al ingrato de la Corte.

Pisany lloraba de risa contando la cínica trampa. No así Louis, asombrado de que Mazarino, al que admiraba tanto, hubiese utilizado una estratagema tan pérfida. Se lo confió a su amigo, que le replicó encogiéndose de hombros:

—¡Bah! En la guerra todo está permitido, y era él o Noyers. Además, el jesuita *Galocha* llevaba a Francia directamente a los brazos de España con el apoyo ciego del imbécil de Beaufort. Ahora Mazarino cuenta también con el apoyo del rey, además del de la reina. También se ha ganado la confianza de Enghien, que le está muy agradecido. Es él quien maneja la situación.

Más serio, añadió:

—No olvidéis, Louis, que cuando se trata de ser deshonesto por una buena causa —o que se considera tal— ¡Mazarino es un maestro del engaño! Pero, a diferencia del anterior cardenal, ha conseguido lo que quería sin ejecutar a nadie, y eso es algo digno de tener en cuenta, ¿no?

Louis no podía más que reconocerlo. En una situación similar el Gran Sátrapa, Du Noyers y sus amigos habrían perdido la cabeza.

—¿Y Le Tellier? ¿Quién es? —preguntó hipócritamente, acordándose de las

recomendaciones del ministro.

Pisany hizo un gesto vago con la mano izquierda.

—Es un hombre severo pero muy capaz —le contestó—. Fue el que dirigió la represión en Normandía, hace tres años, con Gassion a sus órdenes. Es tan cruel como él. Fue administrador de justicia en el Piamonte y al parecer ejerció el cargo con grandes dotes organizativas. Todos nosotros, soldados, esperamos que se haga cargo del ejército.

El ejército necesitaba en efecto que se ocupasen de él, pues en esta época de guerra no existía paradójicamente ninguna administración militar eficaz. Diferentes cuerpos del ejército heteróclitos podían ser reunidos en caso de conflicto. En primer lugar, la corneta blanca, es decir, gentileshombres voluntarios. Eran jóvenes valientes, cierto, pero poco disciplinados. Luego estaban las tropas estables, ordenadas y acuarteladas. Eran regimientos reales como los guardias franceses, los guardias suizos, los mosqueteros o incluso la caballería ligera. Sólo ellos tenían uniformes, pero eran poco numerosos.

También había seis viejos regimientos: Picardía, Piamonte, Navarra, Champaña, Normandía y Marina, también mal pagados y con uniforme, pero muy mal equipados.

En total, eran diez mil hombres como máximo. Así que cuando se necesitaban, se reclutaban tropas mercenarias: croatas, alemanes, flamencos o suizos. Fieles mientras se les pagaba. Temibles en caso contrario, pues saqueaban la primera ciudad que encontraban^[29].

Finalmente, en caso de guerra generalizada, se formaban regimientos de voluntarios, constituidos a veces en su mayoría por falsos soldados presentes solamente en las paradas donde los contaban para establecer la paga. Los que eran enrolados en estos regimientos estaban mal armados, peor vestidos y pésimamente alimentados. Eran la carne de cañón.

Todas estas tropas no estaban acuarteladas y circulaban con carretillas, coches y equipajes, desplegándose por todas partes. Eran numerosos los soldados que viajaban con su familia, su amante o sus hijos. Alrededor de esta población dispar pululaban gran cantidad de parásitos: jugadores, prostitutas, mendigos, ladrones de todas las razas y lenguas.

Estas tropas, al principio, eran mantenidas por financieros escogidos por el ministro. Pero esa gente buscaba sobre todo enriquecerse y, finalmente, los ejércitos vivían sobre todo en las campañas que atravesaban, sembrando el terror y las carnicerías en granjas y aldeas. El paso de tales hordas por un territorio lo dejaba saqueado para varios años.

—¿Y qué ha sido de Du Noyers? —preguntó Louis inquieto.

—Mazarino le ha hecho saber que estaba tremendamente disgustado por verlo abandonar la Corte y que, si hubiese sido por él, eso nunca le habría ocurrido.

Decididamente, Mazarino era de una habilidad diabólica, pensaba Louis. Eliminaba al pobre Du Noyers y seguía teniéndolo como amigo.

Pisany se partía de risa. Louis cambió de tema.

—¿Y vos, marqués, qué vais a hacer si estalla la guerra? —preguntó.

—Desde luego me voy con Enghien, que me ha pedido que me una a su Estado Mayor. Pero os escribiré y vos me haréis llegar vuestras noticias...

Dos días más tarde, el hijo del príncipe de Condé estaba ya en Amiens para hacerse cargo del mando, que, sin embargo, debía compartir con el viejo mariscal de l'Hôpital.

* * *

Louis contó a Gaston todo lo que había averiguado.

Su amigo le confirmó el disgusto y la preocupación de Laffemas ante la fulgurante ascensión de Le Tellier, con quien no se había entendido en el Châtelet. Los dos hombres eran diametralmente opuestos: Laffemas era severo hasta la crueldad, incluso con los inocentes, para justificar el orden, mientras que en Le Tellier primaba la justicia y la equidad.

—El señor de Laffemas tendrá dificultades para trabajar con el nuevo ministro. ¿Eso no complicará tu investigación? —preguntó Fronsac preocupado.

—Te lo confiaré, Louis, aunque no sea oficial. Hace unas semanas que Le Tellier le pidió a Laffemas que abandonase su cargo. Ahora es Antoine Ferrand, su lugarteniente particular, el que lo sustituye provisionalmente.

La noticia no entristeció mucho a Louis, que no apreciaba demasiado al verdugo de Richelieu desde que había querido someterlo a la cuestión previa^[30], pero esa eventualidad podía volver más difícil la búsqueda de Picard.

* * *

A finales del mes de abril todos los que rodeaban al rey sabían que a este último sólo le quedaban unos pocos días de vida. A su muerte se presentarían dos posibilidades para la regencia del joven rey: o bien la asumiría la esposa de Luis XIII, Ana de Austria, o bien su hermano Gaston.

Ahora bien, el rey rechazaba las dos soluciones con la misma férrea voluntad. La opinión sobre su hermano estaba, ciertamente, justificada por el comportamiento pasado de Gaston, pero la que tenía sobre su esposa no tanto. En efecto, desde hacía unos meses la reina había cambiado y había expresado al rey su arrepentimiento por sus errores pasados.

—Debo perdonarla, pero no estoy obligado a creerla —había murmurado Luis.

Una lamentable desconfianza, porque la reina esta vez era sincera.

¡Luis XIII, evidentemente, no podía adivinar que Ana reinaría mejor que él!

* * *

A partir de este momento, una sorda lucha iba a enfrentar a monseñor Gaston y a la reina, viejos amigos y aliados. Ahora estaban en bandos opuestos.

Monseñor había traicionado a tanta gente que ya no tenía amigos. Ana de Austria, por el contrario, tenía el apoyo del príncipe de Marcillac, su viejo confidente, que le había aportado el sostén del duque de Enghien. Ya tenía el de la princesa de Condé y, en definitiva, todo el clan de los Borbón la apoyaba. La reina también contaba con el duque de Beaufort y, por consiguiente, con los Vendôme. Por último, Mazarino se inclinaba naturalmente hacia la bella soberana. Ana también apreciaba al ministro italiano, tan fino, tan hábil, que tanto se parecía a Buckingham. Un Buckingham inteligente, desde luego.

Al final, la mayoría de los grupos apoyarían a Ana de Austria, aunque por motivos bien diferentes.

El rey lo comprendió y tuvo que ceder. El domingo 19 de abril Luis el Justo ordenó que al día siguiente se reuniesen, en sus habitaciones, la reina, sus hijos, los príncipes de sangre, los duques y pares, los ministros y los grandes oficiales de la Corona. Leyó a todos una declaración real en la que decidía que la reina sería la regente y monseñor, a su vez, lugarteniente general del reino.

La declaración precisaba que el cardenal Mazarino se convertiría en presidente del Consejo Real y que a sus órdenes estarían, de manera permanente, el canciller Séguier, el señor de Bouthillier en Hacienda, y su hijo el señor de Chavigny en Asuntos Exteriores. El príncipe de Condé sería también miembro de este Consejo.

El rey ordenó, por precaución, que esta declaración fuese registrada por el Parlamento. De este modo tendría carta de ley.

El texto, Giustiniani lo hizo saber en Venecia, había sido redactado en su totalidad por Mazarino con el acuerdo —un poco a regañadientes— de la reina, de monseñor y del príncipe de Condé.

El mismo día Luis XIII declaró que deseaba que todos los exiliados que todavía no habían sido perdonados pudiesen volver a Francia.

Todos, salvo una: la diabólica duquesa de Chevreuse.

* * *

El Parlamento registró la declaración real al día siguiente y Ana fue comparada con Blanca de Castilla. Halagada por todos, se contaba sin embargo que esta decisión sólo la satisfacía en parte, porque no obtenía plenos poderes como deseaba.

Sobre este último punto fue completamente tranquilizada —en secreto— por el cardenal Mazarino, que le comunicó que la declaración real era obra de Chavigny —

¡cosa que era falsa!— y que él, Mazarino, había tomado personalmente disposiciones para que dicha declaración no fuese aplicada, ¡lo que era cierto!

También le hizo comprender que poco importaba en qué condiciones se convertiría en regente, lo importante era que hubiese sido por voluntad real. Luego ella no ahorraría medios para afirmar su poder.

Ese mismo 21 de abril, Luis Dieudonné fue bautizado, sostenido en brazos por su madrina, la princesa de Condé, asistida por su padrino, el siciliano Mazarino.

El rey no pudo asistir, débil como estaba, mas por la tarde recibió a su hijo de cinco años y le preguntó su nombre.

—Me llamo Luis XIV —dijo el niño orgullosamente.

—Todavía no, hijo mío, todavía no... pero pronto —le respondió con un hilo de voz el pobre moribundo.

* * *

El 25 de abril, Louis recibió esta carta del marqués de Pisany:

Querido caballero y amigo:

En Amiens nos hemos encontrado con una situación penosa. Aquí no hay ninguna disciplina, casi no hay oficiales, incluso algunos, como el marqués de Gêvres, han vuelto a París para ocuparse de sus asuntos. A mi llegada no había ningún mariscal de campo, no habían pagado los sueldos y las tropas vivían sembrando el terror y la desolación por el país. El duque se hizo cargo de la situación con una firmeza asombrosa para su edad, restableció los reglamentos, restauró la autoridad y nombró nuevos oficiales competentes. La moral ha vuelto. Enghien está en todas partes, incluso duerme en el suelo con sus soldados, que estarían dispuestos a seguirlo hasta el infierno si fuese necesario. Sólo nos queda un problema por solucionar: ¿por dónde vendrá el enemigo? Todo el mundo presiona a Enghien para que avance hacia Arrás, pero no está convencido de que los españoles lleguen por ahí. No sé qué pensar; ¡Dios quiera que no se equivoque!

Vuestro amigo, Pisany.

* * *

Tres días más tarde, Louis estudiaba con gesto de preocupación un informe sobre los gastos de Mercy que acababa de recibir cuando llamaron a la puerta. Fue a abrir.

Era Anne Daquin.

Estaba más guapa que nunca, con un vestido de raso azul que debía de costar por lo menos trescientas libras. La falda era muy corta y dejaba entrever una bribona bordada. Llevaba la parte delantera, que se entreabría impudicamente, atada con lacitos multicolores. Las mangas, acuchilladas, dejaban ver el cuerpo de la falda.

Abrió su capa, Louis pudo ver su pecho blanco y generoso, realzado por un gran cuello bordado.

Sonriendo, entró en la pieza, que quedó impregnada de su perfume.

—¿Así que es aquí donde vivís? —preguntó con voz cantarina.

Tendió ligeramente el cuello hacia la puerta entreabierta:

—¿Vuestra habitación? —preguntó, pícara.

No esperó respuesta y dejó la capa que le cubría los hombros sobre un sillón, tras lo cual, con gesto zalamero, sacó una carta de su corsé y se la tendió a Louis.

—Caballero, estuve dudando durante mucho tiempo si venir a veros. Y sin embargo, me moría de ganas... Esto es lo que me ha decidido: hace dos días recibí esta carta anónima.

Louis desplegó la carta, todavía perfumada por haber estado en contacto con el cuerpo de la mujer.

Señora,

Si todavía buscáis a Évariste Picard, está en el ejército, con Enghien.

Louis la leyó en silencio.

¿Quién diablos podía haber enviado semejante carta?

—¿Qué vais a hacer al respecto? —preguntó curiosa sin abandonar su gracia natural.

Louis no respondió inmediatamente. Pero ya había tomado una decisión.

—Voy a intentar que lo arreste su oficial —respondió prudentemente.

—Pero eso llevará tiempo y va a ser difícil —protestó la mujer haciendo un mohín de disgusto—. ¿Cómo vais a encontrarlo? ¿No creéis que deberíais ir allí cuanto antes y traerlo para que lo juzguen y maese Guillaume, el ejecutor de la alta justicia, se ocupe de él en la plaza de la Grève?

Louis no había pensado en ello. Pero tal vez fuese la solución.

En última instancia, efectivamente... Seguro que sí. De modo que iré...

Anne se acercó a él, casi lo tocaba y dijo con una voz algo ronca:

—Os lo ruego, señor, id y traedlo para que lo cuelguen. ¡Dios mío! —añadió, emocionada, ¡haced que mi esposo sea vengado!

A continuación, en silencio, miró apasionadamente a Louis durante largo rato, con el pecho jadeante. Luego añadió suspirando:

—Si lo traéis, señor, sabré recompensaros como os merecéis...

Y bruscamente cogió su capa, saliendo sin añadir una palabra.

Cuando cerró la puerta tras de sí, Louis fue presa de un enorme nerviosismo.

Por fin iban a coger a la persona que podría desvelar este enredo incomprensible. Tal vez el propio Picard conociese un antídoto. ¡Incluso podría salvar al rey! Se acercó a la ventana y vio que Anne subía a una lujosa carroza.

Sin reflexionar más, partió inmediatamente hacia el Grand-Châtelet. Por el

camino, y a pesar de su excitación, se dio cuenta de que había dos cosas que lo atormentaban.

¿Cómo es que Anne Daquin tenía su nombre y dirección?

¿Por qué tenía tanto interés en que fuese en persona al ejército para encontrar a Picard? Estaba decidida a perder su honra para que él partiese.

Principios de mayo de 1643

Louis intentó ver a Gaston inmediatamente, pero no lo consiguió hasta el día siguiente, 1 de mayo, porque su amigo no estaba en París ese día.

—¿Picard se había alistado en el ejército de Enghien? —Gaston no parecía muy sorprendido—. Eso explicaría por qué no había dejado rastro...

—Le Tellier puede encontrar a ese hombre buscando su nombre en los registros de alistamiento. Así podremos saber rápidamente en qué regimiento se encuentra y enviar a cuatro oficiales para arrestarlo y que lo traigan —propuso Louis.

Gaston parecía molesto.

—No es fácil. Hace dos meses se lo habría pedido a Laffemas y hubiera actuado con celeridad. Pero el teniente que lo sustituye no quiere tomar ninguna iniciativa. Hay que esperar el nombramiento del nuevo teniente civil.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó inquieto Louis—. ¿Sabes de quién se trata?

—Dos o tres días, es lo que he oído. Se dice que será Antoine de Dreux d'Aubray.

—Creo haberlo visto alguna vez en el Parlamento —dijo Louis después de reflexionar un poco.

—Aubray es también un viejo partidario de Richelieu. Era administrador de justicia en Provenza, pero no creo que sea tan buen policía como Laffemas, aunque sea menos cruel.

—¡Habrás que esperar! —exclamó Louis resignado—. Confío en que nuestra paciencia no salga demasiado cara a Francia.

Esa misma noche Boutier le anunció que a finales del mes de abril el rey había recibido los sacramentos. Si efectivamente había sido envenenado, y si Picard conocía el veneno, al envenenador o el antídoto, había que actuar lo más rápidamente posible. Pero ¿qué otra cosa se podía hacer?

Por suerte, dos días más tarde, una mañana, Gastón corrió a su casa, muy excitado.

—Antoine de Dreux d'Aubray acaba de ser nombrado teniente civil. *La Gazette* publicará su nombramiento dentro de dos o tres días^[31]. Lo veré esta tarde para hablarle del asunto Picard.

—Intenta convencerlo de que hay que actuar rápidamente —insistió Louis.

Pero, como temía, las cosas se retrasaron. Pasó el domingo y unos cuantos días más sin noticias. Finalmente, no aguantó más y volvió a visitar a Gaston, que estaba tan cansado como él.

—¡Nada! ¡Me oyes: nada! Sin embargo, Dreux d'Aubray no se retrasó. Comprobé que le pidió a Le Tellier que interviniese y éste puso a todos sus comisarios en los registros de alistamiento de los regimientos, pero no hay trazas de Évariste Picard. Tal vez se alistó con otro nombre. Dreux D'Aubray está al borde de

un ataque de nervios, ya que es su primer caso importante y el ministro le dijo que había visto al rey ayer, quien le aseguró en un suspiro *Taedet animam meam vitae meae*.

—... «Mi alma se separa de la vida» —murmuró Louis estupefacto.

Meditó un instante sobre la terrible frase. Se había equivocado al esperar. Se acordó entonces de la insistencia de Anne Daquin y dijo en una mezcla de cansancio y cólera contenida:

—Acabemos con esto, Gaston. Vámonos al campamento de Enghien. Buscaremos allí a Picard y lo traeremos. Ya hemos perdido demasiado tiempo.

—¡De ninguna manera! —Gaston agitó la mano en señal de negación—. El campamento es inmenso y se desplazan cada día. Ni siquiera sabemos exactamente dónde se encuentra, y además nunca obtendremos el consentimiento de Enghien para una investigación policial entre sus tropas. Sobre todo antes de una batalla decisiva. ¡No es nada bueno para la moral de las tropas!

—Tienes que hacerlo. Debemos ir allí. No tenemos elección —recalcó Louis—. Si no quieres venir conmigo, iré solo.

Gaston no podía dudar durante mucho tiempo. Aunque era muy difícil convencerlo, perseguir a un malhechor era para él una droga a la que no podía resistirse. Asintió con una mueca, pero desde ese momento dedicó todo su tiempo a la operación.

Sin embargo, le llevó cuatro días conseguir una autorización de investigación del ministro, pues la administración francesa era demasiado lenta.

El día 10 por la mañana —¡por fin!— partieron con indicaciones precisas sobre dónde se encontraba acantonado el campamento del ejército del duque. Gaufredi los acompañaba.

Después de haber recorrido el campamento durante tres días entre Amiens y Péronne, y casi desanimados, un campesino los informó, cerca de la abadía de Devaque, próxima a San Quintín. Era el día 14 por la tarde.

—¡Estaba ahí! —exclamó el hombre mostrándoles una vasta llanura—. ¡Partieron esta mañana! ¡Qué alivio! Han saqueado todo a cinco leguas a la redonda. ¡Malditos sean!

Escupió.

¡Terrible noticia! No por el saqueo y las violencias, que eran normales en esa época —¡había que alimentar y dar ocupación a las tropas!—, sino por la partida del ejército. El duque de Enghien había seguido de mala gana los consejos de su estado mayor y avanzado finalmente de Picardía hacia Arrás después de habersele unido el ejército de Champaña. Este segundo ejército se ponía también bajo sus órdenes.

Sin embargo, el duque siempre dudaba de la táctica enemiga. ¿Los españoles iban a atacar por Arrás, como le aseguraban los oficiales, o iban a intentar una maniobra más sutil, por ejemplo, rodeando Picardía por Luxemburgo y las Ardenas? Era un riesgo extraordinario: si los dos ejércitos franceses atacaban en una dirección

equivocada, los españoles no encontrarían a nadie para detenerlos en su camino hacia París.

Además, consciente de la importancia de su decisión, Enghien, antes de avanzar, había lanzado una avanzadilla para reconocer el terreno de las tropas españolas intentando averiguar su propósito.

La mañana del 14 de mayo precisamente, mientras Louis y Gaston lo buscaban, se enteraron de dos noticias muy graves.

La primera —que de momento ocultaremos— había debido apremiar al joven duque a volver París. Por otra parte, es lo que le pedía su padre con insistencia desde hacía muchos días, sin que el joven cediese. Ante una de las últimas súplicas que el príncipe de Conde había dirigido a su hijo para que volviese a la Corte, Enghien había respondido orgullosamente:

Padre,

Los enemigos atacan Francia, mañana estaremos allí. Si abandono el ejército en esta coyuntura, quedaría deshonrado para siempre.

La segunda noticia era la entrada de tropas enemigas a través de las Ardenas, en el este. ¡El enemigo se precipitaba hacia Rocroy y no hacia Picardía donde todo el mundo lo esperaba! ¡De modo que los generales españoles demostraron tener imaginación, como el duque se temía!

Esta estrategia brillante y novedosa era obra de Francisco de Melo, el capitán general español, así como del viejo conde de Fontaines, que dirigían conjuntamente las tropas enemigas.

Asaltar la ciudad fortificada de Rocroy, luego asolar la Champaña, que se encontraba sin ejército, después el Mame, diezmar a continuación Reims y unirse a las fuerzas militares lorenas y, por último, tomar París y saquearla.

¡Ése era el terrible programa de Melo!

Seguro de este hecho, Enghien puso en marcha a sus tropas hacia el este. Mas para no perder tiempo, envió como vanguardia al fiel Gassion con dos mil jinetes, cada uno llevando a la grupa un soldado suplementario. Sus órdenes eran simples: en ningún caso la vieja ciudadela de Rocroy debía caer en manos del enemigo. Gassion era el encargado de hacerse matar allí mismo si no se respetaba esa orden.

El viejo guerrero llegó a Rocroy el día 16 por la noche cuando las tropas españolas ya estaban instaladas alrededor de la ciudadela.

Issembourg y sus caballeros habían llegado hacía tres días. Melo y Albuquerque también acababan de llegar a la meseta de Rocroy con la artillería y sus famosos soldados de infantería, los tercios. Por último, Beck estaba esperando con siete mil jinetes suplementarios.

Así eran ya veinte mil los hombres que estaban en posición y, al cabo de unos días, más de veinticinco mil soldados asediarían Rocroy. Con su guarnición de sólo

cuatrocientos hombres y sus murallas destruidas, la ciudad estaría perdida. Una vez caída, ¡el enemigo podía llegar a París al cabo de dos días!

Pero Gassion —ya lo hemos dicho— había aprendido el arte de la guerra con Gustavo Adolfo. Veinte años de combate lo habían instruido en la importancia de la rapidez y la movilidad. No le resultó difícil, con sus experimentadas tropas, burlar la vigilancia relativa de los españoles y que un centenar de combatientes entrasen en la ciudadela. Huelga decir que Melo no dudaba de que las tropas francesas estaban a punto de entrar a saco.

Era el día 17.

Con la ayuda de los soldados a los que no había ordenado entrar en la ciudadela, Gassion impidió, en una serie de escaramuzas, el avance enemigo. Los españoles, ignorando la cuantía de sus enemigos, dudaron y decidieron esperar prudentemente los refuerzos de Beck para entablar un combate incierto.

Al comprender que acababa de ganar tiempo, Jean de Gassion volvió, con algunos oficiales, a suplicarle a Enghien que se apresurara. Según él, Rocroy, con sus hombres, podía aguantar como máximo dos días, y la llanura en la que se encontraba la ciudad, plagada de bosques, de brezo y de pantanos, favorecía el ocultamiento de las tropas francesas. Todavía se podía sorprender al enemigo, que no esperaba ser atacado aquí.

* * *

Ignorando todos estos acontecimientos, Louis y Gaston seguían el rastro de las tropas. ¡Era fácil! Veamos lo que relataba un testigo de la época tras el paso del ejército: «A cada paso, gente mutilada, miembros esparcidos; mujeres descuartizadas tras haber sido violadas; hombres expirando en las ruinas de las casas incendiadas; otros, atravesados por espetones o estacas»^[32].

Además de los rastros de estas carnicerías, nuestros amigos se cruzaban en su camino con los pobres refugiados que les contaban los abominables crímenes del ejército real. En cada aldea, los soldados se llevaban todo: ropa, muebles, vajillas, después de haber despedazado a los que oponían resistencia.

La pista era aterradora pero fácil de seguir.

Los regimientos regulares no actuaban así, había explicado Gaston a su horrorizado amigo. Estas atrocidades las cometían sobre todo las tropas de voluntarios y mercenarios, que carentes de todo merodeaban y saqueaban por mucho que esos crímenes fuesen severamente castigados.

¿Pero cómo impedirselo o sancionarlos? Las bandas que robaban, violaban, masacraban y se llevaban el fruto de sus rapiñas difícilmente podían ser identificadas, pues el ejército se extendía leguas y leguas. Entre el tumulto de carretas, animales y población diversa que seguía a las tropas, no se les podía encontrar fácilmente. Además, desde que el ejército se encontraba en territorio enemigo, el saqueo era

normal. Violencia y pillaje estaban ahora autorizados, si no recomendados.

En la línea del frente, entre los ejércitos español y francés, todos los horrores eran posibles.

* * *

El día 17 por la noche, mientras nuestros amigos se encontraban a unas leguas de Rocroy, aparecieron por fin los primeros campamentos. En ese momento atravesaban un bosque de árboles canijos y espesos, y descubrieron de repente, en un claro, a unos hombres en harapos tumbados o sentados junto a un fuego. Algo apartados, había carros, carretas, carromatos tirados por caballos, bueyes o mulas. Algunas tiendas se levantaban aquí y allá y un grupo numeroso de hombres y mujeres, sospechosos e inquietantes, pululaba alrededor del campamento.

A medida que avanzaban, estos campamentos eran más numerosos, y al borde del bosque, donde se extendía una vasta llanura cenagosa salpicada de matas de retama, descubrieron por fin hasta perderse de vista el ejército con todos sus integrantes.

Nadie parecía prestarles atención mientras atravesaban el inmenso campamento extendido en todas las direcciones. Sin embargo, al cabo de unos minutos, un oficial a caballo, reconocible por su jubón y su sombrero de fieltro emplumado, se reunió con ellos. Lo seguían unos cuantos mosqueteros con corazas de acero y casco que les cubría la cabeza y la nuca. Sus uniformes estaban impecables.

Gaston explicó entonces a Louis que habían llegado al final de su investigación.

—¡Deteneos, señores, y decidme quiénes sois!

El oficial los llamó con la arrogancia de quienes tienen derecho a todo. El tono era particularmente amenazante.

Gaston lo saludó secamente.

—Me llamo Gaston de Tilly, soy comisario de policía del barrio de Saint-Germain-l'Auxerrois y traigo una carta del señor Le Tellier, ministro de la Guerra, ordenándome que me reúna con vuestro general, monseñor el duque de Enghien, lo más rápidamente posible.

—Estáis en un campamento militar, señor, y no en vuestra jurisdicción —replicó el oficial en tono menos amenazante pero serio—. Los combates pueden comenzar en cualquier momento. Retiraos y veréis al general después de la batalla.

La voz del oficial era tan firme que sería peligroso contradecirlo. Ya en aquella época, los militares colgaban primero a la gente sospechosa y luego juzgaban si tenían razón.

Gaston no se movió, conteniendo apenas la rabia. Los mosqueteros levantaron entonces los mosquetes hacia nuestros amigos con las mechas encendidas en la mano.

¿Qué hacer ante aquellos necios?, se preguntó Louis. ¡Dar media vuelta tan cerca del final era impensable!

Lo invadía la desesperación cuando, bruscamente, se obró el milagro. Reconoció

a lo lejos una silueta: un gigante que llevaba un espadón al hombro, la larga espada a dos manos, tan rara en los combates debido a su peso excesivo y difícil manejo — sólo los lansquenets suizos y alemanes la utilizaban todavía—. El jinete también llevaba a hombros un cañón de rueda. Louis conocía esta arma prodigiosa constituida por cuatro tubos de acero girando por turno y soportados por una caja de madera esculpida del tamaño de un tronco pequeño de árbol. El arcabuz de cuatro ruedas disparaba una ráfaga mortal cuyos efectos eran devastadores; destrozaba todo cuanto se encontraba a su paso.

El coloso los había visto y reconocido. Se precipitó hacia ellos al galope, con el sombrero en la mano para llamar su atención, vociferando con un furioso acento bávaro.

—¡Señor Fronsac! ¡Señor Tilly! ¡El marqués estará encantado de veros!

—¡Bauer! ¡Alabado sea Dios! ¡Decididamente, siempre aparecéis en el momento oportuno! —murmuró Fronsac.

Bauer, exmercenario, era a la vez ordenanza, criado, guardaespaldas y amigo del marqués de Pisany y, en el pasado, le había prestado un señalado servicio a Louis.

El oficial emplumado se volvió hacia el recién llegado del que parecía saberlo todo. Es cierto que después de haber conocido a Bauer, no se le podía olvidar fácilmente.

—Señor Bauer, ¿quién es esta gente? —preguntó con un tono más calmado, sintiendo que la situación se le escapaba.

—El señor de Tilly es mi antiguo teniente y el caballero de Fronsac es un amigo de monseñor Mazarino. Ambos son íntimos del marqués de Pisany. En cuanto al duque de Enghien, los quiere a los dos como a sus propios padres. Y el mismo rey ha hecho al señor Fronsac caballero de San Luis.

El oficial perdió toda la arrogancia.

Amigos del duque... de monseñor Mazarino... del rey... en qué feo asunto se había mezclado... se preocupó.

—Hum... hum... bien... Yo también daba por hecho que eran gentileshombres... en estas condiciones... ¿Podéis ocuparos de ellos? Iba a llevarlos ante el duque, pero si lo hacéis vos...

El tono del oficial había cambiado y le costaba trabajo dominar la voz. Sin esperar respuesta, saludó fríamente a Louis y a Gaston para partir al trote seguido por su pequeña tropa.

—Bauer —dijo Louis con una voz entrecortada y casi suplicante—, ¿puedes llevarnos enseguida a ver a Enghien?

El gigante asintió y se pusieron en camino.

Pasaron una nueva sucesión de claros y bosques. El ejército parecía desplegado, diseminado por una superficie infinita. Por casi todas partes se veían grupos de hombres, a menudo vestidos con harapos, más raramente de uniforme, pero visiblemente dispuestos al combate y contentos por el saqueo que vendría a

continuación si resultaban vencedores. Sabían que el ejército enemigo iba acompañado de cientos de carretas atestadas con el producto de la rapiña y el saqueo cometido por los españoles en el norte del país y en Flandes.

—¿Es cierto que la batalla es inminente? —le preguntó Gaston con gravedad, cabalgando al lado de Bauer.

El alemán movió la cabeza de arriba abajo, sin gran entusiasmo.

—¡Desde luego! El enemigo está ahí. Seguiremos avanzando mañana y tal vez pasado mañana para acercarnos a Rocroy. Todavía no estamos listos y los españoles esperan también tropas de refuerzo. En mi opinión, la batalla tendrá lugar el día 20. Pero —añadió con tono preocupado— son mucho más numerosos que nosotros, y sobre todo mejor armados, mejor preparados.

Ahora cruzaban campamentos más densos constituidos visiblemente en regimientos bien disciplinados.

Había arcabuceros con sus arcabuces, sus ganchos y sus espadas cortas. Algunos, sentados, preparaban las balas y la pólvora. Otros los miraban con la mirada vacía de los que van a morir. A su alrededor se movían los lacayuelos.

Gaston le explicó a Louis que se trataba de criados que llevaban las armas de los soldados y sólo combatían en casos extremos.

Más allá estaban las tropas de los mosqueteros, luego un número considerable de piqueros, con sus picas de ocho pies agrupadas en manojos bien ordenados. Más lejos todavía descubrieron las tropas de caballería, que se olían antes de ser vistos, tan fuerte era el olor a orina y a excrementos.

Y, bruscamente, descubrieron un número considerable de tiendas coloreadas. Este vivaque era diferente de todos con los que se habían cruzado. Por todas partes había muchos oficiales, numerosos mosqueteros y guardias franceses y también suizos. Todos con sus brillantes uniformes. La disciplina y el orden parecían perfectos.

Bauer avanzó al trote y vio a Pisany conversando con algunos oficiales.

—Señor marqués —gritó el bávaro—, tenemos visita.

Saltó del caballo y Pisany se dio la vuelta. Louis reconoció a Andelot como uno de sus compañeros. Se acercaron a sus visitantes, mirándolos inquisitivamente.

—¿Fronsac, Tilly? ¿Venís de refuerzo? —Se rió Pisany—. ¡Gracias! ¡Realmente lo necesitamos!

Louis observó el rostro preocupado del marqués de Andelot, que no sonreía ante la broma.

—No, marqués, por desgracia para vos, venimos a buscar a Enghien. Es urgente.

—¡Está allí! —Pisany pareció contrariado por la solicitud de Louis—. Os llevaré ante él...

Una sombra cruzó su rostro:

—¡Tened cuidado! —lo previno con aprensión—. Está de muy mal humor.

Lo siguieron a una tienda muy grande. Gaufredi se había quedado atrás con los caballos.

Vieron al duque de Enghien de pie ante una gran mesa de marquetería cubierta de mapas. El príncipe estaba completamente vestido de blanco, pero Gaston notó que su ropa estaba sucia y llena de polvo y que no se había rasurado. Sus cabellos, sucios y lacios, le colgaban hasta el cuello de su camisa empapada de sudor. L'Hôpital, Gassion y otros oficiales superiores formaban un círculo a su alrededor. Todos mostraban el cansancio en los rostros, llenos de arrugas.

Cuando reconoció a Fronsac y a Tilly, Enghien les soltó insolente:

—Señores... ¿A qué debo el honor de vuestra visita? Cuánto lo siento, pero no puedo dedicaros mucho tiempo.

El tono era seco, autoritario, incluso amenazante.

Louis, después de haber saludado quitándose el sombrero, angustiado por el glacial recibimiento, le tendió en silencio la carta que había escrito Michel Le Tellier.

Enghien la cogió, miró el sello, lo rompió y luego la leyó. Tras unos segundos de silencio, levantó la cabeza hacia Louis, con una mueca asesina en los labios y una curiosa llamarada en los ojos.

—El señor Le Tellier me pide que os ayude. Precisa que va en ello la vida del rey. —Se detuvo un instante, y se volvió hacia sus oficiales—. Así que el señor Fronsac desconoce la última noticia —se burló.

Se reía a carcajadas.

Gaston y Louis se miraron algo embarazados ¿A qué venía aquella risa? Louis de Borbón siguió entonces con un tono glacial e insoportable:

—Hace tres días que Luis XIV subió al trono. Sí, señores. ¡El rey ha muerto! ¡Viva el rey! Es lo que se dice en estos casos, ¿no es cierto?

¡La muerte del rey! Era en efecto la noticia de la que Enghien se había enterado el día 14. Luis XIII había terminado su terrible agonía.

¡Así que hemos fracasado!, pensó Louis descorazonado.

Miró a Enghien, que no parecía apesadumbrado. Después de todo, pensó el exnotario, debería habérmelo imaginado. Luis el Justo no era sino un obstáculo para Enghien. Sólo quedan tres personas entre el trono y él. Monseñor y dos niños.

Afligido, agotado, descorazonado, lo invadió un cansancio infinito.

Apenas habían comido y dormido durante los tres días que llevaban cabalgando.

Louis se estremeció, buscó un asiento con los ojos, pero en la tienda no había ninguno. Gaston había palidecido y cerraba los puños, encolerizado tanto contra el envenenador como contra el duque, al que no apreciaba.

Enghien, más perspicaz de lo que podría pensarse, tomó de repente conciencia de que los dos hombres que tenía ante él estaban a punto de desmoralizarse, ya que habían venido por fidelidad al rey. Y recordó también que eran sus súbditos fieles.

Bruscamente, cambió por completo de actitud, lo que solía ocurrirle a menudo.

Gritó a un grupo de ordenanzas que estaban algo apartados:

—¡Traed vino y viandas a mis amigos, y también sillas!

Luego prosiguió con tono más amable:

—Supongo que la persona que buscáis debe ser capturada.

Se volvió hacia sus oficiales para explicarles:

—Estos señores tienen órdenes de encontrar a un criminal en nuestro ejército...

Se dirigió de nuevo a Louis:

—... Pisany os ayudará. Si vuestro hombre está aquí, os lo traerá. De todos modos, se acerca el momento del combate. Sólo os quedan unas horas para encontrarlo vivo. Después...

Hizo un gesto de despreocupación con la mano y se volvió, prosiguiendo la conversación con sus mariscales.

La entrevista había terminado.

Gaston y Louis salieron, seguidos por Pisany, mientras unos ordenanzas llevaban comida y bebida, sillas plegables y una mesa para que se instalasen en la tienda.

—Estáis agotados —constató Pisany—. Comed e id a descansar un momento. ¿Veis aquella tienda azul? Es pequeña, pero es la mía. Os la dejo. Voy a advertir a unos cuantos oficiales y les pediré que comiencen la búsqueda con los intendentes militares y comisarios de los ejércitos. ¿Me habéis dicho Picard? ¿Cómo se llama? ¿Évariste? Bueno, volveré a avisaros cuando tenga noticias.

Comieron, descansaron y el tiempo pasó en la tienda. Pisany no volvía. Caía la noche cuando el marqués de Andelot fue a verlos.

—Pisany sigue con su búsqueda —anunció—, pero sin éxito. No es que no haya encontrado a algún Picard —sonrió—, que abundan, pero no a ningún Évariste, y ninguno que se hubiese alistado recientemente. Os traerán unas mantas, podéis dormir por allí —les señaló el claro—. Mañana saldremos temprano hacia Rocroy. Si queréis, podéis seguirnos, pero tengo miedo de que nadie pueda ocuparse de vos.

Fatigados, desesperados y desmoralizados, nuestros dos amigos asintieron. Tras la muerte del rey, su misión les parecía ahora totalmente falta de interés. Se instalaron incómodamente en el claro para pasar la noche.

Todavía no había amanecido cuando fueron despertados por un oficial de los guardias suizos.

—Señores, ahí hay un soldado que quiere hablar con vos. ¿Permitís que se acerque?

Louis lo autorizó. El soldado era un pobre diablo, vestido con trapos sucios y remendados, armado con un simple fusil de chispa. Llevaba un sombrero estrujado en la mano.

—Señores —empezó—, he oído decir que buscáis a Évariste Picard.

—Exacto —replicó Louis bruscamente despierto—. ¿Lo conoces? ¿Dónde está? ¡Habla!

—Lo conozco —aseguró el desconocido dudando—, pero ¿podéis guardar el

secreto de lo que voy a deciros?

—Tienes mi palabra. ¡Habla! —lo conminó impaciente.

El hombre se pasaba el sombrero de una mano a otra. Tragó saliva y se lanzó a su explicación.

—Pues veréis... a Picard le daba miedo el combate. Ha desertado. Quería que me fuese con él pero yo tengo más miedo de lo que me ocurriría si me cogiesen. Cortan los brazos y los pies a los desertores o los pasan por la rueda o algo todavía peor...

Los miró con temor.

—Pero me dijo adónde iba...

—¿Adónde? —se impacientó Gaston zarandeándolo.

—Cerca... cerca de Rocroy. En la llanura. Al sudeste de la ciudadela hay un viejo molino abandonado, lo dijo uno de los hombres de Gassion. Parece un lugar aislado, allí no puede haber ninguna batalla porque está en un bosque muy tupido, en la cima de una colina. Picard debe de estar escondido allí, esperando el final de la batalla y la marcha de las tropas. Después me dijo que se uniría a los supervivientes. Estaba seguro de que nadie se daría cuenta de que se había ido...

Gaston suspiró. Había conocido a esa clase de cobardes cuando era teniente. Sabía que los desertores eran siempre cazados y que su suerte, después de la batalla, era terrible, para que sirviesen de escarmiento. A menudo, despedazaban el cuerpo de los desertores arrojándolos varias veces al vacío, atados por los pies a una horca o a un árbol.

—Vamos —decidió.

El pobre desgraciado dudó un instante y luego preguntó:

—... Vos... ¿Podríais darme algo de dinero para comprar una botella de vino antes de la batalla? Para darme valor —lloriqueó.

Louis le dio cinco sueldos que el otro se metió en el bolsillo en silencio. Gaston, entre tanto, se había alejado y había ensillado los caballos.

—Debes acompañarnos —decidió Louis observando al soldado.

El hombre palideció.

—Mis oficiales no me lo permitirán.

Retrocedió, pero Gaufredi ya lo había cogido del brazo con una mano y con la otra lo apuntaba en la sien con una pistola.

Louis explicó al suizo que había asistido a la entrevista con indiferencia:

—Avisad a los señores D'Andelot y Pisany. Nos vamos con este hombre.

El guardia movió la cabeza asintiendo.

Montaron a caballo. Gaufredi llevó al soldado en la grupa, delante de él. Se dirigieron hacia Rocroy con el sol despuntando en el horizonte.

* * *

Durante este tiempo se instalaba el poderoso ejército español.

Veintiún regimientos de infantería organizados en tercios tomaban posición, y ochenta y dos compañías, más seis de caballería se colocaban por sus flancos.

Todos los soldados eran combativos, estaban bien equipados e iban bien armados.

Enfrente, las tropas de Enghien se despertaban y empezaban a reagruparse para avanzar a marchas forzadas, pero parecían menos de veinte mil hombres.

* * *

Ya era de día.

Louis y sus amigos caminaron toda la mañana siguiendo las indicaciones que el soldado les hacía a regañadientes. La ciudadela de Rocroy apareció ante ellos a primera hora de la tarde. En ese momento, su guía les señaló unas ruinas sobre una colina algo alejada.

—Es allí —dijo con una ridícula voz aguda.

En ese mismo instante Louis y Gaston miraban en la dirección indicada. El hombre dio un violento codazo al estómago de Gaufredi y luego, con un movimiento rápido, cogiendo su estribo derecho, lo empujó hacia atrás. El reitre se cayó al suelo, dándose un batacazo. El bribón ya había puesto pies en polvorosa y huido con el caballo hacia las líneas españolas.

Gaston cogió su pistola y apuntó. A aquella distancia no podía fallar el tiro.

—¡No dispaes! —le gritó Louis, si Picard está allí oirá el tiro y huirá.

Gaston no disparó pero se encogió de hombros.

—Ahí no hay nadie. Todo este tejemaneje parece una trampa. ¡Volvamos! No podemos hacer nada más.

Louis sacudió la cabeza.

—No, puede que sea un ardid, pero no tenemos elección. ¿Qué le diremos a Mazarino cuando llegemos a París? Estamos casi al final. Tenemos que ir a ver; si no, lo lamentaríamos de por vida. Por mi parte, voy a averiguar la verdad, aunque sea una trampa.

Gaufredi, aturdido, se levantaba temblando de rabia y de cólera.

—Si cojo a ese estúpido, lo estrangulo con mis manos —gruñó escupiéndolo en el suelo—. ¿Y mi caballo? —suspiró—: Decididamente me estoy haciendo viejo.

A pesar de las circunstancias, Louis y Gaston se echaron a reír delante del terrible reitre, sacudiendo el polvo de su ropa.

—¡No es tan grave! —lo consoló Gaston, finalmente divertido por el incidente.

Luego, dirigiéndose a Louis, añadió más serio.

—¡De acuerdo! Vamos. Espero que no haya que lamentarlo. Dejemos los caballos cerca de este árbol. Subiremos a pie y en silencio hasta el molino. Si es una trampa, pronto lo sabremos...

Así lo hicieron.

La subida les llevó más de una hora, ya que avanzaban prudente y lentamente.

Por fin, el molino apareció ante ellos. De cerca, el edificio no estaba completamente en ruinas, daba incluso la impresión de haber sido utilizado hacía poco y eso preocupó a Louis. De modo que su guía les había mentido respecto a ello.

Una sólida puerta —abierta— señalaba la entrada. El tejado también parecía en buen estado, sólo los extremos parecían inútiles: un agujero abierto, a veinte pies del suelo, dejaba ver el emplazamiento del mecanismo.

Se acercaron con cautela, mirando a su alrededor, con las armas en la mano. Gaufredi susurró:

—El molino parece abandonado, entraré el primero. Silbaré si está vacío.

Unos minutos más tarde, sonó el silbido. Gaston y Louis se reunieron con el reitre. El edificio estaba, en efecto, completamente vacío; no había escalera ni piso de madera en el interior, sino a veinte pies más arriba, a una altura inaccesible. Lo habían retirado todo, aparentemente desde hacía poco.

¿Qué significaba aquello?

Mientras se preguntaban uno a otro se sumieron de repente en la oscuridad. La puerta se había cerrado. Corrieron hacia ella pero era demasiado tarde. Les fue imposible moverla.

Comprendieron que habían sido hechos prisioneros.

Sin embargo, no estaban completamente a oscuras, algo de luz se filtraba por el agujero, a veinte pies sobre ellos, pero no había ningún medio de alcanzarlo. Louis se sentó resignado.

—¿Qué quieren? ¿Encerrarnos? Pero ¿por qué? ¿Quiénes sois? ¿Dónde estáis?

—Era Gaston quien interrogaba golpeando la puerta violentamente con el puño de la espada.

A pesar de la brutalidad, no obtuvo respuesta a sus preguntas.

Durante este tiempo, Gaufredi trataba, sin éxito, de trepar a las paredes del molino para alcanzar el emplazamiento del mecanismo.

Louis no decía nada, todo esto era por su culpa.

El tiempo pasó.

Gaston y Gaufredi trataron de deslizar una espada entre la puerta y el bastidor, el arma se rompió. Luego, con los puños, intentaron subir a lo largo de las paredes, sin éxito. Finalmente, con las manos ensangrentadas y desalentados, se sentaron junto a Louis.

Pasaron muchas horas y la noche comenzó a caer.

Se hallaban todos tumbados cuando oyeron el golpeteo de unos cascos de caballos. A continuación oyeron una voz, que Louis conocía: aguda y siniestra.

—Señor Fronsac, ¿me oís? —preguntó la voz chillona.

—Os oigo —replicó Louis, que se había levantado.

—Era una bonita trampa, ¿verdad?

—¿Qué queréis de nosotros, señor D'Astarac?

—¡Nada! ¡Nada en absoluto! He venido a deciros que os voy a abandonar aquí.

La batalla va a comenzar, pero he avisado a mis amigos españoles de que un grupo de espías está en el molino. Vendrán enseguida y me temo que os van a hacer pasar un mal rato. Esas gentes son unos salvajes. He asistido a lo que les hacen a sus prisioneros en España, es algo que revuelve el estómago. ¡En fin! Es asunto vuestro, vos no deberíais haber venido a mezclaros en los míos. Adiós, Fronsac, creo que ya no volveré a encontraros en mi camino. Nos veremos en el infierno.

—¡Esperad! —gritó Louis, ¡no os marchéis!

—¿Qué ocurre?

—Si hemos de morir, deberíais darnos algunas explicaciones. Por el momento, no comprendemos nada de lo que nos está pasando —dijo Louis con humildad.

—¿Es cierto? —gritó la voz con cierta satisfacción.

Se produjo un silencio, luego D'Astarac prosiguió sin disimular su alegría:

—¡Me alegro mucho! ¡Y estoy muy orgulloso de ello!

Se hizo un nuevo silencio, luego se burló malévolo:

—Pero después de todo, ¿por qué no? Sin embargo, sólo hablaré con vos. Voy a abrir la puerta, salid, pero si vuestros amigos se acercan, os disparo y a ellos también. Tengo veinte hombres armados a mi alrededor.

—No vayáis —murmuró Gaston—, es una trampa.

—¡La trampa somos nosotros! Hay demasiadas cosas que quiero saber —susurró Louis haciendo una mueca—. Además, creo que quiere que esté a solas con él para que sus compañeros no oigan lo que va a decirme.

—¡Venga! —gritó D'Astarac—. ¡Abrid!

Le hizo una seña a Gaston y a Gaufredi para que se quedasen al fondo de la pieza.

La puerta se entreabrió ligeramente y Louis se acercó. A pesar de la oscuridad de la noche, reconoció la minúscula silueta, desfavorecida y contrahecha, del marqués de Fontrailles que lo amenazaba con una pistola.

—Acercaos aquí. Es inútil que alguien oiga lo que vamos a hablar. ¿Qué queréis saber, señor?

—Habéis sido vos quien ha hecho matar al rey. ¿Por qué? ¿Por España? ¿Por dinero?

—¡Imbécil! ¿Por quién me tomáis? Sabed, señor, que yo sólo trabajo para mí y para mi país, Francia. Los reyes son parásitos inútiles y nocivos. Con la muerte de éste, los perros que quieren el poder se van a despedazar y el país se sumirá en el caos. No habrá autoridad ni Estado. Entonces se levantarán los proscritos, los condenados, los hambrientos y tomarán el poder. Francia será gobernada por el pueblo porque es el único medio de que desaparezcan la miseria y la injusticia. La nobleza debe ser exterminada, salvo las mentes de valor capaces de dirigir el país.

—¿Como vos?

—En efecto, como yo. Nos convertiremos en una república y yo seré su primer cónsul. Mas sabed que, aunque España me ayude, nunca me pondré a su servicio. No soy un traidor.

Fontrailles había alzado el tono y ahora se expresaba con una ferocidad tal que Louis se quedó helado. Fonsac tuvo una certeza horrible.

—¡Estáis loco! ¡Completamente loco! —murmuró casi con compasión en la voz.

Fontrailles no pareció ofendido ni irritado. Entonces declaró gravemente, como para convencer a su enemigo:

—No, Fonsac, vos no comprendéis la miseria de este país. —Su voz se alzó vibrante y anhelante—. Id a ver a los campesinos, a los obreros, a toda esa gente que se muere de hambre o de frío, miradlos vivir y matarse como bestias. ¿Creéis que el rey se interesa por ellos? ¿Sabéis que en este país hay hombres y mujeres que hozan la tierra como los cerdos para encontrar raíces y bellotas? ¡Algunos comen paja e incluso tierra para sobrevivir!

Louis pensó en los habitantes de Mercy y se estremeció un instante. Después de un breve silencio declaró:

—No discutiré hasta más adelante con vos sobre esto. Pero del resto, ¿podrías decirme la verdad sobre lo que ignoro todavía?

—¡Ja! ¡Ja! —rió el jorobado con voz chillona—. La verdad seguramente no. Pero os contestaré a una última pregunta. ¡Elegidla bien!

—¿Por qué habéis matado a Daquin?

Fontrailles se estremeció aunque Louis no lo vio. Pero el tono de su voz cambió de súbito y Louis se dio cuenta perfectamente.

—¿No lo sabéis?

—¡Claro que no!

—¡Tiene gracia! Y yo que pensaba que lo habíais comprendido todo. Decididamente, os he sobreestimado, Fonsac. Bueno, digamos que necesitaba hacer un experimento. Y después, era molesto...

—¿Un experimento?

—Sí, comprobar el veneno...

—¿Y qué ha sido de Picard?

—Estaba en el ejército de Enghien, pero me he ocupado de él y hace tiempo que está muerto. Ya no me era útil.

—¡Una pregunta más! ¡Por favor! —suplicó Louis—. Había gente que se dedicaba al tráfico de armas y de moneda falsa organizado por España. ¿Lo dirigáis vos?

En la penumbra, a Louis le pareció que Fontrailles se había interesado ligeramente.

—No, no estaba al corriente... Pero ya he dicho suficiente, me aburrís. ¡Entrad!

Y amenazó a Louis con el arma.

—Una última pregunta, me la debéis, ya que voy a morir. ¿Conocéis al *Catador*?

—Ah, ¡por fin! Me preguntaba si lo sabíais. Sí, conocía a ese demente. Vivía en mi señorío, fui yo quien lo convencí de que viniese a París. Esto me permitía tener ocupado al comisario de policía y que no se metiese en mis asuntos. Y sin vuestro

amigo Gaston, seguiría aterrorizando a las parisinas.

—Era un plan hábil —reconoció Louis moviendo lentamente la cabeza.

—¿Hábil? Mucho más que eso, caballero —rectificó el enano con voz chillona—. ¡Quizás mañana comprenderéis lo que he querido hacer! Pero lo dudo, sois demasiado necio. ¡Volved al molino inmediatamente!

Louis obedeció. Sabía todo lo que quería. No todo, en realidad. El resto debería comprobarlo si volvía a París.

Los encerraron de nuevo. Los ruidos exteriores cesaron y oscureció por completo. Gaufredi, fatalista, había preparado todas sus armas. Los españoles no los cogerían vivos y no se ensañarían con ellos. Durante este tiempo Louis contó a un boquiabierto Gaston lo que había averiguado y sobre todo lo que había deducido.

Por fin, abrumados por el cansancio y consumidos por el miedo, se durmieron con un sueño agitado, con bruscos despertares y abominables pesadillas.

19 de mayo de 1643 y los días siguientes

Para muchos historiadores, la batalla de Rocroy marca el fin de una época y el principio de un nuevo tiempo.

Sin duda, Rocroy marca el fin de la hegemonía española en Europa, una supremacía que había sido impuesta por Carlos V. Después de Rocroy, Francia se convierte en la gran potencia militar europea.

En el plano militar, Rocroy es también una ruptura total en el desarrollo de las grandes batallas de infantería.

En efecto, el duque de Enghien, el futuro Gran Condé, se liberará por primera vez de las reglas inmutables en vigor desde hacía tres o cuatro siglos en la estrategia militar.

Hasta entonces, las acciones eran sobre todo enfrentamientos entre infanterías. Éstos tenían lugar cara a cara, con los ejércitos en fila, cada uno preparado y ordenado de la misma forma. En general, ganaban los más numerosos.

Después de Rocroy, las batallas privilegiarán las operaciones de movimiento donde el efecto sorpresa será fundamental y donde la caballería desempeñará un papel principal.

Desde hacía un centenar de años España era dueña de los campos de batalla gracias a los tercios, los cuerpos de infantería contra los que se estrellaban las tropas enemigas.

El tercio era un cuerpo del ejército rígido, constituido por piqueros, es decir, soldados de infantería armados con largas lanzas de alrededor de seis metros, sobre las cuales se arrojaba la caballería o la infantería enemiga.

En un tercio se sucedían hasta veinte filas de piqueros que se alternaban con varias filas de arcabuceros. Cuando estos terribles «erizos» se ponían en marcha, nada podía resistírseles.

Sin embargo, esta rigidez, que constituía su poder, era también su debilidad, porque la inercia de la masa carecía totalmente de flexibilidad e iniciativa.

* * *

Antes de la batalla, cada campo trataba de ocupar las mejores posiciones, sobre todo para favorecer a la artillería. Desde el 18 de mayo, pequeñas compañías de los dos bandos tomaron así posición siguiendo las instrucciones de sus estados mayores respectivos.

Aquel día una pequeña escaramuza había tenido lugar mientras que los cuerpos del ejército se desplazaban disputándose las posiciones más favorables. El marqués

Henry de la Ferté-Senneterre, mariscal de campo de Enghien, había intentado tomar una posición ventajosa. Ahora bien, era una trampa cuidadosamente preparada por el conde de Fontaines, que había diezmado las tropas del marqués. ¡Así, antes incluso de la batalla, los franceses ya estaban dominados!

A pesar de este desengaño, durante la noche anterior al 19 todas las tropas francesas se habían colocado por fin, aunque raramente con ventaja. La batalla podía tener lugar a partir del 19.

El español Melo, que disponía de tropas considerables y no dudaba de la victoria, había ordenado sus tropas de infantería en tercios protegidos por dos flancos de jinetes.

El centro de su ejército representaba, pues, una masa de infantes, piqueros y mosqueteros de dieciocho mil españoles, flamencos, alemanes e incluso italianos al mando del conde de Fontaines. Estos soldados estaban protegidos por dieciocho cañones, así como, en un flanco, por Issembourg y Melo, que llevaba tres mil jinetes alsacianos y croatas, y en el otro flanco, por Albuquerque con cinco mil jinetes flamencos y españoles.

Todos eran temibles veteranos e iban bien equipados. Por otra parte, Melo esperaba el refuerzo de Beck para el día siguiente con siete mil jinetes suplementarios.

Enfrente, los franceses sólo tenían doce cañones y un tercio de los efectivos. A pesar de la inquietud que se enseñoraba de las tropas, Enghien se durmió sin dificultad, en el suelo, en medio de sus soldados.

El martes 19 de mayo, a las tres de la mañana, el duque fue despertado a la llegada de un espía procedente de las tropas españolas. El hombre iba vestido con un traje flamenco remendado. Era bajito, iba sin afeitarse y tenía ese aire hipócrita típico de los traidores. Rodeado por sus generales, el duque escuchó el relato del agente secreto.

—Señor, Melo todavía no ha recibido todas las tropas que espera. Beck debería llegar a las siete. En ese momento, os atacarán juntos, por sorpresa, sin respetar las reglas. Ya se han puesto en movimiento un millar de jinetes y están ocultos en ese bosque que se halla a vuestra derecha —lo señaló con el dedo—. Caerán sobre la retaguardia de vuestro campamento dentro de poco y sembrarán el terror antes de que hayáis dispuesto las últimas compañías. Luego Albuquerque se lanzará con sus jinetes y barrerá lo que quede de vuestras tropas.

Los oficiales escuchaban con terror el relato del desastre anunciado.

Enghien tomó enseguida su decisión sin consultar a nadie. Simplemente se dirigió a su mano derecha.

—Gassion, coged un escuadrón de jinetes de Picardía, lanzaos a ese bosque y destruid a los españoles por sorpresa. Enseguida me reuniré con la caballería para despedazar a Albuquerque.

»Vos, Sirot, aseguraos de que las reservas estén listas.

»Señor de l'Hôpital, agrupad vuestras tropas en orden de batalla.

»La Ferté, atacad el flanco derecho, pero no caigáis en la trampa como ayer, intentad solamente contenerlos. No hagáis bravuconadas. Son más numerosos que nosotros, no lo olvidéis, nada de heroísmos inútiles.

»Señores, nuestra única oportunidad es dispersarlos, y luego aplastarlos antes de la llegada de Beck.

El señor de l'Hôpital, el viejo capitán que Mazarino había colocado muy cerca del duque para aconsejarlo, intervino severamente:

—Señor, tenemos órdenes de defendernos y defender Rocroy, no de atacar. Me opongo a cargar contra el enemigo en plena noche. Sobreparamos las órdenes que nos ha dado monseñor Mazarino.

La respuesta del duque fue seca y tajante.

—Quedaos aquí si lo deseáis. Me haré cargo de vuestro mando.

Durante un instante se hizo el silencio ante la injuria y la decisión del joven príncipe. Fue Jean de Gassion quien lo rompió. Cruzó los brazos y preguntó valerosamente lo que estaba en la mente de todos:

—Señor, ¿qué nos ocurrirá si perdemos la batalla?

—Por mi parte, no me preocupo, habré muerto antes —soltó Enghien encasquetándose un sombrero blanco con un penacho—. ¡Idos!

—Una cosa más, señor —chilló el espía de mirada hipócrita—, alguien advirtió ayer a los españoles de que un grupo de observadores franceses estaba prisionero en el viejo molino. Son tres, vestidos de civiles. Quizás sea importante...

Enghien se detuvo.

—¿Tres? ¡Maldición! ¡Seguramente han cogido al pánfilo de Fronsac! ¡Pisany!, antes de que empiece el combate, id hasta allí y traédmelos vivos, o Mazarino no me lo perdonaría jamás.

Pisany había partido antes de que el duque pudiese terminar la frase.

Gassion estaba ya en camino por el bosquecillo.

Sorprendió a los españoles dormidos y los degolló a todos en menos de una hora. Enghien se reunió enseguida con él. Juntos se lanzaron a galope tendido hacia Albuquerque, que podía esperarlo todo, salvo un ataque a aquella hora. ¡Diablos! No era un juego: ¡todavía no eran las cuatro de la mañana y lo sorprendía el ejército francés!

La verdadera batalla se libró enseguida. Hablaremos de ello más adelante. Ahora sigamos un momento a Pisany, a Bauer y a los siete u ocho jinetes que habían partido a socorrer a nuestros amigos.

Se dirigían al viejo molino a galope tendido. Todavía era de noche, pero las primeras luces del alba y la luna aún presente permitían ver sin demasiada dificultad. Cuando llegaron a las cercanías del edificio, un pequeño destacamento de españoles lo rodeaba. Pisany advirtió inmediatamente que eran una veintena de hombres a pie. Ellos sólo eran diez, pero a caballo, y Bauer valía por otros diez hombres. Así pues,

estaban empatados. El bávaro, sin dilación, colocó el cañón a hombros.

Cuando los tuvo al alcance, detuvo su caballo y disparó. Murieron varios españoles.

Los supervivientes se dieron la vuelta, empuñando pistolas y mosquetes. Pero Bauer, con la mano derecha, giró los cañones del cuádruple arcabuz y disparó tres ráfagas.

Cuando el humo se hubo disipado, sólo quedaban tres adversarios, de pie, alelados. Pisany y los otros jinetes los remataron con la espada. Veinte segundos más tarde habían tomado el molino. No quedaba ningún superviviente español.

En el edificio, Louis, Gaufredi y Gaston habían oído el combate sin saber quiénes eran los protagonistas y mucho menos los vencedores.

—Soy el marqués de Pisany —gritó el hijo de la marquesa de Rambouillet cuando se hizo el silencio—. ¿Estáis ahí, caballero? ¿Estáis a salvo?

—¡Claro que sí! —gritó Fronsac—, abridnos la puerta. Estamos encerrados.

Abrieron la puerta y Louis se precipitó hacia Pisany. Éste último lo detuvo con un gesto de la mano:

—¡Nada de efusiones, caballero, tengo que reunirme con Enghien, no puede hacer nada sin mí!. Venid a nuestro campamento —señaló en la dirección de dónde venía—. Allí estaréis a salvo, esperaréis el final del combate. Pero si perdernos, huid a galope tendido.

Desaparecieron enseguida.

Así, en menos de un minuto, fueron liberados. Algo desamparados, oían muy cerca el fragor de la batalla: el crepitar de los mosquetes, el ruido de los cañones...

—¡Vamos! —decidió Gaston— y tratemos de que no nos mate una partida de españoles. En primer lugar, tenemos que buscar los caballos: tal vez estén allí esperándonos.

—¡Esperad! —replicó Gaufredi—. Los españoles —señaló los cuerpos destrozados de las víctimas— han venido a caballo, han tenido que dejarlos cerca. Vamos a buscarlos, será más rápido.

Efectivamente, descubrieron las monturas de los españoles atadas en un bosque próximo. Louis estaba eligiendo un caballo cuando Gaufredi intervino de nuevo:

—No podemos marcharnos así...

Louis y Gaston lo miraron algo desconcertados. El reitre prosiguió:

—... Es una batalla, tenemos que equiparnos. Si nos atacan, ¿con qué nos defenderemos? Sólo tenemos dos espadas, y una está rota, una pistola y un mosquete. Antes de partir hagámonos con las corazas, los cascos y la mayor cantidad de armas posible. Tenemos aquí todo lo que necesitamos, de sobra.

Era lo más sensato. Con los caballos que habían elegido, volvieron a examinar los cadáveres. Fue una tarea desagradable despojar a los muertos ensangrentados; sin embargo, al cabo de media hora estaban completamente equipados: todos llevaban un coselete de acero atado a los hombros por medio de correas de cuero, así como un

morrión.

Louis, que no tenía espada, encontró una muy cincelada, «a la brandeburguesa». Realmente no era una espada, sino más bien una especie de monstruoso tajadero de carnicero. Precisamente lo que hacía falta para batirse en un combate cuerpo a cuerpo, le explicó Gaufredi. Cogieron también todas las pistolas que fueron capaces de colocar en sus fundas. Como podían elegir, optaron por las armas de sílex, más fiables que las ruedas, y eliminaron los mosquetes de serpentín, poco eficaces.

Bajaron enseguida hacia la llanura cenagosa dejándose guiar por el ruido de la batalla. Por el camino, Gaufredi se dirigió a Louis para aconsejarlo.

—Sólo una palabra, señor, vos no sois soldado. Si tenemos que combatir, evitad el cuerpo a cuerpo. Una batalla es una carnicería. Todos los golpes bajos están permitidos: con hacha, cuchillo o pica. Si intentáis utilizar vuestra espada como un gentilhombre, os harán picadillo. Así que haced como yo: usad la pistola: disparad a vuestros adversarios mientras yo cargo el arma, luego dispararé yo. Y conservad siempre una pistola cargada disponible en la cintura para el combate cuerpo a cuerpo. Yo estaré cerca de vos.

Fronsac tenía miedo. ¿Cómo iba a comportarse?

* * *

Durante este tiempo, Gassion y Enghien ya habían atropellado a Albuquerque y empezaban a machacar a los jinetes españoles del flanco derecho de Melo. Eran algo más de las cinco de la mañana.

Pero volvamos atrás: justo antes de las cuatro, La Ferté había alcanzado el flanco izquierdo con sus hombres. Una vez en el lugar, había visto un agujero en las líneas de Issembourg y había entrado por allí.

Evidentemente, era una trampa. Issembourg era un estratega excelente y La Ferté había demostrado ser un imbécil. El flanco izquierdo francés fue inmediatamente rodeado, aplastado, devastado y finalmente aniquilado. La Ferté fue herido y hecho prisionero.

* * *

Hacia las cuatro y media, Issembourg, embriagado por este éxito fácil, se lanzó hacia el grueso de las tropas francesas y las derrotó en pocos minutos.

A las cinco de la mañana, la desbandada fue general y la mayor parte del ejército francés, desmoralizado hostigado por Issembourg y aniquilado por los terribles tercios que avanzaban lentos pero seguros aplastando todo a su paso, partió derrotada.

Finalmente, sin real resistencia, las tropas enemigas arrasaron completamente las líneas francesas y la artillería cayó en sus manos. Los españoles disponían ahora de

treinta cañones que apuntaban contra los franceses, haciendo estragos entre sus filas.

Una auténtica catástrofe. En la retaguardia, Sirot intentaba detener el desastre y prevenir, en vano, a Enghien de la derrota. Eran las seis.

En este momento, se produjeron dos hechos de crucial importancia.

Al amanecer, cuando se disipó la niebla, Enghien, vencedor a la derecha, columbró la batalla a través de la humareda de las refriegas. Adivinó inmediatamente el desastre que se estaba produciendo a su izquierda. ¿Qué hacer? ¿Dar marcha atrás? Era difícil dirigir así a las tropas en combate. Decidió entonces lanzarse sobre los tercios, pero no de frente sino sobre la retaguardia de la infantería española, por sorpresa.

En ese mismo momento, Louis, Gaston y Gaufredi llegaban a la llanura, al emplazamiento del campamento francés. Pero como las tropas habían reulado, el campamento se había convertido en el centro de los ataques.

Al verse rodeados por una partida de enemigos, nuestros amigos se dedicaron a defenderse como pudieron. Felizmente fueron socorridos por una tropa de guardias franceses.

En el lugar donde se encontraban, los españoles eran todavía poco numerosos, seguían siendo las tropas de Sirot, y principalmente el regimiento del Piamonte, quienes mandaban sobre el terreno. Pero los soldados franceses reculaban porque muchos oficiales estaban muertos. La desbandada general de las tropas del rey de Francia era incesante.

Nuestros tres amigos vieron a Sirot delante de ellos desgañitándose en vano.

—¡Adelante! ¡Por el rey! ¡Enghien aplastará al enemigo! ¡Seguidme!

Los soldados dudaban, no creían salir vencedores después de haber visto retroceder a sus compañeros aniquilados por los tercios y luego aplastados por la caballería de Issembourg.

Gaston comprendió enseguida la situación. Sin dudarlo, se colocó delante, uniéndose a Sirot, enarbolando la espada.

—¡Adelante! ¡Venceremos! ¡Ganaremos la batalla! ¡Saqueo! ¡Saqueo! ¡Con Sirot!

Desapareció, seguido por una pequeña tropa de hombres enardecidos por sus gritos.

Fronsac y Gaufredi se miraron para decidir, de común acuerdo, no quedarse a la zaga. Hicieron lo mismo. También se pusieron a gritar, exhortando a los indecisos que creían —ingenuamente— en la llegada de refuerzos.

El enemigo aún no podía cantar victoria.

Entonces los oficiales supervivientes se envalentonaron, exhortaron a su vez a sus hombres y volvieron al combate.

* * *

Durante este tiempo Enghien había traspasado los tercios y destrozaba la retaguardia del ejército enemigo, sorprendido por el inesperado regreso de las tropas de Sirot.

Me preguntarán ustedes cómo había podido atravesar Enghien los tercios. Simplemente por su movilidad. En teoría, los erizos españoles podían defenderse por los cuatro costados, pero se movían muy lentamente, precisamente por sus largas picas que los molestaban. Los oficiales debían anticipar el movimiento mucho antes, y luego ponerse de acuerdo. Pero no habían tenido tiempo de hacerlo porque Enghien había entrado muy rápido. Luego los pasó a espada varias veces destrozándolos por completo.

A las siete, las tropas francesas dominaban por doquier. Incluso pudieron recuperar su artillería antes de apoderarse de la artillería española. Melo seguía esperando a Beck para reconducir la situación, pero era demasiado tarde.

La Ferté y sus oficiales fueron finalmente liberados.

Para las tropas francesas, que se creían derrotadas, fue una revancha a muerte. De siete a diez, los combates se transformaron en una carnicería. Los franceses no dejaron a nadie vivo, degollando a todos los heridos. Los regimientos suizos, particularmente feroces, masacraban incluso a los que se rendían.

Enghien, aunque totalmente insensible a los horrores de la guerra, debió finalmente intervenir para que no matasen a los últimos supervivientes, por los que incluso podrían pedir rescate.

En cuanto a Fronsac, vivió dos horas de terror indecible. No habría sobrevivido a la refriega sin su coraza de acero, su casco y, sobre todo, sin la presencia de Gaufredi, que lo protegió durante todos los combates. Por suerte, apenas tuvo que utilizar su espada, Gaufredi atacaba por él y alejaba a los adversarios demasiado audaces. A caballo, Louis usó sobre todo seis o siete pistolas que llevaba encima, pero sólo para defenderse.

* * *

A las diez se proclamó la victoria y España se había quedado sin ejército.

Melo, herido, huyó del campo de batalla y consiguió finalmente encontrar a Beck, ¡que llegaba sin prisas! El conde de Fontaines había muerto.

Entre los españoles hubo siete mil muertos y abandonaron a siete mil prisioneros. Entre los franceses se contaron dos mil muertos. Capturaron ciento setenta banderas así como cientos de cornetas.

* * *

A las once, cuando volvió la calma, Enghien escribió unas palabras y envió a La Moussaie a París a anunciar la noticia de la victoria. Unas horas más tarde, en

Rocroy, herido pero liberado, reunía a los oficiales que habían sobrevivido. Su indumentaria blanca aparecía teñida de sangre, pero sólo tenía heridas leves. Radiante, escuchaba los cumplidos. Sus primeras palabras fueron para Gassion y el barón Sirot.

—Vos sois los verdaderos vencedores de Rocroy —les aseguró—. Pediré que os concedan el título de mariscal de Francia.

Sabemos que Mazarino no los otorgó inmediatamente. No para humillar a Enghien, como hemos leído a menudo, sino porque consideraba a los dos militares simples batalladores, buenos matarifes y no capitanes.

—Excusadme, señor, no merezco vuestros cumplidos, porque he recibido ayuda —intervino Sirot bajando los ojos.

Enghien, sorprendido por la observación, lo miró frunciendo el ceño. Entonces Sirot se alejó e hizo una señal a los tres hombres que se encontraban detrás de él.

—Sin ellos, no creo que hubiese podido impedir la derrota —añadió simplemente.

Gaston, Louis y Gaufredi, también cubiertos de sangre, con la ropa desgarrada y sucia, se acercaron con paso vacilante. Gaston había sido herido en una pierna de una estocada y se apoyaba en un mosquete. Louis, tocado con su soberbio casco español, ahora completamente abollado, no tenía ni un rasguño. También era el caso de Gaufredi, que ya había pasado por la guerra de los Treinta Años y nunca había tenido la intención de morir en Rocroy.

Contrariado en un primer momento por la observación de Sirot, una apreciación que echaba abajo el mito del general omnisciente que él cultivaba, el duque pareció finalmente satisfecho y una leve sonrisa se dibujó en su rostro fatigado cuando reconoció a los tres hombres.

—¡Fronsac! ¡Decididamente, siempre estáis ahí cuando no se os espera! Podéis estar seguro de que la reina sabrá que habéis servido dignamente a Su Majestad.

Louis reparó en que no mencionaba al cardenal Mazarino.

—¿Y cómo van vuestros asuntos? —prosiguió el duque.

—Están solucionados, señor. Podemos regresar.

Louis no quería contar lo que había ocurrido en el molino.

Enghien dudó un instante si seguir el interrogatorio. Pero finalmente juzgó inútil saber más. Sin embargo, añadió ante los presentes boquiabiertos:

—Sea como fuere, estoy en deuda con vos, Fronsac. Simplemente espero no estarlo durante mucho tiempo.

El resto de la tarde, después de un *Te Deum* en el campo de batalla, transcurrió entre curas, reposo y en el saqueo de la impedimenta enemiga. Los prisioneros fueron reunidos progresivamente para ser enviados a los campos de Normandía. Los ricos pagarían rescate, los demás morirían de hambre y enfermedades si España no los rescataba.

Nuestros amigos fueron instalados en una casa del pueblo porque Gaston, herido, no podía partir al día siguiente. Un médico lo curó y le ordenó que descansase un par

de días.

El primer día de ese reposo forzado acudió Andelot a visitarlos.

—Nos iremos dentro de unos días —explicó—. Mazarino debe enviarnos instrucciones. Enghien quiere equiparos para vuestra partida. Fuera encontraréis tres caballos cogidos a los españoles, así como ropa de oficial encontrada entre el múltiple equipamiento abandonado. He ordenado reunir armas sólidas y de valor. Aquí tenéis dinero para el camino. Es vuestra parte del botín porque los siete mil prisioneros serán devueltos a España sobre la base de un mes por un año de sueldo cada uno.

Le entregó a Gaston una bolsa con cien luises de oro (dos mil libras). Gaufredi había terminado de examinar caballos y armas.

La parte del botín ofrecida por Enghien no era nada desdeñable; además de los caballos españoles utilizados en el combate, y que no habían sido heridos, nuestros amigos obtenían otras tres monturas y tres bonitas armas. Había, enganchadas a las sillas, dos pistolas de sílex de tres cañones de acero damasquinado, una espada a la española, con puño de oro y plata, dos espadas cortas cinceladas con diamantes engastados en su guarnición, un par de arcabuces de rueda incrustados de marfil, así como algunas otras armas de menor calidad. ¡Revendíéndolas en París con los caballos podían sacar dos o tres mil libras!

Finalmente, en los cofres atados a las sillas encontraron soberbios vestidos: jubones, calzas, sombreros, guantes y camisas de seda. ¡Todo un equipo!

* * *

Enghien dejó Rocroy el mismo día.

No sabía que volvería a esta ciudad ocho años más tarde, durante la sedición de los príncipes contra Mazarino, y en esta ocasión ¡a la cabeza de un ejército español!

¡Entonces tomaría la ciudadela tan fácilmente como ahora!

* * *

Pero volvamos a París, unos días antes, previos a la partida de nuestros amigos a Rocroy.

El rey agonizaba lentamente y moría sin darse prisa mientras que las presiones y las ambiciones de todos se revelaban cada día más fuertes y más violentas.

En sus escasos momentos de lucidez, Luis XIII imponía sin embargo su voluntad. De modo que recordó a todos, una vez más, que la señora de Chevreuse no debía volver a Francia bajo ningún concepto.

—Es el demonio... —deliraba sin cesar.

Poco a poco, Beaufort se había ido imponiendo al rey y ahora su arrogancia no

conocía límites. Estaba seguro de que la reina lo amaba y llegaría a ser su amante y el futuro amo de Francia. Se lo contaba a todos los que lo rodeaban con desvergüenza.

Y cuantos más cortesanos lo escuchaban, más se pasaban al bando de los Vendôme.

* * *

El domingo 10 de mayo, el estado del rey se agravó bruscamente. Al toser, sentía espantosos dolores de vientre.

El 12 no pudo probar alimento y por la noche la reina lo veló llorando a la cabecera de su cama.

En mitad de la noche, el duque de Beaufort pidió a Ana de Austria entrar en sus aposentos y ocupar su lugar. Desde entonces, el joven durmió sobre un jergón en el suelo, al pie de su rey

¿Se trataba de una maniobra, o de auténtica aflicción por su tío? Sin duda, ambas cosas. A partir de ese día, el duque no dejó a Luis XIII y sólo aceptó que algunos religiosos le hiciesen compañía.

Sin embargo, aunque en los momentos de lucidez Luis apreciaba a los religiosos, soportaba menos a François de Beaufort. Pero ¿quién hacía caso del juicio del moribundo? Así, el hijo de Vendôme pudo conseguir del rey —y casi en contra de su voluntad— la gracia para su padre el duque, que todavía estaba en el exilio. Siguieron otros perdones arrebatados de la misma manera, siempre ventajosos para los Vendôme, como el del obispo de Beauvais y, finalmente, el del anciano canciller Châteauneuf.

No obstante, a la muerte del rey, sería el delfín Luis quien reinaría. Era evidente para todos que quien dominase a los infantes ocuparía la regencia y gobernaría el país. Condé se empleó a fondo, así como monseñor, el hermano del rey. Acompañados de un numeroso grupo, los dos se dirigieron a Saint-Germain, donde estaba instalada la familia real.

Pero Beaufort había sido más rápido que ellos. Al mando de guardias franceses y guardias suizos, ya había instalado su dispositivo militar alrededor del castillo, haciendo ver así a los otros dos que él era el amo. La reina, inquieta, consiguió, a su vez, su propio cuerpo de guardia.

En torno al moribundo se establecían las alianzas entre los grandes y se rompían a una velocidad vertiginosa. Ante el riesgo real de una toma de poder en Francia por la rama bastarda, Condé, Ana de Austria y Gaston de Orleáns se coaligaron mediante un pacto secreto.

Pero eran incapaces de actuar juntos, porque ninguno quería realmente comprometerse con el otro, temiendo perderlo todo.

El veleidoso Gaston se contentaba con el puesto de lugarteniente general y el roñoso Condé pensaba sobre todo en el dinero que podría conseguir si consentía. La

reina se quedaba relativamente sola —aunque Beaufort le prometiese su amor, e incluso su fidelidad.

Ana de Austria comprendió que iba a perder el poder, a sus hijos y tal vez su vida. Se acercó entonces a Mazarino, el único que parecía aconsejarla de manera desinteresada. Éste le hizo notar pérfidamente que aunque Beaufort le prometía todo su afecto, no dejaba de ver todas las noches a su amante, la vigorosa duquesa de Montbazon. Ana no dijo nada pero lo tuvo en cuenta.

Por su parte, el príncipe de Condé no dejaba de pedir a su hijo, al mando del ejército, que volviese, y todavía se recuerda la respuesta que le había dado el joven duque.

La agonía del rey era interminable. Y todos se impacientaban.

Finalmente, tras nuevos espasmos, un esquelético Luis XIII escupió gusanos rojos por la boca y murió el 14 de mayo de 1643. La autopsia mostró que numerosos gusanos lo habían ido devorando vivo, lentamente.

Recién muerto el rey, Beaufort, que dormía siempre en el suelo al pie de su lecho como ya hemos dicho, echó a todos los cortesanos para quedarse solo con Ana de Austria. Para Gaston y Condé fue una nueva afrenta a la cual no pudieron oponerse porque el hijo de Vendôme tenía quinientos gentileshombres armados a sus órdenes en el castillo.

Al día siguiente de la muerte del rey, el joven duque de Beaufort, rodeado de un ejército de guardias franceses, suizos y mosqueteros, se llevó a los infantes a París en compañía de la reina.

Todo estaba organizado para que apareciese como el amo del país.

Finales de mayo de 1643

La llegada de Luis XIV a París fue un éxito popular para el joven rey, una gran alegría para su madre, que concitaba ¡por fin! el amor de los franceses, pero sobre todo un absoluto triunfo para François de Beaufort, que había organizado y dirigido la parada.

¿Una parada? No, sobre todo un espectáculo, porque la entrada del rey en París debía ser la pieza preliminar del nuevo poder que iban a presentar a los parisinos: a partir de ahora sería el duque de Beaufort, tan seductor, tan joven, tan deslumbrante, quien dirigiría el país.

Condé y monseñor, envejecidos y fatigados, habían sido colocados en medio del cortejo como simples figurantes, o incluso peor, como caudillos esclavos de los pueblos vencidos que Roma presentaba durante sus triunfos. Los dos príncipes depuestos eran así exhibidos como los residuos de un tiempo pasado que ya no tenía razón de ser.

En las calles, la multitud era tal que la comitiva tardó varias horas en llegar al Louvre. El reinado del futuro rey comenzaba, pues, en medio de un fervor y un alborozo indecibles. Louis Dieudonné tenía cinco años y su hermano Anjou dos. Los parisinos los aclamaban, los ovacionaban, gritando a su paso: ¡Viva el rey! ¡Viva la reina! ¡Viva Beaufort!

La joven regente parecía en la gloria y nunca se la había visto tan feliz.

Sin embargo, interiormente la carcomía la inquietud porque sabía, como escribiría pertinentemente el cardenal de Retz, que «la adoraban más por sus desgracias que por sus virtudes».

Pero esto sólo era comedia. El lunes 18 de mayo debían comenzar las cosas serias.

A las cinco de la mañana comenzó la sesión solemne de las Cortes en la gran cámara del Palacio de Justicia de la Isla de la Ciudad, ante el Parlamento de París al completo.

Todos los príncipes, duques, pares, mariscales y oficiales estaban allí. ¿Todos? No. El cardenal Mazarino no estaba. Circulaba el rumor de que el siciliano estaba haciendo las maletas y que el retorno a Italia era inminente. En efecto, el ministro había hecho saber que tenía que volver a su país para visitar a su madre enferma y recibir de manos del Papa el capelo cardenalicio, que todavía no había ido a buscar a Roma.

Debemos recordar que el Parlamento no era una cámara de diputados electos; aunque se presentase frecuentemente como una emanación de los Estados Generales, era un conjunto de tribunales y de cámaras constituidas por magistrados propietarios de un cargo hereditario comprado con mucho dinero.

A pesar de ello, los parlamentarios se habían arrogado progresivamente el

derecho de registrar las decisiones reales. Mientras una decisión no estaba registrada —es decir, inscrita en un registro especial— por todos los parlamentarios provinciales, no era válida y no tenía autoridad. El rey conservaba, sin embargo, la prerrogativa de hacer caso omiso del mal humor de los parlamentos; entonces debía desplazarse al Parlamento de París y dar paso a la sesión solemne de las Cortes instalándose en su trono.

Tras la sesión, la decisión del rey tenía poder ejecutivo.

Los parlamentarios se habían arrogado otro derecho en el transcurso de los años: el de hacer amonestaciones al rey. Pero se habían hecho tan frecuentes, que dos años antes Luis XIII se había desplazado al Parlamento para prohibirlas definitivamente.

La sesión solemne de ese lunes 18 de mayo de 1643 debía reunir todas las instituciones parlamentarias. Primero, las ocho cámaras judiciales: la Gran Cámara, las dos salas del Tribunal Supremo y las cinco cámaras de información. A continuación, el Gran Consejo, el Tribunal de Cuentas y el Tribunal de Impuestos.

A las nueve, el joven rey hizo su entrada en la gran sala con su madre. Todos los magistrados presentes lucían sus más suntuosos atavíos, es decir, vestidos escarlata con capas de armiño. Los guardias llevaban sus magníficos uniformes y la nobleza de la corte lucía los trajes más caros y de moda.

El joven rey —recordemos que tenía cinco años—, vestido de violeta y con un cetro muy pesado, se sentó en el trono para declarar orgullosamente:

—Señores, he venido para testimoniar mi aprecio al Parlamento. Mi canciller os dirá el resto...

Siguieron algunos discursos introductorios. A continuación, Gaston de Orleáns tomó la palabra y pidió plenos poderes para la regente, contrariamente al testamento de Luis XIII.

Tras éste, Omer Talon, presidente del Parlamento, y luego el canciller Séguier, explicaron doctamente que el rey anterior se había equivocado en sus últimas voluntades. ¡Qué irónica revancha para la reina ver al canciller Séguier explicar que Ana de Austria era la encarnación de la virtud mientras que unos años antes, por orden de Luis XIII, le había registrado el pecho en busca de un correo sedicioso!

Convencido o vencido, el Parlamento unánimemente anuló sin ningún escrúpulo la declaración real que había registrado tres semanas antes.

La reina se convertía en regente de Francia con todas las prerrogativas reales.

El Parlamento, sin embargo, estaba dividido en un último punto: unos querían condenar el reinado anterior y pedían a la reina que gobernase con nuevos ministros, y otros preferían que actuase con total libertad.

Rehusando el debate, la reina se retiró sin pronunciar palabra.

Esa misma tarde Ana de Austria convocaba un Consejo al que Mazarino no asistió. El italiano le hizo saber que no podía asistir al Consejo porque ya no era ministro.

El miércoles 20, contra todo pronóstico, Ana de Austria nombraba a Julio

Mazarino primer ministro de Francia y presidente del Consejo de Regencia.

* * *

Fue un golpe fatal para muchos y causa de alarma para el duque de Beaufort. De modo que el pequeño siciliano, de quien todo el mundo decía que se marchaba a Italia, se imponía y llegaba a la cima. ¡La criatura de Richelieu se convertía en el nuevo amo de Francia! ¿Cómo lo había hecho?

En realidad, lo que nadie sabía era que Mazarino, extraordinario director de teatro, lo había preparado todo de antemano. Había sido él quien había incitado al abogado general Omer Talon y al canciller Séguier a pedir la anulación de la declaración del difunto rey. Asimismo, había sido él quien había incorporado a monseñor y al príncipe Condé a la causa de la reina. También había conseguido el apoyo de los influyentes eclesiásticos cercanos a la reina, como Vincent de Paul, haciéndole comprender lo importante que era para Roma que fuese uno de sus miembros, italiano y cardenal, por tanto cercano al Papa, quien dirigiese a la hija predilecta de la Iglesia. Sólo Beaufort había sido preterido, olvidado, y ahora se quedaba aislado.

Ese mismo día se produjo un segundo acontecimiento notable. Un jinete entró en París dejando un reguero de polvo a su paso y cruzó la ciudad gritando a lo largo del camino, primero hacia el palacio de Condé, y luego hacia el Louvre:

—... ¡Hemos ganado la batalla! ¡Hemos derrotado a los españoles!

Era el fiel La Moussaie.

Llevaba a la reina unas palabras de parte de Enghien contándole el victorioso combate.

¡Decididamente, para los parisinos y para la Corte, las cosas habían ido demasiado deprisa! Después de haber sido apartados del poder, Mazarino y la familia Condé tenían de nuevo todas las bazas, mientras que François de Beaufort, el *rey de París*, estaba a punto de perderlo todo después de haber tocado el poder con sus manos.

Al día siguiente otros jinetes llegaron a su vez, portadores de varios escritos en los que se contaban los detalles de la batalla. Enghien no hablaba de sí mismo. Habían sido, escribía, Jean de Gassion y Sirot los verdaderos vencedores. Y para ellos pedía las recompensas. En una carta personal —y poco conocida— a Mazarino también habló cariñosamente de Louis Fronsac, el extraño y prodigioso notario.

El palacete de Condé se convirtió en el nuevo centro de la capital. Beaufort y la Montbazon fueron el objeto de todos los sarcasmos y las más groseras bromas. Esa semana se celebró un gran *Te Deum* para agradecer al Señor el haber salvado a Francia en detrimento de Su Catolicísima Majestad española. Todos los cañones de la ciudad atronaron, «sirviendo de fondo a la música del *Te Deum*». Por todas partes hubo fogatas, danzas y bailes. Centenares de estandartes, cornetas y banderas

tomadas al enemigo cubrieron las paredes de Notre-Dame, sin dejar una sola piedra a la vista. Jamás una victoria fue tan festejada y el duque de Enghien fue a su vez adulado por el pueblo de París, que ya había olvidado a su antiguo ídolo Beaufort.

«Como César, el príncipe ha nacido capitán», escribía Retz entusiasmado.

Mazarino estaba todavía más satisfecho que los demás de la victoria de Rocroy. Recordaba a todos que había sido él quien había aconsejado al rey que eligiese al joven príncipe como capitán de nuestros ejércitos. Explicaba modestamente que siempre había visto en Louis de Borbón un gran genio militar.

Sin embargo, en su fuero interno estaba preocupado por esta nueva popularidad. No quería de ningún modo que el joven héroe entrase en París, donde podría eclipsarlo. Pero Enghien, embriagado por su éxito, ni siquiera lo pensaba, deseando proseguir la guerra para correr de victoria en victoria. El ministro le propuso hostigar a los españoles hasta Thionville, esperando así desembarazarse de él.

* * *

Entre todo este alborozo, Beaufort, el hijo mayor del duque de Vendôme, estaba ingenuamente convencido de que todavía era el amo, puesto que disponía de la guardia real y era el ídolo del pueblo. Así que despreció con soberbia a Mazarino y siguió conduciéndose como el primer personaje del reino.

Unos días después de la victoria de Rocroy, cuando la reina estaba tomando su baño, Beaufort se anunció y entró a la fuerza en la cámara real donde la regente estaba desnuda. Ana de Austria lo echó sin contemplaciones. Beaufort sufrió tal humillación que todos en la Corte se burlaron del *rey de París*.

Poco a poco, como bajo una influencia maléfica, las burlas hacia el joven duque se fueron haciendo más malvadas, más hirientes y más crueles.

Sin embargo, Beaufort no estaba solo y no era estúpido. Había reunido a su alrededor a todos los que se oponían a Richelieu y ahora a Mazarino. En primer lugar, los antiguos compañeros del conde de Soissons y de Gaston de Orleáns, como Fontrailles, Montrésor o el duque de Bouillon, así como los parlamentarios que no habían aceptado la supresión del derecho de amonestación, cuyo jefe de filas era Barillon.

El duque de Beaufort había conseguido, muy hábilmente, conservar cerca de él a personas cercanas o antiguos partidarios de Richelieu, apartados del poder por Mazarino, como Du Noyers, que acababa —recordémoslo— de ser excluido por el cardenal. Du Noyers, el *Jesuita Galocha*, concitaba en torno a él a todos los devotos y ultramontanos favorables a España, como el obispo de Beauvais.

En el entorno de Beaufort estaba el señor de Châteauneuf, el exministro de Justicia que había condenado a Montmorency y que se hallaba dispuesto a todo para volver a ocupar un lugar en la cama de Marie de Chevreuse.

Aparte de eso, y lo que era más peligroso para el poder, Beaufort dirigía la

mayoría de los regimientos de guardias, bien directamente, bien por mediación de sus fieles oficiales, como La Chatre, Campion o Beaupuis.

Mas para vencer definitivamente a los Condé, el heredero de los Vendôme necesitaba aliados capaces de influir sobre la reina. El marqués de Fontrailles le aconsejó entrar en contacto con la señora de Chevreuse, la nuera de su amante, la gorda Montbazon.

Beaufort aprobó la idea y sus allegados asediaron a la regente solicitando el regreso de Marie de Chevreuse, la diablesa.

La duquesa de Chevreuse no es que hubiese permanecido inactiva, precisamente. ¡En Bruselas ya negociaba en nombre de Francia con España! Un proyecto de tratado veía así la luz según el cual nuestro país devolvería sus conquistas a cambio de una parte de Alemania, al mismo tiempo que se negociaba la apertura del congreso de Munster, que unos años más tarde daría lugar al tratado de Westfalia.

Si Marie de Chevreuse procedía así, es porque estaba convencida de actuar en nombre de la reina, no en vano había sido su mejor amiga. Y también porque Ana de Austria era la hermana del rey de España.

Lo que no sabía Marie de Chevreuse era que la regente ya no era española, sino la madre del rey de Francia. Y con ese título había olvidado todo su pasado. Lo único que contaba ahora para ella era dejarle a su hijo el más poderoso reino de Europa.

* * *

En esta coyuntura, Louis y Gaston volvieron a París el domingo 24 de mayo, cada uno con un ánimo muy diferente.

Para Gaston se había resuelto otro asunto criminal. Fontrailles había probado su veneno con Daquin; Babin du Fontenay había sospechado de un crimen, el marqués lo había asesinado con el fusil de aire y luego había conseguido envenenar al rey. A continuación, había intentado hacer desaparecer a los que se acercaban a la verdad.

Para Louis subsistían demasiadas zonas de sombra. ¿Por qué lo habían llevado a Rocroy? Era incomprensible que Fontrailles hubiese malgastado tantos medios y energía para matarlo allí. La venganza no era suficiente explicación en un hombre tan calculador. En cuanto a las aclaraciones que Fontrailles había pretendido darle, eran demasiado equívocas. Las razones profundas de la muerte de Babin du Fontenay no le parecían aclaradas porque, si Babin hubiese proseguido su investigación, ¿qué habría podido probar? ¿Un envenenamiento? El asunto habría sido clasificado tras la desaparición de Picard. Finalmente, la actitud de Anne Daquin hacia él daba qué pensar. ¿Por qué quería seducirlo? ¿Sabía la joven que lo enviaba a una trampa? Louis estaba convencido de ello, como también estaba convencido de que Anne conocía al marqués de Fontrailles. ¿Pero había sido manipulada por el jorobado y desconocía el papel que le habían hecho interpretar o, por el contrario, era cómplice de todos los crímenes cometidos?

Todas estas preguntas se las había hecho a Gaston, que les había quitado importancia.

Una noche, el joven notario volvió una vez más sobre el asunto.

—¿Te acuerdas de las anamorfosis del padre Niceron?

—Sí —respondió Gaston enarcando una ceja.

—¿No tendremos una ante nuestros ojos?

—¿Qué quieres decir?

—Que desde cierto ángulo puedes efectivamente explicar todos los acontecimientos que se produjeron. Pero ¿y si no es el ángulo correcto? Estoy convencido de que hay otra percepción posible, lo he notado en lo que me dijo Fontrailles y todavía más en las alusiones que hizo. Estoy convencido de que es esa otra dimensión, esa otra explicación la que debemos descubrir.

—¡Estás soñando! —se burló Gaston con despreocupación—, fíate de mi experiencia de policía, los asesinos nunca son tan complicados. Hay muy pocos motivos para el crimen, todos perfectamente claros: el dinero, el odio y las pasiones. Fontrailles no es tan diferente de los demás criminales. Mira las cosas por el lado bueno: hemos vuelto vivos de una terrible batalla y con un copioso botín.

La discusión era inútil y Louis se quedó solo con sus elucubraciones. Sabía que había otros motivos aparte del dinero y las pasiones. Para hombres como Fontrailles, había otra razón para actuar, una fuerza más poderosa que todas: ¡el deseo de cambiar el mundo!

Una vez llegados a París, se separaron con algo de frialdad. Gaston volvió a su trabajo —después de repartirse el botín— y Louis escribió un detallado relato a Mazarino. En dicho informe se dedicó sobre todo a expresar sus dudas, sus preguntas, sus especulaciones y sus temores.

Cuando recibió el documento, el ministro lo convocó —era martes 26 de mayo— y la entrevista tuvo lugar en presencia de Le Tellier, el nuevo ministro de la Guerra.

Mazarino había envejecido de repente, pensó Louis al verlo de nuevo. Ahora mostraba un aspecto austero, casi gruñón. Su tez era gris, las arrugas surcaban su frente y la fatiga se dibujaba tanto en su rostro como en sus expresiones. Le Tellier, por el contrario, seguía estando sonriente y amable.

Louis habló poco, pues ya lo había puesto todo por escrito. El ministro tenía la carta en la mano. Su mirada iba a veces del pliego a Fronsac para declarar finalmente con autoridad:

—Comparto vuestras dudas, caballero, y añado mi inquietud. Además, no sabemos cómo ha actuado Fontrailles. Hay un asesino en libertad que puede volver a actuar en cualquier momento. Y no tengo ni una sola prueba contra D'Astarac. Si vuelve a la Corte, me será posible arrestarlo con vuestro testimonio, pero no estoy seguro de tener autoridad para mantenerlo en prisión. Está muy protegido por sus amigos. La reina jamás consentirá separarse del príncipe de Marcillac, sobre todo al comienzo de su reinado, parecería una venganza póstuma de Richelieu. Necesito

pruebas. ¡Encontradlas, Fronsac! ¡Traedlas! ¡Sólo vos podéis!

Recalcó sus últimas palabras.

Cuando hubo terminado, Le Tellier tomó la palabra con su voz lenta, grave y circunspecta.

—Nos habéis escrito que Fontrailles os había dicho exactamente: «¿Hábil? Mucho más, caballero...» a propósito del *Catador*. Esta frase me intriga mucho, ¿qué quería decir en vuestra opinión?

Louis movió la cabeza y respondió con amargura:

—He dado vueltas y más vueltas a esas palabras en mi cabeza. Y debo confesaros que no he llegado a ninguna conclusión...

—Continuad, pues —replicó secamente Mazarino—. Sólo vos podéis conseguirlo.

Louis se inclinó.

Al cardenal le gustaba halagar a aquellos que podían serle útiles. Unos días más tarde, envió al estudio de Fronsac la recompensa que Enghien había pedido para Louis: cinco mil libras.

Había un bono de trescientas libras para Gaufredi y Louis supo por Gaston que él había recibido otro tanto. Con estos regalos el ministro les recordaba que seguían a sus órdenes.

¡Encontradlos!, había ordenado. Pero ¿cómo? Louis decidió probar suerte en la calle de los Petits-Champs sabiendo que se arriesgaba a fracasar, pero también secretamente porque deseaba volver a ver a la guapa viuda.

Anne Daquin aceptó recibirlo, no sin antes hacerlo esperar un buen rato. Una doncella lo condujo al salón y le explicó que su ama estaba acabando de arreglarse.

Finalmente, lo recibió en su habitación. Llevaba un turbador vestido de casa muy escotado y sus cabellos rojos se esparcían sobre los hombros. Sentado cerca de ella, en un canapé, Louis le contó su aventura en Rocroy, describiendo el papel de Fontrailles pero callando todo lo que podía concernir a la muerte del rey.

—¿Quién estaba enterado de que buscabais a Picard? —le preguntó finalmente—. Me tendieron una trampa, de modo que alguien debía de estar informado de mi visita a vuestra casa y estar seguro de que me entregaríais la extraña carta.

Louis se comportaba como si jamás hubiese dudado de ella. Anne Daquin permaneció pensativa largo rato, los ojos en el vacío y las manos juntas. La fragancia de su perfume embriagaba poco a poco a Louis.

—Es difícil saberlo —suspiró la joven finalmente—. Muchos en el barrio me han oído preguntar sobre Picard; mi hermano ha hecho lo mismo por todas partes y no hemos ocultado vuestra visita; además, no teníamos ningún motivo para hacerlo. Cualquiera se ha podido enterar...

—Evidentemente...

La explicación de la bella viuda era razonable, así que intentó otra cosa:

—¿Habéis oído hablar del *Catador*?

Anne enrojeció ligeramente:

—¡Desde luego! Como todo el mundo en este barrio... ha desfigurado a más de una desdichada, aquí...

—Y ha matado a tres —le reveló Louis observándola.

—No lo sabía.

Estas últimas palabras fueron pronunciadas en un susurro. Louis incluso adivinó otra cosa. ¿Miedo, tal vez? Pero no era extraño. El *Catador* inspiraba tal terror con su guantelete de acero que desgarraba las gargantas... Louis añadió, embarazado, para tratar de salir de la trampa en la que se sentía caer:

—¿Sabíais que el *Catador* era una invención del marqués de Fontrailles? De este modo buscaba desviar la atención de la policía del asesinato de vuestro esposo. Tal vez perseguía así otro objetivo que desconozco. Ahora sé que conocía al *Catador* y que fue él quien lo hizo venir a París. Y tal vez lo haya incitado a matar y desfigurar a esas jóvenes. El *Catador* era su criatura y sus crímenes están ligados indiscutiblemente a la muerte de vuestro esposo.

Esta vez el rostro de Anne Daquin palideció intensamente y la joven pareció petrificada.

—No lo sabía —repitió en un murmullo.

Pero su voz temblaba de emoción.

Entonces la joven viuda le tomó la mano y se la apretó con fuerza. Pero su mano estaba glacial y el encanto no surtió efecto. Al cabo de un instante, Louis se liberó y se levantó. No conseguiría nada más y, sin embargo, tenía la fugaz impresión de haberse aproximado a algo importante. ¿Pero para quién? ¿Para él? ¿O para la seductora Anne Daquin?

Dejó la casa casi huyendo.

* * *

Los días siguientes los dedicó a sus búsquedas en las notarías parisinas. Poco a poco, se hizo la luz; al descubrir ciertos documentos, empezó a comprender. ¡Pero todavía le faltaban tantas informaciones!

Al cabo de unos días se confió a Julie, a la que tenía al corriente de sus búsquedas y que cada día estaba más seria y huraña con él.

—¿Crees que Pisany podría ayudarme? —le sugirió—. Picard pudo haberle hecho confidencias en el ejército. Ahora que hemos vencido, tu primo no debería tardar en volver... ¿Tienes noticias de él?

—No puedes contar con él —replicó la joven exhalando un suspiro.

—¿Por qué?

—La marquesa me ha dicho esta mañana que Mazarino ha dado orden a Enghien de seguir a los españoles y dirigirse hacia Thionville. La guerra durará todo el verano, y todavía más.

Louis hizo una mueca. Las cosas no iban bien, y Julie tenía una expresión preocupada. Al final Louis manifestó su irritación.

—¿Por qué estás disgustada? —le preguntó—. ¿Tienes algo que reprocharme?

Su expresión cambió entonces completamente y lo miró, con el rostro lleno de temor.

—Porque parece que no te has dado cuenta del objetivo que persigues...

Louis se quedó estupefacto.

—¿Qué quieres decir?

—Me has dicho que tenías la impresión de que Fontrailles se sorprendió cuando le preguntaste sobre las razones de la muerte de Daquin. Luego él pensaba que tú sabías algo, a pesar de que lo ignorabas todo.

—¿Y qué?

—¿No te pareció raro que no la tomara contigo? Está en París, y sabe que estás vivo. No tendría ninguna dificultad en matarte si quisiera.

Louis no había pensado en ello. Julie prosiguió insistiendo en su explicación:

—Ahora sabe que no has comprendido nada y por eso no ha intentado matarte de nuevo. No te arriesgues más.

»Sólo Mazarino desea que continúes buscando la verdad, y te estás acercando. He aquí tu dilema: buscas la verdad y sólo te protege tu ignorancia. El día que lo sepas todo habrás firmado tu sentencia de muerte.

Se hizo el silencio entre ellos. La mente de Louis funcionaba a toda velocidad. Julie tenía razón; sin embargo, debía de haber un medio... Finalmente propuso:

—Pero si Mazarino conserva el poder, me protegerá.

—¿Pero Mazarino conservará el poder? —replicó la joven enigmáticamente.

A partir de ese día, Louis decidió ser más prudente. Sólo salía con Gaufredi de guardaespaldas y cubierto con una brigandina, es decir, un coselete ligero formado por placas de acero articuladas alrededor de una camisa de seda; era un regalo que le había hecho Pisany unos meses antes y que ya le había salvado la vida en otra ocasión.

A finales de mes, Louis y Julie fueron unos días a Mercy. Solos. Cuando regresaron a París, el 6 de junio, la marquesa de Rambouillet los esperaba cariacontecida. Antes de darles la bienvenida, les anunció con voz sorda, casi desesperada:

—¡Vuelve Marie de Chevreuse!

Desde junio hasta mediados de julio de 1643

A principios del mes de junio se ejercieron presiones prodigiosas sobre la reina. Simplemente no podía seguir con la política de Richelieu, necesitaba darles pruebas —¡y dinero!— a sus adversarios.

El propio Mazarino era lo suficientemente flexible como para darse cuenta de que debía soltar lastre.

Desde los primeros días del mes el Consejo de Regencia ofreció, pues, la coadjutoría de París a Paul de Gondi, abad de Retz.

En París los arzobispos sólo tenían un papel honorífico y se confiaba a un coadjutor el funcionamiento del arzobispado. Dicho coadjutor se convertía a continuación en arzobispo una vez la plaza quedase vacante. El arzobispo de París era tío del abad de Retz y era una tradición que el puesto se transmitiese en su familia de tío a sobrino. La reina y Mazarino habían negado durante mucho tiempo el puesto a Paul de Gondi, y por razones diferentes: la reina se oponía porque le parecía escandaloso el papel de los coadjutores; un obispo o un arzobispo debía estar presente en su puesto, con sus fieles. Para Mazarino, las razones de esta negativa no concernían a la moral sino a la personalidad de Retz, que en el pasado había tomado el partido de los oponentes al rey. Esta razón podría no haber sido esencial; después de todo, otros opositores habían obtenido puestos más prestigiosos. Pero Retz tenía un gran defecto a ojos de Mazarino, el abad estaba dotado de una inteligencia excepcional y el cardenal había descubierto en él desde el principio a un futuro y temible adversario.

Sin embargo, y a pesar de todas sus reticencias, la reina y su ministro debieron ceder.

Su segundo grave revés fue aceptar finalmente la vuelta de Marie de Chevreuse. La reina había dudado antes de consentir en ello. Pero la presión de Beaufort y sus amigos era demasiado fuerte y la duquesa fue autorizada a regresar a París el 6 de junio, acompañada de su hermosa hija Charlotte.

Para intentar prevenir problemas futuros, Mazarino le envió un embajador y la reina un emisario.

El embajador de Mazarino era Walter Montagu, exantiguo embajador de Inglaterra en Francia y allegado de la reina Isabel. Montagu era también un viejo amigo de Ana de Austria, porque había sido íntimo de Buckingham^[33]. Pero, ya lo hemos dicho, era el hombre de Mazarino, al que admiraba sin reservas. En tanto que antiguo diplomático, Montagu no podía sino apreciar al ministro, que siempre había utilizado sus servicios en las negociaciones internacionales. Mazarino lo había elegido porque sabía que había sido —¡como tantos otros!—, amante de la duquesa de Chevreuse y por tanto la conocía íntimamente. Le envió, antes de su partida, una

fuerte suma para Marie de Rohan, esperando así comprar, si no su amistad, por lo menos su neutralidad; Montagu debería hacerle comprender que el dinero en cuestión sólo era un adelanto.

El emisario de la reina era su amigo y servidor de siempre: el príncipe de Marcillac, futuro duque de La Rochefoucauld, al que hizo recomendaciones sobre lo que debía decirle. Ana de Austria todavía apreciaba a Marie de Chevreuse, pero abominaba de sus excesos de su juventud. Ahora reinaba y no quería que la duquesa provocase ningún disturbio, dando en cambio toda su confianza al cardenal Mazarino, que dirigía solo la política de Francia.

* * *

Marcillac ejecutó fielmente las órdenes de la reina y presionó a la duquesa para que obedeciese en todo a la regente. Incluso hizo apología del cardenal, el mejor ministro que Francia había conocido.

Montagu hizo otro tanto.

Marie de Chevreuse los recibió con benevolencia, asegurándoles que seguiría sus consejos. Pero aunque los escuchó, no atendió a nada.

El 13 de junio, Châteauneuf, indultado unas semanas antes, fue autorizado a su vez a volver a París. El examante de Marie de Chevreuse, caído en desgracia y en prisión por amor, parecía no haberse enterado de nada. Una vez llegado a la capital, se puso a disposición de la diabólica duquesa, que había vuelto a su palacete de la calle Saint-Thomas-du-Louvre.

Mientras, la princesa de Condé se moría de rabia al ver que el que había condenado a su hermano Montmorency a muerte regresaba a París. De nuevo, parecían haber cambiado las tornas y Beaufort y sus amigos estaban a punto de constituir una oposición poderosa y homogénea. Anunciaron públicamente que querían el poder, todo el poder.

* * *

Durante ese mes de junio, su importancia en la Corte fue tal que la traviesa y coqueta Anne Cornuel, esposa de un cajero militar y admiradora de Mazarino —y sobre todo una de las lenguas más afiladas del palacio de Rambouillet—, los denominó los *Importantes* para burlarse de ellos, porque repetían sin cesar: «¡Tenemos un asunto importante!».

El remoquete fue retomado con éxito por el duque de la Rochefoucauld y el cardenal de Retz, y así quedaron bautizados.

Por su parte, la reina seguía cediendo y dando marcha atrás, repartiendo dinero a manos llenas, cargos y fortuna entre sus antiguos amigos, que cada día eran más

voraces y estaban más decididos a destruirla.

«La reina lo da todo», se burlaba una canción de moda.

Otros como Retz declaraban: «¡La reina es tan buena!».

Mazarino doblaba la cerviz, cedía y ocultaba sus ambiciones, pero no se rendía.

Nuevos adversarios empezaban a manifestarse contra él. El conde de Chavigny, amigo suyo desde hacía diez años, se acercaba peligrosamente a los Condé, que se hacían cada vez más ricos. En efecto, el príncipe, constatando que el poder se le escapaba, pedía —y obtenía— cada vez más dinero, rentas, posiciones, pensiones. Y con Enghien, que tenía el ejército, un segundo frente podía aparecer en el frágil reinado del joven Luis XIV.

Chavigny y su padre, junto con dos ministros del Consejo, apoyaban a la familia Condé. ¿No constituía esto un peligro real? El cardenal se confió a la reina. Ana detestaba a los Bouthillier, padre e hijo, fieles servidores de Richelieu, al que había odiado tanto, y fue fácil de convencer.

A finales del mes de junio la regente separó al padre del cargo de ministro de Finanzas. Unas semanas más tarde, el conde de Chavigny fue expulsado del Consejo. Mazarino se excusó ante él asegurándole que no había tenido nada que ver. Era la reina quien decidía todo. ¡Había hecho lo indecible para protegerlo! Amablemente, le propuso una embajada, que el otro rechazó con arrogancia.

Henry-Auguste de Brienne fue nombrado secretario de Estado en lugar de Chavigny, a quien confió el gobierno de la prisión de Vincennes.

Todos en la Corte pudieron así observar el método del presidente del Consejo, y meditar sobre ello, porque ya contaban con el precedente de Du Noyers.

Lo comparaban con las fórmulas del pasado: Richelieu había mandado arrestar, meter en prisión e incluso ejecutar a los ministros que no le eran útiles, como el pobre Marcillac. A Mazarino le bastaba separar con buenas maneras a los hombres del poder. Tras lo cual no presentaban ningún peligro. La sangre no se vertía nunca.

* * *

A mediados de junio, y a pesar del poder creciente de los Importantes, el dúctil italiano era todavía el amo incontestable del Consejo. Pero ¿por cuánto tiempo?

El 16 de junio, después de una larga espera, la duquesa de Chevreuse fue recibida por la reina, que la trató con frialdad y distancia, a pesar de las sonrisas y cumplidos prodigados en abundancia. La regente le soltó el siguiente discurso mientras la otra trataba de presentarle su plan de paz con España:

—Habéis estado con los españoles, amiga mía, ¿qué van a pensar nuestros aliados? Sería aconsejable que pasaseis algún tiempo en provincias antes de volver a la Corte...

Este deseo era una orden. Sin embargo, Mazarino prefería mantener allí a la duquesa, donde sus espías podían vigilarla fácilmente, incluso intentar sobornarla,

antes de tener una enemiga lejos de la capital. Intercedió, pues, por ella y la reina aceptó de mala gana.

Al día siguiente de ser tan mal recibida por la regente, el italiano le envió doscientos mil escudos a su palacete de la calle Saint-Thomas-du-Louvre.

Marie de Chevreuse comprendió que la partida no había hecho más que empezar y que no sería nada fácil con aquel siciliano que, sin embargo, parecía tan débil, tan impotente y tan estúpido. Tendría que reconquistar a la amiga que veinte años antes había afirmado: «Preferiría no tener hijos a separarme de la duquesa de Chevreuse».

Pero la reina había tenido hijos y los amaba por encima de todo.

* * *

Marie de Chevreuse decidió ir todos los días a presentarse ante la reina. Rápidamente su encanto —mejor dicho, su embrujo— empezó a surtir efecto. Pasaba largas horas con la regente y en cada ocasión se burlaba amablemente del italiano.

Luego, coreada por otros, se ponía a denigrarlo, a desacreditarlo y a veces a humillarlo cuando él estaba presente.

Tan reiteradas indirectas parecían dar en el blanco y cada día transcurrido se tambaleaba la posición del ministro.

En la Corte, rápidamente, la duquesa tomó posiciones. Era ella quien admitía —o rechazaba— las recompensas o gratificaciones de la reina.

Marie de Chevreuse también hacía circular, bajo su capa, unas notitas agridulces como ésta:

*Se dice que la reina es buena,
pues nunca a nadie el mal desea.
Pero, si un extranjero ordena,
no habrá quien más maldad posea.*

A principios del mes de julio la duquesa obtuvo el permiso de su amiga la regente para el regreso a París del duque de Guisa, que había sido condenado a muerte por contumacia el año anterior tras su participación en el complot del duque de Bouillon.

Guisa llegó a París el 11 de julio. Juró que no se metería en más complots y que sólo deseaba anular su último matrimonio para casarse con la señorita Pons, una dama de honor de la reina de la que estaba locamente enamorado.

Sin embargo, este hecho se iba a convertir en un instrumento más para la diabólica duquesa. Los Importantes estaban ahora al completo y en París se cantaba una cancioncilla compuesta por los amigos de Mazarino:

*Dejar virtud, seguir el vicio,
reír y hablar sin pensar antes;
no hacer al rey ningún servicio:
en eso están los Importantes.*

La guerra de los libelos estaba abierta. Una guerra de corte sutil, encantadora y espiritual. Pero en secreto los cuchillos se afilaban.

* * *

Un mes después del célebre día en que Mazarino pagaba —¡y caro!— para conseguir los favores de Marie de Chevreuse, Louis leía en su casa una larga carta de Margot Belleville describiéndole cómo iban los trabajos y pidiéndole —¡ay!— más dinero. Menos mal que podía contar con el botín de Rocroy y la recompensa del ministro.

Fuera, Gaufredi, bien pertrechado, vigilaba la puerta, temiendo por la vida de su amo desde el incidente del molino. Aun contando con esta protección, cuando llamaron, Louis abrió con una pistola de sílex en la mano a un paje que reconoció inmediatamente como miembro del servicio de la marquesa de Rambouillet.

—Mi señora os pide que vayáis rápidamente a su casa, caballero, recitó el niño entregándole una nota.

Ésta no hacía más que confirmar la petición sin ninguna otra explicación.

Ligeramente preocupado, Louis pidió a Gaufredi que lo acompañase. Se armaron hasta los dientes como solían hacer desde hacía días, cogieron sus caballos en la Grande Nonnain y se dirigieron al Louvre. El paje había ido a pie y Louis lo llevó en la grupa.

Con sus pistolas enfundadas, dos pesadas espadas españolas a la cintura, el mostacho con las puntas retorcidas y aspecto feroz, Gaufredi iba delante, con un mosquete de doble cañón en la mano y la mecha dispuesta para ser encendida. En las calles todo el mundo le cedía el paso con prevención y sobre todo con inquietud.

El buen tiempo había llegado con el verano y las calles llenas de inmundicias habían recuperado su olor infecto debido al limo fétido que las cubría, sutil mezcla de estiércol y de boñigas. En las callejuelas estrechas y sin pavimentar, debido al calor, el hedor era insoportable. El fango, espeso y pegajoso, se adhería a las patas de los caballos y a las botas de los jinetes.

Nuestros amigos desembocaron aliviados en la calle de Saint-Honoré, porque esta vía, pavimentada con adoquines de piedra, era más agradable que las infames callejuelas que habían atravesado. Por desgracia, la calle estaba, como de costumbre, atestada, incluso obstruida, por la multitud compacta de peatones, jinetes y coches que siempre circulan, aparentemente sin razón, por la capital. Y aquí, más que en otras partes, los vendedores atascaban la calle con sus puestos. Esto impedía pasar a los viandantes, que eran abordados y acosados insolentemente por los mercachifles

de todas las maneras posibles. A veces, incluso los perseguían para intentar venderles pescado, vino, fruta o incluso castañas y bellotas.

Porque en esta calle de París se mercadeaba con todo: comida, ropa y mujeres que se prostituían y vendían su cuerpo por dos cuartos.

Los dos jinetes avanzaban muy lentamente en medio de todos estos estorbos.

Intentaban no salpicar a los transeúntes más conspicuos, como los vendedores ricos o los médicos vestidos de paño negro y tocados con sombreros de alas. Debían también estar ojo avizor con sacerdotes y otros religiosos, y más todavía con los oficiales dispuestos siempre a cualquier pelea. Por galantería tenían cuidado con las burguesas con jubones seguidas por un paje o un lacayo. Y, sobre todo, intentaban no volcar los puestos de carnicería, asadores, peleteros u orfebres, a riesgo de que dichos comerciantes malhumorados, o sus dependientes, la emprendiesen con ellos.

Los nervios de los dos hombres se tensaban con el ruido permanente y exasperante de toda aquella gente que vociferaba, gritaba o cantaba atronándoles los oídos.

Gaufredi se había puesto al lado de Louis y vigilaba estrechamente aquel tumulto, acechando cualquier presencia inquietante, ya fuese un lacayo armado o un mozo de cuerda, o incluso una prostituta de navaja disimulada en el corsé.

Sin embargo, llegaron sin novedad a la calle Saint-Thomas-du-Louvre.

Allí a Louis le llamó la atención el ajetreo que reinaba en esta travesía habitualmente tranquila. Los empujones y el estruendo eran peores que en la calle Saint-Honoré. Toda la vía estaba ocupada por carrozas y coches que estacionaban de cualquier manera. Centenares de gentileshombres, magistrados y lacayos se apresuraban, se empujaban y se insultaban.

Louis constató rápidamente que no era en el palacio de Rambouillet donde se producía esta afluencia, sino delante del palacio de Chevreuse. Al acercarse descubrió que el patio del palacete estaba lleno de lacayos, caballos y carruajes.

Decididamente, muchos estaban ya seguros de que la poderosa duquesa iba a imponerse en el país y ya le hacían juramento de fidelidad, esperando conseguir de ella algunas migajas del futuro festín.

Por el contrario, el patio del palacio de Rambouillet estaba agradablemente tranquilo y vacío. Louis fue recibido inmediatamente por la marquesa en la cámara azul.

El bello rostro de Catherine de Rambouillet, habitualmente sonriente e irónico, estaba en esta ocasión ansioso y serio. Julie de Vivonne, vestida con una sencilla falda recta, llamada *devancièrre*, y una blusa con cuello, estaba junto a la marquesa, aparentemente tan preocupada como ella.

—¿Qué ocurre? —preguntó Louis sorprendido, después de haberlas saludado—. Parecéis alarmadas, angustiadas. ¿Habéis recibido una mala noticia?

—No, tranquilizaos —le respondió la marquesa retorciéndose las manos maquinalmente—. Es que debo transmitir una invitación que me disgusta

muchísimo... Pero podéis rechazarla...

Esperó un instante, buscando las palabras, y se pasó rápidamente la lengua por los labios para ocultar su vacilación.

—La señora de Chevreuse, mi vecina, mi amiga —pronunció con una curiosa inflexión esta última palabra— desea reunirse con vos.

—¿La señora de Chevreuse? ¿Pero cuándo? ¿Y por qué?

Louis sorprendió la mirada turbada de Julie.

—¡Inmediatamente! —replicó la marquesa—. Me ha dicho que, tan pronto llegaseis aquí, os recibiría en cualquier momento. Parece un gran honor, porque muchos príncipes esperan horas en su antecámara para verla —añadió la marquesa de Rambouillet con un mohín de ironía—. Me habéis preguntado por qué. No lo sé, pero la conozco bien y estoy más que preocupada.

—Pero hay un barullo tremendo delante de su casa; si me presento ahora, ¿cómo hago para lograr que los lacayos me introduzcan?

La marquesa hizo un gesto con la mano:

—Hay un pasadizo entre nuestros palacios. Os conduciré allí personalmente y entraréis directamente en sus aposentos. Ya os lo he dicho, os espera...

Louis estaba al mismo tiempo pensativo, confundido y dubitativo. Para Marie de Chevreuse él no era nadie, ¿y cómo diablos sabía de su existencia? Interrogó a Julie con la mirada, sin saber qué decisión tomar.

—No vayáis, Louis —le respondió la joven demudada—. Tengo un terrible presentimiento.

Su rostro afligido estaba blanco como el mármol. La marquesa cogió las manos de la joven —que estaban heladas— para intentar reconfortarla.

—En realidad, caballero, yo no comparto el punto de vista de Julie. Aunque quisiera haceros daño, Marie sabe que estáis en mi casa y no intentará nada contra mí. Creo que podéis escucharla sin correr peligro inmediato. Y con ella, más vale saber que quedarse en la duda. Simplemente, sed prudente. Y no olvidéis que estáis al servicio del rey.

Louis miró a las dos mujeres. Debía tomar una decisión. Le pareció que la marquesa era la más razonable. ¿A qué se arriesgaba en medio de la multitud que se agolpaba en el palacete de los Chevreuse?

—¡De acuerdo!, vamos —se oyó decir.

Julie se sentó en una silla en una especie de postración. Estaba al borde de las lágrimas y no le hizo caso a Louis cuando se acercó a ella. Pero la marquesa ya le hacía una seña para que la siguiese. Obedeció, abandonando a Julie mientras la marquesa de Rambouillet lo conducía por un laberinto de pasillos y escaleras hasta una pesada y siniestra puerta de nogal.

Aquí la marquesa se paró y se volvió hacia él. Louis notó que se mordisqueaba ligeramente los labios.

—Louis, debo advertiros. Marie de Chevreuse es la mujer más hechicera, bella,

atrayente y deseable... y la más peligrosa de Europa. Parece un ángel, pero es un demonio. Hace lo que quiere con los hombres. Estad alerta y no creáis *nada* de lo que os diga.

La marquesa se detuvo un instante.

—Como Circe, utilizará todas sus armas contra vos. ¡Resistid!

Luego abrió la puerta con una llave.

Justo detrás se hallaba un lacayo con librea del palacete de Chevreuse. ¿Cuánto tiempo llevaría allí esperando?, pensó Louis. Sin decir una palabra, la marquesa lo dejó pasar y cerró la puerta con llave tras él.

* * *

Louis examinó el lugar. Se encontraba al principio de una larga y ancha galería bordeada de banquetas en las cuales esperaban sentadas personas de calidad.

El lacayo, de rostro imperturbable, debía de tener indicaciones precisas. Le hizo una seña a Louis para que lo siguiese hacia una inmensa puerta acristalada en mitad del pasillo. Llamó; luego, respetuosamente, lo hizo pasar.

Reunidos allí, se hallaban varios personajes que Louis no conocía; vestían todos lujosamente y llevaban la cara llena de afeites. Rodeaban con deferencia a una extraordinaria beldad —a Louis le pareció muy joven, aunque ya pasaba de los cuarenta^[34]— vestida con un espléndido traje carmesí, de cuerpo tan escotado que su denominación de *atrayernte* era más que acertada. Llevaba los bucles de su cabellera peinados hacia atrás.

Louis no la había visto nunca pero la reconoció fácilmente.

En la pared, ante de él, se encontraba el famoso cuadro de Claude Deruet que la representaba de Diana cazadora.

Era Marie de Chevreuse.

Todos dejaron de conversar al verlo entrar. Y todos lo miraron con insolencia y arrogancia.

—El caballero de Mercy, anunció el lacayo en tono neutro.

Marie de Chevreuse arrugó imperceptiblemente la frente, haciendo aparecer varios encantadores hoyuelos en su rostro; luego, con voz clara y cautivadora, ordenó a sus invitados:

—Señores, ¿podéis dejarme a solas un instante? Si queréis esperarme en el saloncito...

Salieron todos, obedeciendo sin sorpresa y sin hacer comentario alguno las órdenes de quien consideraban ya futura ama de Francia.

Una vez a solas con Louis, la duquesa se sentó en un sofá y le hizo una seña para que se sentase a su lado, lo que Louis hizo con cierta reticencia e inquietud. Ella advirtió su turbación, le dirigió una nueva sonrisa incitadora y se acercó a él.

—Caballero, me han hablado maravillas de vos...

Su voz era grave y cálida.

—No lo merezco —farfulló Louis.

Entonces la duquesa lo miró largo rato en silencio, con una sonrisa burlona en los labios, pero su mirada parecía insondable. Luego, con una voz muy dulce, prosiguió cogiéndole las manos:

—¿No os doy miedo, al menos?

No esperó respuesta y continuó:

—Iré al grano. Creo que estáis con el cardenal.

—Os han informado mal, señora —protestó Louis—. Estoy con el rey... Como vos, creo...

La duquesa frunció imperceptiblemente el ceño. Esta respuesta no le gustaba. Louis vio entonces las minúsculas arrugas que surcaban su rostro. La duquesa estaba muy maquillada, pero no era tan joven como parecía.

En una fracción de segundo se recuperó y cambió la expresión de su rostro. Una sonrisa encantadora dejó ver unos magníficos dientes nacarados. Le soltó las manos e hizo un ligero movimiento con las suyas, como para confirmar lo que iba a decir.

—Por supuesto, yo también estoy con el rey... y con la reina. Hemos nacido para entendernos...

Se interrumpió un instante, mordisqueándose los labios con un gesto encantador.

—El cardenal es un gran ministro al que aprecio mucho, pero... me temo que nos abandonará muy pronto. Me han dicho que tenía numerosos asuntos familiares que resolver en Italia —con esta evocación, la duquesa manifestó ostensiblemente su tristeza—. Y el señor Châteauneuf podría convertirse en primer ministro.

Bajó los ojos y movió la cabeza.

—Los que persiguen la gloria del cardenal se arriesgan a quedarse solos. Pensad en ello.

De nuevo, la duquesa alzó los ojos para mirar a Louis e impedirle que mirase hacia otro lado.

—Por mi parte, necesito hombres como vos, hombres de acción, pero también de pensamiento. Me han dicho que sabéis muchas cosas y que tenéis talento para deducir muchas más... Que incluso el duque de Enghien os admira... El señor Châteauneuf os necesitaría.

—Han exagerado mis virtudes, señora —replicó Louis con sencillez.

La duquesa se quedó perpleja. ¿Quién se creía que era este notario? Le proponía la fortuna, un cargo, ¿qué más quería? ¿Meterla en su cama? Prosiguió con un tono más rápido para recalcar su impaciencia:

—En absoluto. En resumen, os ofrezco un puesto en mi casa. Y para que os unáis a mí os daré cien mil libras. En el acto. Conmigo vuestro futuro está asegurado. También le daré una dote a vuestra futura esposa que, según me han dicho, es la sobrina de mi amiga la marquesa de Rambouillet. ¿Qué me respondéis?

Louis, que hasta ese momento estaba embotado, se quedó anonadado. Semejante

proposición no podía ser rechazada. Y cien mil libras era una fortuna que le permitiría establecerse. No, no podía declinar la oferta y vaciló un instante, completamente hechizado, a pesar de lo que le había dicho la marquesa.

Notando que se ablandaba, Marie se acercó a él con una curiosa expresión. Añadió con voz ronca:

—Sé recompensar a los que me sirven, caballero, no tenéis más que pedir... Podéis tenerlo todo de mí... Ahora, si lo deseáis...

Le cogió de nuevo las manos. Se hizo el silencio durante un largo rato. Marie lo miraba en ese momento como quien compra un caballo y lo va a probar. Esto disgustó a Louis. Con dificultad, volvió a hablar:

—¿Debería servirlos como el marqués de Fontrailles?

Entonces las manos de la duquesa fueron traspasadas por un frío glacial, se soltó y se apartó ligeramente. Su mirada había cambiado y en ella sólo se veía la maldad.

—Fontrailles no es mi amante, señor. Es un amigo, y nada os impide serlo vos también.

El encanto había pasado. Louis ironizó:

—¿Yo? ¡Amigo del marqués de Fontrailles! ¡Dios me libre!, prefiero ser su enemigo. Es más prudente.

Louis le dirigió una mirada seca sacudiendo la cabeza.

—Debo reflexionar, señora. Ante tanto honor y tanta fortuna, no sé si podré satisfaceros suficientemente y cumplir mi cometido.

El rostro de la duquesa se volvió liso e impenetrable como el mármol. Murmuró mirando detrás de él:

—Decidíos rápido, señor, la partida ha empezado...

Luego la duquesa se levantó con una expresión malvada que cambió enseguida. Pero su sonrisa forzada ocultaba mal sus sentimientos y Louis tuvo miedo.

Con un estremecimiento, se levantó a su vez para inclinarse con toda la deferencia que pudo imprimir a su saludo. Marie pareció satisfecha y movió la cabeza sin expresión alguna. Se abrió la puerta detrás de él. El criado debía de haber sido advertido, Dios sabe cómo, de que la entrevista había terminado. Y mal.

Louis salió con la impresión de abandonar el antro de Circe.

Acababa de ver un demonio hembra. Se secó la frente con el pañuelo, siguiendo maquinalmente al lacayo. No salieron por donde habían entrado, pero Louis no era consciente de ello. De repente, se encontró solo en el patio del palacete.

En el lugar había un tremendo ajeteo de lacayos, cocheros, gentileshombres, burgueses, magistrados u oficiales. Todos esperaban una hipotética audiencia con Marie de Chevreuse o al menos con uno de los oficiales de la casa. Algunos estaban allí simplemente para rendir honores, juramentos de fidelidad o para esperar órdenes.

Louis, desconcertado y contrariado por la penosa discusión que acababa de tener, atravesó aquel tumulto con la mirada perdida sin prestar atención. Sin embargo, por casualidad, sus ojos se fijaron repentinamente en una silueta que conocía y nunca

hubiera debido encontrarse allí.

Se detuvo un segundo, sintiéndose dolorosamente traicionado y al mismo tiempo horrorizado hasta la náusea pensando en las consecuencias que implicaba la presencia de la persona que acababa de ver.

Luego, intentando disimular su turbación, apresuró el paso hacia el palacio de Rambouillet. Tenía que regresar allí rápidamente o era hombre muerto.

En el palacio se encontró con Gaufredi, que lo esperaba en el patio. Al ver a Chavaroche, con quien el viejo reitre discutía, pidió al intendente de la marquesa que le presentase sus excusas, a ella y a Julie. Volvería a verlas rápidamente, pero ahora tenía prisa.

No podía adivinar que no volvería a ver a su prometida durante varias semanas.

Se fueron en silencio. Louis miraba regularmente hacia atrás para ver si los seguían. ¿Lo habría visto la persona que había reconocido en el palacete de Chevreuse? ¿Alguien más habría sorprendido su mirada? ¿Cómo saberlo? Si era así, su vida estaba en peligro.

¿Qué debía hacer? ¿A quién confiarse?

* * *

Pero dejemos a Louis con sus problemas y volvamos un momento al palacete de Chevreuse, unos segundos después de su partida.

Marie de Chevreuse no estaba satisfecha con el giro de los acontecimientos. Conocía suficientemente a los hombres para saber que éste no le pertenecería jamás. Tenía por costumbre responder cínicamente cuando le preguntaban cómo era capaz de convencer tan fácilmente a los hombres: «Sólo tengo que dejarles tocar mi pantorrilla en la mesa».

Esta vez se daba cuenta de que Fronsac no se convencería, le dejase tocar su pantorrilla o más arriba. ¡Sin embargo, estaba dispuesta a ello! Y el dinero tampoco lo había tentado. ¡Demonio de hombre! Se dirigió hacia un saloncito donde la esperaban sus amigos y abrió la puerta, dirigiéndose a un guapo joven de cabellos rubios:

—Beaufort, ¿podéis venir un instante? Y vos, señor Montrésort, ¿podéis ir a buscar a Fontrailles? Seguramente está en el palacio.

Su voz era entrecortada y nerviosa.

El duque de Beaufort la siguió con deferencia. Le contó en pocas palabras su entrevista.

—El tipo es constante. No quiere dejar al cardenal. Es fiel, me gusta —aseguró el hijo de Vendôme con un acento de carretero parisino—. Sí, me gusta mucho... No es como los otros, dispuesto a venderse por casi nada.

—Decididamente, Beaufort, nunca entendéis nada —le soltó la duquesa con tono despectivo—. No tenemos que atender a la fidelidad, a la rectitud ni a la probidad.

Fronsac sabe muchas cosas. Tiene los medios para mandar detener a Fontrailles. Si descubre más cosas, nos encierran en la Bastilla o algo peor... Maese Guillaume, el ejecutor de la alta justicia, estaría encantado de que cayésemos entre sus manos...

—Fronsac sabe más de lo que vos creéis —dijo una voz ronca y siniestra.

Se dieron la vuelta.

Un enano horrendo acababa de entrar en la estancia. Su rostro repelente dejaba ver una sonrisa irónica e inteligente desgraciadamente estropeada por una nariz chata, unos ojillos brillantes hundidos en sus órbitas, una boca deforme llena de dientes rotos y una piel blancuzca marcada por la viruela. Sus ropas eran lujosas, llevaba un traje de seda azul oscuro adornado de cintas multicolores. La combinación de su físico repugnante y su elegante vestimenta no le confería un aire ridículo, sino un aspecto temible y espantoso.

Louis d'Astarac, marqués de Fontrailles, se consideraba en su casa en el palacete de la duquesa, a quien tantos servicios había prestado. Habló con su tono estridente, mezcla de burla y maldad:

—En el patio, Fronsac reconoció a alguien con quien no debería haberse cruzado. Yo estaba asomado a una ventana y lo observaba. Fue un error haberlo dejado pasar por allí. Un error que le va a costar... la vida... Por otra parte, siempre he dicho que teníamos que desembarazarnos de él.

—¡No somos asesinos, señor! —se alteró Beaufort, mirándolo de arriba abajo con un desprecio no exento de temor.

Marie de Chevreuse los miró alternativamente, con una mirada vacía, insondable, espantosa. Luego dijo:

—¡Matadlo! Rápido.

Del 17 al 31 de julio de 1643

El pequeño apartamento de la calle des Blancs-Manteaux parecía una fortaleza. Gaufredi había cerrado la puerta de entrada para instalarse en una silla, con su pesada espada española al alcance de la mano. Jacques Bouvier —al que habían ido a buscar— ocupaba el cuartucho de Nicolas y había llevado con él el equipo de una pequeña compañía de guerra. En cuanto a Louis, se había retirado a su habitación. Estaban dispuestos a mantener un sitio.

Sobre un cofre, una decena de mosquetes cargados estaban listos para encender las mechas. En la mesa, otras tantas pistolas. En resumen, había armas por doquier.

Louis los había prevenido de que era probable un asalto de sus enemigos y que tal vez ocurriese de noche. Les había asegurado que ahora ya lo sabía casi todo del complot de Fontrailles, pero no les había desvelado qué era ello.

Mañana, pensaba tumbado en su cama, iría a ver a Gaston y, juntos, visitarían a Mazarino. Sólo Louis podía sacarlo de la trampa en la que había caído estúpidamente. El cardenal ahora estaba en condiciones de arrestar a todos sus enemigos porque Louis tenía las pruebas necesarias.

Pero quizás sus enemigos habían adivinado también que lo había comprendido todo.

Las ventanas habían sido atrancadas por tablones y la pieza estaba a oscuras, tenuemente iluminada por humeantes velas de sebo.

Sin embargo, todavía era de día y la calle estaba animada. La iglesia de los Blancs-Manteaux acababa de dar alegremente las nueve cuando oyeron una carroza detenerse delante de la casa. Louis se levantó de la cama. El cochero del vehículo seguramente había subido las cadenas para poder entrar en la calle, así que debía de llevar a un personaje importante.

Atraído por el ruido, Gaufredi vigilaba por una grieta entre dos tablas de madera de la ventana del salón. Le hizo una seña a Louis para que mirase a su vez: un hombre bajaba del vehículo acompañado por un solo lacayo. El visitante se dirigió a la calle de donde partía la escalera que llevaba a casa de Louis y lo perdieron de vista.

Gaufredi llamó suavemente a Bouvier. Se acercaron y se quedaron quietos, con las armas en la mano, en un rincón cerca de la puerta.

Al cabo de un instante llamaron a la puerta.

—¿Quién sois y qué queréis? —gritó Louis, con la voz quebrada por el miedo.

—Soy François de la Rochefoucauld, príncipe de Marcillac. Vengo a hablar con el caballero de Fronsac.

Louis levantó una tranca, abrió dos cerrojos y entreabrió la puerta con prudencia. Gaufredi y Bouvier lo protegían en las jambas de la puerta.

Un hombre elegante, de baja estatura pero bien proporcionada, se hallaba en el

rellano. Estaba solo.

Louis lo invitó a entrar. Su visitante tenía el rostro ligeramente abultado con rasgos prominentes, una nariz demasiado ancha y labios gruesos y hundidos. Lucía un fino mostacho oscuro que, curiosamente, hacía franco y atractivo su rostro un tanto vulgar. Pero una mirada indecisa —¿o de tristeza?— limitaba de todos modos la sinceridad.

El visitante los miró alternativamente, fijando en cada uno sus ojillos negros, enigmáticos.

—Veo que os protegéis... —observó escuetamente.

Louis no respondió y cerró la puerta cuidadosamente.

—... Y hacéis bien —prosiguió el príncipe de Marcillac—. ¡Hum! No sé por dónde empezar... Vos apenas me conocéis... y sin embargo yo he oído hablar de vos...

El hombre mostraba ahora un rostro huraño y francamente contrariado. Louis lo invitó a sentarse con un gesto, lo que aceptó de buen grado. Eligió un sillón de alto respaldo, el mejor de la casa, y examinó el lugar. Las velas apenas iluminaban los rostros de sus anfitriones, pero podía darse cuenta de que eran feroces, si no hostiles.

Algo desconcertado, prosiguió sin mirar a nadie en particular, como en un soliloquio:

—Actualmente se traman grandes empresas en la Corte. Quizás no lo sepáis, pero desde hace días soy partidario de la reina, aunque sólo aprecie moderadamente al cardenal... también soy amigo de la señora de Chevreuse y fiel a monseñor de Enghien...

Se calló un instante, cerrando los párpados, como si meditase sobre tal exceso de amistades. Finalmente, prosiguió algo más animado:

—... Es difícil... Todos son amigos míos, muy íntimos... y sin embargo se odian entre ellos...

Se detuvo un instante, con la mente en otro sitio; parecía haber olvidado por qué estaba allí. Miró brevemente los brazos de su sillón cuya extremidad representaba una cabeza de león. Los acarició un momento, melancólico, y luego continuó:

—... y entre mis amigos, alojo a varios en mi palacete, aunque a veces no apruebo su conducta. Uno de ellos es el señor de Fontrailles...

Louis palideció y su corazón se puso a latir muy deprisa. Marcillac prosiguió sin notar la turbación de Fonsac.

—... Vive conmigo, con algunos de sus camaradas, entre otros con el conde de Montrésor. Hoy, por desgracia, sorprendí su conversación. Han planeado, con la ayuda de unos cincuenta truhanes, venir a mataros a vuestra casa esta noche. Os he contado todo lo que sé y simplemente vengo a advertiros, porque no quiero ser responsable de vuestra muerte.

Louis se volvió hacia Gaufredi y Bouvier, que no habían abierto la boca.

—Estamos armados y la plaza será difícil de tomar —replicó fríamente el reitre

atusándose el mostacho.

El príncipe de Marcillac lo miró un instante, pareciendo reflexionar sobre la pertinencia de la respuesta. Tras lo cual, se explicó:

—Son cincuenta... tienen escalas. Atrancarán la calle y no podéis esperar ninguna ayuda de la patrulla.

—Las ventanas están protegidas.

Gaufredi abrió una cortina, mostrando los tablones clavados en los bastidores.

El príncipe movió la cabeza con tristeza.

—En caso de dificultad, tienen minas y harán saltar la casa y a sus ocupantes... tal vez las casas vecinas. Probablemente habrá muertos, incendios... una carnicería. No quieren cogeros vivos.

Esta vez Gaufredi no replicó y Louis apretó los puños. ¡Estaban perdidos! Fronsac suspiró.

—¿Qué me aconsejáis? ¿Debemos huir?

—Os encontrarán... La orden viene de la duquesa Marie. No, ya he pensado en ello... Sólo hay un lugar en París donde estaréis seguros, allí no se atreverán a atacaros. Vengo de ese sitio. Fui a preguntar si os podían acoger...

—¿Y cuál es ese lugar?

—El palacete de Condé —replicó François de la Rochefoucauld con vigor—. Es inexpugnable y todo el personal está a las órdenes del príncipe. Allí no arriesgáis nada. Henry de Condé quiere cederos alojamiento durante tiempo ilimitado...

¿Era una trampa?, se preguntó Louis. Pero era poco verosímil, concluyó. La rectitud y el honor del príncipe de Marcillac eran *vox populi*. Y también era cierto que el palacio de Condé era una fortaleza dotada de un personal fiel a la familia principesca. Se acordaba de una anécdota que Julie le había contado: el cardenal Richelieu había introducido un espía en el palacio para vigilar a Enghien. Cuarenta y ocho horas más tarde encontraron al espía degollado ante el palacio del cardenal.

Se produjo una pausa reflexiva que Fronsac rompió para hacer la siguiente pregunta:

—¿Por qué actuáis así, señor? Yo no soy nada para vos.

No hubo respuesta inmediata. Y luego, La Rochefoucauld rompió el silencio:

—No lo sé... tal vez porque os estimo... tal vez para ayudar a la reina, que ama tanto a Mazarino. Tal vez porque la duquesa de Chevreuse está equivocada. O también por la hermana de Enghien, a la que admiro, aunque no pueda ganar su corazón. O tal vez, simplemente, porque os vais a casar con la prima de mi mujer.

Se interrumpió de nuevo, sumido en sus pensamientos, luego prosiguió, dando la impresión de hablar para sí mismo:

—Hay una intriga contra el cardenal Mazarino, pero sobre todo contra la regente. ¿Los autores? —suspiró—. Ya les llaman los Importantes y propagan por todas partes las virtudes imaginarias del señor de Beaufort y sus amigos. En realidad, sus intereses son bien diferentes. Sé que Fontrailles quiere una república y que Beaufort sólo desea

gobernar a la reina metiéndose en su cama. Creo, no, estoy seguro, que no quiero implicarme en eso...

Por último, añadió con tono fatigado:

—... Me repugnan los asesinatos y lo que hace en este momento mi amigo Louis d'Astarac.

Louis miró a Gaufredi, que movió la cabeza en señal de conformidad. Luego se decidió.

—Muy bien, señor, os acompañaré a casa del señor de Condé. Gaufredi, Bouvier, dejad la casa e id al despacho. Aquí no encontrarán a nadie. ¡Para que lo comprueben, dejaréis todo abierto!

Partieron sin demora.

El viaje, interminable, se hizo en silencio en la carroza del príncipe. El palacio de Condé estaba en la orilla izquierda, en el emplazamiento actual del teatro Odéon. Las únicas huellas que quedan hoy son la calle del Príncipe y la calle de Condé, a las que daba el palacete. El edificio había sido construido por el duque de Retz, unos treinta años antes, sobre un terreno lindante con los fosos de las antiguas fortificaciones de Felipe Augusto. La calle del Príncipe se llamaba entonces de los fosos de Saint-Michel, antes de que Condé comprase el palacio, y ahora se llamaba la calle de los fosos del Príncipe.

Marcillac dormitaba y Louis trataba de recordar todo lo que sabía sobre los Condé para evitar cometer una torpeza en el palacio. Sabía que era uno de los más amplios y fastuosos de París. Que el príncipe tenía muy mala reputación —era un hombre libertino, despreciable, codicioso, miserable y malvado—, pero su esposa era tenida en gran estima en la Corte y estaba muy cercana a la reina. Recordó que sus esponsales tal vez hubiesen sido el origen de la muerte del rey Enrique. En efecto, treinta y cinco años antes, el Viejo Verde se había enamorado de Charlotte-Marguerite de Montmorency, entonces una joven de quince años. Para mantenerla a su lado, la había casado con el hijo de su primo Condé, un homosexual y depravado notorio del que todo el mundo decía que era fruto de los amores adúlteros de su madre con un paje. De este modo, pensaba el Viejo Verde, nadie le reprocharía nada si seducía a la bella Charlotte-Marguerite.

Para su desgracia, el joven príncipe, que sólo amaba a los hombres, se enamoró de su esposa y huyó con ella a Bruselas. Loco de rabia, el rey había declarado la guerra para recuperar a la bella joven que se le escapaba y que consideraba de su propiedad.

Ravaillac había puesto fin a la aventura, pero muchos decían que había sido María de Médicis, la esposa del rey, muy preocupada por su propio futuro, quien había armado el brazo del asesino, porque, como era habitual en él, Enrique proyectaba un divorcio para el príncipe y un nuevo matrimonio con la bella Charlotte-Marguerite.

Tras la muerte de Enrique IV, Henry de Condé había vuelto a la Corte y había

conspirado contra el joven rey. En prisión concibió a su primer hijo —muerto en el parto— con su esposa en la celda. Y ahora su esposa, Charlotte-Marguerite, era una de las mejores amigas de la reina y de la marquesa de Rambouillet. Procedente de la estirpe de los Montmorency, Charlotte-Marguerite estaba todavía más orgullosa de su nombre y su origen que los Condé. Recordaba que los Montmorency llevaban el título de «primer barón cristiano de Francia». La infame muerte en el cadalso de su adorado hermano, tras su pueril rebelión contra el cardenal, la había afligido terriblemente. Seguía clamando venganza contra Châteauneuf, el ministro de Justicia de la época, y había convencido a su esposo para que luchase sin piedad contra la señora de Chevreuse, que pedía que el anciano ministro volviese al poder. Es cierto que semejante combate también interesaba al príncipe.

Sin embargo, el príncipe de Condé había dejado de conspirar desde hacía un tiempo. Se había acercado al rey y al cardenal después de haber comprendido que era más ventajoso estar en el partido de los vencedores. Por otra parte, ¿no corrían rumores de que se había beneficiado de la muerte de su cuñado al recuperar la mayor parte de sus bienes?

Ahora Condé era rico, y sobre todo había preparado y educado a su hijo para ser el futuro rey de Francia. Ésa era la razón de que a Beaufort y a su camarilla les molestasen sus ambiciones, aparte de que el hijo de Vendôme y el suyo eran opuestos en todo: el uno guapo, tonto e iletrado; el otro feo, brillante y erudito.

—Hemos llegado —dijo Marcillac, sacando a Louis de sus meditaciones.

En efecto, acababan de entrar en el patio del palacete. Bajaron del coche, y el príncipe, escoltado por lacayos, los guió hacia un gran salón. Aquí todos lo conocían y los criados se inclinaban a su paso.

Llegados a la amplia pieza, espléndidamente amueblada y decorada, esperaron en silencio. Al cabo de un buen rato, el príncipe de Condé entró.

Henry de Condé era de mediana estatura, pero estaba encorvado como un viejo. Llevaba un traje de paño de Holanda, demasiado simple, sucio y gastado. La camisa, que asomaba de su jubón desabrochado, aparecía llena de manchas. Estaba mal afeitado, tenía los ojos rojos e irritados, el pelo grasiento, la nariz aguileña... su aspecto no era nada atrayente y, desde luego, no inspiraba respeto.

Sin embargo, sería superficial limitarse a su aspecto. Aunque el padre del duque de Enghien era desaliñado, sucio y avaro, también era feroz, inteligente, con una capacidad de juicio asombrosa y sobre todo con una habilidad poco común. El príncipe de ninguna manera debía ser subestimado.

Al haber sido durante toda su vida acallado y espiado por Richelieu, había puesto sus ambiciones y esperanzas en su hijo, al que había educado para que un día se convirtiese en rey de Francia. Y aunque había aceptado alojar en su casa a un fugitivo perseguido por sus enemigos, no había sido por compasión —esa palabra no existía en su vocabulario—, sino porque proteger a ese hombre, a Fronsac, podría hacer avanzar sus asuntos.

Se dirigió muy secamente a Louis mirándolo con sus desagradables ojillos enrojecidos.

—He aceptado recibiros y protegeros, señor, porque el señor Marcillac, amigo de mi hijo y de la reina, ha insistido en ello. Me ha parecido comprender que los matones de Vendôme y de la señora de Chevreuse os persiguen, y en esas circunstancias sólo podéis serme simpático —hizo un desagradable gesto sardónico, mostrando unos dientes negros y picados—. Sé que conocéis a mi hijo y que os estima. Sin embargo, en este momento no estoy en condiciones de oponerme abiertamente... a los Importantes.

Se interrumpió un momento para observar a Louis con los párpados semicerrados. El silencio era ominoso. Louis no se atrevía a hablar, temiendo que el príncipe rechazase finalmente ocultarlo.

—Debo poner ciertas condiciones para alojaros en mi casa. Me daréis vuestra palabra de no salir del palacio. Incluso preferiría que permanecieseis en el piso en el cual os alojaréis. Allí hay una enorme biblioteca donde encontraréis lectura para pasar el rato. Podéis escribir a vuestros allegados, pero de ninguna manera decirles dónde estáis. Está en juego vuestra seguridad y sobre todo la mía —nuevo rictus—. No podréis recibir visitas ni cartas. Cuando mi hijo vuelva de campaña, sin duda el mes próximo, tomaremos juntos una decisión definitiva para vos.

—Acepto y os estoy muy agradecido, monseñor —correspondió Louis, ligeramente alarmado por las últimas palabras del príncipe.

Sabía perfectamente que sólo era un peón en una partida que estaba por encima de él y que el príncipe no dudaría en sacrificarlo si fuese necesario para su victoria final.

—Os alojaréis al final del primer piso, al lado del jardín, y tendréis a vuestra puerta un lacayo a vuestra disposición. Mi nuera se aloja también en esta parte del palacio y acaba de dar a luz, de modo que no os asombréis si oís el llanto de un niño. Hasta la vista, señor, y vos, Marcillac, acompañadme. Tenemos que hablar.

Dejó la pieza bruscamente, seguido de François la Rochefoucauld, que se despidió de Louis con un gesto amistoso.

Un lacayo condujo a Fronsac a su habitación. Estaba en el extremo del primer piso, en un ala transversal. El criado le explicó que las dependencias del príncipe y la princesa daban a la fachada del palacio. En las alas estaban las dependencias de los tres hijos. La mayor era la del duque; estaba actualmente ocupada por su esposa Claire-Clémence y sus doncellas. Una estancia más pequeña, en el otro extremo, la del príncipe de Conti, y las dependencias de Geneviève de Borbón estaban vacías desde su boda con el duque de Longueville.

A Louis le habían asignado una habitación en estas dependencias, donde también comería. En este mismo piso había una amplia biblioteca, que podría utilizar, añadió el criado. Para su información, en la planta baja se ubicaban los comedores y las salas de recepción, y los desvanes correspondían a los oficiales de la casa. Los sobradillos

y los graneros estaban destinados a los criados.

El lacayo también le indicó cómo situarse, porque el palacio era inmenso con sus dos grandes alas, pero le recordó que el príncipe había ordenado que se quedase en las dependencias de su hija la duquesa. Todos creían que estas dependencias estaban vacías y por esa razón no le habían dado una habitación en los graneros, ya que alguien podría verlo.

La pieza que le habían reservado a Louis era de proporciones generosas y, en el centro, lucía una hermosa mesa de nogal con las patas torneadas en balaustre. También había varios sillones rectos tapizados con una tela carmesí con dibujos de conchas. En las paredes colgaban pesados tapices de Flandes. Por último, una inmensa cama de dosel de altos pilares ocupaba una esquina de la pieza. En el suelo, una gran alfombra de seda turca ocultaba el piso barnizado. A la derecha de la puerta—Louis nunca había visto nada tan grande y tan bellamente decorado—, una hermosa fuente de cobre rojo, llena de agua fresca, estaba pegada a la pared por un soporte de nogal encerado. Un pequeño excusado contenía los cubos para el agua que se hubiese utilizado. También había un gran armario.

Louis, que había llevado un maletín con dos camisas, se sentó y fue pasando el tiempo.

* * *

Cada día un criado le traía la comida a una hora fija; se llevaba su ropa sucia y le traía la limpia. Por las mañanas, cuando se despertaba, encontraba en el excusado todo lo necesario para su aseo, además de agua caliente, así como un copioso desayuno en la mesa.

Lo trataban como a un rey, pero estaba aislado y fuera del mundo. Ningún criado o ayuda de cámara lo atendía. Cuando quería salir, encontraba a un lacayo en el rellano, delante de su puerta, que lo acompañaba en silencio.

Durante sus cortos paseos descubrió una extraña máquina que había mandado instalar la princesa: era una silla de manos colocada en un transportador vertical y provista de contrapesos. Una vez que alguien se sentaba en su interior, un lacayo enganchaba un peso suplementario y la silla subía rápidamente al piso deseado. El palacio, le explicó una vez el criado, estaba lleno de inventos curiosos, ya que a la princesa le encantaban todas las novedades.

El resto del tiempo, Louis se asomaba a la ventana y su mirada se perdía en el jardín.

* * *

Mientras Louis estaba recluido, la duquesa de Chevreuse tejía su tela de araña y

aseguraba poco a poco su dominio sobre la reina. Después de haber pasado unas semanas burlándose del primer ministro, primero con una amable ironía, luego cada vez más pérfidamente, ahora atacaba su política y demostraba a la regente que la diplomacia del siciliano no difería en nada de la del terrible Richelieu.

Era —aseguraba— una política nefasta para Francia y humillante para España. Por otra parte, recordaba todos los días a la regente que era la hermana del rey de España.

Mazarino daba rodeos, sabía que la situación se le escapaba de las manos y no dudaba en humillarse ante la duquesa, incluso en público.

Ésta no lo sabía, pero Mazarino seguía su precepto habitual: «Todo arreglo es fácil si se puede pagar con dinero».

Así que le ofreció a la diablesa doscientos mil escudos. Además, le pedía consejo con regularidad, escuchando sus sugerencias con muchísima atención, o al menos, eso parecía.

Pero cuanto más trataba de conseguir, si no su amistad, al menos una benevolente neutralidad, más lo rechazaba, lo humillaba y lo maltrataba Marie de Rohan, segura de sí misma y del control que ejercía sobre la reina.

Finalmente, se entrevistó con ella en privado y le preguntó qué quería.

—¡Todo! —le respondió con insolencia—. Todo: Châteauneuf de primer ministro, los Vendôme en el Consejo, mis amigos en todos los puestos clave, el regreso de Du Noyers, la alianza con España. Que os marchéis para Italia...

Mazarino respondió meneando la cabeza que eso era mucho y que tenía que reflexionar.

Nunca su posición había sido tan precaria. Sin embargo, no sabía lo que le esperaba. Durante los últimos días del mes Marie modificó su campaña de libelos contra el ministro. Contó que era el amante de la reina, como Concini lo había sido de María de Médicis. La regente —explicaba— debía separarse de él, si no Mazarino correría la misma suerte que el otro italiano, a quien el joven rey había matado.

A menudo, Ana encontraba en su propia habitación textos indecentes como éste:

*Los huevos de Mazarino,
no trajinan sin destino,
con los golpes que él arrea,
Corona se menea.*

Semejantes afrentas hacia la madre del rey eran gravísimas; sin embargo, no alcanzaron su objetivo. Ana de Austria, furiosa contra estos chismes y contra los que los difundían, se acercó todavía más a su ministro, y tal vez fue en ese momento cuando se convirtió en su amante.

Las tres primeras semanas de agosto

Claire-Clémence, la esposa del duque de Enghien, acababa de instalarse confortablemente en un sofá de la agradable biblioteca que tanto le gustaba. Era su primer día de verdadero reposo tras el difícil parto que había tenido ocho días antes y que había estado a punto de matarla.

Ahora tenía el corazón lleno de orgullo y satisfacción. Despreciada y separada por la familia de los Condé, que sólo la habían aceptado por la dote —¿el tributo? ¡que pagaba su tío Richelieu!—, considerada por estos aristócratas arrogantes y pretenciosos una estúpida campesina, acababa de dar un heredero a la rama menor de los Borbón.

El duque de Albret, su hijo, era un enorme bebé que tal vez algún día sería rey de Francia. Sí, había estado a punto de morir en el parto. Sí, había sufrido lo indecible. Pero no lamentaba el precio que había tenido que pagar. Se sumió en su ensoñación preferida: ella, la nieta de un abogado, ¿se convertiría en la madre del rey de Francia? ¿Por qué no? Tal vez reina, incluso regente si su esposo... ¡Qué satisfacción después de todas las vejaciones!

Bajita, tímida, pero con la voluntad de hierro de su tío, el Gran Sátrapa, Claire-Clémence había aceptado hasta ahora todas las humillaciones de su familia política. Su esposo no lo sabía, aunque ella lo adoraba. Su suegro no la soportaba. Su suegra deseaba su muerte para poder casar de nuevo a su hijo —¡Claire-Clémence sabía que la princesa de Condé había llegado a pedirle a la reina la anulación del matrimonio!—. Su cuñada, la perversa Longueville, y su cuñado el horrible Conti se mofaban abiertamente de su estatura llamándola callo, incluso en público.

Pero ahora, madre del heredero, se tomaba la revancha.

Dejó el libro esbozando una curiosa sonrisa. Su mirada era extraña por momentos y a veces demente.

Antes del parto venía aquí todos los días a leer durante varias horas. Todo le interesaba: libros de filosofía, política, religión. Su afán de conocimiento era ilimitado, sus ganas de entender, infinitas. Sabía que iba a necesitar todos estos saberes para educar a su hijo y que se convirtiese en un buen rey.

De repente, la puerta se abrió y entró un hombre joven de aspecto tímido. Claire-Clémence se sumergió en la lectura al observar su vacilación.

* * *

A finales de la primera semana de agosto a Louis no le pasaba el tiempo. Por supuesto que escribía regularmente a Julie, pero sabía que sus cartas serían leídas y

sólo hablaba con evasivas tanto sobre donde vivía como sobre lo que sabía.

¿Cuándo se acabaría esta reclusión casi forzada?, se interrogaba sin cesar. A veces se preguntaba si en realidad no era un prisionero del príncipe de Condé, si éste no habría adivinado que se guardaba un triunfo en la terrible partida en curso —después de todo, Louis sabía quién había matado a Luis XIII y el modo en que lo había hecho — y si no estaría dispuesto a venderlo a sus enemigos. Ambicioso como era, Henry de Borbón era muy capaz de hacerlo.

Luego, Louis se tranquilizaba convenciéndose de que el duque de Enghien nunca actuaría así. ¿Pero podía estar seguro de ello?

En última instancia, podía escapar. Esto no le parecía muy difícil, pero había dado su palabra. Y luego, en París, no estaba seguro de vivir lo suficiente para poder contar lo que sabía a Mazarino o incluso a Gaston. Así que debía permanecer prisionero y echar el freno.

Esa mañana, pensando de nuevo en una posible evasión, se dirigía lentamente a la biblioteca.

Por el camino le sorprendió la animación y el alboroto que parecían reinar en el piso donde vivían el príncipe y su esposa. Oyó unos gritos violentos y unas desacostumbradas voces iracundas. Por el ruido de pasos, parecía que transitaban por allí numerosos visitantes. Había taconeos de botas y chocar de espadas, murmullos inquietantes y clamores de odio; un tumulto y un barullo extraordinarios en medio de los cuales Louis distinguía a veces los nombres de las señoras de Chevreuse, de Montbazon y de Longueville.

¿Qué estaba ocurriendo? ¿Qué acontecimiento podía haber dado lugar a tan insólito jaleo? No sabía nada de lo que ocurría fuera del palacio desde hacía ocho días. Y habría dado lo que fuera por un poco de información.

Al entrar en la biblioteca, advirtió inmediatamente que había una joven allí. Vestida lujosamente con varios jubones holgados superpuestos y peinada con un moño ondulado, era bajita y menuda con un rostro poco agraciado, pero franco y abierto. Leía, o fingía leer. Louis dudó un instante en coger un libro, pero luego decidió retirarse para no ser inoportuno. Con todo, se excusó.

—Perdonadme, señora, pensaba que la biblioteca estaba vacía. Ya me voy. Soy el caballero de Mercy y el príncipe me ha recibido en su casa muy amablemente durante unos días.

La joven alzó la cabeza y dejó el libro, examinándolo, con los ojos brillantes de malicia.

—Os conozco, caballero, y sé que venís aquí con frecuencia. Yo soy Claire-Clémence, la duquesa de Enghien.

Al ver que Louis, totalmente confuso, retrocedía con una inclinación, la joven añadió precipitadamente levantando una mano para tranquilizarlo:

—¡Por favor! ¡No os vayáis!... Os estaba esperando...

Louis se inclinó todavía más, esta vez estupefacto. Así que estaba ante la famosa

sobrino de Richelieu que se había casado con el joven duque en contra de su voluntad. ¿Y decía que lo estaba esperando? ¿Qué quería de él?

Claire-Clémence prosiguió en un instante:

—He oído hablar mucho de vos, sobre todo a mi esposo. Sé que estáis con el cardenal Mazarino, que era fiel a mi tío. Me gustaría intercambiar unas palabras con vos. Y no seáis tan deferente —añadió con una sonrisa irónica—. Mi abuelo era abogado, y el vuestro notario. Procedemos de la misma clase.

Dejó de hablar durante un breve instante, y prosiguió, con el rostro ligeramente arbolado.

—Vos habéis estado en Rocroy, me lo contó mi abuelo. ¿Habéis visto a mi esposo? ¿Cómo se portó?

Louis se quedó totalmente desconcertado. ¡La duquesa de Enghien era tan diferente de los otros Condé! Se acercó a ella con embarazo, con su sombrero de castor en la mano y respondió:

—Se portó como un héroe... Siempre el primero en el combate. Es, lo creo sinceramente, el más grande capitán de este siglo. Lo admiro con todo mi corazón.

El rostro de Claire-Clémence se iluminó. ¡Adoraba al príncipe tanto como él la detestaba! Louis prosiguió vivamente:

—Me encantaría hablar un poco con vos, si lo deseáis. Estoy obligado al silencio y a no saber nada del mundo desde hace ocho días, y el tiempo no pasa...

—Tengo entendido que los enemigos de mi suegro y del cardenal quieren jugaros una mala pasada —opinó prudentemente.

El rostro de Louis se ensombreció e hizo una mueca.

—Estáis en lo cierto. No sé en qué acabará todo esto. Parece que alrededor de la reina se juega una dura partida y yo sólo soy un peón. ¿Sabéis lo que ocurre desde hace una semana? ¿Se han producido nuevos acontecimientos en la Corte o en la ciudad? Esta mañana noté una agitación desacostumbrada en el palacio...

—¿Entonces no sabéis la razón? No me digáis que no estáis al tanto —se ofuscó con asombro.

—Me temo que no —se excusó Louis confuso.

Claire-Clémence lo miró durante unos segundos, tratando de adivinar si se estaba burlando de ella como hacían tantos en la Corte. Al final, el examen debió de satisfacerla porque prosiguió con voz clara:

—¡Os creo!, así que tendré el placer de contároslo —ahora su rostro menudo irradiaba malicia—. Ayer, en casa de la señora de Montbazon, alguien cogió dos cartas que se habían caído al suelo después de que se hubiera marchado la señora de Longueville. El contenido era poco más o menos éste: en la primera carta, la dama reprochaba a su amante su cambio de conducta y le escribía que ella había creído en una pasión «verdadera y violenta» hasta el punto de que le había ofrecido «todas las ventajas que pudiese desear». Reconocía así haber sido su amante. En la segunda carta le recordaba que lo había «recompensado dignamente» y le aseguraba que «en

el futuro sería tan bondadosa como hasta ahora si su conducta respondía a sus intenciones». De modo que, rechazada por su amante, tenía el impudor de ofrecerse de nuevo. Las cartas fueron leídas en plena asamblea delante de los duques de Guisa y de Beaufort. El duque de Guisa aseguró que se habían caído del bolsillo del señor de Coligny. La señora de Montbazon enseguida afirmó reconocer la letra: las cartas sin duda eran de la señora de Longueville, que evidentemente era la amante de Coligny. De modo que la hermana de Enghien, recién casada, ya tenía un joven amante. ¡Era una mujer sin moral y sin virtud como toda la estirpe de los Condé! —se había burlado.

»Evidentemente, la afirmación de la gorda Montbazon era una calumnia, una maquinación urdida con el fin de humillar nuestra casa. La princesa, indignada, ha tomado represalias a la medida de semejante provocación.

—¿Pero, señora, la carta? Supongo que existe, ¿la señora de Longueville la habría escrito realmente?

Claire-Clémence miró a Fronsac con cara de asombro e ironía al mismo tiempo:

—¡Desde luego que no! Es cierto, y todos lo saben, que la hermana de mi marido sintió hace mucho tiempo cierta atracción por el señor de Coligny, que la ama apasionadamente, mas platónicamente. Pero ya no hay nada entre ellos. Y por otra parte, es tan hermosa que sus pretendientes son numerosos, como vuestro amigo el príncipe de Marcillac.

—Señora, el príncipe no es amigo mío. Sólo me ha salvado la vida, rectificó Louis sombríamente.

—Bromeaba, señor —replicó la joven duquesa sonriente—. En cuanto a este asunto, ya os he dicho que se trata de una nueva maniobra de la señora de Montbazon. Antigua amante del duque de Longueville, nunca aceptó el matrimonio de su viejo amante con mi cuñada.

—¿Pero por qué lo ha hecho? ¿Simplemente por celos?

Claire-Clémence hizo una mueca mitad irónica mitad cínica.

—¿Celos? ¡De la señora de Montbazon de la que cuentan que tiene docenas de amantes y de la cual me decía el abad de Retz recientemente: «¡Nunca he conocido a una persona que haya conservado en el vicio tan poco respeto por la virtud!». ¡Me parecéis muy ingenuo! No, la señora de Montbazon se venga únicamente porque el duque le reembolsaba veinte mil escudos de pensión por tener derecho a sus favores. Era cara, aseguraba el duque, y la tenía por su dinero. Por supuesto, su matrimonio ha interrumpido los reembolsos.

»Ahora, la Montbazon sólo tiene un amante, Beaufort, que le paga menos porque ha engordado y envejecido. Así pues, ha perdido con el cambio. Es la única razón por la que quiere ridiculizar al señor de Longueville. A esto hay que añadir que está muy satisfecha denigrando y humillando a los Condé. Pero ha ido demasiado lejos. La princesa es amiga de la reina y tan peligrosa como una serpiente.

—¡Dios mío! —murmuró Louis realmente consternado—. Todo esto es increíble.

¿Es posible tanta abyección e ignominia en la flor y nata de la nobleza de Francia?

Esta vez, la duquesa de Enghien no sonrió. Su rostro se convirtió en una máscara de una dureza increíble, que sorprendió a Louis.

—Creo que sois noble desde hace poco, caballero. Yo también, pero os acostumbraréis a ello como yo. Esa gente, toda esa gente, es más corrupta y depravada de lo que imagináis. Viven en el vicio como peces en el agua.

Louis comprendió que estaba incluyendo a su familia política y prefirió desviarse de un terreno peligroso.

—¿Cómo van a actuar los Condé?

La duquesa de Enghien se encogió de hombros con un mohín de evidencia.

—Seguramente, hacer que la Montbauzon pida excusas, pero ésta no se doblegará porque los Importantes han tomado partido por ella. Todo esto podría desencadenar una guerra civil...

—¿Una guerra civil? Estáis bromeando... Os burláis de mí...

Claire-Clémence hizo un gesto de irritación y luego suspiró ante tanta ingenuidad. Recordó que ella tampoco entendía nada cuando había entrado en este mundo, así que prefirió explicar a Louis las consecuencias de la intriga.

—Acabo de decíroslo, los Importantes tomaron partido por la señora de Montbauzon, desde que la señora de Chevreuse se alió abiertamente con ella. Beaufort también aseguró que había reconocido la letra de la señora de Longueville. Ya que no ha podido casarse con ella, se venga de ella humillándola y haciéndola pasar por una prostituta. Guisa, sin duda, está con ellos, sobre todo porque odia a Coligny. Las dos familias se han olvidado de la noche de San Bartolomé. Mazarino decidió callarse, pero debo decir que se encuentra en una situación delicada: cada día descubre, incluso en sus dependencias, cartas amenazantes exhortándolo para que vuelva a Italia. La reina, por su parte, no sabe qué hacer, dividida entre sus dos amigas, las señoras de Chevreuse y de Condé.

El príncipe entró en ese momento en la pieza, tan sucio y desaliñado como siempre. Se precipitó hacia su nuera sin dirigir una mirada a Louis.

—Hija mía, ¡vengo a anunciaros una gran noticia! Vuestro esposo acaba de conseguir una sonora victoria: ¡Thionville ha caído!

Entonces se volvió hacia Louis y añadió, hinchado como un pavo:

—Mi hijo ha tomado Friburgo y ha expulsado definitivamente a los españoles a la otra orilla del Rin. Han sufrido pérdidas espantosas. Vuelve a París durante unos días, y pronto estará aquí, con un regimiento y sus oficiales.

Entonces habló con voz sorda y amenazante dirigiéndose hacia Claire-Clémence:

—La señora Montbauzon y sus Importantes ya no tienen a qué agarrarse. Los que se han unido a su causa pronto sabrán lo que cuesta desafiar a nuestra familia.

Louis vio en la mirada extasiada de Claire-Clémence todo el amor que sentía por el joven duque, un amor no correspondido. Cuando el príncipe hubo salido, Fronsac se retiró de puntillas.

El tiempo era cada vez más caluroso y húmedo. El calor era más difícil de soportar en el palacio y Louis se aburría mortalmente.

El día en que se había encontrado a Claire-Clémence en la biblioteca, por la tarde, un lacayo le había llevado, de su parte, varios números de *La Gazette de Renaudot*.

Louis conocía bien el periódico, que su padre compraba a diario para el despacho y que él mismo enviaba a veces a comprar a Nicolas. Recordó que había sido en *La Gazette* donde se había enterado de la liberación de Bassompierre.

Renaudot era un médico protestante que había obtenido en 1612 un permiso que le concedía autorización para publicar *registros de direcciones*, es decir, anuncios breves. Poco a poco se habían ido completando con noticias.

La gaceta había sido, en realidad, una creación de Richelieu, que aportaba un buen número de artículos que le permitían difundir sus ideas.

Hasta la muerte del rey, *La Gazette* era la voz del poder, pero desde el momento en que Renaudot —según él, por órdenes de Richelieu— propuso que la reina fuese repudiada, su *Gazette* quedó muy comprometida desde que la reina era regente.

Tenía muy pocas páginas, e incluso corría el peligro de ser prohibida por el poder. Así que, desde el principio del nuevo reinado, había adoptado un tono neutro y humilde, salvo para hablar de la regente, para la que el redactor no escatimaba elogios.

Renaudot, a pesar de haberle propuesto sus servicios a Mazarino, era tildado en los libelos de «nariz podrida», pérfido como un turco, e incluso de trapacero.

En resumen, en su periódico ya no se publicaban noticias demasiado interesantes.

Con todo, Louis leyó con gusto una relación de la batalla de Rocroy, así como el relato de las hazañas del ejército francés, completado evidentemente por el de las atrocidades cometidas por el ejército enemigo. Así, los españoles habían saqueado unas cuantas chozas en los alrededores de Rocroy y los franceses habían quemado numerosas aldeas entre Mons y Bruselas^[35]. En otro número se contaba que en una aldea tomada por los españoles, éstos habían arrojado a los niños por las ventanas, y luego les habían cortado los pechos a varias niñas y mujeres tras haberlas violado. A continuación habían ahogado a hombres y mujeres después de haber desollado a varios^[36]. De modo que habían sido anunciadas nuevas represalias, justificadas de antemano, contra los pueblos del otro lado de la frontera. Sin duda, se dijo Louis, las pobres mujeres de Flandes tendrían que soportar las mismas atrocidades que las francesas.

Apenas veía justicia o equilibrio en toda esta barbarie, así que dejó la lectura sobre las hazañas de las tropas de Enghien.

El descubrimiento de un médico que proponía un bálsamo *nerval* capaz de rejuvenecer a la gente —a condición de que purificasen su sangre— y que aseguraba

haber permitido a una mujer de ciento cinco años tener hijos, llamó su atención. Pero al haber visto en otro número que ese mismo aceite había causado la muerte de una paciente por convulsiones, dejó la lectura de la sección médica para volver a las noticias relativas a Francia.

Pero enseguida se cansó de las exageradas alabanzas a la regente y a su preclara política que, pese a ser escritas sin reservas, no aportaban ninguna revelación.

En última instancia, Louis echó un vistazo a los artículos sobre las ejecuciones públicas. Relataban, con todo detalle, los suplicios que había sufrido un cura quemado vivo con sus cómplices por haber practicado magia —Louis se preguntaba qué tipo de magia, porque sobre eso no daban ningún dato—. También hacían mención en unas líneas sobre un abogado, colgado y después quemado por haber blasfemado delante de un crucifijo.

Por último, Louis juzgó que la lectura de esos periódicos no podía ocupar su mente durante mucho tiempo.

Tenía que dejar el palacete.

Pero ¿cómo? En una ocasión había intentado ir hasta la planta baja, pero allí unos lacayos armados de garrotes le habían explicado educadamente que tenían instrucciones de impedirle salir del palacete. No —habían afirmado—, ni siquiera podía salir al jardín.

Era un prisionero, aunque fuese aparentemente para asegurar su seguridad.

* * *

Desde entonces iba cada día a la biblioteca. Por desgracia, la pieza estaba siempre desierta. Enghien había vuelto y Claire-Clémence, entre su esposo y su bebé, no debía de tener mucho tiempo para leer. En realidad, Louis se enteró más tarde por su amigo Vincent Voiture de que ésa no era la razón, el duque no había venido a ver ni a la madre ni al niño. Al contrario, se había instalado en casa de Ninon de Lenclos, la opulenta prostituta de moda que estaba a punto de suplantar a Marion de Lorme, y si Louis no encontraba allí a Claire-Clémence era simplemente porque la duquesa de Enghien no salía de sus aposentos, esperando en vano a su esposo.

Sin embargo, a mediados de agosto, Louis encontró de nuevo a la sobrina de Richelieu en la biblioteca. Enghien estaba a punto de volver en campaña y había regresado con sus oficiales. Ese día, cuando Louis entró, Claire-Clémence dejó el libro que estaba leyendo. Su mirada estaba teñida de tristeza pero, al ver al joven caballero, se iluminó.

—Buenos días, caballero, ¿venís en busca de noticias frescas? Debo confesar que esperaba en secreto encontraros hoy...

—Ardo en deseos de ser informado, señora, sobre todo por vos.

Claire-Clémence hizo un coqueto gesto de satisfacción. ¡Los cumplidos eran tan escasos y medidos! Juntó su manos chiquititas y explicó doctamente:

—Ya se sabe quién escribió las dos cartas perdidas, y no fue la señora de Longueville. ¿Queréis oír la historia?

—Lo estoy deseando, señora.

La duquesa de Enghien sonrió y empezó:

—El marqués de Maulevrier es el autor e iban dirigidas a su amante, la señora de Fouqueroles. El marqués pidió al príncipe de Marcillac que intercediese ante la señora de Montbazon para recuperar las misivas. Una embajada, constituida por el príncipe y la señora de Rambouillet, intervino ante la duquesa. Las damas y los caballeros estudiaron la esquila amorosa y finalmente excluyeron a la señora de Longueville. La señora de Montbazon, de mala gana y con la boca pequeña, tuvo que reconocer sus errores. Por último, las cartas fueron quemadas.

—¿Entonces va a excusarse?

—Creo que sí, porque mi esposo ha puesto su espada y su ejército en la balanza. Él y todos sus oficiales han tomado partido por su hermana. Mazarino y la reina lo siguieron al punto, y son muchos los que en este momento cambian de campo para ponerse en el lado de los vencedores.

—¿Y ahora qué va a pasar? —preguntó Louis divertido con la idea de que el más grande general de ejército francés tuviese que librar tan ridículo combate contra la gorda Montbazon y la hipócrita Chevreuse.

—Lo están negociando. Ayer, el cardenal, la señora de Chevreuse, la reina y la princesa de Condé pasaron muchas horas juntos para redactar una excusa que la duquesa leerá públicamente a la hermana de mi esposo. Una explicación redactada de un modo que no la desprestigie.

—Todo esto es grotesco, ¡el primer ministro debe tener bastantes cosas que hacer como para ocuparse de las excusas de la señora de Montbazon! —se sublevó Fronsac.

—A veces lo grotesco puede evitar lo atroz —suspiró la duquesa de Enghien—. Es cierto que todo el mundo se ríe ahora de esta comedieta que se parece a una de esas chocarrerías con las que a veces nos deleita el señor Molière. Sin duda, la señora de Montbazon y sus amigos quedarán cubiertos de gloria con sus chismes; ¡pero ellos se lo han buscado! Pero ahora hablemos de otra cosa, señor; acabo de leer de cabo a rabo una obra aparecida ayer y cuyo contenido me parece más esencial que las inútiles frivolidades de la Corte. ¿Queréis leerlo? Me gustaría conocer vuestra opinión.

Le tendió amablemente la obra que tenía en la mano.

Louis cogió prudentemente el volumen y lo abrió. Se titulaba: *De la comunión diaria*. Fronsac la miró un instante con perplejidad y le dio las gracias. Entonces Claire se levantó y dejó la pieza.

Louis se quedó solo y empezó la lectura.

Al día siguiente, de nuevo en la biblioteca, acabó de leer la encendida obra de Arnauld de Andilly, que se convertiría en la biblia del jansenismo durante los veinte años siguientes, y esperaba la llegada de la esposa de Condé para hablar con ella,

pero no apareció. En realidad, no volvería a ver a la duquesa en el palacio de Condé.

Sin embargo, ese mismo día, mientras esperaba en vano, oyó inopinadamente una discusión en la pieza de al lado. El ruido procedía de las dependencias del duque. Pensó un momento en salir por discreción, pero al oír el nombre de Mazarino, decidió quedarse para escuchar.

—... ¿Cómo podéis estar seguro? —replicaba una voz que creyó reconocer como la del duque de Enghien.

—Epernon, el capitán de los guardias del Louvre, ha sido avisado por Des Essart a quien Beaufort pidió que no interviniese; pero Epernon habló conmigo y no sabe qué hacer. Beaufort ha planeado que unos veinte hombres ataquen la carroza del italiano cuando salga del Louvre.

—Debemos advertir al ministro. Es una cuestión de honor. Aunque lo detestemos, si no hablamos nos convertiremos en cómplices...

—¡Calma, hijo mío! —protestó la segunda voz—, ¡esta historia no nos concierne! Si Beaufort quiere librarse de Mazarino, no debemos mezclarnos, sino estudiar el beneficio que podemos sacar de ello. Una vez que el ministro haya desaparecido, no tengo más que detener, juzgar y ejecutar a Beaufort por asesino. ¡Ya tengo testigos! Así nos convertiremos en los amos del reino. Tu mandas en el ejército, Louis, no olvides nunca que sólo dos niños nos separan del trono. Gaston de Orleáns ya no cuenta.

Louis había reconocido perfectamente la voz del príncipe. El silencio se hizo en la pieza. Enghien debía de reflexionar y, finalmente, reconocer lo atinados que eran los argumentos de su padre.

Fronsac salió en silencio.

De vuelta en su habitación y en un estado de agitación máxima, se puso a pasear de un lado a otro de la pieza. Pronto tomó una decisión; tenía que marcharse de allí sin falta, debía advertir al ministro de lo que se estaba tramando. Si Mazarino era asesinado, harían lo mismo con el joven rey y su hermano Anjou. Pensó un instante en disfrazarse de sirviente, a lo mejor podía coger un uniforme dirigiéndose al piso donde se ubicaban los cocheros de los criados.

Estaba preparando su plan cuando llamaron a la puerta. Condé y su hijo entraron enseguida. Louis palideció, ¿se habrían dado cuenta de que los había espiado?

Pero enseguida se tranquilizó. Enghien lo trataba con cariño y el príncipe de Condé fue, por primera vez, amable con él.

—Señor Fronsac, la reina me ha hecho saber que, por real orden, iba a darle a mi esposa el dominio de Chantilly, que había sido requisado a los Montmorency por el cardenal de Richelieu. Estamos autorizados a ir hasta allí a evaluar los trabajos y pensamos dejar el palacio mañana; sólo mi esposa se quedará en París. Mi hijo opina que Claire-Clémence estará mejor allí para descansar. He pensado que podríais acompañarnos. Chantilly no queda muy lejos de vuestro señorío de Mercy, adonde podéis dirigiros discretamente. A partir de ahí, tendréis que velar vos por vuestra

seguridad...

—Acepto gustosamente, monseñor. Sabed que aprecio mucho vuestra hospitalidad, aunque debo confesaros que no me pasaba el tiempo...

—Muy bien. Por cierto, es posible que mi palacio esté vigilado, así que estaría bien que os maquillaseis un poco... Si eso no os gusta, había pensado que podríais disfrazaros de lacayo. Son muchísimos y todos van uniformados con librea. Nadie se fija en ellos.

Louis sonrió ligeramente. Decididamente, ¡le habían leído el pensamiento!

—Eso será perfecto, monseñor —respondió Louis—, y gracias una vez más. Siempre estaré en deuda con vos.

Los dos hombres lo saludaron y salieron.

* * *

La tarde pasó rápidamente. Louis escribió una carta a Julie, anunciándole su próxima liberación. Por la noche le llevaron unas ropas de tela gastadas y muy ordinarias.

—Saldremos mañana muy temprano —le explicó el criado—. En realidad, de madrugada.

Al día siguiente, lo despertaron a las tres de la mañana. El convoy se pondría en marcha a las cinco, pero el transporte de equipajes y la cantidad de personal de la casa y oficiales hacía que el cambio de domicilio fuese una verdadera expedición. Debía unirse discretamente a los domésticos y seguir a un lacayo que estaba en el secreto.

Más de treinta coches empezaron a ponerse en marcha hacia las cuatro y media de la mañana. A ellos se añadieron al menos cien oficiales y guardias a caballo. A Louis lo instalaron en un vehículo cerrado. Nadie hubiera podido reconocerlo y ni siquiera sospecharlo. Era su primera salida desde hacía más de tres semanas.

El viaje fue terriblemente largo, caluroso y molesto, pese a la hora. Hacia mediodía, la caravana se detuvo en una gran granja que pertenecía a los Condé para una comida campestre. Louis estaba sentado, un poco aislado, y comía un trozo de faisán cuando vio al joven duque dirigirse hacia él a grandes zancadas. Se levantó inmediatamente.

—Caballero, estamos a una legua de Mercy —le anunció Enghien con ojos maliciosos—. Sois libre de marchar. He mandado preparar un caballo a uno de mis oficiales —con la mano señaló a un hombre que estaba bajo un árbol sosteniendo las riendas de un caballo bayo—. Os lo doy. Sé todo lo que habéis hecho para tratar de salvar al rey. Es tan digno de elogio como vuestro valor en el combate.

Su voz se ensombreció cuando pronunció esta frase:

—Cuidaos mucho y no olvidéis jamás que vuestros enemigos son los míos, y vuestros amigos también lo son míos.

Entonces le dio la mano y Fronsac se la estrechó efusivamente.

Qué hombre más curioso —pensó—. Tan pronto frío y altivo, como afectuoso y amable.

Louis estaba emocionado y molesto al mismo tiempo, quería hablar pero el duque ya se había alejado. Comprendió que tenía que aceptar el caballo, del que hubiera podido prescindir, pero sin duda Enghien se sentía en deuda con él. Fue a buscar al animal, era un soberbio ejemplar que por lo menos había costado quinientas libras. El oficial le dio una chaqueta y un sombrero para cambiar de aspecto y lo puso en guardia.

—Hay dos pistolas cargadas en sus fundas. Seguid ese camino, conduce a Ysieux. Buena suerte, caballero. Y sed prudente.

Luis hizo una inclinación de cabeza, montó a caballo y picó espuelas.

¡Era libre!

* * *

Cuando se hubo alejado del campamento de los Condé, puso el caballo al paso. Saboreaba cada segundo, disfrutando de cada detalle del paisaje que lo rodeaba. A ambos lados del camino la siega estaba en pleno apogeo; un grupo de campesinos segaba, otros ataban los haces o hacían almiares para protegerlos de la lluvia, y por último, otros llenaban grandes carretas de cereal.

En algunos lugares trillaban el trigo directamente con mayales, o simplemente con parejas de mulas. El tiempo seguía siendo caluroso, pero el camino era poco polvoriento. De cuando en cuando se cruzaba con una carreta llena de trigo o de cebada que arrastraban con dificultad. Los labriegos lo saludaban amablemente. El año próximo él también haría la siega, pensaba.

Llegó al río y se detuvo un momento para que su caballo bebiese. ¿Qué haría ahora? Podía pasar la noche en Mercy y marcharse al día siguiente. Tal vez con Gaufredi, si estaba allí. Mañana a mediodía, como mucho, vería a Mazarino, lo advertiría del intento de asesinato y le contaría lo que había deducido sobre la muerte del rey. Entonces sería libre.

Reemprendió la marcha, adormeciéndose poco a poco sobre su montura y dejándose guiar por el animal, que seguía el camino. De repente, reconoció la hilera de árboles a lo lejos. ¡Marcaba el comienzo de sus tierras! Al fin llegaba a casa y apresuró el paso de la montura.

Ahora observaba las hermosas tierras a lo largo del río. No estaban cultivadas, pero por poco tiempo; también producirían trigo. Se hizo esa promesa. Todavía no habían reconstruido el puente y tornó el camino del castillo; aún estaba lejos, pero ya oía el ruido de martillos y picos.

Al llegar delante de su casa se maravilló una vez más por el espectáculo prodigioso que aparecía ante él. El muro que rodeaba el patio entre las dos torres había sido echado abajo y las piedras, ordenadas por tamaño, habían sido colocadas

en montones. El viejo edificio, en el cual habían abierto nuevas ventanas, anchas y altas, según el plano de Julie, ahora estaba casi totalmente cubierto de tejas nuevas y relucientes. Las nuevas construcciones anexas, a derecha e izquierda, estaban muy avanzadas, tenían una altura de tres toesas. Unos cincuenta obreros trabajaban ruidosamente en el taller. Louis se acercó lentamente.

Nadie le prestó atención. Dejó su montura delante de una cuadra provisional hecha con tablas, pidió a un muchacho que la limpiase y le diese de comer y luego subió la escalera que llevaba a las habitaciones. La gran sala estaba desierta. Llamó.

—¿Margot? ¿Michel? ¿Hay alguien?

Al punto, oyó a alguien bajar las escaleras precipitadamente. Era Margot Belleville, que se agarraba los bordes de su vestido de tela con las dos manos para no caerse. Su rostro anguloso estaba colorado por la emoción y su pecho palpitaba con fuerza en su blusa a la brandeburguesa bellamente escotada.

—¡Caballero! —dijo, ahogada por la emoción—. Así que sois vos. ¡Alabado sea el Santísimo! ¡Nos preguntábamos si estabais vivo!

Estaba conmovida y Louis, en su fuero interno, se quedó muy satisfecho. La tranquilizó:

—Acabo de llegar ahora mismo. ¿Gaufredi está aquí? ¿Y vuestro prometido?

—Por desgracia, Gaufredi se fue ayer. Me dijo que se alojaría provisionalmente en casa de Vincent Voiture, vuestro amigo el poeta, que vive enfrente del palacio de Rambouillet. Está allí para vigilar discretamente a la señorita de Vivonne. Nos dijo que una banda de truhanes que se alojan en la posada vecina vigilan las entradas y salidas del palacio. También nos dijo que los hombres de Vendôme y de la duquesa de Chevreuse os buscan por todo París. Incluso han pasado por aquí algunos jinetes sospechosos, pero hay tal cantidad de obreros que no se atrevieron a entrar. Venid, mi prometido está en el bosque que hay detrás del castillo. Os lo contará todo mejor que yo.

Salieron y tomaron el camino que cruzaba la pradera y subía serpenteando al bosquecillo que Hardoin explotaba. A medida que se acercaban, Louis veía oquedales despejados y troncos de árboles cortados en el suelo, sin ramas, como si una terrible tormenta los hubiese derribado dejándolos bien ordenados. Varios hombres estaban a punto de colocar unas ruedas provisionales a un lote de cinco o seis troncos, sin duda para transportarlos. Louis y Margot se dirigieron hacia ellos.

Michel Hardoin daba órdenes a los obreros. Tan pronto como vio a Margot y a Louis, dejó su trabajo para recibirlos.

—¡Caballero! ¡Por fin habéis venido! Nos teníais muy preocupados. Gaufredi nos dijo que estabais escondido, pero temíamos que os hubiese pasado algo. ¿Os quedaréis con nosotros? ¡Aquí estáis a salvo! Hay cincuenta obreros a vuestra disposición para defenderos.

—No, Michel, regreso mañana a París. Contadme todo lo que sabéis. Estoy absolutamente desinformado.

Hardoin sacudió la cabeza con energía y apretó las manos con fuerza para intentar calmarse.

—No podéis volver a París. Hay un montón de canallas buscándoos. Los lugares que frecuentáis están vigilados. Si vais, recibiríais una paliza o una bala...

—¡Diablos! Es realmente enojoso...

—Esperadme un segundo. Voy a dar unas instrucciones y vuelvo ahora.

Hardoin regresó con sus obreros, dio unas cuantas órdenes y volvió corriendo. Se explicó jadeando:

—Estas vigas son para los suelos del castillo. Un carpintero las va a preparar. Ayer recibimos los dinteles y los marcos de piedra, también contraté a dos canteros.

Añadió con un tono algo contrito:

—Evidentemente, es muchísimo gasto, pero menos que si hubieseis llamado a unos artesanos. Estos hombres son nuestros obreros y trabajan únicamente para nosotros.

Louis hizo un gesto de aprobación con la cabeza.

—¿Necesitáis más dinero? —le preguntó.

—Todavía no, intervino Margot. Pero dentro de un mes sí. Ahora mismo tenemos un grupo de cuarenta y siete obreros al que pagamos entre media libra y una libra al día, incluyendo algún domingo. Así que nos cuesta alrededor de cincuenta libras por mes. Por suerte, el bosque es gratis, sobre todo hemos tenido que pagar la piedra. Sin embargo, en septiembre necesitaremos tablones. Quedan dos mil libras de la última cantidad que nos entregasteis. A Michel le gustaría instalar un aserradero en el río. Será un gasto significativo, pero una vez terminados los trabajos, supondría un ingreso regular por la tala de árboles y así podríais vender tanto tablones como troncos.

—Puedo poner a funcionar el aserradero en menos de un mes —aseguró Hardoin con entusiasmo—. Traeré sierras de París, el suelo de las habitaciones no nos costará nada y así podremos hacer el entablamiento del piso comprando troncos de castaños secos. Y tal vez incluso el artesonado...

—Estoy de acuerdo —aprobó Louis, riéndose ante la excitación del hombre, cosa que le permitía olvidar sus preocupaciones—. He visto que la parte más antigua del castillo casi está terminada...

—Sí, es en la que más dinero hemos invertido. He tenido que comprar puertas, ventanas y el entablamiento. Las chimeneas están limpias y reparadas. En invierno podéis vivir allí, aunque de modo provisional. Sólo en la parte nueva estaréis lo suficientemente cómodos. En el segundo piso y en el granero habrá sitio suficiente para recibir y alojar a los criados.

—Otra pregunta, he visto unas troneras en la fachada del segundo piso. ¿Son para las chimeneas?

—Tengo que hablaros de eso, señor —replicó Hardoin—. Es una idea de Margot. Vuestro castillo era una antigua fortaleza, pero tal como está no podría defenderse en

caso de ataque.

—Un ataque poco probable —dijo Louis sonriendo.

—Cierto, señor —intervino Margot—. Pero ¿y si hay otra guerra civil? El rey es un niño. Esas troneras permiten instalar fácilmente viguetas para soportar una galería exterior de madera en saledizo de matabacán, lo que facilitaría la defensa ante una compañía que sitiase el castillo. Pero Michel puede suprimirlos, si queréis.

Louis permaneció silencioso, examinando los muros del castillo. Era una precaución inútil, pero ¿quién sabe? Les dijo sonriente:

—Es una buena idea, estoy muy contento con vos^[37]. ¿Pero vos estáis bien instalados?

Ya habían llegado al castillo.

—Perfectamente. Hemos puesto en condiciones dos piezas amplias en el segundo piso. Los Hubert se han quedado con otra, así que quedan dos habitaciones sin arreglar. Y la cocinera y algunos criados y camareras en los desvanes.

Subieron al primer piso. Margot enseñaba la casa y comentaba los trabajos como si fuese el ama de casa, lo que en parte era cierto.

—Convertiremos la sala grande en una sala de recepción —explicó—. A cada lado hay una habitación. La más grande comunica con dos gabinetes pequeños, uno de ellos puede servir de excusado. Michel cree que puede instalar una bomba de agua cuando esté listo el aserradero, el agua llegaría de un estanque que hay detrás del castillo. Desde el estanque, con una bomba de mano, se podría subir hasta aquí. La escalera de caracol que va del dormitorio grande al piso, a nuestro piso, está reconstruida, así como la gran escalera. ¿Habéis observado que hemos puesto chimeneas por todas partes?

—He dispuesto grandes reservas de leña para este invierno —ponderó Michel.

—Todo esto es perfecto. ¡Sois maravillosos! —les aseguró Louis.

Se sentaron en el salón sobre unos viejos y destartados sillones. Habrá que comprar mobiliario, pensó Louis. ¡Más gastos!

—Entonces, ¿pensáis que es peligroso que vaya a París? —preguntó al cabo de un instante.

—Desde luego; además, ¿adónde iríais? Vuestra vivienda y la de vuestro padre están vigiladas, así como la del señor de Tilly, el palacio de Rambouillet y las viviendas de todos vuestros amigos. Gaufredi nos lo dijo. El Louvre y el Palacio del Cardenal están llenos de espías que os impedirán ir allí. Quedaos aquí durante un tiempo, Beaufort y la Chevreuse no tendrán siempre la sartén por el mango. Dentro de unas semanas se habrán olvidado de vos.

—Por desgracia, eso no es cierto, incluso estoy seguro de lo contrario. ¡No! Debo informar sin falta a Gaston o al cardenal de lo que sé, y debo hacerlo por el delfín —perdón, por el joven rey.

¿El delfín? Louis dejó de hablar durante un momento, pensando en la asociación de ideas que acababa de hacer. Prosiguió:

—¡Escuchadme! —se dirigió a Margot—. ¿Todavía tenéis la casa de la calle Dauphine?

—Sí, voy a venderla, pero está desocupada —respondió algo sorprendida por la pregunta.

—¿Podrías darme la llave? Nadie la estará vigilando. Me instalaré allí, me disfrazaré durante un tiempo y me apuesto lo que sea a que algún día encontraré a Gaston cuando circule por París.

—Es demasiado arriesgado —dudó Hardoin—, es posible que también vigilen esa casa.

Louis miraba a Margot esperando su respuesta. La joven hizo una mueca de desaprobación, pero aceptó.

—De acuerdo, os daré la llave, pero cuidaos... ¡Dios mío! ¡Si os pasase algo! Os prepararé ropa de campesino. Michel os llevará a la entrada de la ciudad. Luego, a pie, llamaréis menos la atención. Deberíais afeitaros la barba y el bigote, tal vez cortaros el pelo...

—Tenéis razón. Dadme unas tijeras y peines...

Una hora más tarde, Louis no parecía ni un burgués ni un gentilhomme. Rasurado y con el pelo corto, su rostro podría ser el de cualquiera. Vestido con un blusón y zuecos, ¿quién lo reconocería?

Los tres cenaron en silencio. Cuando terminaron, Louis les deseó las buenas noches, pero antes de retirarse, advirtió la preocupación en sus rostros.

—¿Qué os pasa? ¿Hay alguna mala noticia que no me habéis dado?

—No..., es decir, sí —dudó Michel retorciéndose las manos—. Bien, los trabajos habrán terminado, como más tarde, la próxima primavera, y vos ya no nos necesitaréis... ¿Podríamos quedarnos aquí como criados...? Podríamos seros útiles...

Louis estaba estupefacto.

—¿Quedaros como criados? ¡Ni se os ocurra pensarlo! Os quedaréis aquí como intendente del castillo. Os necesito —aseguró.

—... Es que —dudó Michel—, sé calcular y diseñar una obra de carpintería, sé cortar y construir un tejado, pero no sé leer. Margot me enseña, pero es muy difícil para mí. ¡Por qué hay tantas letras! ¡Las confundo todas! Ay, no podéis tener un intendente analfabeto...

Louis pareció reflexionar un segundo en el problema.

—Tenéis razón —reconoció finalmente—. ¡De acuerdo! No seréis intendente. ¡Será Margot! Siempre quise tener una intendente.

El rostro poco agraciado de la hija de Belleville se iluminó. Se puso a llorar suavemente ante tanta felicidad.

Michel la tomó en sus brazos para compartir con ella ese momento y Louis se alejó.

* * *

Se fue al día siguiente. Había pedido que el caballo de Enghien fuese cuidado especialmente en las cuadras de la casa y conservó bajo su blusa una de las armas que el oficial le había dado. Michel conducía un carro que debería volver por la noche con material para el aserradero. A lo largo del trayecto, Louis le hizo recomendaciones para que Mercy estuviese seguro. Hardoin lo dejó a la puerta de Saint-Antoine. Iba a ese barrio a comprar sierras. Louis se encaminó al Sena dando un paseo. Atravesó el río para dirigirse a la orilla izquierda, menos frecuentada.

Aquí estaba seguro de que nadie lo reconocería.

Miércoles, 26 de agosto, y jueves, 27

Louis siguió a paso tranquilo las orillas del Sena examinando atentamente a la gente con la que se cruzaba. Pero nadie parecía prestarle atención. Sin embargo, más de una vez, unas echadoras de cartas egipcias se acercaron a él, pensando que era un pánfilo al que podrían timar fácilmente. Se deshizo de ellas sin problemas. Finalmente, pasó sin ningún obstáculo ante el Petit-Châtelet.

Eran las cuatro de la mañana del miércoles, 26 de agosto.

A partir de ahí, estuvo más vigilante. Miraba sin cesar a su alrededor, lo que le daba la desagradable impresión de que los que lo miraban eran cada vez más numerosos. ¿Estaría observándolo ese grupo de ganapanes y de buscavidas? También había advertido que un grupo de pilluelos no dejaban de merodear a su alrededor, tratando de robarle la bolsa. Además vio a dos grandullones con la ropa remendada que, o bien se colocaban detrás de él, o bien delante, pavoneándose con su amenazante espada, cosa que estaba prohibida. Tampoco le pasaron inadvertidos dos clérigos que estaban en la acera de enfrente, que no dejaban de lanzar miradas en su dirección.

Soy un estúpido, se esforzaba en razonar para tranquilizarse, ninguno de éstos me conoce y mi imaginación me juega malas pasadas.

Lo cierto es que toda aquella gente sospechosa que pululaba por el Sena no tenía un aspecto muy tranquilizador; por todas partes bullía una multitud de granujas andrajosos, miserables y pedigüños. Los grupos de mendigos muertos de hambre a veces estaban dirigidos por goliardos inquietantes, sórdidos, y generalmente armados con garrotes o cuchillos ocultos, todos ellos dispuestos a asestar una puñalada por la espalda.

Cuando se internó en la calle Dauphine, menos animada, constató con alivio que los transeúntes, mejor vestidos, no parecían interesados en él, y los de aspecto sospechoso habían desaparecido. Llegó ante el oscuro callejón en el que estaba la casa de Margot. Simuló ser un paseante cualquiera que curioseaba en los puestos con pinta de papanatas parisino. Fue abordado por varios comerciantes que buscaban venderle cualquier cachivache y que rechazó con indiferencia.

Después de verificar que el callejón estaba desierto, se dirigió a la vivienda de Margot con la actitud despreocupada y decidida del dueño de la casa. Fue hacia la puerta, introdujo la llave, abrió y entró.

La humedad y el olor a moho penetraron en su garganta. La casa estaba desocupada desde hacía varios meses. Sin embargo, no se atrevió a abrir los postigos y, en penumbra, se dirigió a la escalera del fondo para subir directamente al segundo piso. Esta pieza, la más alta, le había explicado Margot, no tenía postigo y era relativamente luminosa. Allí vio el viejo jergón que la joven había dejado.

Los peldaños de madera chirriaron bajo sus pies. Todo era como Margot lo había descrito. Desde la ventana examinó el callejón; todo parecía normal, salvo un mendigo sentado en el suelo, a la entrada de la callejuela.

En una bolsa que llevaba Louis, Margot había puesto una hogaza de pan, un trozo de jamón y un cuchillo que también serviría de navaja para afeitarse. Ya se había comido, a mediodía, la mayor parte de su frugal alimento. Tomó el resto, se quedó con hambre y lamentó no haber comprado unas salchichas asadas a un vendedor ambulante, pero ahora era mejor no volver a salir.

En la bolsa también estaba la pistola de dos tiros que le había dado Enghien. Al día siguiente, muy temprano, iría al Grand-Châtelet, que estaba muy cerca. En el despacho de Gaston estaría a salvo y podría informarlo de lo que sabía. Mazarino sería prevenido enseguida.

Pensó durante un instante en ir a buscar un libro en la pieza de abajo. Después de todo, antiguamente había sido una librería y todavía debía haber algunos ejemplares, pero renunció a ello; en la oscuridad sería muy difícil encontrar alguno. Sobre todo se arriesgaba a hacer ruido. Pensó que tendría que llevar un yesquero. ¡Bueno, no leería!

Sentado en el jergón, para pasar el tiempo, se puso a comprobar el estado de su pistola. Estos ingenios no tenían secretos para él. Durante su infancia, los hermanos Bouvier le habían enseñado el arte de disparar y también a desmontar una rueda, una cazoleta, un gatillo o un martillo. El arma que tenía en la mano procedía de los Condé. Era una pieza de gran valor con un sistema de encendido a la española. Era ligera, precisa y mortal. Cambió el cebo y colocó un poco de pólvora en la cazoleta.

De repente, un ruidillo llamó su atención. ¿Habían abierto la puerta de la calle? Aguzó los oídos. Sí, le parecía el sonido de unos pasos mitigados en la escalera. Con el corazón palpitante, se levantó sin hacer ruido, pero aterrorizado.

¿Dónde esconderse? La pieza estaba vacía y había llegado al final de la escalera. Examinó la calle. El mendigo miraba ahora hacia la casa. ¿Acaso lo había visto? Tal vez sólo se trataba de ladrones.

Los pasos se acercaron. Los desconocidos eran dos, por lo menos. Se pegó a la pared, oculto por la puerta abierta. Con el arma en la mano, oyó murmullos en el minúsculo rellano. Los desconocidos no parecían muy convencidos de hacer una visita de provecho.

—Te digo que no hay nadie... *El Chusma* vio visiones, bebe demasiado. No se oye nada... Si estuviese ahí, el tipo habría encendido una vela, o abierto un postigo, por lo menos —susurraba una voz.

La puerta se abrió chirriando.

—Ya lo ves, está vacío. Voy a la ventana a hacerle una señal al *Chusma*.

Louis distinguía ahora al que hablaba. Reconoció a uno de los grandullones de hábitos remendados a quienes había visto en los muelles. El truhán tenía una espada de hierro en la mano. El otro apareció a continuación. Louis no dudó: disparó a la espalda al primero, apuntando bien e, inmediatamente, hizo un segundo disparo sobre

su compañero. La doble detonación fue ensordecedora. Los dos grandullones se desplomaron, salpicando las paredes y al caballero con restos de sus cerebros y sangre.

Louis bajó las escaleras de cuatro en cuatro, sin saber qué había sido de sus víctimas, aunque se lo imaginaba. Abajo, entreabrió prudentemente la puerta. El mendigo había desaparecido, sin duda sorprendido y asustado por las explosiones. En el umbral de la casa se limpió someramente y salió con lentitud.

Cerró con llave y salió a la calle. Había dejado el arma, inútil, en la casa, así como la bolsa. Nadie le prestó atención. Se dirigió lentamente hacia el Sena.

Cuando llegó al Puente Nuevo, se detuvo un instante y, pegándose al parapeto, examinó la zona. Una multitud hormigueante se agitaba en esta vía. Caballos, coches, mulas, viandantes, se abrían paso con dificultad, apresurándose y empujándose. A uno de los lados del puente, cerca de la estatua de Enrique IV, unos saltimbanquis pedían unas monedas a cambio de sus acrobacias o torres realizadas por animales amaestrados. Más lejos, unos lacayos abordaban a los paseantes con proposiciones deshonestas. También había muchísimas gitanas despechugadas echando las cartas, ofreciendo la buenaventura por dos perras chicas, capaces de robar la bolsa atrayendo la atención hacia las cartas del tarot. En medio, en una especie de cabañas, estaban instalados los vendedores de halcones y los esquiladores de perros.

Toda esta gente vivía, algunos incluso dormían, y se brujuleaban en este puente completamente lleno de inmundicias y excrementos que, amontonados, alcanzaban los pies de la estatua de Enrique IV.

Cruzar por aquí es terriblemente peligroso, pensó Louis dudando.

Entre semejante gentío, cualquiera podía acercarse discretamente a él y asestarle una puñalada. ¿Qué hacer? Era la última hora de la mañana y todos los puentes del Sena estarían atestados de gente, se dijo. Quedarse en esta orilla, donde no conocía a nadie, no era una buena solución. La noche estaba al caer y necesitaba un refugio.

Examinó un momento La Samaritana, la bomba hidráulica construida contra un pilar del puente y en cuya fachada se presentaba a Jesús hablando con la Samaritana cerca del pozo de Jacob.

La máquina estaba muy cerca pero era inaccesible.

De repente, vio circular por el puente un grupo de pesadas carretas que avanzaban lentamente. Los carros, tirados por bueyes jadeantes, transportaban piedras. Unos veinte obreros corrían entre los vehículos que debían proveer una cantera. Louis comprendió que ésa era su oportunidad de cruzar discretamente. Se lanzó en medio de ellos y se dirigió al primero que vio, saludándolo con la mano.

—¡Me ha costado trabajo encontraros!

El otro le dirigió una mirada bastante desagradable, mezcla de desconfianza y dejadez. Luego le preguntó al ver que no llevaba útiles de trabajo a la cintura:

—¿Estás en nuestro grupo? Nunca te había visto...

—Me han contratado hoy —respondió Louis en tono bonachón—. Estuve en otra

cantera con un compañero que se reunirá conmigo con el material. Me dijeron que os esperase en el puente. Estuve a punto de fallaros...

—¡Ah, bueno! —dijo el otro, que ya no hacía caso a su nuevo compañero.

Atravesaron el puente. Varios obreros bromeaban observando a un barbero extrayendo un molar a una burguesa gritona, agarrada por sus criados, que aprovechaban para darle pellizcos y tocarle los pechos. Louis se echó a reír a carcajadas con ellos de buena gana. Nadie le prestaba atención. Después, torcieron a la izquierda. Aquella dirección no le convenía, dejó que el convoy se adelantase, luego que siguiese su camino, y finalmente se quedó solo detrás.

Entonces se dirigió dando zancadas a la calle de Saint-Honoré.

De repente, sin que se diese cuenta, alguien tropezó con él. Lo rechazó, asustado, y huyó en dirección opuesta, hacia una calle que se bifurcaba. En la primera callejuela, cogió a mano derecha y se dirigió al vano de una puerta, bajo una torrecilla en saledizo. Oyó ruido de carreras y vio a tres granujas continuar corriendo.

Estaba sin aliento y su corazón latía como un tambor, tanto por miedo como por falta de aire. Poco a poco notó que un líquido empapaba una manga de su blusón. Miró. Era sangre. En ese momento sintió el dolor. Se tocó en la parte superior del antebrazo, pero retiró la mano al punto porque el dolor era muy agudo. Le habían clavado una daga; por suerte, le pareció que no había alcanzado el hueso.

La hemorragia no parecía muy abundante. Ahora el corazón le latía a toda velocidad. ¿Cómo diablos lo habían encontrado?

¿Cuánta gente lo estaba persiguiendo? Tenía que conservar la sangre fría. En primer lugar, ¿dónde estaba? Se concentró en el itinerario que había recorrido. Debía de estar en la calle de las Lavanderas cuando lo habían atacado; recordó vagamente que la mano izquierda la cruzaba una travesía pequeña. Seguramente había sido allí.

¿Qué podía hacer? Si lo habían reconocido tan rápido, no tardarían en encontrarlo de nuevo. ¿Dónde diablos refugiarse? El callejón estaba desierto, pero ¿por cuánto tiempo? Era inútil intentar cobijarse en una casa, estaban todas cerradas. De momento descartaba ir al Châtelet. Debía de ser uno de los lugares más vigilados de la ciudad. En una iglesia cercana sonaron las cinco.

¡Una iglesia! Era la solución más inmediata. La iglesia de Santa Oportuna estaba allí al lado, al final de la calle de los Lavanderos. Se metería dentro y estaría provisionalmente seguro.

Se peinó el pelo hacia atrás para adoptar un aspecto distinto y volvió lentamente sobre sus pasos. A su alrededor no se veía a nadie sospechoso y se dirigió a paso rápido hacia la iglesia, que estaba delante de él.

Llegó allí sin problemas y entró en el templo. Estaba desierto y se sentó en un banco apartado, fingiendo rezar. El asiento se hallaba en un ángulo desde donde podría vigilar discretamente la puerta. Por primera vez después de muchas horas dejó las preocupaciones a un lado. Pero sabía que la iglesia cerraría pronto, y tenía que encontrar un sitio donde pasar la noche. Quedarse en la calle supondría la muerte.

Pensó en todos los lugares donde podría refugiarse. No encontraba ninguno. La mayor parte de la población parisina estaba formada por mendigos que dormían en las calles y ocupaban todos los sitios a cubierto. Si lo estaban buscando, cosa que era muy posible, no tendrían dificultad en dar con él y matarlo, sobre todo con la perspectiva de una jugosa recompensa.

Pronto las iglesias estarían todas cerradas y en los monasterios no lo recibirían. ¡No en todos! Tal vez... pensó en Niceron y en el convento de los mínimos. Pero era demasiado tarde. Su mirada se deslizó maquinalmente por las losas con los nombres de personajes ilustres enterrados bajo la fila de bancos. ¡Un cementerio! ¡En un cementerio estaría seguro! En un lugar como ése no habría nadie por la noche, salvo los muertos. Y él estaba muy cerca del osario de los Inocentes. Tomó la decisión de ir hasta allí y salió de la iglesia.

Nadie parecía vigilar el santuario situado en un ángulo de edificios, que rodeó hasta llegar hasta la calle de los Peleteros. Evidentemente, hubiera sido más rápido pasar por el otro lado, por la calle Saint-Denis, pero era una arteria tan frecuentada por los truhanes que quería evitarla a toda costa. Desde la calle de los Peleteros se deslizó hasta la calle de la Herrería, una calle estrecha que comunicaba con la de Saint-Honoré, donde Ravailac había asesinado a Enrique IV.

Apoyado contra un mojón de una cochera, Louis miró un buen rato a su alrededor. No había nada sospechoso. En la esquina de la calle de la Lencería estaba el pórtico de Saint-Germain, una de las cinco entradas del cementerio.

El cementerio de los Inocentes era un amplio rectángulo entre las calles Saint-Denis, la Herrería, La Lencería y la calle de la Herradura. Al principio se trataba de un simple espacio cerrado con paredes. En esta época sólo había unas cuantas tumbas individuales, las familias más ricas disponían de capillas o poseían los más lujosos panteones en las iglesias. Para los demás cavaban amplias fosas de treinta pies de ancho y allí alineaban los cadáveres a medida de sus necesidades. Cuando una fosa estaba terminada, se cubría con un poco de tierra y comenzaban a enterrar una nueva serie de cuerpos.

Así llegaban hasta mil quinientos cadáveres. Cuando la fosa estaba llena, cavaban otra. La tierra alcalina del suelo de los Inocentes tenía fama de disolver un cuerpo humano en nueve días y, cuando ya no era posible cavar un nuevo agujero, desenterraban los muertos de los que sólo quedaban los huesos, que se amontonaban.

Pero había que guardar sus últimos restos. Progresivamente, construyeron alrededor del cementerio galerías sostenidas por arcos. Allí, en pequeñas celdas se amontonaban los huesos unos sobre otros. Estas celdas se llamaban osarios y el primero había sido construido por Nicolas Flamel, el gran alquimista.

Los osarios estuvieron rápidamente llenos a pesar de ser almacenados al aire, que destruía los huesos y los transformaba en polvo. Entonces construyeron sobre los arcos unas galerías suplementarias en uno o dos pisos, y luego desvanes.

Esta especie de graneros estaban cerrados por puertas y claraboyas. Así, cuando

alguien entraba en el cementerio de los Inocentes, a cualquier sitio que dirigiese la mirada veía cráneos y osamentas.

Fue en ese cementerio donde había florecido el famoso espinillo blanco milagroso durante la matanza de San Bartolomé.

Pero el osario no era un lugar de tristeza ni de soledad. A pesar del olor pestilente y el aire corrompido, pequeños comercios se habían instalado bajo sus arcos. Afables prostitutas esperaban allí a sus clientes para un encuentro rápido y venal en medio de los huesos e incluso había mesas de juego atestadas de gente. También había comerciantes vendiendo sus legumbres, lo que suponía un grave riesgo para los compradores porque las miasmas de los cadáveres estropeaban el vino y la leche en pocas horas. Sin embargo, el lugar era extrañamente agradable a pesar de la presencia de los muertos, que miraban continuamente a los paseantes con sus órbitas vacías.

Cuando Louis entró en el cementerio todavía estaba lleno de gente. Sin embargo, sabía que al cabo de un rato cerrarían el osario y los guardias comprobarían que no quedaba nadie por la noche, porque a veces algunos depravados se quedaban encerrados para practicar misas negras u otros diabólicos entretenimientos.

Ahora cerrarían las puertas con rejas infranqueables. Pero Louis recordaba también que las galerías eran recorridas por oscuros y minúsculos pasillos adonde nadie acudía nunca. Estaban llenos de huesos e incluso los mendigos más osados se negaban a ir allí.

En ese lugar pensaba pasar la noche; los muertos le daban menos miedo que los vivos.

Cruzó el cementerio, evitando las proposiciones de las prostitutas y los jugadores profesionales, para dirigirse a uno de los osarios. Primero siguió un ancho pasillo, luego subió por una escalera a uno de los pisos. Allí se quedó un instante inmóvil, espionando el menor gemido que hubiera delatado la presencia de cualquier pareja en busca de discreción. Al no oír nada, se fijó en un rincón particularmente oscuro y de difícil acceso, al final de un largo pasillo que formaba un ángulo cuyas paredes estaban ocupadas por una espesa capa de cráneos sonrientes.

Se instaló allí para pasar la noche. El fétido olor que invadía el lugar era repugnante y le espantaba. Sabía que la infección de vapores mefíticos era insana para los habitantes del barrio, y evitaba tocar las paredes llenas de humedad que desprendían los cadáveres, considerada mortal por simple contacto. Poco a poco, sin embargo, se consoló al recordar que estaba vivo, lo que no era el caso de sus compañeros de habitación.

Se sentó con las rodillas en alto y permaneció así durante mucho tiempo, sintiendo cómo se adormecía y finalmente lo vencía el sueño.

Oyó que cerraban el cementerio. Luego el ruido de los puestos de los alrededores; a continuación sonaron las campanas de las iglesias. Cada vez estaba más oscuro.

De noche, oyó los primeros clamores nocturnos diversos, el ruido de las disputas y las riñas. Sonaron unos gritos: sin duda transeúntes rezagados degollados por algún

truhán o mujeres violentadas. Más tarde oyó el ruido de los campaneros que tocaban a difunto. Esos hombres daban la vuelta por las casas de los alrededores, agitando las campanas y gritando con voces de ultratumba:

*¡Levantaos, durmientes, y todos juntos
rogad a Dios por los difuntos!*

Entonces, muerto de fatiga y emoción, se tumbó. Durmió mal a causa de las pesadillas, que olvidaba al despertarse. Finalmente, al no ser capaz de conciliar el sueño, se volvió a sentar; su brazo herido y entumecido le dolía ahora terriblemente. La luz empezaba a filtrarse a través del cristal deslustrado de una ventana del osario.

Se levantó, se sacudió la ropa y salió. Tenía que dejar el cementerio antes de que llegasen los guardias. Por cierto, algunas galerías de los graneros daban al tejado. Vio una de fácil acceso. Allí, encaramándose sobre un montón de cráneos que lo miraron con sorpresa, accedió al tejado. En el exterior, pegados a la pared, habían instalado numerosos tenderetes, casi todos sin autorización. Reducían el espacio de las calles y durante el día provocaban terribles atascos. Estaba justo sobre la calle de la Herrería. Había sido allí, durante uno de esos atascos, cuando Ravailac había saltado a la carroza real, treinta años antes, encaramándose a un mojón de piedra.

Louis vio un tejado más bajo que aquel en el que estaba y se deslizó hasta él, de allí pasó a un sobradillo y luego saltó a un enorme mojón. ¿Sería el de Ravailac? Era muy posible. Sin embargo, no pensó demasiado en ello ahora que estaba fuera.

Debían de ser las cuatro de la mañana. Tal vez era un buen momento para dirigirse al convento de los mínimos porque las calles de la capital debían de estar desiertas. A esas horas los asesinos y los vagabundos se gastaban el dinero en los burdeles.

Unos cuerpos tumbados en el suelo le recordaron que los más pobres dormían al raso. Louis cogió la calle Troussevache y luego, torciendo a la izquierda, la calle Saint-Merry y su prolongación hasta la calle vieja del Temple. A continuación siguió por la calle de los Rosales, y a través de un dédalo de callejuelas —era un barrio que conocía bien porque vivía a unos pasos— llegó a la calle Sainte-Catherine sin cruzarse con nadie.

A medida que se acercaba al convento de los mínimos, estaba pletórico por haber llegado allí sin novedad, y al mismo tiempo preocupado por qué ocurriría después. ¿Qué haría en los mínimos? ¿A quién le pediría ayuda? El padre Niceron le había parecido el más cordial de sus interlocutores. Sí, le rogaría que hablasen en privado.

Llegó ante la iglesia adyacente al convento. La puerta cochera estaba cerrada. Se sentó enfrente del porche principal, y sosteniéndose la cabeza con las manos esperó.

Casi habían pasado dos horas cuando oyó abrirse las puertas; luego fue el chirrido de las ruedas revestidas de hierro y el sonido de los cascos de los caballos en el pavimento. Iba a salir un coche. Se acercó, reconociendo al hermano portero que

había visto varios meses antes abriendo el portal. Con la ropa que llevaba ahora, el monje no podía reconocerlo.

—Por favor —le gritó. La puerta ya se estaba cerrando—. Necesito ver al padre Niceron. Id a buscarlo. Es una cuestión de vida o muerte...

El monje se detuvo y lo observó, sorprendido e irritado al mismo tiempo. Dudó un instante antes de decidirse.

—Esperad aquí.

Pero cerró las puertas.

Sin embargo, la espera no fue larga. Un pequeño postigo que Louis no había visto se entreabrió a lo largo de la pared del convento. Niceron apareció y lo interpeló:

—¡Vos! Seguidme...

Louis se acercó. Niceron lo miraba con curiosidad y prosiguió en tono burlón:

—¡Caballero! ¿Os habéis disfrazado?

¡Con todo, lo había reconocido!

—Entrad rápido —le aconsejó más fríamente— y seguidme en silencio.

Louis obedeció sosteniéndose el brazo herido que cada vez le dolía más. Atravesaron el patio y se internaron por un pasillo. Desde allí el padre le mostró el camino y llegaron a una celda de reducidas dimensiones.

Niceron abrió la puerta e invitó a entrar a Louis, que recorrió el recinto con la mirada. Una minúscula cama constituida sólo por una tabla y un jergón estaba pegada a la pared. A la derecha, una mesa y un taburete. En la mesa había un misal y en la pared una sencilla cruz.

—Esperadme —ordenó el franciscano—. ¿Cuánto tiempo hace que no habéis comido?

—Desde ayer por la mañana —confesó Louis.

Niceron salió y volvió muy rápido con una bandeja llena de pan, carnes frías y una botella de vino. La dejó sobre la mesa, en un rincón de la celda, y examinó a su visitante más detenidamente.

—¡Os sangra el brazo! Enseñadme la herida...

Louis levantó la chaqueta y la camisa. La herida estaba roja y muy hinchada.

—Vuelvo dentro de un momento —dijo entonces Niceron con una mueca de preocupación—. Mientras, comed.

El fraile volvió acompañado cuando Louis había terminado de comer. El recién llegado —enfermero o médico del convento— examinó atentamente la herida. Había llevado un barreño con agua caliente y Niceron un maletín.

—Voy a limpiar la herida con vinagre —lo previno el médico con voz sorda—, luego tendré que coser. Será doloroso.

La operación duró unos diez minutos, espantosos para Louis. Por último, el hombre lo vendó.

—¡Bueno! Dentro de unos diez días, estaréis bien, pero os habéis librado de milagro. Dos pulgadas más y vuestro agresor os habría cortado la arteria. Sin duda es

lo que quiso hacer. Los truhanes siempre utilizan este método. Desangrado como un gorrino, habríais muerto al cabo de unos minutos.

Louis estaba muerto de espanto. El médico se fue y Niceron miró de nuevo a su visitante, frotándose el mentón, visiblemente preocupado. No pronunció palabra durante un rato, pero finalmente dijo:

—¿Sabéis, caballero, que conozco el motivo de vuestra visita?

Louis lo miró entre sorprendido y alelado. Lo cierto es que había superado el límite de sus fuerzas y no conseguía recuperarse del todo. Niceron prosiguió:

—Nuestro amigo Fontrilles ha puesto en circulación vuestro retrato por todo París. Tened, incluso nosotros recibimos uno.

Sacó un pliego de su ropa, lo desplegó y se lo entregó.

Louis miró su imagen petrificado. El retrato, un simple dibujo, se le parecía mucho. Su mano temblaba mientras lo sostenía. Niceron prosiguió aclarándose la garganta.

—Todos los bandidos de la capital han recibido o visto vuestro retrato, pero no son los únicos. Los curas ultramontanos lo han tenido en las manos, y otra gente... ¿Conocéis a los Compañeros del Deber?

Louis negó con la cabeza.

—Es una asociación de obreros que intenta organizar a los trabajadores. Está prohibida y la policía anda detrás de sus miembros. Sin embargo, no hacen nada malo, simplemente reclaman algunos derechos elementales y mejores condiciones de trabajo. Fontrilles, que es una especie de agitador, tiene en esta asociación muchísimos adeptos. Ha ordenado distribuir vuestro retrato a sus compañeros convenciéndolos de que sois un traidor dispuesto a vender sus secretos al nuevo lugarteniente civil Dreux d'Aubray. Así, miles de obreros, quizás más todavía, están buscándoos por París. Todos los lugares que frecuentáis están vigilados. A algunos de vuestros amigos les han ofrecido recompensas disparatadas por encontraros.

Louis recuperaba poco a poco sus facultades. El dolor del brazo desaparecía. La calma del convento, la comida y el vino lo habían reconfortado. Ahora que veía las cosas con más claridad hizo a Niceron la pregunta que le preocupaba:

—¿Por qué?

Niceron frunció el ceño, abrió la boca para responder y después cambió de opinión, simulando no entender la pregunta.

—¿Por qué me tratáis así? —insistió un Louis iracundo—. ¿Por qué no me echáis? Vos, los religiosos, estáis en el bando de mis adversarios...

—Estamos en deuda con vos, replicó untuosamente Niceron.

—¿Estáis?

—¿Creéis que no he informado a mi superior de vuestra presencia? ¿Creéis que actúo por mi cuenta? Por otra parte, os estábamos esperando...

Louis abrió los ojos como platos.

—¿Por qué? —preguntó sin entender.

—¡Vamos! Me decepcionáis... y, sin embargo, se os considera un brillante lógico... Reflexionad, os ocultabais, pero si volvíais a París, antes o después acabaríais presentándoos aquí. Simplemente, no sabíamos cuándo.

Louis meditó un instante la respuesta.

—Me gustaría creer que me estáis agradecido, pero los intereses de vuestra orden son superiores a las obligaciones de gratitud que tenéis hacia mí.

—Eso es así —confesó Niceron con cinismo asintiendo con la cabeza—. Pero en París están a punto de producirse graves acontecimientos. El juego que está llevando a cabo Fontrailles nos preocupa; no lo hace ni por España ni por la duquesa de Chevreuse, ni por Beaufort. Respecto a esto, por cierto, ¿sabéis lo que está ocurriendo en Inglaterra en este momento?

—El Parlamento y el rey están enfrentados desde hace unos meses —replicó Louis, que había leído algunas líneas en *La Gazette* sobre las recientes batallas que habían tenido lugar cerca de Londres.

—¡Es mucho peor que eso! El Parlamento inglés quiere derribar la Iglesia para poner en su lugar una Iglesia evangélica. En lucha abierta contra el rey católico, algunos parlamentarios proponen incluso una república. Es lo que quiere hacer el marqués de Fontrailles aquí. No nos gusta y nos inquieta. Y además está la duquesa de Montbazon, que se ha comportado como una tonta, arruinando inútilmente nuestra causa con la estúpida historia de las cartas a la que arrastró imprudentemente a sus amigos... es decir, a nuestros amigos. ¿Lo sabíais?

Louis hizo un gesto afirmativo.

—En cuanto a la duquesa de Chevreuse... Roma contaba con ella, pero parece que no ha entendido la situación actual. ¡Y Beaufort, mezclándose con los truhanes y pillos de la capital cuando podría convertirse en el amo de Francia! Sin embargo, todo el mundo asegura que los Importantes van a ganar la partida, que Châteauneuf pronto será primer ministro, que el obispo de Beauvais, Du Noyers y todos los ultramontanos ocuparán los ministerios...

—¿Es eso lo que deseáis? —se burló Louis.

Niceron sacudió tristemente la cabeza.

—¡No! Las cosas son más complejas. Intentaré explicároslo: dos grandes corrientes dividen nuestra Iglesia. El oratorio propone un cristianismo ascético y radical. Pero la búsqueda del absoluto lo ha acercado peligrosamente a España y a la Inquisición, desprestigiándolo, incluso si algunos de los suyos como Vincent de Paul son fieles a la reina.

»Por el contrario, la Compañía de Jesús ha propuesto un cristianismo más indulgente con las debilidades humanas, más acomodaticio y también más cercano a Roma. De modo que estas dos visiones de la religión se apoyan en el exterior, bien en España o bien en el papado. Dos poderes que siempre han sido enemigos.

»Sólo nosotros, los mínimos, sin aprobar la casuística de los jesuitas, permanecemos fieles a la Iglesia de San Pedro y, en el conflicto que enfrenta a los

Importantes —asociados a los devotos— con Mazarino, aliado provisional de los libertinos Condé, nos hemos visto obligados a elegir.

»Después de todo, Mazarino es un italiano y un cardenal romano.

Hizo una breve pausa para poner sus pensamientos en orden.

—Francia ha sufrido cincuenta años de guerras de religión. ¿Qué pasaría si la señora de Chevreuse vence? ¿Creéis que Enghien se quedará quieto? Está al mando del ejército, de modo que se desencadenará una guerra civil y ganará él. Tras lo cual, los Condé tendrán el poder. Ante semejante tesitura, nosotros preferimos, con mucho, a Mazarino, que es de los nuestros, antes que a ese libertino depravado y agnóstico.

Concluyó con una sonrisa franca.

—Por eso os ayudaremos. Es decir, ayudaremos a monseñor Mazarino.

De nuevo se hizo el silencio. Luego, pensativo, Nicéron añadió levantando el índice:

—Además, hay otra cosa...

—¿El qué?

—¿Habéis oído hablar de Arnaud d'Andilly?

—Desde luego, acabo de terminar su libro. ¡Es una obra admirable!

—¿Admirable?

El monje enarcó las cejas, primero perplejo y luego visiblemente contrariado.

—¡Es un libro terrible! Si semejante dogma se difunde, estamos perdidos. *De la comunión diaria* saca a la luz los fallos y límites del discurso de la Compañía de Jesús. Arnaud propone un retorno a la moral, al rigor. Aparentemente, es el renacer del discurso del oratorio, pero es una anamorfosis; d'Andilly propone, en cambio, la omnipotencia divina y suprime el libre albedrío. Si Dios sólo concede su gracia a los que ha elegido, la religión no es más que un asunto entre el hombre y Dios. Los hombres no necesitarán Iglesia, dogma, ritos, orden... por consiguiente ni a Roma ni al Papa. No podemos aceptar eso.

»Y para impedirlo, necesitamos la ayuda de la reina y de Mazarino. Si vos sois una baza en esta partida, también tenemos que ayudaros.

Louis no respondió, todo esto lo sobrepasaba y le daba la impresión de ser un corcho en el océano o un peón en el juego del ajedrez.

—¿Por qué os persiguen? —preguntó ahora Nicéron cerrando los ojos.

¡De modo que los monjes no sabían nada!, pensó Louis. No respondió enseguida, pero finalmente, ante la mirada inquisitiva de Nicéron, contestó articulando despacio:

—Porque soy el único que sabe cómo detenerlos.

La respuesta, enigmática, pareció satisfacer a Nicéron.

—Os creo, ¿qué queréis hacer ahora?

Louis dudaba. Hablar era exponerse; pero, por otro lado, no podía contar con otra ayuda. Tenía que confiar en alguien. ¿Por qué no en Nicéron? Recapituló.

—Van a intentar asesinar al cardenal Mazarino. Debo advertirle porque sé cómo van a actuar.

Niceron permaneció silencioso. Al cabo de un rato, sacudió la cabeza en señal de negación y prosiguió con voz apagada:

—¿Creéis que Mazarino desconoce que intentan atentar contra su vida? Todos los días encuentra notas amenazadoras por todas partes, incluso en su cama. Si intentáis prevenirlo, perderíais vuestro tiempo y tal vez vuestra vida. Lo que debe conocer es cuándo quieren matarlo. ¿Y eso lo sabéis?

—No, desde luego —replicó Louis súbitamente molesto.

—¡De eso es de lo que tenéis que enteraros! —exclamó el monje triunfante.

—Pero Fontrailles, Beaufort... me encontrarán.

Niceron se encogió de hombros con indiferencia.

—¿Dónde estaríais más seguro que en medio de una banda de asesinos?

Ante estas palabras, Louis se estremeció violentamente, estupefacto, incrédulo. ¿Niceron estaba loco? ¿O era un inconsciente?

—¿Queréis que me entregue a ellos? ¿Creéis que me lo van a contar todo? Estáis loco...

—En absoluto —aseguró el fraile. Sus ojos se iluminaron con una sonrisa—. Puedo disfrazaros aquí, haceros pasar por un truhán por mediación de amigos seguros. Veréis: entráis en su banda y ellos os admiten. Como sois hábil, os enteraréis rápido de las circunstancias del asesinato del ministro. Luego, no tendréis más que prevenirlo.

Niceron cruzó los brazos, plenamente satisfecho de su demostración. Ante su expresión orgullosa, Louis se puso rígido y su rostro se encendió. Alzó la voz:

—Escuchadme, padre —lo interpeló disgustado—, ya es suficiente... no soy soldado, ni espía, ni policía. Lo único que quiero es llevar una vida tranquila. ¿Por qué yo?

El monje separó los brazos en señal de impotencia.

—No sé si podéis elegir...

Los dos hombres se quedaron en silencio.

Louis meditaba. Después de todo, la propuesta de Niceron era seductora, incluso excitante. Infiltrarse entre el enemigo, descubrirlo, luego vencerlo... ¡Qué gloria! Sintió, pese a lo que le dictaba la razón, que esta solución le gustaba. Se decidió.

—Acepto a condición de que os ocupéis de todo. ¿Por dónde empezamos?

Niceron bajó la cabeza para ocultar su alegría. ¡Había ganado! Su superior estaría contento con él.

—Os llevaré ante el hermano que modela los rostros de los autómatas. Os dará un nuevo rostro. Luego os preparará una nueva indumentaria. Descansaréis toda la noche y mañana iréis a la dirección que os indicaré. La persona ante la cual os envío os pondrá en contacto con la taberna de los Deux-Anges: es el cuartel general de los Beaufort.

Así se hizo. Louis fue conducido a un taller lleno de cuerpos humanos petrificados por alguna extraña maldición. Eran los autómatas de Niceron. Lo

instalaron en una mesa cubierta de tarros de cola y ungüentos, y un monje, barbudo y calvo, lo examinó durante un buen rato, a veces tocándole alguna parte del rostro.

—Debe quedar totalmente distinto, irreconocible y, además, es necesario que su aspecto sea el de un perfecto asesino —le explicó gravemente Niceron.

El maquillaje duró dos horas. Le cortó el pelo todavía más corto y en la cabeza le pegó con cola una espantosa peluca rubia. Dos objetos muy desagradables le deformaron la nariz y modificaron su voz. Un tinte indeleble que duraría una semana, le aseguraron, le cambió la tez. Le puso los dientes negros y amarillentos. Le tiñó y depiló en parte las cejas. Por fin, le pegó pelo a pelo un falso bigote de espadachín. Cuando se miró a un espejo, Louis vio a un total desconocido que le dio un miedo terrible, tan pavoroso era su aspecto.

—Bien —decidió Niceron satisfecho—. Os llevaré a vuestra celda. Allí encontraréis comida, ropa, y podréis descansar.

Lo dejaron solo durante toda la tarde. Niceron volvió al anochecer con las instrucciones.

—Os explicaré a dónde os envío. Hace unos veinte años, tenía un compañero aquí. Lamentablemente, sedujo a una joven del barrio y fue expulsado de la orden. La muchacha murió y dejó un hijo. He seguido en contacto con este exmonje, dándole a veces la ayuda y el consuelo que tanto necesitaba. Ya no es sacerdote, pero sigue desempeñando ese papel... allí donde está.

Dejó la frase sin terminar. ¿Lamentaba haber utilizado las palabras *desempeñar un papel*?

Esta confesión se le había escapado. Sin embargo, prosiguió.

—¿Conocéis el Valle de la Miseria?

—Es el nombre con que se conoce el dédalo de callejuelas entre el Grand-Châtelet y el Sena.

—En efecto, ese lugar se parece un poco al infierno. Allí vive. Rodeado por el crimen, el fango y la ignominia. Pero sigue siendo un hombre de Dios. Si alguien puede introducirnos entre los asesinos de Beaufort sin traicionarnos, es él. Ésta es una carta para él. He escrito la dirección arriba con un plano sencillo para que os guiéis hasta allí.

Louis cogió el pliego.

—¿Podéis transmitir unas cartas que deseo escribir? —preguntó Louis a su vez.

Niceron dudó un instante imperceptible.

—Sí, pero prometeme no contar nada de lo que vais a hacer.

—No temáis.

Louis escribió a Julie, a sus padres y a Gaston. Les aseguró que su salud era excelente y que pronto volvería.

Se acostó temprano.

Al amanecer, Niceron fue a despertarlo para acompañarlo a la puerta del convento.

Viernes 28 de agosto de 1643

Mientras se dirigía caminando hacia su destino, Louis se reía de su ridícula vestimenta. Su silueta recordaba —mucho más exagerada— a la de Gaufredi. Calzaba unas botas de cuero muy anchas con aberturas a los lados. Llevaba puesto un jubón de búfalo marrón remendado por las partes donde le habían asestado estocadas, y una casaca descolorida. Sobre el hombro derecho llevaba colgada una capa remendada y un ancho talabarte del que pendía una pesada espada de hierro oxidada, de tamaño descomunal. Sin olvidarnos del sombrero que había sido de fieltro de castor unos cincuenta años antes y que estaba adornado con una pluma de gallina amarillenta y reblandecida.

Por las calles, todos se apartaban a su paso murmurando. Su indumentaria lo delataba como un temible truhán de baja estofa. Llegó sin contratiempos detrás del Grand-Châtelet.

El Valle de la Miseria, situado entre la prisión y el Sena, era en principio una simple calle donde había un mercado de volátiles. Le habían dado ese nombre porque con frecuencia era inundada por el río, lo que convertía a sus habitantes en miserables, porque con cada inundación lo perdían todo. Pero a poco, todo el barrio desde la zona donde todavía no existían los muelles hasta el muelle de Gêvres —entonces en construcción— fue bautizado con ese nombre.

El lugar hacia donde Louis se dirigía era uno de los más sórdidos, más miserables y, sobre todo, más peligrosos de París. Era un almocárabe de callejuelas peligrosas adonde iban a parar todas las inmundicias y los desechos líquidos de las calles y las viviendas situadas río arriba, y también todas las heces de la población.

En este barrio había dos clases de calles. Las que desembocaban en el Sena, edificadas casi en el agua, se sostenían sobre inestables pilotes de madera. Las más altas, edificadas en tierra firme, estaban rodeadas de casuchas deformes con pisos en saledizo en un laberinto de callejuelas que encubrían tabernas miserables, innobles lupanares o timbas infames.

Los callejones tenían nombres que llamaban la atención: calle de la Matanza, calle del Degüello, calle de Va Quien Dura, o incluso calle Mierdenta.

Era a esta última calle adonde se dirigía.

* * *

Delante de él, el suelo estaba encharcado de una mezcla de sangre de animales —más arriba estaban los mataderos— y deyecciones. El aire era pestilente y corrompido. En algunos lugares Louis tenía que sortear profundos charcos negruzcos, una especie de

extraños surtidores, en realidad agujeros, pozos negros, donde los habitantes vaciaban sus bacinillas. Algunos incluso defecaban dentro.

Siguió así algunas calles infectas, estrechas y pestilentes, plagadas de hongos verdosos que coloreaban las paredes deterioradas. Nicéron le había dibujado un plano para guiarlo justo a la calle Mierdenta, pero, con todo, se perdió varias veces. Finalmente, salió a un callejón más invadido que los otros de boñigas, cagarrutas y zurullos. Supo que había llegado.

Las casas —¿podían llamarse casas?—, mejor digamos casuchas o cabañas, estaban construidas sobre una especie de pilares, de pilotes, con adobe mohoso y maloliente. Las aberturas de los pisos estaban al aire, las puertas no tenían herrajes y la parte de abajo, arruinada y descompuesta por la podredumbre, facilitaba que el lodo —y el resto— se metiese dentro de la vivienda. Louis observó que los ocupantes remediaban esto cubriendo el suelo con paja, pero nunca cambiaban la paja y formaba un lecho de estiércol sobre el que los habitantes comían, dormían, vivían y morían.

A lo largo de estos cuchitriles, en los rincones, en los mojones, a veces incluso en el suelo, pululaba una fauna de seres andrajosos y llenos de pústulas que buscaban sin duda robar al raro transeúnte para sobrevivir. Pero Louis sabía que no estaba en una corte de los milagros que tanto abundaban en París. Aquí toda esta gente, agotada a causa del sufrimiento y las enfermedades, plagados de heridas y úlceras, devorados por la fiebre y el hambre, nunca recuperarían la juventud y la belleza. En el Valle de la Miseria no había pobres fingidos y tullidos falsos, o aquejados del baile de San Vito^[38]. Sólo había miserables.

A pesar de su ropa remendada, Louis llamaba la atención y casi parecía un gentilhomme. Calculó la distancia que lo separaba de la casa a la que tenía que dirigirse, la tercera. Una docena de sombras descarnadas le habían dirigido miradas brillantes valorándolo. Fingiendo valor, avanzó lentamente, tratando de adoptar una actitud indiferente, la mano orgullosamente colocada sobre la espada, que sabía que era inútil.

La callejuela, como todas las del barrio, era muy estrecha, sólo tenía una toesa de ancho. Al caminar, Louis no podía dejar de rozar o tropezar con los miserables que se encontraba a su paso. Curiosamente, no reaccionaron, nadie se movió ni intentó acercarse a él.

Efectivamente, todos lo miraban, pero para seguir inmediatamente con sus actividades. Algunos hurgaban en los detritus, otros fabricaban alfileres de madera, otros cortaban trozos de tela para hacer sombreros.

Siguió su camino hasta llegar a la casa que buscaba. Entonces pensó que estaba a salvo.

—Dame las botas —farfulló de repente uno de los andrajosos.

Fronsac se volvió. El que le había hablado calzaba unas bonitas botas negras, pero, al examinarlo más detenidamente, Louis descubrió que estaban constituidas de

una gruesa capa de lodo que subía hasta las rodillas. El mendigo, en realidad, estaba descalzo. Parecía joven, pero era difícil asegurarlo dada la grasa que le cubría todo el cuerpo. Era algo más alto que él, pero tenía una cabeza enorme, muy ancha y estaba totalmente pelado. Sus cejas eran espesas y muy prominentes. La nariz estaba aplastada. Sin embargo, lo más inquietante eran las manos gigantescas. Eran del tamaño de una pala. Louis tuvo la desagradable impresión de que si las apoyaba contra una pared y hacía un poco de fuerza, se derrumbaría.

Reprimió un estremecimiento cuando el hombre avanzó hacia él, adelantando sus enormes manazas. Louis se quedó inmóvil, tratando de contener los temblores y la comezón que recorría su cuerpo.

Ahora todos los miserables de la calle lo examinaban. Se dio la vuelta para intentar huir pero, detrás de él, un grupo compacto le impedía el paso. No tenía manera de retroceder ni, desde luego, podía esperar ayuda de ninguno de los espectadores. En último extremo, pensó que sus botas —agujereadas— no le resultaban verdaderamente útiles en semejante aprieto. Con un ágil movimiento de rodillas, se las sacó con facilidad, puesto que en realidad eran demasiado anchas para él.

La criatura se adelantó e introdujo en ellas la punta de los pies. El resto no entró. Louis constató horrorizado que los pies del monstruo eran proporcionales a sus manos.

—Tu jubón —añadió el ogro con voz ronca.

Bajo el jubón Louis llevaba una pistola. No podía enseñada porque el hombre se la cogería. Y también tenía la carta de Niceron. Creyó que había llegado la hora de tomar la iniciativa. ¿Acaso no era la palabra la mejor arma contra semejante adversario? Condujo hábilmente la conversación —el monólogo, en realidad— para decir amablemente:

—Busco a Valdrin. ¿Lo conoces?

El otro lo miró con una extraña mueca y girando los ojos. Se quedó inmóvil un momento, como en trance. Las manos quietas y adelantadas. Estúpido. Luego dio unos pasos, pero hacia la puerta de una de las casuchas, gritando: ¡Valdrin! Su grito se parecía al de un gorrino feliz.

Pese a haberse dado la vuelta aquel bruto, Louis no se atrevía a moverse. Pasó un minuto terrible. El monstruo lo había mirado de nuevo, pero sus brazos colgaban y sus manos estaban en reposo, esperando visiblemente que el cerebro de la criatura les diese la señal de la misión que tenían que cumplir.

Se abrió una puerta.

Salió un hombre mayor, consumido y casi sin pelo. Vestía un enorme sayal sucio y gris. Louis se preguntó si era el color original. El hombre miró tiernamente al bruto y luego a Louis con ojos brillantes e inquisitivos, pero amistosos. Frunció el ceño y preguntó:

—¿Me buscáis? ¿Qué queréis?

—Vengo de parte del padre Niceron.

El hombre lo miró durante un buen rato. El examen debió satisfacerlo y sus labios esbozaron una sonrisa cuando vio los pies descalzos de su visitante.

—Entrad, señor. Y tú, Evrard, devuélvele las botas.

Había visto los andrajos en las puntas de los pies del ogro.

La criatura de manos monstruosas —y pies todavía más terroríficos— hizo la mueca del granuja cogido en falta. Se agachó, se quitó las botas y se las entregó con tristeza a Louis. Estaban llenas de lodo y excrementos. A pesar de todo, Louis se las puso, ya que sus pies también estaban llenos de excrementos.

—Excusadle —dijo Valdrin con ternura infinita—, es algo retrasado, pero es bueno.

El rostro del antiguo monje se llenó de dulzura y amor. Luego separó las manos, en señal de bienvenida e invitó a entrar a Louis con un gesto.

—¿Qué tal está mi amigo Niceron? —añadió alegremente—. ¿Sigues investigando?

—Me ha dado una carta para vos.

Louis se la tendió temblando todavía un poco por la situación espantosa que había vivido.

Valdrin sacó unos lentes de un bolsillo de su sayal y leyó la carta en silencio. Luego alzó los ojos inquietos hacia Louis.

—Niceron me pide que os aloje aquí y os ayude... Lo haré. Sólo espero no verme complicado en nada. Dormiréis en el piso. Hay varios jergones. Ahí duermo yo con mi hijo...

—¿Vuestro hijo?

—Sí. Evrard es mi hijo.

Louis se dio la vuelta. El hijo de Valdrin estaba detrás de él sonriendo bobaliconamente. Los pocos dientes que tenía estaban cariados. Sin embargo, algunos, de tamaño desigual, fijados en la mandíbula aquí y allí, eran señal de una extraordinaria salud. Debía de ser capaz de morder y masticar cualquier cosa, pensó Louis que se sintió repentinamente fatigado y derrotado. ¿Qué descubriría de ahora en adelante?

—Sentaos a la mesa —propuso Valdrin—. Y tú Evrard, vete a jugar a la calle.

¿A qué podía jugar?, pensó Louis mirándolo salir. ¿A machacar a los transeúntes? La criatura bajó la cabeza tanto para pasar el umbral como en señal de obediencia. La casa se movió cuando cerró bruscamente la puerta.

—¿En qué puedo ayudaros? Prosiguió el antiguo monje.

Louis dudó en hablar. Niceron le había asegurado que podía confiar en él, pero ¿hasta qué punto?

—Necesito entrar en la banda de los matones de Vendôme. Y pronto.

Valdrin lo examinó detenidamente, pensativo.

—¿Para espiarlos? —preguntó finalmente.

Louis afirmó con la cabeza.

—Ya estáis al tanto de que no tomo partido ni por Vendôme ni por Mazarino —suspiró Valdrin—. Ambos son nefastos para nosotros, los miserables. Si os ayudo es porque se lo debo a Niceron. Cuando me expulsaron del convento, fue el único que me ayudó. Me dio dinero y nunca me hizo ningún reproche. Bautizó a Evrard y dio la absolución a mi compañera cuando la Iglesia me abandonó... Nunca podré pagar esa deuda, por eso os ayudo... Pero será difícil y muy arriesgado para vos.

Cerró los ojos para meditar durante un breve instante.

—Me esperaréis aquí. Voy a ver a unos amigos.

Salió, dejando la puerta abierta. Louis no sabía qué hacer. ¿Cabía la posibilidad de que hubiese ido a denunciarlo? Se sentó en un banco tambaleante y miró hacia fuera. Evrard estaba en cuclillas en el suelo, enfrente de la puerta y se entretenía destrozando piedras con las manos. Dos o tres bribones lo miraban, entre temerosos y divertidos. Pasaron dos horas. Evrard había destrozado todas las piedras y ahora su mirada estaba ausente.

Louis se había dormido sobre un banco cuando Valdrin entró con un desconocido. El recién llegado era una canalla y carne de horca. Su expresión era astuta y peligrosa. Su rostro lleno de pústulas estaba surcado por profundas cicatrices y su ropa era andrajosa.

—Éste es el amigo de mi hermano —le explicó Valdrin presentándole a Louis—. Como te he dicho, acaba de llegar de Bourges, donde han puesto precio a su cabeza. No conoce a nadie en París y he pensado que podrías encontrarle alguna ocupación en tu banda.

—Ya veremos —dudó el truhán con una voz apagada—, y porque eres tú...

El hombre no parecía muy contento por tener que ocuparse de Louis. Se volvió hacia él y le soltó de malas maneras:

—¡Tú! Sígueme.

Se marcharon.

Hasta la calle Saint-Honoré, el golfo fue delante, sin dirigirle la palabra a Louis. Y luego, bruscamente, esperó a que su compañero lo alcanzase para preguntarle:

—¿Qué hiciste en Bourges para tener que huir?

—Estrangulé a uno de la patrulla —confesó Fronsac—. Me había sorprendido en una casa... degollé a sus habitantes y estaba quemando al último para que me dijese dónde estaba el dinero cuando llegó el arquero.

Louis estaba asombrado de su capacidad para mentir y contar historias inverosímiles.

El otro sonrió ante semejantes cualidades, dejando ver sus dientes cariados. Le dio una amable palmada en el hombro.

—El Patíbulo necesita hombres como tú. Seguramente harás tú el trabajo.

¿Qué demonios será eso del patíbulo?, pensó Louis horrorizado. No he debido jactarme de este modo... y si este hombre fuese un policía...

—Ahora tenemos mucho trabajo —le explicó el canalla, que parecía haber simpatizado con él—. Buscamos a un tipo que se nos ha escapado entre los dedos. Pero ya lo verás, tenemos su retrato. Y yo lo tengo grabado aquí —se dio un golpe con el índice en su pelo graso—. ¡Si lo veo, lo mato! El Patíbulo ya te lo explicará.

—Hum... ¿Por qué el patíbulo? No nos han cogido...

El granuja lo miró con curiosidad, y se quedó alelado un instante. Luego se echó a reír.

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! El patíbulo, ¿El Patíbulo? Ya veo que no conoces a nadie aquí. El Patíbulo es nuestro jefe. Ya verás. Te gustará. Es mucho mejor que el que teníamos antes. Se llamaba Carfour. Pero Carfour raramente hacía el trabajo él mismo. El Patíbulo es siempre el primero saqueando. Le gusta mucho destripar a la gente antes de robarles. El otro día, atacamos una casa, todos fueron... Hizo el gesto de pasarse la mano por el cuello riéndose. El Patíbulo se ocupó de los niños. ¡Le encanta!

El hombre soltó una carcajada horrible, luego dejó de reír y se pavoneó orgullosamente.

—Pero, cuidado, ¿eh? Somos militares. Estamos bajo órdenes. El Patíbulo recibe instrucciones de arriba.

Louis hizo una mueca de incredulidad que pareció vejar a su nuevo amigo.

—¡Ya lo verás! La nobleza es quien nos dirige y El Patíbulo incluso nos ha dicho que cuando nuestro jefe ocupe el lugar de Mazarino, seremos todos marqueses. ¿Tú te ves como marqués o incluso como caballero?

Soltó una carcajada. Louis movió la cabeza en señal de aprobación. Se veía perfectamente como caballero.

—¿Quién es ese famoso jefe? —preguntó.

El otro se encogió de hombros.

—¡Quién va a ser! El rey de París, ¡zopenco! ¡Beaufort! El hijo del duque de Vendôme. También te gustará. Además, vamos a su casa.

Louis puso cara de tonto.

—¿A su casa? ¿Al palacio de Vendôme?

—¡No, hombre! ¡Ceporro, más que ceporro! ¡Eres un auténtico tonto! Vamos a su taberna, Deux-Anges.

Habían salido de París por la puerta de Saint-Honoré y ahora seguían por la calle del barrio Saint-Honoré. Efectivamente, Louis veía a lo lejos el palacete de Vendôme —estaba ubicado en la actual plaza Vendôme—. Esta calle, situada en las antiguas afueras, estaba formada por palacetes nuevos alternando con praderas y casas, así como numerosas tabernas y figones. Muchos pertenecían a Vendôme, que poseía la mayor parte de estas tierras donadas por el rey Enrique IV a su amante Gabrielle d'Estrées. Con la expansión de la ciudad, todo el barrio pasaría a tener un valor inusitado, lo que aseguraba una gran parte de la riqueza de los Vendôme.

La taberna de Deux-Anges se parecía más a una posada rústica que a una taberna de las que se encontraban en París. Tres edificios daban a un patio polvoriento, las

cuadras a la izquierda, los graneros a la derecha y el cuerpo principal en el medio. Una docena de chiquillos esqueléticos estaban sentados en el suelo del patio.

El guía de Louis entró en la pieza central de la posada. Estaba casi vacía a aquellas horas.

—Se han ido todos de caza —explicó el truhán a Louis.

—¿De caza?

—Sí, de caza, ya te lo he dicho, buscan a un tipo, un notario... Un tal Fronsac, lo han herido y tendríamos que cogerlo enseguida. Nos ayudarás. Sería gracioso que lo encontrarás tú, que no conoces a nadie.

Se dirigió a una amplia escalera de madera, enfrente de la inmensa chimenea sobre la cual había potes de cobre colgados, espumaderas, caza y jamón. Una estrecha galería con claraboya se extendía a lo largo del piso. Louis lo seguía sin dejar de observar. Su guía llamó a una puerta y entró sin esperar respuesta.

Louis comprendió enseguida que se encontraba ante El Patíbulo.

Era un hombre todavía joven, con el pelo casi blanco y los labios finos y crueles. Estaba acostado, en camisón, sobre una cama. Varias mujeres excesivamente maquilladas lo rodeaban. Su frente estaba horriblemente marcada por la varicela.

—Excusadme, jefe, traigo a uno nuevo. Es un estrangulador buscado por la policía de Bourges...

El hombre se levantó lentamente de la cama y se acercó a Louis con suspicacia e interés. Oía horriblemente a vino. Miró detenidamente al nuevo dando vueltas alrededor de él. El examen debió de satisfacerle.

—¡Bien! —aprobó finalmente—. Siempre se necesitan hombres que no duden en manejar el cuchillo. Dale el retrato de Fronsac y envíalo al Châtelet. Allí nunca hay gente suficiente. Por cierto, ¿cómo te llamas?

—Eh... La Horca, jefe —declaró Louis con firmeza.

El Patíbulo hizo una mueca que pretendía ser una sonrisa:

—¡Excelente! ¡Ese nombre me gusta!

El bandido dio una palmada afectuosa a Louis y volvió a meterse en cama. Louis y el truhán salieron.

Louis cogió el retrato que tan bien conocía y fingió examinarlo con atención.

—¡Qué cabeza más fea tiene el tal notario! Si lo encuentro, ¿qué hago? —preguntó.

—Lo matas —respondió lacónicamente su nuevo amigo.

—¿Y si me equivoco?

—¡No pasa nada, hombre, creo que ya han matado a tres o cuatro por error!

* * *

De modo que Louis se fue a la caza de sí mismo. No había comido en todo el día y compró a un vendedor ambulante, cerca del Châtelet, por la cantidad desorbitada de

veinte ochavos, una pierna de cordero asado y un pan. Luego se sentó en el suelo sobre su capa agujereada, se puso a comer y esperó, fingiendo observar a los transeúntes. En dos ocasiones vio pasar a Gaston de Tilly, luego reconoció a Antoine de Dreux d'Aubray. Se contuvo porque había visto a otras personas sospechosas en las inmediaciones de la prisión. Dos veces fue a una miserable taberna cercana a beber un jarro de vino agrio.

Hacia las seis, volvió a la taberna de los Deux-Anges; pronto vio que, en la calle Saint-Honoré, algunos mendigos que merodeaban delante del Châtelet lo seguían discretamente. El Patíbulo no confiaba en él y Louis se felicitó por su prudencia.

La taberna estaba llena. A la entrada, dos brutas corpulentas seleccionaban a los visitantes. Lo pararon y a duras penas consiguió explicarse. Fue el Patíbulo quien, advertido, fue finalmente a liberarlo.

—Bien, Horca, ¿has encontrado a Fronsac? —preguntó el joven bribón, completamente vestido de seda y lleno de lacayos dorados.

—Nada, vengo con las manos vacías.

Louis puso cara de pena.

—¡Ah! Al parecer lo han visto en los Inocentes... Mañana visitaremos el osario. ¡Si lo encontramos allí, ya no tendremos que enterrarlo! —soltó una carcajada—. Vete a beber con los otros.

Le señaló al grupo de asesinos y pillos sentados alrededor de dos o tres mesas. Louis se acercó al que lo había reclutado en casa de Valdrin. El único que conocía. Todos estaban achispados y excitados.

—¿Qué pasa? —preguntó cogiendo la jarra de vino de su reclutador y quitándole toda autoridad.

—Esta noche morirá el italiano —respondió el otro, sorprendido de que Louis le hubiese birlado el vino. Luego, recordando que La Horca podía ser peligroso, hipó y pasó la mano por el cuello de izquierda a derecha riéndose, dejando ver los pocos dientes amarillentos que le quedaban.

Louis se mantenía impertérrito pero su corazón latía desbocado. Replicó dejando violentamente el jarro sobre la mesa:

—¡Eso está muy bien! No me gustan nada los italianos, pero ¿por qué no lo habéis hecho ya?

—Lo intentamos —replicó otro bandido, un delgaducho que trataba de ganarse al recién llegado—, pero nunca iba por el camino que tenía que ir. Esta vez lo esperaremos en el Louvre. A las nueve de la noche... ¡estirará la pata!

—¿No es un poco arriesgado en el Louvre? —preguntó Louis cerrando los ojos y adoptando un aire astuto.

El otro sacudió la cabeza quitándole importancia.

—No, Beaufort vendrá a explicarnos; estaremos todos escondidos en la sombra. Cuando la carroza del siciliano salga del castillo, dispararemos con metralla y mataremos a todos. ¡Será rápido!

Louis aprobó con la cabeza y luego se retiró a un rincón oscuro.

¿Cómo advertir a Mazarino? No podía salir sin llamar la atención. Esperó, tratando de encontrar una oportunidad. Los pillos bebían y daban voces. Beaufort y Fontrailles llegaron hacia las ocho, ambos vestidos con refinada elegancia. Louis se escondió en su esquina para pasar inadvertido.

—¡Amigos míos! —gritó Beaufort—, será esta noche. El Patíbulo os llevará al puente del Louvre, donde os esconderéis. No le quitéis ojo a la tercera ventana del primer piso del palacio desde el Sena. Si se enciende una lámpara y se apaga tres veces, id en cuanto salga la carroza. Si no, no os mováis. ¡Y ahora, bebamos para celebrarlo!

Los canallas dieron dos hurras. Louis también, casi más fuerte que los demás.

* * *

Una hora más tarde, Louis estaba detrás de un enorme mojón, cerca del puente del Louvre. Había tomado una decisión, cuando viese la carroza, se adelantaría para advertir a Mazarino. Quizás el cochero pudiese retroceder o el ministro huir.

La espera era interminable. Por momentos, Louis distinguía a sus camaradas, todos perfectamente camuflados en los porches de las casas o en las esquinas de las calles cercanas. También veía perfectamente la ventana del Louvre de donde debería partir la señal. A veces podía entrever unas siluetas en los pisos. ¿Beaufort? ¿Fontrailles? ¿Vendôme? Era imposible decirlo.

Salieron varios coches. Ninguna señal. Luego un último vehículo pasó delante de ellos. Hubo algunos murmullos de asombro; era la carroza del cardenal; se reconocía por sus escudos de armas, y todavía no habían recibido órdenes de atacar. Aún permanecieron allí una hora, luego alguien pasó entre ellos diciéndoles que volviesen a los Deux-Anges. La operación había fallado. ¿Qué había sucedido?

A medianoche estaban todos reunidos en la taberna y manifestaban su disgusto a base de gruñidos cuando llegó Henry de Campion, el brazo derecho de Beaufort.

—¿Qué? —le gritó El Patíbulo—, nos haces perder el tiempo. ¡Había más cosas que hacer! ¡Podíamos haber asaltado algunas casas esta noche! ¡Acabamos de perder dinero por tu culpa!

Campion, con uniforme de oficial de los guardias del rey, le arrojó una bolsa con insolencia.

—Se hará el domingo —dijo—. Beaufort vendrá mañana a daros las instrucciones. Hubo un problema en el último minuto; cuando Mazarino subía al coche, se le acercó monseñor, que quería acompañarlo. Beaufort no quiso que su tío muriese en la carnicería y anuló la operación. Pero Mazarino no tendrá tanta suerte la próxima vez.

Louis lo había escuchado todo. ¡Bien! Mañana no actuarían. Seguiría representando su papel, y el domingo le resultaría más fácil contactar con Gaston. Se

fue a dormir a la casa de la calle Mierdenta.

29 y 30 de agosto de 1643

La tarde del sábado 29 de agosto Louis se sentó de nuevo a una mesa de la taberna los Deux-Anges. Sus compañeros de juerga se habían reunido muy pronto con él. La bebida soltaba las lenguas y las amenazas contra el cardenal eran cada vez más concretas y violentas. Cada cual entonaba su cancioncilla contra el italiano y el barullo se había convertido rápidamente en un alucinante sabbat.

Ya era noche cerrada cuando el marqués de Fontrailles apareció acompañado de unos cuantos gentileshombres enmascarados. Con todo, Fronsac reconoció a Beaufort por su estatura y su pelo rubio, así como a Campion. Un cuarto hombre no se separaba de ellos; Louis no sabía quién era. Más tarde se enteró de que era Beaupuis, otro oficial de los guardias.

La reducida tropa pasó a la segunda sala de la taberna, seguida por El Patíbulo y dos de sus lugartenientes. Se encerraron en la pieza. Louis se había ocultado el rostro con la mano y permanecía en la sombra. La taberna, iluminada por unas mortecinas velas de sebo y un triste fuego, eran sus aliados. De todos modos, dudaba de que los visitantes pasasen revista a los truhanes presentes en la posada, pero tampoco se le escapaba lo desconfiado que podía ser Fontrailles.

Transcurrió una hora.

La mayoría de los matones estaban dormidos sobre la mesa completamente borrachos, otros habían subido al piso con los jergones de la posada. Fronsac dudaba en dejar el lugar cuando el grupo de conjurados salió. Fontrailles miró a su alrededor en la sala y siguió su camino, indiferente. Louis había metido la cabeza entre los brazos y, apoyado en la mesa, fingía dormir. El Patíbulo se quedó solo contemplando a su tropa con cierta repugnancia, luego bramó:

—¡Despertaos, banda de vagos! La operación será mañana, seguro. Quiero veros a todos aquí a las seis, despejados y armados.

Louis refunfuñó e hizo como que salía tambaleándose. El Patíbulo lo agarró y le tiró del brazo.

—¿Y de Fronsac, qué? ¿Nada nuevo?

Louis balbució algo que podía parecerse a un nombre. El Patíbulo lo rechazó violentamente pero lo dejó salir sin interrogarlo más. Mientras regresaba a su cuchitril donde Evrard y su padre debían de estar durmiendo, tuvo tiempo de idear un plan para el día siguiente y, cuando llegó a la casa de la calle Mierdenta, creyó que se podría llevar a cabo sin correr demasiado riesgo. Sin preocupaciones, durmió el sueño de los justos en su maloliente jergón lleno de parásitos.

Se despertó la mañana del domingo. Se levantó mucho antes que Valdrin y su hijo. Bajó en silencio, sin necesidad de vestirse, pues dormía con su ropa; lavarse era imposible, todavía tendría que soportar las pulgas unas cuantas horas. Abajo, sobre

una mesa, dejó la docena de piezas de oro que le quedaban. No volvería a ver a sus huéspedes.

Estaba amaneciendo y en la calle Mierdenta todavía dormían algunos en el suelo. Louis saltó por encima de ellos para dirigirse hacia la iglesia de Saint-Germain-l'Auxerrois.

Delante del porche, los comerciantes empezaban a instalarse con las primeras luces del alba. Louis conocía las costumbres de Gaston, sabía que acudiría al oficio a las nueve, pero a veces iba muy temprano, velando por que los alrededores de la iglesia estuviesen decentes. Si encontraba demasiados mendigos, los echaba, pues a aquella iglesia acudía la más alta nobleza.

Louis se había sentado en el suelo, al lado de un mendigo cubierto de pústulas. Cubrió su rostro con el trozo de fieltro que utilizaba como sombrero. Nadie podría reconocerlo. Esperó así cerca de una hora. Cuando oyó los cascos de un caballo, levantó la cabeza y reconoció a Gaston de Tilly que llegaba del Grand-Châtelet, seguido por algunos arqueros indolentes. Se levantó y caminó con paso vacilante hacia la montura. Cuando estaba a tres pasos de Gaston, se agarró a las crines del animal del comisario y en un murmullo, lo suficientemente bajo para que sólo pudiera oírlo Tilly dijo:

—Gaston, soy yo. Louis...

El rostro de Gaston se descompuso, mirando a la ruina humana que se agarraba a las crines de su caballo.

—¡Sí, hombre, soy yo! ¡Tienes que creerme! Pon cara de que no me reconoces, pero ordena a un arquero que me detenga y me conduzca a tu despacho.

Gaston era despierto. Señaló a Louis con el dedo:

—¡Eh, guardias!, este hombre está borracho y no me inspira confianza. Arrestadlo y registradlo. Luego, traédmelo a mi gabinete para que lo interroge.

Al punto dos arqueros cogieron a Louis y lo registraron sin miramientos. Luego lo sujetaron y, a base de empujones, lo condujeron al despacho de Gaston por el camino que tomaba generalmente en otras circunstancias. Gaston había entrado rápidamente por otra escalera y lo esperaba impaciente.

—Está bien —dijo el comisario al verlo, haciendo una señal para que los arqueros se retirasen—. Dejados solos.

Cuando hubieron salido, corrió hacia Louis con un paño y un cántaro de agua.

—¡Dios mío! Esos animales te han maltratado. Pero ¿de dónde sales? ¿En qué condiciones estás?

Mientras hablaba, le limpiaba la cara. Luego lo desató y se echó a reír de repente.

—Amigo mío, no eres un modelo de elegancia. ¿Adónde han ido a parar tus lacayos negros? ¿Y qué me dices de esa barba? ¿Y ese pelo? ¡Vaya! Me encantan tus cabellos rubios, van muy bien con el color de tu tez.

Soltó tal carcajada que tuvo que sentarse agarrándose el vientre, porque no era capaz de respirar.

—Veo que lo tomas por el lado bueno —le soltó Louis ligeramente ofendido—. A mí no me hace tanta gracia.

—Perdóname —respondió Gaston, reprimiendo una carcajada—. No pude contenerme. ¡Vamos! ¡Cuéntame tus aventuras!

—Para eso estoy aquí. Supongo que Julie te habrá informado de que tuve que ocultarme de los amigos de la señora de Chevreuse.

—Sí, ¿dónde te ocultaste?

—En el palacio de los Condé.

Gaston soltó un silbido tanto de asombro como de admiración.

—¡Caramba! Ahora te codeas con los grandes. ¡No me digas que te han disfrazado ellos así! ¡Sabía que los Condé eran tacaños, pero no hasta ese punto!

Soltó otra carcajada. Era incapaz de contenerse. Se babeaba e hipaba convulsivamente.

Louis intervino para que parase:

—No, los Condé se marcharon a Chantilly hace cuatro días, los acompañé y me dejaron cerca de Mercy. Desde allí, volví a París...

Gaston se calmó.

—¿Por qué? Estabas seguro en Mercy, y aquí te buscan todos los matones de la ciudad...

—Sí, lo sé, ¡yo mismo ando en mi busca! Pero tenía que verte y advertir a Mazarino. Sobre todo a Mazarino, pero no puedo hacerlo y tienes que encargarte tú. Beaufort quiere asesinarlo.

—¡Tú sueñas! Y, en primer lugar, ¿cómo sabes eso?

—Porque anteayer me encontraba delante del Louvre con cincuenta truhanes armados hasta los dientes esperando las órdenes de Beaufort para matar al cardenal. La operación falló y esta noche lo intentaremos de nuevo. ¡Y esta vez no fallaremos!

Se hizo el silencio. Gaston había palidecido intensamente. Luego murmuró:

—¡Dios todopoderoso! ¿Quieres decir que estás... con ellos?

—Son mis nuevos amigos —bromeó Louis haciéndose el fanfarrón.

Gaston tragó saliva y luego añadió:

—Bien, ¿qué sabes exactamente?

Mientras hablaba fue hasta su mesa, se sentó y cogió pluma y papel. Entonces, Louis se lo contó todo mientras su amigo escribía rápidamente.

Rellenó dos hojas antes de que Louis hubiese acabado:

—No lo olvides, Gaston. Tenderán la trampa esta noche, pero todo esto es un secreto. La Châtre y quizá los Essarts están en el complot, y también Campion, además de otros oficiales de la guardia. Mazarino sólo podrá contar con hombres seguros. También hay que advertirle de que estoy en medio de los matones. No pueden colgarme con ellos.

—No te preocupes por eso. Además, yo estaré allí.

—Avisa también a mis padres, a Julie y a Gaufredi de que estoy vivo y bien. Pero

que no hablen de esto con nadie. Hay espías por todas partes. Sin embargo, lo más urgente es que veas al cardenal.

Louis se interrumpió un momento, vacilando.

—Y todavía hay algo más grave, Gaston. Lo sé todo sobre la muerte del rey...

Louis le contó todo lo que había descubierto y lo que había deducido. Sus conclusiones eran tan terribles que Gaston lo escuchó en silencio. Cuando el caballero de Mercy hubo terminado, precisó:

—Pero no hagas nada respecto a eso, Gaston, te lo ruego. Esperemos a mañana. Tras el intento de asesinato de Mazarino, te acompañaré y encontraremos las pruebas, ahora dime todo lo que sepas y pueda serme útil.

—De Julie y tu familia sólo puedo decirte que están preocupados, pero se mantienen serenos. Por el contrario, en la Corte ha habido mucho ajeteo.

—Ya sé, las cartas perdidas... ¿me estás hablando de esa ridícula historia?

—¡Vaya! ¿Quién te lo ha dicho? —Gastón pareció ofenderse—. ¿Y también sabes que la señora de Montbazon tuvo que pedir excusas?

—Eso no, pero sabía que tendría que hacerlo. ¿Qué ocurrió cuando pidió perdón?

—Fue horrible. La duquesa acudió al palacio de Condé elegantemente vestida y leyó muy altiva, ante la princesa, un texto redactado por el cardenal y la duquesa de Chevreuse. El tono era tan insolente e impertinente, balbuceando para burlarse de ella, que la princesa le pidió que lo volviese a leer en un tono correcto. El texto estaba sujeto con alfileres a su abanico para no olvidar ni una sola palabra y todos los presentes encontraron la escena ridícula e hiriente. Era algo así —Gaston adoptó un tono ofendido y puso una voz de falsete que hizo sonreír a Louis—: «Señora, he venido aquí para asegurarnos que soy inocente de la maldad de la que han querido culparme. Ninguna persona de honor puede acusarme de semejante calumnia».

Louis no pudo contener la risa. Gaston, curiosamente, se quedó muy serio^[39].

—Fue grotesco y sobre todo inútil, porque al día siguiente, mientras la reina y la princesa de Condé se encontraban en el jardín de las Tullerías disfrutando de un refrigerio a base de helados de la casa Regnard, apareció la duquesa de Montbazon pavoneándose del brazo de su amante Beaufort, pese a que el día anterior la regente le había hecho saber que no acudiese porque la señora de Condé estaba con ella.

»La reina, molesta, le pidió delante de todos los presentes que abandonase inmediatamente los jardines y la Montbazon se negó con insolencia. De modo que fueron la reina y la princesa quienes se retiraron.

—¿Desobedeció a la reina?

Louis estaba asombrado por tanta insolencia y audacia.

—Sí, prosiguió el comisario. El incidente era de una gravedad extraordinaria y tenía que ser castigado. Al día siguiente, la Montbazon recibió una carta del joven rey, que llevó un oficial armado, que decía aproximadamente así:

Prima,

El disgusto de mi madre, la reina, a causa del poco respeto que habéis mostrado hacia ella, me obliga a deciros que os vayáis a Rochefort, donde os quedaréis hasta nueva orden.

—¿Entonces está exiliada de la Corte?

—Desde luego. Pero Beaufort sigue aquí. He oído decir que, con la rabia, no habla con la reina y empuja y hace zancadillas a los amigos de la regente o de Mazarino. Sin embargo, nunca hubiera pensado que intentaría asesinarlo. Se exponía al exilio, y ahora al patíbulo.

—Creo que el desenlace está próximo —afirmó pensativamente Fronsac—. Esta noche, si ganamos, la duquesa de Chevreuse ya no enseñará más las uñas. Bueno, me voy. Ordena a tus guardias que me liberen.

—¡Espera! Tú que sabes algo de teatro. Tengo aquí encerrado desde ayer por una deuda a un tal Jean-Baptiste Poquelin. No sé qué hacer. ¿Lo conoces?

—¿A Molière? ¡Desde luego! Según Montauzier se convertirá en un gran actor. ¿Cuánto debe?

—¡Veinte libras! Al propietario del su Ilustre Teatro. Ya es mala suerte, en junio acababa de firmar el acta notarial de su compañía.

—Escucha, estoy seguro de que Montauzier las pagará si se lo piden. Proponle a Laffemas que adelante el dinero, después de todo ha sido comediante, y será comprensivo. Ahora que ya no es teniente civil, puede hacer algún bien, que en el más allá le será tenido en cuenta en compensación por las atrocidades que ha autorizado. Hablaré con el marqués cuando todo haya acabado. Y libera rápido a Poquelin, tiene mejores cosas que hacer que estar en la cárcel.

Louis dejó a Gaston y, liberado, después de haber recibido varios golpes, se encontró en la calle, por donde deambuló todo el día, haciendo que buscaba al famoso Fronsac. Volvió a la taberna de los Deux-Anges hacia las cinco de la tarde.

Estaba sentado ante un apetitoso plato de perdigones cuando El Patíbulo se acercó hacia él, con aspecto desafiante y la mano empuñando la espada.

—¡Hombre! ¡La Horca! Me he enterado de que te han arrestado y ya te han soltado. ¿Qué ocurrió?

—¡Nada! —Louis se encogió de hombros con indiferencia—. Le parecí sospechoso a un oficial del Châtelet. Estaba delante de la iglesia de l'Auxerrois, buscando a Fronsac, y ya me había visto el día anterior delante del Châtelet. Me registró, los guardias me llevaron, me interrogaron y me molieron a palos, pero me hice el idiota y por fin me liberaron. No tenía armas.

—¡Bien hecho!

El Patíbulo pareció tranquilizarse. Le dio un golpe violento a Louis en la espalda, en señal de amistad viril.

—Únete a los otros. Será esta noche. Te indicaremos tu sitio.

Louis obedeció. Tras el reparto de funciones, el vino corrió a mares. Pero El

Patíbulo permaneció en medio de la banda, vigilando que nadie se emborrachase. Se oyeron nuevas coplillas contra el italiano:

*No se murió, sólo cambió de era
el Cardenal que a todos exaspera,
¿tan bien está el prócer importante
que veinte años tiene por delante?*

—¡No! ¡No! —gritaba a coro la multitud de truhanes y bandidos.

Louis gritaba todavía más fuerte que los otros, tomándose su papel particularmente en serio. El Patíbulo estaba impresionado por el cariño y la fidelidad de los adeptos a su causa. Pensó que podría pedirle al nuevo que fuese uno de sus lugartenientes.

Al anochecer se apostaron discretamente alrededor del puente situado a la salida del palacio. Louis se escondió detrás de un grueso mojón de piedra. Todos esperaron. Como en la tentativa anterior, muchos vehículos y caballeros entraban y salían del Louvre sin verlos, pues estaban amparados por la oscuridad de la noche.

* * *

Para comprender mejor el pasaje siguiente, situémonos de nuevo en la zona.

Se salía del Louvre por un puente fijo que daba, después de un estrecho pasaje, a la calle del Louvre, llamada todavía calle del Avestruz o de Austria —era una deformación de la palabra sajona *ostreich* que databa de la creación del Louvre seiscientos años antes—. Por razones de seguridad, esta calle, llena de rincones oscuros, estaba cerrada en sus dos extremos.

La calle del Louvre —o de Austria— estaba además rodeada de edificios y jardines: por el lado del Sena, los más notables eran los palacetes de Borbón y de Alençon, ambos vacíos y abandonados. Los dos palacetes estaban constituidos por un conjunto de edificios dispares, en desorden, que invitaban a cualquier emboscada. Allí, por todos los rincones, estaban escondidos una parte de los compañeros de Louis.

Una vez que cruzabas la calle del Louvre, enfrente y algo a la derecha, dabas a la calle del Pequeño Borbón, también rodeada de edificios, de muros y jardines. Finalmente se llegaba a la calle de las Garruchas para desembocar en la iglesia de Saint-Germain-l'Auxerrois. En la calle de las Garruchas y a mano izquierda estaba el amplio palacio de Longueville.

* * *

Cuando menos lo esperaban, se iluminó la ventana del castillo de la que los asesinos

no quitaban la vista. Era la señal esperada y Louis reconoció perfectamente detrás del cristal el perfil de Beaufort.

En ese mismo momento se oyó sobre el pavimento el rechinar agudo de la lámina de acero que rodeaba las ruedas del vehículo: una carroza estaba a punto de salir del Louvre. Por el ruido, Louis supo que los jinetes de la escolta custodiaban la carroza y luego oyó al cochero azotando los caballos del coche.

Bruscamente, vio el vehículo desembocando en la travesía. Delante trotaban plácidamente dos guardias del cardenal, de modo que la escolta había sido reducida al mínimo. Las cortinas del coche —una carroza de gran tamaño— estaban echadas. Cuando el vehículo llegaba a la calle del Louvre, el grito de El Patíbulo quebró la noche:

—¡Matadlo! ¡Matadlo! ¡Disparad al cardenal!

Louis vio a su jefe levantarse y echarse sobre el coche con una pistola en cada mano. Al mismo tiempo estallaron más gritos. Los truhanes atacaban en orden, de modo casi militar, todos en los puestos que les habían asignado: unos cerraban el puente hacia el Louvre, otros los extremos de la calle del Louvre, un tercer grupo impedía la salida hacia el Pequeño Borbón. Al mismo tiempo, el grueso del grupo de asesinos se precipitaba hacia la carroza para matar a sus ocupantes. Louis se había quedado oculto detrás del mojón; deseaba con todas sus fuerzas estar en otro lado, por ejemplo, en su biblioteca.

Casi en el mismo instante, los mosqueteros atacaron. En un fogonazo, Louis vio desplomarse a unos veinte truhanes, la sangre brotaba por todas partes salpicando el suelo; los otros asesinos estaban paralizados por el estupor. Simultáneamente, aparecieron a caballo mosqueteros y guardias de todas las calles de los alrededores, acuchillando y matando sin piedad a los asaltantes. El Patíbulo, no obstante, consiguió trepar a la carroza y abrirla. Disparó al interior en el mismo momento en que disparaban desde el vehículo. Louis lo vio desplomarse. Le habían volado la cabeza. En unos segundos el drama terminó. Otros guardias, a pie, llegaban con antorchas. El suelo estaba completamente empapado de sangre resbaladiza, lleno de cadáveres descuartizados y trozos de carne humana. Un puñado de supervivientes habían soltado las armas y estaban alelados y estupefactos. ¡Les habían prometido un trabajo tan fácil! Otros, como Champion y Beaupis, que habían decidido en el último momento participar en esta fiesta que había acabado tan mal, habían conseguido huir, pese a todo.

La humareda se estaba disipando y la puerta de la carroza se abrió. Louis vio salir a Mazarino vestido de combate, con un coselete de acero damasquinado y una pistola humeante en la mano. Era el excapitán Mazarini, que surgía como un *deus ex machina* de teatro. Bajó del vehículo, seguido de Le Tellier y de Dreux d'Aubray, el nuevo lugarteniente civil. El italiano gritó nada más salir:

—Señor Fronsac, ¿estáis a salvo? ¡Mostraos!

—Louis se levantó lentamente, desarmado y chillando:

—Estoy aquí.

Un mosquetero se acercó hacia él, amenazante, con un sable empapado de sangre en la mano.

—¡Vos no sois Fronsac! ¡Yo lo conozco! ¡No tiene el pelo rubio!

Louis reconoció a De Baatz y resopló, presa del pánico:

—Sí, señor De Baatz, la prueba es que no llevo ninguna arma. ¡Comprobadlo! Simplemente estoy disfrazado.

Se arrancó la parte derecha del mostacho —cosa que le hizo mucho daño— y se la tendió a Baatz.

El otro miró, atontado, el medio mostacho, y luego de nuevo a Fronsac. Su mirada traslucía su incomprensión. Pero Mazarino se había adelantado y lo había reconocido.

—¡Señor Fronsac! ¡Alabado sea Dios! ¡Estáis a salvo!

Lo cogió de la mano y se metió en medio de la tropa.

—Señores —declaró solemnemente—, he aquí uno de los hombres más valientes de Francia. Se distinguió en Rocroy con el duque de Enghien y hoy me ha salvado la vida poniendo en peligro la suya. Debéis admirarlo y respetarlo.

Louis estaba a la vez espléndido y ridículo con sus vestidos desgarrados, su rostro medio descolorido por el sudor y el miedo, los mechones de su cabello pegados al rostro y la peluca descolocada. Sin embargo, la multitud de guardias lo aclamó durante mucho tiempo.

Un sentimiento de orgullo lo invadió, borrando progresivamente el terror, el espanto y el pánico que había vivido hasta ese momento. Se esforzó para no temblar y adoptar un aspecto firme y audaz, aunque modesto, que tan bien sienta a los héroes.

Un oficial, con las manos manchadas de sangre, avanzó hacia De Baatz a paso de matamoros.

—D'Artagnan, no me habías dicho que conocías al caballero. ¡Y que era amigo tuyo!

—Es cierto, Athos —respondió el guardia avergonzado—, voy a presentártelo.

Louis lo miró enarcando las cejas:

—¿D'Artagnan? ¿No os llamáis De Baatz?

—¡Claro que sí! Pero los mosqueteros y los guardias tenemos un nombre de guerra y el mío es D'Artagnan, como el conde de la Fère, mi amigo aquí presente, es Athos. El gigante que está allí que parece un pillo es Porthos; en realidad, se llama Du Vallon.

Louis miró en la dirección indicada por D'Artagnan y vio a una especie de bruto golpear violentamente con la hoja de su espada a los cuatro o cinco supervivientes.

Pensó que con semejante trato no llegarían vivos al día siguiente.

Durante este tiempo, Mazarino examinaba el campo de batalla con una curiosa mezcla de disgusto y satisfacción. Se acercó a Louis y lo tomó por el hombro:

—Fijaos, caballero, hemos empleado toda la tarde en tender esta trampa. Unos

hombres de confianza se instalaron, en grupitos, en el palacete del Pequeño Borbón, disparando desde allí, y en el palacio de Longueville, que amablemente nos dejaron el duque y la duquesa. El resto de las tropas estaba en el palacio del Louvre. Previamente di orden de arrestar a los oficiales traidores, principalmente a La Châtre.

Se detuvo un instante, bajó la cabeza observando cómo limpiaban el lugar. Luego miró afectuosamente a Louis.

—Ahora que la aventura ha terminado, supongo que queréis iros a casa. Pondré a vuestra disposición a unos veinte hombres para escoltaros hasta dónde deseéis y les pediré que hagan guardia delante de vuestra puerta esta noche. Más tarde recibiréis noticias mías.

Le Tellier, que se había acercado, tomó en ese momento la palabra y con voz firme dijo a todos:

—Señores, os recuerdo que debéis guardar silencio absoluto sobre este asunto. La muerte sería la sanción más suave para cualquiera que hablara.

Mazarino asintió con la cabeza y se reunió con él. Los dos ministros se fueron andando al Louvre, acompañados de algunos fieles. Los demás, dirigidos por Dreux d'Aubray, cargaban en unas carretas, llegadas de no se sabía dónde, los cuerpos de los truhanes, mientras que los cuatro supervivientes eran agarrotados —había cinco al principio, pero uno de ellos no había sobrevivido a un porrazo demasiado fuerte de Porthos.

D'Artagnan se acercó entonces a Louis, llevando un caballo de la brida. Cuando estuvo a su lado, le puso la mano en la espalda y gritó con voz estentórea con un marcado acento gascón:

—¡Señores! ¡Escuchadme! Voy a pedir excusas públicas al caballero. He dudado de él y de su valor porque no llevaba espada... Estaba equivocado. El señor Fronsac ha demostrado que se puede ser valiente incluso sin espada.

Un profundo silencio de respeto invadió el lugar del combate. Todos estaban parados, considerando el esfuerzo que suponía para el orgulloso señor De Baatz semejante muestra pública de arrepentimiento. Louis, terriblemente emocionado, dio un abrazo al mosquetero.

—No teníais por qué excusaros, señor De Baatz —le dijo—, siempre seréis amigo mío.

Los hurras se sucedieron mientras Louis montaba a caballo.

De este modo, unos minutos más tarde, rodeado por veinte mosqueteros comandados por Athos, Louis volvió al despacho familiar donde, despertando a sus padres y criados, fue recibido como el hijo pródigo.

Epílogo

Al día siguiente de esa jornada memorable en que había tenido lugar el fracasado intento de asesinato del cardenal Mazarino, Louis se quedó toda la mañana con sus padres. Éstos le pidieron varias veces que contase los extraordinarios acontecimientos que había vivido. De modo que apenas tuvo el tiempo justo de enviar una nota a Julie por medio de Nicolas, y otra a Gaufredi, que todavía estaba en casa de Vincent Voiture vigilando el palacete de Rambouillet.

A última hora de la mañana se presentó un paje con una invitación a cenar en casa de la marquesa de Rambouillet. Aunque sus padres se quedaron contrariados, Louis acudió a la cita. Además, el señor y la señora Fronsac sabían que tenían que compartir a su hijo con otras personas.

Habiéndose lavado por primera vez desde hacía casi una semana, liberado del maquillaje, vestido con ropa sencilla pero limpia, sus lacayos negros elegantemente anudados en las mangas de la camisa blanca y tocado con un gran sombrero de castor que acababa de regalarle su padre, Louis mostraba un gallardo aspecto en la carroza conducida por Nicolas, a pesar de haberse rasurado el bigote y el cabello que llevaba demasiado corto.

A la cena en casa de la marquesa asistieron, además de los Rambouillet y Julie de Vivonne, Vincent Voiture y Gaufredi, a quien la marquesa tuvo la delicadeza de invitar a pesar del desacuerdo de Julie d'Angennes, opuesta a la presencia de semejante reitre a su mesa.

Una vez más, Louis tuvo que narrar sus aventuras con todo lujo de detalles y contestar a las innumerables preguntas que le hacían.

Voiture en particular quería saberlo todo.

—¿Así que entraste en la banda de bribones el viernes y todo ese asunto se terminó el domingo?

El poeta permaneció pensativo un momento antes de proseguir:

—Por decirlo así, estuviste separado voluntariamente de Julie durante tres días e hiciste fracasar una conspiración que se llevaba preparando meses.

—Es un modo de verlo —le respondió Louis riendo—. Incluso se podría escribir un poema, algo así:

Durante tres días y tres largas noches...

Dejó de declamar, bruscamente, falto de inspiración y todo el mundo estalló en carcajadas ante su expresión afligida.

—El poeta soy yo, Louis, y si quieres te haré un soneto —propuso secamente Voiture.

Reflexionó un instante y prosiguió recitando:

Cuán lentos han pasado tres días con sus noches.

—Es, efectivamente, un buen principio. ¡Te enviaré la continuación más tarde!

Cuando hubieron terminado de cenar, Louis tuvo que excusarse porque tenía que marcharse de nuevo. Hizo un aparte con Julie para decirle:

—Es mi última misión, ciertamente la más difícil...

El rostro de Julie de Vivonne se ensombreció mientras Louis proseguía:

—Veo la alarma en tu rostro, pero yo soy el más preocupado de los dos. Lo que tengo que hacer ahora es espantoso y lo recordaré toda la vida. Pero se lo debo al rey, al difunto rey. Te contaré todo a mi regreso.

Julie sospechaba ya lo que iba a hacer.

Se fue al Grand-Châtelet en compañía de Gaufredi. El marqués le había prestado un caballo y durante todo el trayecto no dejó de pensar en la tarea que lo esperaba.

Cuando llegó al Grand-Châtelet, corrió al despacho de Gaston, que estaba escribiendo. Su amigo alzó los ojos, velados por una grave expresión, al oírlo entrar.

—Te estaba esperando, Louis, estoy listo. Unos veinte hombres están abajo dirigidos por La Goutte —uno de mis mejores hombres— y el sargento Villefort. Si es necesario, nos ayudarán. ¿Sigues estando seguro de lo que vamos a hacer?

—¡Por desgracia, sí!

Partieron todos a caballo a la calle de los Petits-Champs. Un coche vacío los seguía.

Al llegar a la casa de Anne Daquin, Gaston ordenó a seis arqueros que se apostasen en todas las salidas posibles. A continuación, llamó a la puerta. Le abrió una vieja criada llena de arrugas.

—Vengo a buscar a la señora Daquin —declaró Gaston.

—No recibe a nadie.

La vieja criada trató de cerrar la puerta, pero Gaston ya la había atrancado. Le hizo una señal a La Goutte. Abajo había dos arqueros apostados, y dos lo seguirían al piso.

El comisario subió la escalera a toda velocidad, seguido de Louis. Al llegar al rellano, este último indicó la habitación donde Anne lo había recibido. Entraron sin llamar. Anne Daquin, ayudada por una muchacha, metía la ropa en una maleta. Se levantó y los miró, estupefacta.

—¡Con qué derecho! —farfulló, pálida.

—Señora, quedáis arrestada en nombre del rey, por la muerte de vuestro esposo y por ser cómplice en la del rey de Francia.

La voz de Gaston era glacial. Anne lo miró, con los ojos en blanco. Se desmayó. La criada, temblando de espanto, retrocedió al fondo de la pieza. En el mismo instante se oyó un estrépito abajo, seguido de gritos y de ruido de golpes. Louis le hizo una señal a Gaston indicándole que bajaba a ver qué pasaba. Llegado abajo, el ruido había cesado. Al pie de la escalera, el hermano de Anne Daquin estaba en el

suelo, sujeto por los oficiales dirigidos por el sargento Villefort.

—Estaba en la cama. Dormía y no ha sido muy difícil reducirlo —bromeó Villefort, un hombre moreno, de baja estatura, desdentado y de rostro desagradable. Sin embargo, se resistió un poco...

—¿Qué queréis de mí? ¿Qué significa esta agresión? —gritó el joven reconociendo a Louis.

La sangre corría por sus labios heridos.

—No deberíais haber ido a casa de la señora de Chevreuse —le explicó tristemente Louis—. Cuando os vi allí, mis sospechas se confirmaron y lo supe todo. Por otra parte, ya me había enterado de que trabajabais en las cocinas del Louvre. Vos habéis envenenado al rey.

—¡Es falso! —chilló Philippe—. ¡Soltadme! La señora de Chevreuse hará que me soltéis y os encerrará en la cárcel. El duque de Beaufort pronto será el amo...

Gritaba, escupiendo, amenazándolos.

—Atadlo fuerte y amordazadlo —ordenó Louis a los arqueros. Vuelvo enseguida.

Subió a la habitación. Gaston había atado a Anne Daquin, que había vuelto en sí. Un guardia había agarrotado a la criada, que temblaba de miedo y con razón.

—Seguidnos —ordenó el comisario—. Un coche nos espera.

Bajaron todos juntos. Anne le dirigió una última mirada de miedo y terror. Adivinaba lo que la esperaba.

Está tan hermosa, pensó Louis, volviendo la cabeza afligido.

Cuando llegaron al pie de la escalera, Gaston ordenó a Villefort:

—Encerradlos a todos en el coche, La Goutte y dos hombres se quedarán aquí conmigo. Los otros escoltarán el vehículo hasta el Châtelet. Una vez allí, metedlos en el calabozo. Y en secreto. No deben hablar con nadie. Que vuestros hombres guarden silencio sobre todo lo que vean u oigan.

Villefort asintió y saludó. Se fueron. Una docena de arqueros apartaban sin miramientos a la multitud curiosa que se había agolpado delante de la puerta. El resto de los guardias seguía estrechamente al vehículo cuyas cerraduras estaban oxidadas. Gaston y Louis miraron cómo se alejaba durante un momento. Luego el comisario se dirigió a La Goutte.

—Quedaréis abajo. Nadie debe entrar en esta casa, bajo pena de muerte.

Acompañado de Louis, volvió junto a Anne Daquin.

—Tenemos que registrarlo de arriba abajo, Louis. Y coger todos los papeles, que serán sellados y enviados a Dreux d'Aubray.

El registro duró dos horas. Fue Louis quien encontró las cartas. Después de haberlas leído, se las mostró a su amigo.

—Aquí están las pruebas. Está todo expuesto claramente. Por desgracia, no hay ninguna duda...

Volvieron al Châtelet en silencio y fueron recibidos enseguida por Antoine de Dreux d'Aubray. Ahora el asunto quedaba en sus manos.

Louis no volvería a ver a Anne Daquin.

Era lunes, 31 de agosto de 1643.

* * *

Los dos días siguientes Louis los pasó entre la espera y la melancolía, y en ocasiones sumido en una pena cercana al remordimiento.

Después de tanta actividad y peligro no sabía qué hacer.

Julie y él pasaron largas horas dando paseos por los jardines de los Campos Elíseos, el bonito paseo a las afueras de la ciudad, pero la joven se daba perfecta cuenta de que Louis tenía la mente en otro sitio, y sabía por qué. Un día decidió consolarlo.

—No debes hacerte ningún reproche, la señora Daquin sabía a lo que se arriesgaba...

—Lo sé, pero era tan hermosa. Hablo de ella en pasado porque sé a qué horrible muerte la he conducido. Yo era el único que conocía la verdad, y, si no es por mí, estaría libre y viva. ¿Y qué derecho tenía yo? ¿Sabes lo que la espera?

Julie lo sabía perfectamente y no respondió.

Esa misma noche, cuando volvieron al palacio de Rambouillet, el marqués los estaba esperando. Se reunió con ellos en su despacho. Su actitud era grave.

—Hijos míos, acabo de enterarme en la Corte de que esta mañana el duque de Beaufort se presentó ante la reina. Los rumores que habían circulado ayer sobre el atentado contra el cardenal indicaban que el duque había tenido algo que ver, pero su presencia en la Corte lo desmentía. Monseñor Mazarino no estaba pero la duquesa de Chevreuse sí se hallaba presente. Hablaba amigablemente con la regente, como siempre, dándole consejos o más bien órdenes.

La señora de Vendôme había intentado disuadir a su hijo de que fuese al palacio; también había oído hablar del atentado y temía un arresto o algo peor.

«¡No se atreverán!» —había dicho soberbio su hijo.

Louis y Julie no se perdían ni una palabra de la historia.

—Beaufort fue recibido muy amigablemente por Su Majestad. Enseguida apareció el cardenal y se unió a ellos con mucha bonhomía. Al cabo de un rato, Mazarino y la reina se disculparon, pues debían asistir al Consejo. Dejaron la estancia en el momento justo en que el capitán de la guardia de Su Majestad se acercaba a Beaufort para decirle: «Señor, en el nombre del rey, haced el favor de entregarme vuestra espada y seguidme».

»Beaufort se quedó paralizado a causa del estupor. Luego se tranquilizó, y al ver que varios guardias lo rodeaban, gritó en tono fanfarrón: «Sí, lo haré, pero esto es muy extraño. La reina ordena mi arresto... ¿Quién lo hubiera creído hace tres meses?».

»El joven duque fue inmediatamente conducido a Vincennes en una gran carroza

cerrada precedida por dos regimientos de guardias suizos de uniforme de gala y seguido por dos compañías de guardias franceses. A lo largo del trayecto esta guardia de honor tocó el tambor de manera infernal. Fue un traslado tan teatral como cómico. Parecía la representación de una farsa italiana, pero el ministro quería que todos, tanto los grandes como los parisinos corrientes, supiesen quién era el amo de Francia.

Rambouillet separó las manos y les sonrió con satisfacción:

—¡Bueno! Ya lo sabéis todo. La regente es la reina. Ha roto definitivamente con su pasado y Mazarino es su ministro. Los Importantes han perdido y su conspiración sólo quedará en la historia como una mediocre conjura.

Louis no estaba demasiado sorprendido. Desde hacía tres días sabía que la suerte de Beaufort estaba echada. Sin embargo, la comedia barroca de su arresto atestiguaba el poder que el cardenal ejercía sobre la regente. Todos callaron, meditando y adivinando lo que iba a pasar en los días sucesivos.

Era el 2 de septiembre de 1643.

Al día siguiente, a primera hora de la mañana, Louis recibió la visita de Charles de Baatz, que, como de costumbre, hacía tintinear sus armas y sus espuelas con insolencia.

—El cardenal solicita vuestra presencia ahora, no lo hagáis esperar —ordenó D'Artagnan atusándose las puntas del mostacho.

A las nueve, Fronsac fue recibido por Mazarino en presencia de Le Tellier y de Dreux d'Aubray.

—Caballero —dijo el primer ministro—, considero que debo informaros personalmente de mis decisiones. Sois la persona que más expuesta ha estado al peligro y es normal que sea así. El lugarteniente civil os dará enseguida algunas informaciones.

—Ayer, Anne Daquin y su hermano fueron sometidos a la cuestión previa —anunció Dreux d'Aubray—. Confesaron todo y dieron todos los detalles que esperábamos. Dijeron que fue el marqués de Fontrailles quien les proporcionó el veneno, pero ¿debemos creer eso? La señora Daquin confesó que deseaba desde hacía mucho tiempo desembarazarse de su esposo.

Dejó de hablar, mirando a Louis, luego prosiguió con un tono que pretendía en vano ser familiar, incluso amistoso:

—Lo que me gustaría saber es cómo habéis podido enteraros.

—¿Que Fontrailles era su amante? —suspiró Louis—. Lo presenté enseguida. Era una hipótesis que se ajustaba perfectamente a los hechos que yo conocía. ¿Cómo podían vivir los Daquin tan desahogadamente, en una casa tan grande, cuando un oficial real sólo puede permitirse una pieza para toda la familia? El salario de un escribano forense no era suficiente. Claro que podían poseer bienes personales, pero hice averiguaciones entre mis colegas notarios que me confirmaron que no tenían nada. Habían pagado su casa con catorce mil libras un año antes. ¿Cómo? Lo más probable era que su marido fuese un hombre complaciente que vivía del dinero de su

mujer. Eso explicaba los trajes, el perfume e incluso la carroza de Anne. Y además, pese a su viudedad, no parecía muy triste...

Louis se quedó pensativo un instante, como si tuviese remordimientos. Pero enseguida los desechó.

—La pregunta se formuló sola, ¿quién era el amante? Lo sospeché inconscientemente cuando a Fontrailles pareció sorprenderle que yo no supiese por qué había matado a Daquin. Y luego, recordadlo, me había confesado, hablando del esposo: se estaba volviendo molesto...

»Poco a poco, hablando con Julie, mis dudas fueron tomando forma. En mi última visita a Anne se confirmaron mis sospechas. Cuando le expliqué que el *Catador* era un protegido de Fontrailles se estremeció. El hombre a quien amaba —o al menos con el que se acostaba— estaba detrás de los horribles asesinatos a mujeres. Su reacción fue la que yo esperaba. Finalmente, las cartas que encontramos despejan cualquier duda.

—Es cierto —reconoció Le Tellier. Fontrailles ha huido de nuevo, aunque nos es muy difícil probar nada, salvo las ventajas que obtuvo de la muerte de Daquin.

»En mi opinión, eran dos: la muerte de Daquin acercaba a Anne y al marqués y sobre todo les permitía probar un veneno cuyos síntomas eran similares a los de una enfermedad. Probablemente, Babin du Fontenay se enteró de la relación entre los dos amantes o la dedujo. Y como habéis comprendido, por esa razón Fontrailles lo mató y no por la investigación que estaba llevando a cabo. Por eso inventaron la trampa sobre Picard y por eso Fontrailles quiso mataros. ¡Creía que ya lo habíais comprendido todo!

—¡Qué ironía! —murmuró sordamente Louis—. ¡En ese momento no sabía nada!

—El hermano de Anne, como vos descubristeis, era el encargado de envenenar los alimentos del rey. Debido a su empleo en el Louvre, era para él relativamente fácil y, efectivamente, había seguido a Su Majestad a Saint-Germain. Y la duquesa de Chevreuse debió de darle tres mil libras el día en que lo visteis en el patio del hotel.

—¡Tres mil libras! ¡Ése es el precio de un rey! —meditó en voz alta el cardenal.

—Y ahora, ¿qué va a pasar? ¿Le haréis un proceso público? —preguntó Louis.

—No —replicó secamente Le Tellier—. Los han llevado al Arsenal. Se reunirá un tribunal para juzgarlos en el mayor secreto. Allí sufrirán el castigo de los envenenadores y regicidas. Luego todos los documentos serán destruidos. Para la Historia, Luis el Justo murió de enfermedad. Es inútil que se conozca la verdad. Haría demasiado daño, y sobre todo, podría dar ideas a otros...

Louis sabía lo que esto significaba: tribunales, sesiones de justicia criminal instituidas por Richelieu para juzgar principalmente delitos de falsificación de moneda o contra el Estado, tenían lugar en el Arsenal de noche, en salas tapizadas de negro y a la luz de las antorchas, sin la presencia de los acusados. Desembocaban en castigos implacables, ejecutados inmediatamente en el recinto del Arsenal.

Anne Daquin sería torturada en su prisión. Los labios y las orejas les serían

arrancados con tenazas. Sería marcada al rojo vivo, su hermoso cuerpo quebrado por el ejecutor de la alta justicia con una barra de hierro, golpeada hasta la muerte en una cruz de San Andrés. A su hermano le cortarían los miembros y los cubrirían de plomo fundido mientras todavía estuviese vivo.

De repente, el frío inundó la pieza y Louis se puso a temblar ligeramente.

—Eso no es todo —tomó la palabra Mazarino—. Seguramente ya estáis al tanto: he mandado detener a Beaufort. Permanecerá encerrado de por vida en el fuerte de Vincennes^[40].

»La señora de Chevreuse debe recibir en este mismo momento la orden de volver a sus tierras, acompañada de unos oficiales de justicia. Espero una notificación de la reina para que vuelva definitivamente al exilio.

Se paró un momento y dudó.

—A no ser que la arrestemos a ella también si hay suficientes cargos. La Châtre, coronel de los guardias suizos, comprometido en el intento de asesinato contra mí, ha sido encarcelado, así como una veintena de sus cómplices. Su cargo de coronel será devuelto al señor de Bassompierre, lo que no costará nada —sonrió satisfecho—. Todos los hombres de Beaufort que han participado en la operación serán juzgados y encerrados. Los supervivientes del atentado serán arrojados a galeras. El duque de Vendôme recibió ayer una orden de que vuelva a Anet, donde residirá con prohibición de salir, él y su familia. Châteauneuf volverá a provincias. Así como el obispo de Beauvais...

»Debo añadir que, aparte de Beaufort y sus hombres de confianza, nadie será encarcelado. Y salvo Anne Daquin y su hermano, que han cometido crímenes terribles, la sangre no correrá. Sería inútil y vos sabéis que yo no soy partidario de eso.

Dreux d'Aubray hizo una mueca de desacuerdo.

Así la purga será total, pensó Louis. Mazarino seguirá siendo el amo, pero a su manera, sin convertirse en un verdugo, como Richelieu. ¡Qué admirable efecto teatral y qué elegante triunfo! Y todo ello gracias a él. A pesar de su vergüenza, su tristeza y su dolor, sentía ahora una extraña impresión de orgullo. Lo que le dio valor para hablar y pedir un favor:

—Monseñor, puesto que me ha sido dado desempeñar un papel en vuestro triunfo, quisiera pedir os algo.

—Os lo concedo —accedió Mazarino, que estaba de buen humor.

—Una vida a cambio de otra —dijo solemnemente Fronsac separando las manos—. Os entregué a Anne Daquin. Os pido una vida a cambio.

—¿Qué significan esas palabras incomprensibles? —murmuró secamente Le Tellier.

Louis hizo caso omiso y prosiguió dirigiéndose al cardenal:

—En el Châtelet está encarcelada una mujer que también mató a su esposo. Según Gaston de Tilly, tenía buenas razones para hacerlo. Él os lo confirmará. Pido

para ella la gracia real y la libertad. Se llama Marcelle Guochy.

Se hizo un pesado silencio y bruscamente hostil. Dreux d'Aubray no salía de su asombro. El cardenal, su maestro en justicia, le había enseñado que nunca había que soltar a un culpable.

—Es imposi... —decidió.

Mazarino le cortó la palabra secamente.

—He dado mi palabra al caballero, señor. Así que, por favor, os ocuparéis de que se libere a esa mujer.

El lugarteniente civil, vencido, bajó la cabeza.

El ministro se dirigió entonces hacia la ventana para mirar un instante a la calle.

—¿Qué vais a hacer ahora, caballero? —preguntó finalmente.

—Casarme, tener muchos hijos y vivir en mis tierras, monseñor.

—Os propongo un puesto de oficial en mi casa. Todavía os necesito.

Louis no sabía qué decir. Dudó durante un buen rato, buscando las palabras.

—Monseñor, me siento orgulloso y feliz por haberos ayudado y por haber servido al rey. Pero no estoy hecho para esa vida. Durante este mes he pasado muchísimo miedo y sólo aspiro a una vida tranquila. Tal vez más tarde. De momento, sólo pretendo vivir feliz con mi esposa.

Mazarino no respondió y permaneció de espaldas. Michel Le Tellier y Antoine de Dreux d'Aubray exhibían un semblante firme y severo, mostrando así su desaprobación. ¡Cómo se atrevía a rechazar una proposición del amo de Francia! ¡Richelieu habría mandado arrestar a Fronsac inmediatamente!

El silencio duró cerca de dos minutos.

Y luego Mazarino se volvió. Sus labios y sus ojos dejaban traslucir una sonrisa irónica.

—¡A fe mía!, creo que tenéis razón, Fronsac. Si yo pudiera, haría lo mismo.

Se sentó a la mesa, cogió una pluma y se puso a escribir en silencio. Luego tendió a Louis el papel que acababa de rellenar.

—Llevad esto a mi secretario, caballero Fronsac. Y buena suerte. Y un consejo: tened cuidado con Fontrailles. Ahora tiene una terrible deuda de sangre con vos.

Louis sacudió la cabeza un instante para decir finalmente, como a disgusto:

—No, monseñor... No hay deuda.

Los tres hombres se miraron estupefactos.

—¿Qué queréis decir? —preguntó Le Tellier—. ¿Creéis que Fontrailles aprobará lo que vos, lo que nosotros, le hemos hecho, y lo que le pasará a su amante? Una mujer tan hermosa.

Louis dudaba. No tenía ganas de hablar de ello, pero ya era demasiado tarde. Finalmente, con calma y buscando las palabras, se explicó.

—Mirad, Anne Daquin actuaba a la vez por amor y por interés. Deseaba casarse con Fontrailles y convertirse en marquesa. Para ella y para su hermano era una extraordinaria promoción social. Pero Louis d'Astarac pertenece a una de las más

viejas familias del Languedoc y nunca hubiera consentido ese matrimonio, ni siquiera un revolucionario como él, y sobre todo con una mujer que se acostaba con todo el mundo y que había matado a su marido...

—¿Queréis decir que no la amaba? —lo interrumpió Le Tellier sorprendido.

Louis lo miró fijamente, sin verlo, y luego prosiguió:

—No se puede amar simultáneamente a toda la humanidad y a los hombres individualmente. Fontrailles eligió a la primera. Jamás amaré a una mujer.

Suspiró.

—Había decidido desde el principio desembarazarse de los Daquin, ¿pero cómo? Si no los mataba a ambos, el que sobreviviese podría tener dudas y denunciarlo; y matarlos a ambos, tras la muerte del marido, habría desencadenado una investigación que quería evitar. Así que resucitó al *Catador*. Recordad que este *Catador* era distinto al primero por un detalle particular: a veces mataba a sus víctimas. Así que Fontrailles, desde el comienzo de su complot, había decidido matar a algunas mujeres para ocultar su verdadero objetivo: cuando hubiese muerto el rey, el *Catador* asesinaría a Anne Daquin. Sería una víctima más. Su hermano no podría sospechar que Fontrailles era responsable y no habría investigación particular. Luego el hermano, muerto de pena, desaparecería de París. Así la muerte del rey no habría dejado ningún testigo.

Louis se volvió hacia Le Tellier:

—Recordad lo que me había dicho el marqués en Rocroy: «¿Hábil? Mucho más que eso, caballero».

»¡Sí, la creación del *Catador* era una idea muy hábil para desembarazarse de una mujer molesta!

Prosiguió:

—Cuando creyó que yo lo sabía todo, y después de la muerte del *Catador* en prisión, modificó sus planes. Primero debía desaparecer yo, luego atacaría a los Daquin. Pero, como yo escapé a sus designios y él sabía que no había entendido nada, me dejó tranquilo hasta que descubrí la verdad. Por desgracia, yo había hablado con Anne y la muchacha desconfiaba de su amante; se lo hizo saber y entonces él no intentó nada contra ella. Sin embargo, en mi opinión, estaba preparando algo, pero jamás sabremos qué.

»Ahora que su intriga ha sido descubierta, Anne Daquin carece de importancia para Fontrailles, ya que los Importantes han perdido la partida. Anne sólo fue un instrumento entre sus manos. Por eso no tiene ninguna deuda de sangre conmigo. Al contrario, ¡le he sido útil y me estará agradecido!

Todos estaban pendientes de sus palabras, subyugados por la solución que Fonsac proponía. Cuando hubo acabado, se hizo el silencio. No había nada que decir. Entonces Louis se inclinó. Todavía tenía una última pregunta que hacer:

—Monseñor, ¿haréis que juzguen a Beaufort?

El ministro apretó los labios en un fino rictus, cerrando casi completamente los

ojos, como un gato relamiéndose tras haberse comido una sardina.

—A los ojos de todos, Beaufort es culpable, no añadiré a sus culpas un proceso que podría, ¿quién sabe?, declararlo inocente.

Louis lo observó largamente, como si quisiese fijar su rostro, y luego abandonó la pieza. Una vez fuera, miró el papel que Mazarino le había dado:

*Pagaréis al caballero de Mercy la suma de treinta mil libras.
Julio, cardenal Mazarini.*

La puerta se abrió y la cabeza del ministro apareció jubilosa.

—Es mi regalo de bodas, caballero.

* * *

Marie de Chevreuse volvió al exilio de provincias después de haber recibido de Mazarino doscientas mil libras. Pero ese regalo sólo era una maniobra del ministro, que pretendía aislarla. En realidad, había decidido arrestarla. Por desgracia, sus oficiales llegaron demasiado tarde. Marie —¿prudente o desconfiada?— había huido a Inglaterra, donde tuvo la mala suerte de caer en medio de una revolución de las que le gustaban a su amigo Fontrailles. Fue enseguida encarcelada con su hija durante varios meses.

El duque de Vendôme dejó Francia para irse a Italia, donde se encontró con algunos de sus cómplices, como Beaupis, que había participado en la tentativa de asesinato. François de Beaufort estuvo encarcelado cinco años en Vincennes, de donde finalmente se fugó.

Todos los países vecinos de Francia, tanto aliados como adversarios, felicitaron a Mazarino por su victoria completa, brillante y sin derramamiento de sangre. Incluso Paul de Gondi, el coadjutor de París, se quedó tan admirado que escribió:

Un asombro respetuoso se abrió paso en la mente de todos los hombres, [Mazarino] pareció todavía más moderado, más civil y más abierto al día siguiente de la acción, lo hizo tan bien que se encontró a la cabeza de todo el mundo en una época en que todo el mundo creía tenerlo de lado.

Este triunfo interior, completado por la extraordinaria victoria de Rocroy, indicaron a todos que un nuevo reinado, más fuerte y más poderoso que el anterior, comenzaba en Francia: el de Mazarino, desde luego, pero sobre todo el de un nuevo rey, Luis XIV, Luis el Grande.

Giustiniani escribió así en Venecia:

El golpe tan vigoroso y tan inesperado asestado a Beaufort suscitó la admiración de un gran número de personas, el espanto de los grandes y el estupor de todos.

El 30 de septiembre de 1643, la regente dejó el Louvre por el Palacio del Cardenal, que bautizó enseguida como el Palacio Real, nombre que conservaría.

El 1 de octubre, Louis Fronsac se casó con Julie de Vivonne. Ese día Vincent Voiture, testigo de su boda, junto con Gaston de Tilly, le envió el siguiente poema impreso en pergamino para regalárselo a Julie:

Cuan lentos han pasado
tres días con sus noches,
desde que me dejaron
dos fulgurantes soles:
los ojos de mi reina,
que los míos quisieran
tener por soberanos^[41].

Louis Fronsac volvió a ver muchas veces al padre Nicéron, con quien mantuvo una sólida amistad basada en el aprecio mutuo y los intercambios científicos. En 1646, Jean-François Nicéron fue a Roma a presentar sus trabajos sobre la perspectiva curiosa. A su regreso, un fuerte acceso de fiebre lo retuvo en Aix, en Provenza.

Murió en esta ciudad el 22 de septiembre de 1646. Fue enterrado en la iglesia de los mínimos de dicha ciudad.

Personajes principales

Julie de Angennes, hija de la señora de Rambouillet
Louis d'Astarac, marqués de Fontrailles
Jean Bailleul, primer pasante de los Fronsac
Charles de Baatz, oficial de la guardia
Margot Belleville, hija de librero
Joseph Boutier, procurador del rey
Nicolas Bouvier, criado de Louis Fronsac
Jacques Bouvier, guardián, padre de Nicolas
Guillaume Bouvier, hombre para todo y portero, hermano de Jacques
Jean Chapelain, hijo de notario y escritor
Marie de Chevreuse, examiga íntima de Ana de Austria, hija del duque de Rohan-Montbazon
Cléophas Daquin, ujier muerto de una afección gástrica
Anne Daquin, su esposa
Philippe Daquin, su hermano
Louis De Borbón, duque de Enghien, hijo del príncipe Condé
El Patíbulo, jefe de una banda de truhanes
Louis Fronsac, caballero de Mercy, hijo del notario Pierre Fronsac
Pierre Fronsac, notario
Babin du Fontenay, comisario de Saint-Avoye, asesinado
Gaufredi, reitre al servicio de Louis Fronsac
Marcelle Guochy, prisionera en el Grand-Châtelet
Jules Hubert, guardián de Mercy
Antoinette Hubert, su esposa
Michel Hardoin, novio de Margot Belleville
Isaac Laffemas, teniente civil
Le Tellier, ministro de la Guerra
Luis XIII, rey de Francia
François de Marcillac, futuro duque de La Rochefoucauld
Marie de Montbazon, joven esposa del viejo duque de Rohan-Montbazon
Antoine Mallet, portero de los Fronsac
Señora Mallet, criada de los Fronsac, esposa de Antoine
Julio Mazarino, primer ministro
Charles de Montauzier, gobernador de la Alta Alsacia
Jean-François Niceron, fraile del convento de los mínimos
Évariste Picard, amigo de Cléophas Daquin
Señor de Pisany, hijo de la señora de Rambouillet
Catherine de Vivonne-Savelli, marquesa de Rambouillet

Señor de Rambouillet, su esposo

Claude Richepin, administrador de los Fronsac

Gilles le Robert, alias *Campañol*, falsificador

Rochefort, agente de Richelieu

Gaston de Tilly, comisario de policía del barrio de Saint-Germain-l'Auxerrois

Pierre Valdrin, monje exclaustado

Evrard Valdrin, su hijo

François de Vendôme, duque de Beaufort, hijo del duque de Vendôme

Julie de Vivonne, prima de Julie de Angennes

Breve relación de precios, medidas y salarios

¿Cómo vivían nuestros antepasados hace trescientos años? Demos cuenta aquí de algunas cifras y valores que permitan hacerse una idea de las condiciones de vida financieras y monetarias en 1640. Los datos son aproximados, varían en función de la especulación ligada a las cosechas y la calidad de los productos. Las variaciones de 1 a 3 son normales; en los precios, de 1 a 10 son posibles.

Medidas

Las medidas del Antiguo Régimen variaban con frecuencia de una ciudad o de una provincia a otra. Helas aquí de mayor a menor.

Moneda imaginaria:

1 libra o franco = 20 perras chicas/1 perra chica

1 *sou* = 4 ochavos = 12 denarios

1 *sol* (o 1/2 perra chica) se llama 1 blanco.

Moneda:

Escudo de plata = 3 libras o 3 francos; pesa 27 gramos aproximadamente.

Doblón = 10 libras; a menudo es una moneda extranjera.

Luis de oro = 20 libras; pesa 7 gramos aproximadamente.

Hay gran cantidad de monedas diferentes de oro (un escudo de oro...), de plata (1/2 escudo...) y de cobre.

Longitud:

Pie (parisino) = 30 cm o 12 pulgadas.

Pulgada = 12 líneas.

Toesa = alrededor de 12 metros o 6 pies.

Legua (de posta) = 4 km o 2.000 toesas.

Estas medidas son variables: el pie de Aix-en-Provence equivale a 9 pulgadas y 9 líneas; también son locales el paso, la cuerda (de 20 pies), la verga (de 26 pies), la vara (de 9 pies y medio), la espita, la hexápoda, etc.

De superficie son conocidas el arapende: 1/2 hectárea, y el arapende parisino: algo más de 1/3 de hectárea.

Peso:

Libra (de París) = 16 onzas o 2 marcos (489 gramos).

Onza = 8 gros.

Gros = 3 denarios.

Denario = 24 granos.

¡Ojo: existe también la libra de 12 onzas!

Los sueldos

El salario diario de un obrero era de 50 cents., es decir, alrededor de 100 libras al año. El de un peón era de 25 cents. El de un obrero muy cualificado podía alcanzar una libra.

El rendimiento de una hectárea de trigo era de una tonelada, y el precio de una tonelada de trigo era de 200 libras.

Una familia modesta vivía con 300 libras al año; los burgueses, con 1.000 o 2.000 libras.

Los precios

Un kg de pan valía 2 perras chicas. Un hombre que comiese 1 kg de pan al día (lo mínimo para sobrevivir) gastaba entre 30 y 40 libras al año. Un kg de carne costaba 1/2 libra; la mayoría de la gente no la comía. Veamos otros precios:

1 caballo, un buey... 100 libras.

1 cordero... 10 libras.

1 gallina... 1 libra.

1 botella de vino... 3 perras chicas.

La dote del matrimonio pequeño burgués... 5.000 libras.

1 camisa... 2 libras.

1 sombrero... 1 libra.

1 traje completo... 10 libras.

El alquiler anual de una casa ascendía a 300 libras, y el de un palacio costaba de 1.000 a 5.000 libras. Su adquisición suponía multiplicar por 100 el precio de un alquiler.

Bibliografía recomendada

En esta novela nos hemos acercado lo más posible a la famosa conjura de los Importantes y a la historia de las cartas robadas relatada por la señorita de Montpensier. El lector curioso puede consultar estos documentos si desea más información sobre los hechos acaecidos en aquella época.

BATIFFOL, L., *La vie de Paris sous Louis XVI. L'existence pittoresque des Parisiens au XVIII^e siècle*, Calman-Levy, 1932.

BATIFFOL, L., *La duchesse de Chevreuse, une vie d'aventures et d'intrigues sous Louis XIII*, Hachette, 1924.

BERCE, Y. M., *La vie quotidienne en Aquitaine au XVII^e siècle*, Hachette.

BERTIERE, S., *La vie du Cardinal de Retz*, Édition de Fallois, 1990.

BLANCPAIN, M., *M. le Prince*, Hachette.

BOURNON, F., *Paris: Histoire, monuments, administration*.

BROGLIE DE I., *Le duc de Beaufort*, Fasquelle, 1958.

BROSSOLETTE, L., *Paris e sa région à travers l'histoire*, Delagrave, 1938.

CARMONA, M., *Richelieu, l'ambition du pouvoir*, Fayard, 1983.

CHEVALIER, P., *Louis XIII*, Fayard, 1983.

CROUSAZ-CRETET, P. de, *Paris sous Louis XIV*, Pion, 1922.

DUHAMEL, P., *Le Grand Condé*, Librairie académique Perrin.

DULONG, C., *Anne d'Autriche*, Hachette.

FOISIL, M., *La vie quotidienne au temps de Louis XIII*, Hachette, 1992.

FARGE, A., *Vivre dans la rue à Paris au XVIII^e siècle*, Gallimard, 1979.

GOURNERIE, E., *Histoire de Paris et de ses monuments*, Mame, 1883.

HENNINGER, L., *Rocroy, 1643. Les grandes batailles de l'histoire*, Numéro 24, 1993.

HOFFLBAUER, M. F., *Paris à travers les âges*, Inter livres, 1993.

MAGNE, E., *La vie quotidienne au temps de Louis XIII*, Hachette, 1942.

MANDROU, R., *La France aux XVII^e et XVIII^e siècles*, PUF, Nouvelle Clio.

LA ROCHEFOUCAULD, *Mémoires*, La Table Ronde, 1993.

TALLEMANT DES REAUX, *Historiettes*, Bibliothèque de la Pléiade, édition établie et annotée par A. Adam, 1960.

THIOLLER, M. M., *Ces dames du Marais*, Atelier Alpha Bleue, 1988.

WILHELM, J., *La vie quotidienne au Marais au XVII^e siècle*, Hachette, 1966.

Sobre las anamorfosis y, en particular, sobre la historia del colegio de jesuitas en Aix:
JULIEN PASCAL, *L'anamorphose murale du collège jésuite d'Aix*, Revue de l'Art, 2000.

Agradecimientos

Quiero expresar mi agradecimiento a Chantal Brevier, Philippe Ferrand, Fierre Fichant y Jacques Branthomme por haber aceptado de tan buena gana la ingrata tarea de leer mi manuscrito.

Mis más expresivas gracias a todo el personal de la biblioteca Méjanes, que me ha evitado cometer graves errores históricos. Si queda alguno, es de mi entera responsabilidad.

Por último, debo agradecimiento a los que me proporcionan información valiosa sobre los lugares y la historia de Provenza. En cuanto a mi esposa, mi madre y mi hija pequeña, mis primeras lectoras, son los más severos jueces de las primeras versiones de mis obras.



Jean D'Aillon, es el seudónimo utilizado por Jean-Louis Roos, escritor francés nacido en 1948.

Doctor en ciencias económicas, ha sido profesor universitario de Historia Económica y Macroeconomía y ha trabajado para la Comisión Europea como hasta 2007.

Pero su verdadera pasión es desde siempre la escritura. Es autor de una quincena de novelas policíacas e históricas, a las que dedica un amplio tiempo para documentarse con precisión y apasionamiento sobre todos los pormenores sociales de la época en cuestión.

Es el creador del notario de París, Louis Fronsac, personaje que pone sus habilidades investigadoras al servicio primero del Cardenal Richelieu y después a las órdenes del Cardenal Mazzarino

Notas

[1] Véase *El misterio de la cámara azul*, publicado en Alianza Editorial. (N. del A.)

<<

[2] El equivalente de cuarenta hectáreas. (N. del A) <<

[3] Alrededor de dieciséis litros de agua. (N. del A.) <<

[4] Una pintura parecida fue descubierta en Aix en la iglesia del Sagrado Corazón. Sólo existen dos en el mundo. (N. del A.) <<

[5] La de San Juan fue terminada en 1644 y la de María Magdalena en 1647. (N. del A.) <<

[6] El padre Nicéron publicaría en 1648 *La perspectiva curiosa*, una obra en la cual explicaba todos sus secretos. (N. del A.) <<

[7] Apodo de Luis XIII. (N. del A) <<

[8] Actual calle del Temple. (N. del A.) <<

[9] D'Artagnan (N. del E.) <<

[10] Aproximadamente en el lugar de la actual plaza del Carrusel. (N. del A.) <<

[11] Eso sucedía antes de la Revolución, véanse las *Escenas de París*, de Louis Sébastien Mercier. (N. del A.) <<

[12] ¡Verídico! (N. del A.) <<

[13] Véase *El misterio de la cámara azul*, publicada en Alianza Editorial. (N. del A)

<<

[14] El futuro mariscal de Luxemburgo. (N. del A.) <<

[15] Véase el *Ejecutor de la alta justicia*, publicado en Labyrinthes. (N. del A.) <<

[16] Botas cortas de vuelta ancha. (N. del A) <<

[17] El futuro duque de La Rochefoucauld. (N. del A.) <<

[18] Hasta la muerte de Richelieu, Vincent Voiture estaba obligado a asistir a las aburridas sesiones de la Academia. (N. del A.) <<

[19] El duque de Vendôme, el padre de Beaufort. (N. del A) <<

[20] Véase *El misterio de la cámara azul*. (N. del A) <<

[21] Henry de Montmorency era hijo del condestable de Montmorency. Este último había tenido dos hijas de dos mujeres diferentes, una se había casado con el príncipe de Condé, la otra con el duque de Angulema, Charles de Valois, bastardo real. El conde de Bouteville, François de Montmorency, del que hemos hablado antes, era pariente lejano suyo. (N. del A.) <<

[22] Véase *La conjetura de Fermat*, en Alianza Editorial.(N. del A.) <<

[23] *La Gazette*, 24 de enero de 1643. (N. del A.) <<

[24] Secretario de Mazarino y luego secretario particular de Luis XIV, autorizado a reproducir su firma. Presidente de la Cámara de Cuentas de París de 1661, fue nombrado miembro de la Academia para sustituir a Conrart. (N. del A.) <<

[25] Los mendigos se cubrían los brazos y las piernas con falsas úlceras para pedir limosna delante de las iglesias con el fin de reunir la cantidad necesaria para emprender una peregrinación por su curación. (N. del A.) <<

[26] Soldados desertores. (N. del A.) <<

[27] Véase *El misterio de la cámara azul*. (N. del A.) <<

[28] Sobrenombre de Du Noyers. (N. del A.) <<

[29] He aquí el relato de los saqueos de una de estas tropas de mercenarios tras la batalla de Rocroy: [...] Cantidad de gente de guerra, desconocidos para ellos porque no hablaban la lengua francesa, irrumpieron en el lugar llamado Flasse... rompieron el tejado de la iglesia, profanaron las sepulturas, robaron todos los ornamentos... hasta un copón; quemaron las granjas en las que se aprovisionaban; destrozaron la mayoría de las casas. Mataron a varios habitantes. Golpearon a muchas otras personas, violaron y mataron a cinco o seis mujeres... robaron 200 bueyes y vacas; asimismo robaron todo el cereal. (N. del A.) <<

[30] Véase *El misterio de la cámara azul*. (N. del A.) <<

[31] Fue en el número del 8 de mayo. (N. del A.) <<

[32] Veamos lo que escribió un notario tras el paso de las tropas reales: «Los tres mil hombres entran en sesenta casas, se llevan todos los muebles, cereales y demás... golpean y ultrajan a sus dueños, los desnudan, violan a sus mujeres e hijas, queman cinco o seis casas, roban a los habitantes». (N. del A.) <<

[33] Walter Montagu se había convertido al catolicismo y al final de su vida se ordenó sacerdote y fue confesor de la regente. (N. del A.) <<

[34] Había nacido con el siglo. (N. del A.) <<

[35] *La Gazette*, junio de 1643. (N. del A.) <<

[36] Verídico. (N. del A.) <<

[37] Unos años más tarde, durante la Fronda, Louis se alegraría de disponer de esas troneras. (N. del A.) <<

[38] Este tipo de mendigos rodaban por el suelo como si fuesen epilépticos, escupiendo espuma gracias a un trozo de jabón que se metían en la boca. (N. del A.)

<<

[39] Se sabe que el incidente tuvo otras consecuencias. El señor de Coligny quiso a su vez vengarse del duque de Guisa, que lo había acusado a traición. Lo desafió a un duelo en la Plaza Real y el duque lo mató. (N. del A.) <<

[40] Tranquilos. Se fugará. (N. del A.) <<

[41] Este soneto es uno de los más célebres de Vincent Voiture. (N. del A.) <<